

Dossier: Los años ochenta
y las transiciones en el Cono Sur

Entrevista a Lorraine Daston

Bibliográficas | Eventos

Historia y problemas del siglo XX

contemporánea

Año 10, Volumen 10, 2019

contemporānea

Historia y problemas del siglo XX

contemporánea

Año 10, Volumen 10, 2019

Contemporánea (ISSN 1688-9746) es una revista académica de frecuencia anual con artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo XX en América Latina.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Contemporánea se edita en Montevideo
con apoyo
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Educación, Universidad de la República.

Contemporánea
ISSN: 1688-9746

Edición al cuidado del equipo
de la Unidad de Comunicación y Ediciones
de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
de la Universidad de la República.

Dirección provisoria:
Archivo General de la Universidad de la República
Rodó 1827
CP 11200
Montevideo, URUGUAY
Teléfonos: (+598) 24009155

Por suscripciones y canjes comunicarse con revistacontemporanea2010@gmail.com

Comité editorial

Jimena Alonso, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Magdalena Broquetas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Inés Cuadro, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
María Eugenia Jung, Archivo General de la Universidad de la República
Aldo Marchesi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Vania Markarian, Archivo General de la Universidad de la República
Diego Sempol, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Isabel Wschebor, Archivo General de la Universidad de la República
Jaime Yaffé, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

Editores de reseñas bibliográficas

Jimena Alonso, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Lucas D'Avenia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Comité asesor

Gerardo Caetano, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Álvaro Rico, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
José Rilla, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República y Universidad Centro Latinoamericana de Economía Humana

Comité académico

Uruguay

Clara Aldrichi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Alcides Beretta, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Magdalena Bertino, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Luis Bértola, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

María Camou, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Carlos Demasi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Adolfo Garcé, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Raúl Jacob, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
María Inés Moraes, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Benjamín Nahum, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Adela Pellegrino, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Rodolfo Porrini, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Exterior

Carlos Aguirre, University of Oregon, Estados Unidos
Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes, Argentina
Claudio Barrientos, Universidad Diego Portales, Chile
Isabella Cosse, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Fernando Devoto, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Silvia Dutrenit, Instituto Mora, México
Eduardo Elena, Miami University, Estados Unidos
Carlos Fico, Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil
Paulo Fontes, Fundación Getulio Vargas, Brasil
Marina Franco, Universidad Nacional San Martín, Argentina
Greg Grandin, New York University, Estados Unidos
Elizabeth Jelin, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina
Victoria Langland, University of California, Estados Unidos
Gerardo Leibner, Universidad de Tel Aviv, Israel
Pablo Piccato, Columbia University, Estados Unidos
Laura Reali, Universidad Paris VII, Francia
Eduardo Rey Tristán, Universidad de Santiago de Compostela, España
Marcelo Ridenti, Universidad Estadual de Campinas, Brasil
Luis Alberto Romero, Universidad Nacional San Martín, Argentina
Sinclair Thomson, New York University, Estados Unidos
Gonzalo Varela, Universidad Autónoma Metropolitana, México
Verónica Valdivia, Universidad Diego Portales, Chile
Peter Winn, Tufts University, Estados Unidos
Eric Zolov, Stony Brook University, Estados Unidos

Contenido

PRESENTACIÓN DE LOS EDITORES	9
DOSSIER: LOS AÑOS OCHENTA Y LAS TRANSICIONES EN EL CONO SUR	
Presentación: Volver a los ochenta. Los procesos de (re)democratización en debate <i>Valeria Manzano y Diego Sempol</i>	11
El pacto democrático en el lenguaje político de la transición en Argentina y Chile en los años ochenta <i>Martina Garategaray y Ariana Reano</i>	19
Concertando la democracia. La experiencia de la Conapro en la transición uruguaya (1984-1985) <i>Álvaro Sosa</i>	37
La huelga de la Facultad de Veterinaria de 1978: los primeros brotes verdes de la democracia universitaria <i>Gabriela González Vaillant</i>	57
Redes de sindicalismo «movimientista» en el Cono Sur: algunas conexiones argentino-uruguayas <i>Mónica B. Gordillo</i>	83
Democracia en el país y en la casa. Resignificaciones de la democracia desde el feminismo de izquierda en el Uruguay de los ochenta <i>Ana Laura de Giorgi</i>	101
La transformación de organizaciones sociales y el Estado uruguayo en la transición democrática (1979-1999) <i>María José Bolaña</i>	119
Entre Teatro Abierto y el under porteño. Conflictos estéticos y políticos del teatro independiente durante la transición argentina <i>Florencia Dansilio</i>	137
Cultura rock, política y derechos humanos en la transición argentina <i>Ana Sánchez Trolliet</i>	157
VARIA	
Una conmemoración polémica: Malvinas, nación e identidad en los discursos de Néstor Kirchner <i>Paula Salerno</i>	177
ENTREVISTA	
The Power of History: an interview with Lorraine Daston <i>Antonio Augusto Passos Videira y Juan Andrés Queijo Olano</i>	197

BIBLIOGRÁFICAS

- José López Mazz, Elisabeth Anstett y Denis Merklen (eds.).**
Después de la violencia. El presente político de las dictaduras pasadas
Gabriel Bucheli 203
- María Eugenia Jung Garibaldi.** La educación superior entre el reclamo localista
y la ofensiva derechista. El movimiento pro-Universidad del Norte de Salto (1968-1973)
Javier Correa Morales 205
- Nicolás Duffau.** Historia de la locura en Uruguay (1860-1911).
Alienados, médicos y representaciones sobre la enfermedad mental
Inés Cuadro Carwen 207
- Selina Todd.** El pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)
Nicolás Duffau 209
- Arturo Taracena Arriola.** Guatemala, la República española y el Gobierno vasco en el exilio (1944-1954)
Roberto García 211
- Lorraine Daston (ed.).** Science in the Archives. Pasts, Presents, Futures
María Laura Martínez 213
- María José Bolaña.** Pobreza y segregación urbana. Cantegriles montevideanos 1946-1973
Pablo Martinis 215
- Magdalena Broquetas y Mauricio Bruno (coords.).**
Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales. Tomo II. 1930-1990
Florencia Soria 217
- EVENTOS
- Una fiesta para «las miradas que piensan» juntas el cine latinoamericano:
III Coloquio de estudios de cine y audiovisual de Montevideo
María Aimaretti 219
- CONVOCATORIA, *Contemporánea, año 11, volumen 12* 223

Presentación de los editores

Con este número, *Contemporánea* cumple diez años. Una década buscando estimular la producción, la crítica y la difusión de la reflexión académica histórica aquí y en la región. Un número redondo, que nos permite hacer un alto en el camino y evaluar logros y desafíos.

Es claro que en estos diez años cambió en forma significativa el contexto local y global en el que escribimos y pensamos. Para seguir de cerca esos cambios y aumentar nuestra incidencia, inauguramos la década pisando fuerte y apostando a un nuevo cambio: nuestra frecuencia pasa, a partir de este número, a ser bianual; todos los años sacaremos un primer número en julio y otro en diciembre.

Este cambio implicó grandes desafíos, importantes duplicaciones de responsabilidades y costos, así como acelerar las rutinas de trabajo y fortalecer el equipo que se encarga rotativamente de cada una de las secciones. Como siempre, es necesario agradecer en especial el apoyo de la Unidad de Comunicación y Ediciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República por su trabajo incansable y por permitirnos ampliar nuestro universo de lectores a través de la plataforma Open Journal System.

Este número se abre con un *dossier* sobre los procesos de (re)democratización de los años ochenta en el Cono Sur, coordinado por Valeria Manzano, investigadora de la Universidad San Martín y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet, Argentina), y Diego Sempol, investigador de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República. El *dossier* está compuesto por ocho artículos, que abordan desde muy diferentes perspectivas y ejes temáticos algunas de las preguntas y desafíos más recientes que ha instalado el incipiente campo de estudio sobre los años ochenta. Algunos artículos se acercan utilizando una perspectiva comparativa, otros analizando el surgimiento y las transformaciones de diferentes movimientos sociales y las disputas que instaron en la categoría *democracia*, mientras que otros exploran la difícil relación entre cultura y política.

En la sección *Varia*, donde se introducen artículos fuera del *dossier*, se presenta el artículo de Paula Salerno. En él, a través del análisis del discurso, se trabaja con las alocuciones del ex-presidente argentino Néstor Kirchner durante su primera presidencia (2003-2007), en homenaje a los combatientes de la Guerra de las Malvinas. Mediante este análisis, la autora indaga sobre los vínculos entre la configuración de una conmemoración problemática y la afirmación de una identidad política kirchnerista.

Continuando con las innovaciones, este año, por primera vez, nuestra sección *Entrevista* está dedicada a una historiadora no uruguaya. Se trata de Lorraine Daston, historiadora de la ciencia nacida en Estados Unidos y radicada en Alemania, de vasta y destacada trayectoria, y que es actualmente una de las directoras del Max Planck Institute for the History of Science en Berlín. En su breve visita a Montevideo a comienzos de este año, Juan Queijo y Antonio Augusto Passos Videira conversaron largamente con ella.

Por último, se incluye un importante número de reseñas bibliográficas que dan cuenta de la producción historiográfica más reciente y una detallada nota sobre el III Coloquio de Estudios de Cine y Audiovisual de Montevideo, realizado en setiembre de 2018, a cargo de María Aimaretti (Conicet-UBA).

En pocos meses nos reencontraremos con un nuevo número de *Contemporánea*, que en la oportunidad dedicará su *dossier*, coordinado por Magdalena Broquetas y Ernesto Bohoslavsky, a «Las derechas y la política en América latina: casos y experiencias tras la salida de las dictaduras».

Podrán consultar al final la convocatoria al *dossier* correspondiente al n.º 12, previsto para julio de 2020, cuyo tema es: «La universidad en disputa. Política, movimientos estudiantiles e intelectuales en la historia reciente latinoamericana», que editarán Nicolas Dip (Universidad Nacional de La Plata) y María Eugenia Jung (Universidad de la República). El plazo para la recepción de artículos vence el 31 de diciembre de 2019.

Volver a los ochenta Los procesos de (re)democratización en debate

Valeria Manzano¹ y Diego Sempol²

¿Cuándo empezaron los ochenta? ¿Qué relaciones existen entre esa década, que podría entenderse como una «época», y las dinámicas de democratización o redemocratización en el Cono Sur? ¿Cómo se intersectaron los procesos políticos, en toda su complejidad, con la trama social y cultural en países que, retomando léxico de la época, se situaban en sus transiciones *desde gobiernos autoritarios*? Después de haber suscitado la atención de las ciencias sociales mientras todos esos procesos iban tomando forma, esas preguntas están retornando al centro de atención, ahora, de historiadores e historiadoras.³ Volver a los ochenta implica, en nuestra contemporaneidad, poder historizarlos y formularles nuevas preguntas atentas a las conexiones transnacionales y a las perspectivas metodológicas que combinen la Historia social y cultural, además de la Ciencia Política —que había sido, sin dudas, la avenida privilegiada en estudios anteriores—. Este *dossier* forma parte de ese esfuerzo colectivo que implica *volver a los ochenta* e intenta contribuir a encontrar y responder nuevos interrogantes.

En lo referente a la Historia política y en particular a los procesos de transición, en el Cono Sur los ochenta se presentan dotados de regularidades y a la vez marcados por profundas singularidades. En Uruguay existe consenso en que la transición democrática se inició en 1980 con la derrota del proyecto de reforma constitucional impulsado por el régimen dictatorial.⁴ Para la Argentina, sin embargo, esos consensos no son tan claros: mientras para algunos estudiosos la transición se habría iniciado con la crisis interna de las Fuerzas Armadas —expresada en el recambio presidencial asociado al general Roberto Viola, en 1981—, para muchos otros se inició con la derrota en la Guerra de Malvinas.⁵ Mirada también desde los actores políticos «centrales»,

1 Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet).

2 Facultad Ciencias Sociales, Universidad de la República.

3 Ver, entre otros, el *dossier* «Historizar los ochenta», coordinado por Marina Franco y Valeria Manzano, disponible en <<http://www.historiapolitica.com/dossiers/historizar-los-ochenta/>> (puesto en línea en 2017) y el *dossier* «Transiciones a la democracia: nuevos enfoques y perspectivas», *Historia social y de las mentalidades*, vol. 22, no. 2, 2018 (disponible en <<http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/issue/view/391>>).

4 Los ochenta han sido caracterizados por la historiografía uruguaya (Caetano, 2005; Rilla, 1997; Caetano y Rilla, 1987) y la politología (González, 1985) como un período subdividido en dos momentos: a) la dictadura transicional, que se inicia en 1980 con la derrota del plebiscito a favor de una reforma constitucional que buscaba perpetuar a las Fuerzas Armadas en el poder y se cierra en 1984, cuando se concreta una salida pactada y el triunfo en las elecciones de Julio María Sanguinetti, y b) la transición democrática, que se inicia en 1985 y se cierra en 1989 con la ratificación vía referéndum de la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado.

5 Esta última perspectiva, de modo muy sonado, en O'Donnell y Schmitter (1986) y Novaro y Palermo (2000). Para una mirada atenta a las disputas castrenses, véase Canelo (2009).

como las Fuerzas Armadas o los partidos que preservaron parte de su legalidad, los inicios de la transición chilena fueron datados en 1988, cuando Augusto Pinochet perdió el referéndum que le hubiera permitido sostenerse en el gobierno legítimamente.

De esta forma, y más allá de los consensos existentes (o no) entre los estudiosos respecto a sus puntos de arranque, los países del Cono Sur iniciaron durante los años ochenta un proceso sostenido de redemocratización dejando atrás los regímenes autoritarios que se habían instalado en la región desde mediados de los sesenta en el marco de la Guerra Fría y de la Doctrina de la Seguridad Nacional. El proceso de liberalización y recuperación democrática regional tuvo tiempos similares y las experiencias traspasaron fronteras y dialogaron entre ellas: Brasil inició en 1982 la liberalización del régimen dictatorial, mientras que Argentina logró elegir presidente a fines de 1983, Uruguay, a fines de 1984 y Chile lo hizo en 1989.

A su vez, este proceso local fue puesto en relación con otros casos más lejanos, bajo el rótulo globalizador de la *tercera ola democratizadora*. Se introdujeron así al análisis, aplicando una perspectiva comparativa, varios países mediterráneos (España, Grecia y Portugal) y los países que formaban parte del bloque socialista, el que luego de su crisis a fines de los ochenta migró al capitalismo de la mano de regímenes liberales democráticos.

La academia, en particular la politológica, siguió de cerca estos cambios y construyó una vasta literatura comparativa. Ejemplos claros de esa tradición son los trabajos comparativos orientados por Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter (1986). El eje de su análisis fue indagar sobre los procesos de democratización a efectos de detectar los pasos clave en la institucionalización democrática y el rol que tuvieron los actores partidarios en su construcción. Esta literatura puso en juego presupuestos y visiones teleológicas sobre los procesos históricos, problemas que vienen siendo criticadas en los últimos años en forma significativa. Dos énfasis interpretativos son, desde la actualidad, especialmente punzantes.

En primer lugar, los trabajos transitológicos en su compromiso por construir y consolidar los procesos democráticos terminaron comprometiéndose con una visión muy restringida y procedimental sobre la idea democrática. Al ponerse el foco tanto en la existencia o no de libertad de expresión, y los derechos de asociación, reunión y voto, se dejaron de lado otros aspectos como el problema de la violación de los derechos humanos y los reclamos sociales sobre *verdad y justicia*. La clave para la consolidación de la democracia pasó a ser, entonces, antes que nada, la alternancia en el gobierno y la existencia regular de instancias electorales.

Esta perspectiva analítica, como señalaron Eric Hershberg y Elizabeth Jelin (1996), al centrarse casi exclusivamente en los temas y problemas referidos a la *institution-building* dejó de lado los procesos de democratización social de abajo hacia arriba así como invisibilizó los fuertes debates sociales y políticos sobre los contenidos y expectativas que generó la nueva democracia. Es que durante los años ochenta la categoría democrática y sus sentidos fueron objeto de intensas disputas. Diferentes actores políticos y sociales buscaron cargarla con contenidos diferentes y muchas veces contradictorios: en algunos casos implicó coparticipación en la gestión o reclamos a favor de algún tipo de democracia directa; en otros casos, democracia fue sinónimo solo de reglas de juego y aspectos formales. De esta forma, una vez que se reintegra en el análisis un poco de contingencia al proceso histórico, se logra abrir sentidos y analizar la pluralidad de miradas que existieron sobre el proceso de democratización, así como complejizar los acercamientos que cancelan estos debates para centrarse en forma excluyente en las visiones procedimentales sobre la democracia (Lesgart, 2003).

En segundo lugar, esta perspectiva politológica sobre la transición subestimó el rol y la participación de los movimientos sociales al definir que su papel en los procesos de democratización era

importante durante la resistencia y el momento de la liberalización, pero que la clave del éxito de una transición radicaba en que las elites politicopartidarias mantuvieran la conducción y el liderazgo durante todo el proceso (Linz y Stepan, 1996).

Estos dos énfasis reseñados son visibles en casi toda la producción académica de la época. Un ejemplo polifónico es el trabajo colectivo sobre la redemocratización que lideraron Charles Gillespie, Louis Goodman, Juan Rial y Peter Winn (1984-1985). Allí participó una gran pluralidad de investigadores, que, a partir de esta perspectiva, abordaron diferentes asuntos y desafíos para el proceso de transición de esos años.

Pero también es necesario subrayar que esta mirada fue disputada, en la época, desde los márgenes. Algunos intelectuales denunciaron casi en solitario la identificación unívoca entre democracia y dimensiones procedimentales: por ejemplo, Gerónimo de Sierra (1985) hizo una lectura crítica sobre las consecuencias que trajo aparejado el proceso mediante el cual el Frente Amplio confirmó su inscripción en las reglas procesales de la democracia representativa y comenzó a dejar de hablar de revolución, senda que lo llevó progresivamente a desarrollar en su seno lógicas institucionalistas.

A su vez, la reactivación del sistema «partidocrático» (Caetano, Rilla y Pérez, 1987), no impidió que algunos investigadores (Filgueira, 1985; Midaglia, 1991) trabajaran los llamados *nuevos* movimientos sociales, así como los desafíos que introducía la redemocratización en sus repertorios de protesta y capacidad movilizadora. Pero la derrota del Voto Verde en el plebiscito de 1989, que confirmó la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado, marcó una inflexión en el campo, cerrando para muchos el proceso de transición democrática.

A partir de entonces el eje de la discusión, a nivel politológico, pasó a ser la reforma y modernización del Estado (Lanzaro, 1986, 1991), mientras que en otras disciplinas aparecía la preocupación por la memoria y la lucha del movimiento por los derechos humanos. Investigadores ligados al psicoanálisis, a la psicología social y a la sociología política comenzaron a instalar un debate sobre el impacto de la impunidad y la violación de los derechos humanos en las nuevas generaciones y en la legitimación de la democracia (por ejemplo, Viñar y Ulriksen, 1993). Esta focalización, si bien instaló en la discusión el debate sobre las fragilidades y las deudas de la democracia alcanzada, no ayudó a generar un acercamiento al período con una perspectiva global y nueva.

Esta reducción analítica queda atrás con el libro de Álvaro Rico (2005), donde a partir de una crítica a los enfoques transitológicos se vuelve a un enfoque global del período mediante el análisis de los usos del pasado reciente en el contexto de los ochenta con el fin de definir los estrechos márgenes de lo posible a nivel político y económico en la nueva democracia liberal.

Todos estos cambios en el campo permitieron recuperar las dimensiones históricas y repensar la década. La transitología había definido un eje y construyó un período a su medida. Los ochenta se habían vuelto solo un momento de tránsito entre dos asuntos, y se habían invisibilizado las particularidades de ese momento histórico en tanto período con rasgos y aspectos propios.

Un impulso significativo para las nuevas miradas vino con la llegada de las conmemoraciones en fechas redondas (treinta años del fin de la dictadura) y con la formación de una camada de investigadores e investigadoras que integraron al mundo de la política con otros vectores del conocimiento social. En Uruguay, por ejemplo, se desarrollaron investigaciones sobre movimientos sociales sexogénéricos que tenían gran impacto en el presente, cuya genealogía y demandas arrancaban en esta época (Johnson, 2000, Sapriza, 2003, 2015; Sempol, 2013a, 2013b; Aguiar y Sempol, 2014). Las investigaciones se centraron en los movimientos estudiantil, de derechos humanos, sexogénéricos (mujeres, feminista y homosexual), antirrazias y de ocupación de tierras, todos

ellos movimientos que, a diferencia del sindicalismo, no habían sido casi trabajados a nivel local.⁶ Mientras tanto, en la Argentina un conjunto de investigaciones desde la sociología de la cultura y la Historia del arte ha explorado el conjunto de movimientos *underground* en las artes expresivas, mostrando cómo fueron también espacios para la gesta de nuevas formas de experimentar la política (Usubiaga, 2012; Lucena y Laboureau, 2016). Otros estudios están comenzando a desandar los modos de politización juvenil en espacios más «tradicionales», como partidos y movimiento estudiantil (Larrondo y Cozachow, 2017; Manzano, 2018; Cristal, 2018), mostrando cómo los lenguajes e imaginarios de la democracia convivieron en tensión con los de la «revolución». Asimismo, los movimientos sociales más emblemáticos del período, en particular el de derechos humanos, vienen siendo estudiados de modos más específicos, con atención a sus articulaciones con el gobierno de Raúl Alfonsín o con los partidos, así como con organismos clave a escala transnacional (Crenzel, 2008; Galante, 2017; Franco, 2018; Laíno Sanchis, 2019).

Estas investigaciones se han desarrollado en iniciativas institucionales que, aún de manera desigual, se fueron consolidando en los últimos tres lustros. Para Uruguay, de la mano del proyecto del Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre el Pasado Reciente (Geipar), programa financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (csic) de la Universidad de la República, se definió un proyecto de investigación sobre transición y democracia que terminó por generar un grupo de investigación sobre los años ochenta que permitió construir una agenda de trabajo sobre el período y promover toda una serie de actividades académicas y de difusión pública. En la Argentina, varios equipos de investigación radicados por ejemplo en las universidades nacionales de Mar del Plata, San Martín o La Plata vienen desarrollando también estudios sobre los ochenta

El *dossier* que se presenta a continuación intenta dar respuesta a los problemas y vacíos señalados en la historiografía local y regional y avanzar en algunas de las preguntas y asuntos reseñados.

El texto que abre el monográfico es un acercamiento comparativo, transnacional y en clave historia intelectual realizado por Martina Garategaray y Ariana Reano. Ambas autoras consideran posible hablar de un lenguaje político de la transición democrática en el Cono Sur, en tanto modo tipo de producción de las ideas y los conceptos en un contexto de debate, en una selva de ideas y entramados argumentales en la que se construyeron diferentes nudos problemáticos. Su texto busca analizar cómo funcionó y se construyó la figura del pacto democrático en el debate intelectual de los años ochenta en Argentina y Chile, metáfora que, como ha señalado Cecilia Lesgart (2003), sirve para pensar el nuevo régimen político como algo negociado y pacífico. El texto busca indagar cómo políticos e intelectuales chilenos y argentinos pensaron la figura del pacto y la usaron a efectos de reflexionar sobre el deber ser de la nueva democracia. El texto busca, desde una perspectiva crítica, alejarse de los acercamientos de la transitología clásica que usan la idea de pacto para comparar procesos e intenta analizar cómo fue interrogada esa figura y los desafíos que abrió. En definitiva, estudiar cómo se construyó a partir de ella una idea que

6 La historia del sindicalismo ha sido bastante estudiada en el Uruguay. Además de los últimos trabajos en esa dirección (Porrini, 2003, 2018), hay toda una línea de reflexión que trabaja la relación entre partidos de izquierda y sindicatos: Dogilio, Senatore y Yaffé (2004), Lanzaro (1986, 1991), Errandonea y Costabile (1969). Para el movimiento estudiantil existe producción importante para el período predictatorial pero muy acotada temáticamente para los ochenta (González Vaillant, 2014; Jung, 2011; Markarian, Jung y Wschebor, 2008; Sempol, 2004). A este mapeo es necesario sumar los trabajos sobre el movimiento de derechos humanos (Sempol, 2013a, 2013b; Allier, 2010; Bucheli y otros, 2005; Marchesi, 2001), el texto clásico de Prates y Rodríguez Villamil, (1985) sobre el movimiento de mujeres, el reciente trabajo de Álvarez Rivadulla (2019) sobre el movimiento de ocupación de tierras en Montevideo, así como la reflexión sobre la cultura y la comunicación durante los años ochenta (Delgado, 2014).

rechazaba cualquier noción de cambio estructural o tipo de violencia, y que si bien suturó en ambos Estados-nación un pasado violento generó efectos muy distintos en cada uno de los dos.

El texto de Álvaro Sosa plantea un análisis más local que intenta rescatar el papel que tuvo la Concertación Nacional Programática (Conapro) en el proceso de transición democrática, así como determinar su contribución al debate respecto a las características de la futura democracia y el papel que debían tener en ella las organizaciones sociales. La disputa, especialmente fuerte entre el Partido Colorado, la Unión Cívica y el Partido Nacional y los movimientos sociales, implicó que los primeros intentaran asegurarse el monopolio de las iniciativas y las decisiones en la conducción del proceso de transición. El proceso de su dilución y pérdida de legitimidad es retratado en forma paralela a la reactivación de las formas institucionalizadas de hacer política que restringen la participación de los movimientos sociales y su incidencia en la democracia a la que tanto contribuyeron a recuperar. El fracaso de la recreación de una pobre y mucho más acotada concertación a través del llamado Diálogo Social confirmaron el fin de las formas concertacionistas y el triunfo de la estrategia de construir un «acuerdo nacional» entre cúpulas partidarias.

Luego, el *dossier* aborda la compleja relación entre movimientos sociales y democratización, buscando cubrir problemas escasamente explorados hasta el momento. Por ejemplo, poco se ha trabajado en Uruguay la interacción entre movimientos sociales, las organizaciones y corporaciones y el régimen autoritario. Esta ausencia parece enunciar implícitamente un esquema en el que solo los movimientos aparecen como oposición a partir de 1983, el año del despertar de la movilización callejera. El texto que nos ofrece Gabriela González Vaillant tiene en particular dos virtudes: por un lado, rompe este esquema y busca complejizar la periodización al analizar la huelga de estudiantes de 1978 en la Facultad de Veterinaria de la Universidad de la República, momento de confrontación bastante anterior a lo que destaca tradicionalmente la historiografía sobre el período. Y, por otro, el artículo busca determinar el impacto que tuvo este evento de protesta en la política universitaria y en el propio movimiento estudiantil universitario. La estrategia de utilizar los recursos legales que ofrecía el régimen autoritario para potenciar la lucha social, que se difundió a partir de 1982 dentro del gremio estudiantil, tienen su punto de partida germinal en esta primera experiencia casi olvidada.

Por su parte, Mónica Gordillo busca reconstruir las trayectorias de algunas redes de militantes sindicales argentinos y uruguayos ligados a la Central Latinoamericana de Trabajadores a efectos de analizar su papel durante su trabajo de confrontación a los regímenes autoritarios en ambos países y su influencia en tanto vivero ideológico para toda una camada de sindicalistas. Para Gordillo, el *sindicalismo de movimiento social* difundió un mayor pluralismo ideológico y fomentó la participación de base en las centrales obreras argentina y uruguaya controladas ideológicamente por el peronismo y el Partido Comunista respectivamente.

Otra de las grandes novedades de los ochenta fue la aparición en la región de una nueva ola feminista. Ana Laura de Giorgi nos ofrece un análisis sobre las disputas que instaló en torno a la categoría *democracia* el movimiento feminista uruguayo durante esa década. Al politizar la tradicional división entre lo público y lo privado exigió la democratización en el ámbito de lo íntimo y la superación de formas de autoritarismo patriarcal que subalternizaban a la mujer y que la condenaban al cuidado y al trabajo doméstico no remunerado.

El eje sobre los movimientos sociales tiene una última escena con el artículo de María José Bolaña, donde se comparan dos organizaciones de la sociedad civil uruguayas que trabajan con población en situación de vulnerabilidad (San Vicente y el Abrojo) y su relación con el Estado durante los años ochenta y principios de los noventa. El artículo aborda la progresiva desmovilización, institucionalización y finalmente *oenegización* de ambas organizaciones, y el rol que tuvo

en ese proceso el cambio en las políticas sobre la desigualdad y la gestión de la pobreza de los organismos internacionales y estatales.

El *dossier* se cierra con un giro que explora la difícil relación entre cultura y política. Es claro que los años ochenta fueron un momento de transición compleja en múltiples niveles: tanto lo social, como lo político, económico y cultural entraron en diálogo y tensión con el escenario global al que progresivamente se reinsertó todo el Cono Sur.

El texto de Florencia Dansilio desarrolla un abordaje más clásico y estudia los cambios que experimentó el teatro independiente durante la transición argentina. La mirada sigue de cerca los debates que surgieron en el campo teatral en torno a sus formas de organización y los sentidos políticos que venían zurcidos con su práctica. De esta forma, mientras un «frente» reivindicó el teatro como movimiento, como algo «serio» y ligado a una responsabilidad social, del otro lado de la «trinchera» estuvieron aquellos que apostaron a la «fiesta», a la primacía de lo lúdico y lo paródico. El texto busca analizar esta tensión en movimiento, a efectos de monitorear cómo surgieron gracias a ella praxis teatrales innovadoras que permitieron refundar la interacción entre las dimensiones políticas y las estéticas en el campo teatral argentino.

Finalmente, el texto de Ana Sánchez busca alejarse de los estudios sobre temas culturales que trabajan autorreferencialmente sus cambios sin mirar más allá. El objetivo de su artículo es analizar el lugar del rock en la construcción de una cultura democrática en la Argentina durante los años ochenta. La reflexión se focaliza en el trabajo de algunos rockeros de primera línea, su público y algunos intelectuales ligados a la «contracultura» a efectos de analizar cómo el rock fue una suerte de plataforma para modelar una nueva sociabilidad y construir una cultura democrática. La transformación de estos músicos en voceros del cambio cultural democrático, afirma Sánchez, fue gracias a su falta de ligazón con las políticas guerrilleras de los setenta y su imagen de resistencia a la dictadura luego de su nacionalización durante la transición.

Referencias bibliográficas

- AGUIAR, S. y SEMPOL, D. (2014). «Ser joven no es delito». Transición democrática, razzias y gerontocracia». *Cuadernos de Historia*, vol. 13, pp. 134-151. Disponible en: <https://s3.amazonaws.com/academia.edu.documents/42975797/cuaderno-de-historia-13_cultura-y-comunicacion-en-los-ochenta.pdf?response-content-disposition=inline%3B%20filename%3DLos_usos_de_la_cultura_en_la_transicion.pdf&X-Amz-Algorithm=AWS4-HMAC-SHA256&X-Amz-Credential=AKIAIWOWYYGZ2Y53UL3A%2F20190728%2Fus-east-1%2F3%2Faws4_request&X-Amz-Date=20190728T200818Z&X-Amz-Expires=3600&X-Amz-SignedHeaders=host&X-Amz-Signature=61716a03024645b17f07ad4fdd73b93e5aa8d29f306fd87a6-8953db7bd4cf228#page=134> [Consultado el 28 de julio de 2019].
- ALLIER, E., (2010). *Batallas por la memoria: los usos políticos del pasado reciente en Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- ÁLVAREZ RIVADULLA, M. J. (2019). *Políticas en los márgenes. Asentamientos irregulares en Montevideo*. Bogotá: Uniandes.
- BUCHELI, G.; CURTO, V.; SANGUINETTI, V.; DEMASI, C. y YAFFÉ, J. (2005). *Vivos los llevaron... Historia de la lucha de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos (1976-2005)*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- CAETANO, G. (2005). «Introducción general: marco histórico y cambio político en dos décadas de democracia. De la transición democrática al gobierno de la izquierda (1985-2005)», en CAETANO, G. (dir.), *20 años de democracia: Uruguay 1985-2005. Miradas Múltiples*. Montevideo: Taurus.
- CAETANO, G. y RILLA, J. (1987). *Breve historia de la dictadura*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, G.; RILLA, J. y PÉREZ, R. (1987). «La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos». *Cuadernos del Claeh*, n.º 44.
- CANELO, P. (2009). *El proceso en su laberinto*. Buenos Aires: Prometeo.
- CRENZEL, E. (2008). *La historia política del Nunca Más*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- CRISTAL, Y. (2018). «El movimiento estudiantil de la UBA en los 80: De la «primavera» al desencanto (1982-1987)», en BUCHBINDER, P. (ed.), *Juventudes universitarias en América Latina*. Rosario: UNR.

- DELGADO, L. (ed.) (2014). «Cultura y comunicación en los ochenta». *Cuadernos de Historia*, vol. 13. Disponible en: <http://bibliotecadigital.bibna.gub.uy:8080/jspui/bitstream/123456789/50904/1/cuaderno-de-historia-13_cultura-y-comunicacion-en-los-ochenta.pdf> [Consultado el 29 de julio de 2019].
- DE SIERRA, G. (1985). «La izquierda de la transición», en GILLESPIE, CH.; GOODMAN, L.; RIAL, J. y WINN, P. (coords.), *Uruguay y la democracia*, tomo II. Montevideo: The Wilson Center Latin America Program-Ediciones de la Banda Oriental.
- DOGILIO, N.; SENATORE, L. y YAFFÉ, J.; (2004). «Izquierda política y sindicatos en Uruguay (1971-2003)», en LANZARO, J. (coord.), *La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno*. Montevideo: Fin de Siglo.
- ERRANDONEA, A. y COSTÁBILE, D. (1969). *Sindicatos y sociedad en el Uruguay*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- FILGUEIRA, C. (comp.) (1985). *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy*. Montevideo: Clacso-CIESU-Ediciones de la Banda Oriental.
- FRANCO, M. (2018). *El final del silencio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GALANTE, D. (2017). «Baje a la plaza, señor presidente: Madres de Plaza de Mayo y Alfonsín frente al proyecto de justicia transicional en Argentina (1983-1985)». *Prohistoria*, n.º 27, pp. 79-98. Disponible en: <<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/74140>> [Consultado el 28 de julio de 2019].
- GILLESPIE, CH.; GOODMAN, L.; RIAL, J. y WINN, P. (1984-1985). *Uruguay y la democracia*, tomos I, II y III. Montevideo: The Wilson Center Latin America Program-Ediciones de la Banda Oriental.
- GONZÁLEZ VAILLANT, G. (2014). «Movimiento en transición: Los estudiantes uruguayos en la transición democrática y los sonidos del silencio». *Pensamiento Universitario*, año 16, n.º 16, pp. 37-53.
- GONZÁLEZ, L. E. (1985). *Transición y restauración democrática*. Documento de Trabajo, 105. Montevideo: CIESU.
- HERSHBERG, E. y JELIN, E. (coords.) (1996). Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina. Buenos Aires: Ediciones Nueva Sociedad.
- JOHNSON, N. (2000). *“The Right to Have Rights”: Gender Politics, Citizenship and the State in Uruguay*. Tesis de Doctorado. Londres: University of London.
- JUNG, M. E. (2011). «La reorganización del movimiento estudiantil y la restauración democrática en la Udelar 1980-1983». *Revista Encuentros Uruguayos*, vol. 44.
- LAÍNO SANCHÍS, F. (2019). «Salir al mundo en tiempos de dictadura: Abuelas de Plaza de Mayo y las redes transnacionales de derechos humanos (1977-1983)». *Quinto Sol*, n.º 24.
- LANZARO, J. (1986). *Sindicatos y sistema político. Relaciones corporativas en el Uruguay, 1940-1985*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- LANZARO, J. (1991). «El sindicalismo en la fase postkeynesiana». *Cuadernos del Claeh*, n.º 58/59, pp. 159-180.
- LARRONDO, M. y COZACHOW, A. (2017). «Un llamado a la unidad: la experiencia del Movimiento de Juventudes Políticas (Mojupe) en la transición a la democracia», en VÁZQUEZ, M.; VOMMARO, P.; NUÑEZ, P. y BLANCO, R. (comps.), *Militancias juveniles en la Argentina democrática*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- LESART, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia*. Rosario: Homo Sapiens.
- LINZ, J. y STEPAN, A. (1996). *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and post-Communist Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- LUCENA, D. y LABOUREAU, G. (2016). *Modo mata moda: Arte, cuerpo y (micro) política en los 80*. La Plata: Edulp.
- MANZANO, V. (2018). «El psicobolche: juventud, cultura y política en la Argentina de los ochenta». *Revista Izquierdas*, n.º 41. Disponible en: <<http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2018/n41/art12.pdf>> [Consultado el 28 de julio de 2019].
- MARCHESI, A. (2001). «¿Guerra o terrorismo de Estado? Recuerdos enfrentados sobre el pasado reciente uruguayo», en JELIN, E. (comp.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas «in-felices»*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- MARKARIAN, V.; JUNG, M. y WSHEBOR, I. (2009). *1983: la generación de la primavera democrática*. Serie Aniversarios. Montevideo: AGU, Universidad de la República.
- MIDAGLIA, C. (1991). *Las formas de acción colectiva en el Uruguay: movimiento cooperativo y de derechos humanos*. Montevideo: CIESU.
- NOVARO, N. y PALERMO, V. (2000). *La dictadura militar*. Buenos Aires: Paidós.
- O'DONNELL, G. y SCHMITTER, Ph. (1986). *Tentative Conclusions about Uncertain Democracies: Transitions from Authoritarian Rule*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- PORRINI, R. (2003). «Clase obrera, sindicatos y Estado en el Uruguay de la expansión industrial (1936-1947): algunas conclusiones y nuevos problemas para su investigación». *Estudios Iberoamericanos*, vol. XXIX, n.º 2, pp. 171-196. doi: 10.15448/1980-864X.2003.2.24025.

- PORRINI, R. (2018). «Izquierdas internacionales y organizaciones de trabajadores en Uruguay (1870-1973)», en CAMARERO, H. y MANGIANTINI, M. (eds.), *El movimiento obrero y las izquierdas en América Latina. Experiencias de lucha, inserción y organización*. Raleigh, North Carolina: A Contracorriente.
- PRATES, S. y RODRÍGUEZ VILLAMIL, S. (1985). «Los movimientos sociales de mujeres en la transición a la democracia», en Filgueira, C. (comp.), *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy*. Montevideo: Clacso-CIESU-Ediciones de la Banda Oriental.
- RICO, Á. (2005). *Cómo nos domina la clase gobernante*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- RILLA, J. (1997). «Uruguay 1980: Transición y democracia plebiscitaria». *Nueva Sociedad*, n.º 150, pp. 77-83.
- SAPRIZA, G. (2003). «Dueñas de la calle». *Revista Encuentros Uruguayos*, vol. 9, pp. 89-147.
- SAPRIZA, G. (2015). «Nos habíamos amado tanto. Años revueltos, mujeres, colectivos y la pelea por el espacio público». *Estudios Feministas*, vol. 23, n.º 3, pp. 939-958. Disponible en: <<https://www.redalyc.org/pdf/381/38142136015.pdf>> [Consultado el 28 de julio de 2019].
- SEMPOL, D. (2004). «Los mártires de ayer, los muertos de hoy. El movimiento estudiantil uruguayo y el 14 de agosto (1968-2001)», en MARCHESI, A.; MARKARIAN, V.; RICO, Á. y YAFFÉ, J. (eds.), *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- SEMPOL, D. (2013a). «A la sombra de una impunidad perenne. El movimiento de Derechos Humanos y la Ley de Caducidad», en MARCHESI, A. (org.). *Ley de Caducidad: un tema inconcluso. Momentos actores y argumentos (1986-2012)*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- SEMPOL, D. (2013b). *De los baños a la calle. Historia del movimiento Lésbico Gay Trans uruguayo 1983-2013*. Montevideo: Sudamericana.
- USUBIAGA, V. (2012). *Imágenes inestables: Artes visuales, dictadura y democracia en Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa.
- VIÑAR, M. y ULRIKSEN, M. (1993). *Fracturas de memoria. Crónicas para una memoria porvenir*. Montevideo: Ediciones Trilce.

El pacto democrático en el lenguaje político de la transición en Argentina y Chile en los años ochenta

Martina Garategaray¹
Ariana Reano²

Resumen

En este artículo nos proponemos recuperar cómo fue repuesta la figura del pacto democrático en el debate político intelectual de los años ochenta en Argentina y Chile. Para ello, recuperaremos las voces que intervinieron en el espacio público a través de revistas como *Unidos* (1983-1991) y *La Ciudad Futura* (1986-2003), para el caso argentino, y *Chile-América* (1974-1983) y *Proposiciones* (1978-), para el caso chileno. La hipótesis central del trabajo es que, más allá de las modulaciones particulares, es posible pensar en un lenguaje político común a ambos lados de la cordillera, el lenguaje del consenso, en el que la apelación al pacto venía a proponer una cierta idea de unidad política que, distanciándose del pasado reciente, debía convertirse en el sustento de la propia democracia aún por construir.

Palabras clave: transición, democracia, pacto, revistas, lenguaje político

Abstract

In this article we aim to recover the way in which the democratic pact figure was placed in the intellectual and political debate in Argentina and Chile during the eighties. To fulfill this objective we will recover the voices that intervened in the public space through journals such as *Unidos* (1983-1991) and *La Ciudad Futura* (1986-2003), for the Argentine case, and *Chile-América* (1974-1983) and *Proposiciones* (1978-), for the Chilean one. The central hypothesis of this work is that, in spite of particularities, it is possible to think in a common political language at both sides of the cordillera: the language of consensus. In this language, the appeal to the pact figure suggested a certain idea of political unity that, differing from the recent past, should become the basis of the future democracy.

Keywords: transition, democracy, pact, journals, political language

1 Universidad de Buenos Aires. Centro de Historia Intelectual, Universidad de Quilmes. Conicet.

2 Universidad Nacional de General Sarmiento. Conicet.

A modo de introducción: el pacto como metáfora para pensar las transiciones democráticas

En su ya clásico trabajo sobre los usos de la transición a la democracia, Cecilia Lesgart (2003) afirma que el *pacto* aparece como la gran metáfora para pensar la democracia política como un cambio pacífico y negociado que otorga cierta previsibilidad a un proceso que de por sí es incierto y que da inicio a un futuro pronto a llegar. El carácter metafórico del pacto descansa así en su figura utópica de realización de un futuro deseable. En la perspectiva de análisis de Lesgart, las palabras y los conceptos ocupan un lugar central por el modo en el que configuran los sentidos y las acciones, pues, «en aquellos momentos históricos en que el vocabulario que dota de sentido al mundo se desvanece, la utilización simbólica y amplia del lenguaje contribuye a la producción de términos que reorientan expectativas» (2003: 112). Así, con la utilización de ciertas palabras o imágenes evocativas se orientan ciertos cursos de acción y se condenan otros, por lo que consideramos que esta apuesta resulta un buen punto de partida para visitar las transiciones a la democracia desde una mirada atenta a la dimensión simbólica y discursiva de lo político.

En este trabajo partimos de una hipótesis teórica general que afirma que es posible hablar de un *lenguaje político* de la *transición democrática* en el Cono Sur de América Latina. Hemos adoptado el concepto de *lenguaje político* porque creemos que nos permite reflexionar sobre la existencia de un suelo discursivo común sin perder de vista la multiplicidad de sublenguajes específicos de la región. Retomando la categoría de J. G. A. Pocock (2011), y articulando los aportes de la nueva Historia intelectual, Elías Palti (2007) entiende al lenguaje político no como un *corpus* determinado de ideas que circulan en un contexto determinado, sino como un modo característico de «producir» las ideas y los conceptos. Por eso afirma que «para reconstruir el lenguaje político de un período no basta, pues, con analizar los cambios de sentido que sufren las distintas categorías, sino que es necesario penetrar la lógica de las articulaciones discursivas» (2007: 17). Para ello es necesario comprender además cómo es que la temporalidad irrumpe en el pensamiento político haciendo manifiestas aquellas aporías³ inherentes a una forma de discursividad dada y la disloca. De ahí que, para hacer una Historia de los lenguajes políticos, nos dice Palti, no basta con trascender la superficie textual de los discursos y acceder al aparato argumentativo que subyace tras cada discurso, sino que es fundamental reconstruir contextos de debate.

Entre los posibles contextos de debate, en nuestro trabajo nos interesa el de la *transición democrática* que entendemos no como un interregno entre una forma de gobierno y otra, como es comúnmente interpretado por la ciencia política,⁴ sino como un clima de ideas que asumimos se vertebra sobre toda una serie de entramados argumentales y conceptuales posibles de reconstruir. En esa reconstrucción no solo es importante dar cuenta del suelo sobre el que se erigen los discursos, sino también rastrear los nudos problemáticos sobre los que ellos se constituyen en las transiciones democráticas. Por eso, en estas páginas nos proponemos ilustrar esta estrategia a partir de un análisis particular: recuperar cómo fue repuesta la figura del *pacto democrático* en el

3 Recuperamos de Pierre Rosanvallon (2003) la noción de aporía para pensar las contradicciones lógicas que nos presentan las democracias modernas. Rosanvallon se refiere a las indeterminaciones democráticas como aquellas tensiones que estructuran desde su origen la modernidad política y que no pueden ser resueltas. Entre ellas, el equívoco sobre el sujeto de la democracia (el pueblo soberano y sus representantes), o la tensión entre el número y la razón (la igualdad política y el poder racional) (2003: 23, 24).

4 En otros trabajos nos hemos centrado en la construcción de una perspectiva de análisis crítica a la «transitología» haciendo hincapié en una propuesta teoricometodológica que se proponga comprender a la transición democrática como un contexto intelectual, articulando los aportes de la nueva historia de las ideas con los de la teoría política contemporánea en su vertiente posfundacional (véase Reano y Garategaray, 2017 y 2020).

debate político intelectual de los años ochenta en Argentina y Chile, para lo que recuperaremos las voces que intervinieron en el espacio público a través de revistas como *Unidos* (1983-1991) y *La Ciudad Futura* (1986-2003), para el caso argentino, y *Chile-América* (1974-1983) y *Proposiciones* (1978-) para el caso chileno.⁵

Los trabajos que se han propuesto tematizar de un modo comparativo la cuestión del pacto lo han hecho desde una perspectiva acuñada por las ciencias sociales muy en boga en esos mismos años transicionales y que identificaba tipos de pactos sobre cuya base se caracterizaban modalidades de democratizaciones.⁶ Así, mientras en el caso de Chile el pacto aparecía como el acuerdo entre actores políticos y militares para garantizar una transición consensuada, en el caso argentino el tránsito aparecía como no pactado y las posibilidades de la democracia descansaban en su ruptura con el pasado de la dictadura cívico-militar.⁷ En cambio, desde una perspectiva que busca conectar la nueva Historia de las ideas con la teoría democrática contemporánea, nuestro trabajo se propone indagar más bien los modos en los que políticos e intelectuales de ambos lados de la cordillera reflexionaron sobre la figura del pacto y la utilizaron metafóricamente como índice de cómo debía ser pensada la naciente democracia o la democracia por venir.⁸ En este sentido, y a diferencia de los estudios transitológicos, nuestro trabajo no da por sentada la figura del pacto como parámetro desde el cual comprar modos de transición, sino que más bien recupera la figura del pacto en el marco de una reflexión que interroga dicha figura para pensar lo complejo del proceso de construcción democrática en un contexto transicional y los desafíos que ello imponía a intelectuales y políticos. La apuesta de estudios tales como el de Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead (1988) era la de posibilitar, a partir del análisis de casos, la construcción de una metodología que permitiera clasificar los tipos de transición para luego compararlos.⁹ En contraste, la comparación que presentamos entre Argentina y Chile no surge de la necesidad de contraponer dos formas o modos de pensar sobre el mismo problema, sino que se nos presenta como entrada para pensar ciertas experiencias nacionales como parte de una *comunidad de ideas* y de un lenguaje político compartido en la región. Es así que proponemos una mirada que reafirma la estrecha relación entre el comparativismo y el enfoque transnacional y que

5 Se trata de revistas en las que convergieron tanto intelectuales como políticos que acompañaron el proceso de renovación de las principales tradiciones políticas en cada país y que explícitamente se propusieron discutir los límites y posibilidades de la democracia.

6 Estas tipologías de pacto y modalidades de democratización han sido inventariadas más recientemente en los trabajos de Vitullo (2001) y Mazzei (2011).

7 Sobre la cuestión del pacto en Chile véanse Garretón (1991) y Godoy Arcaya (1999), y para el caso argentino se sugiere consultar Mazzei (2011).

8 De acuerdo con Nora Rabotnikof, los escenarios de las transiciones a la democracia marcaron un cambio de nivel en la reflexión ideológico-política que ella caracteriza como «el retorno de la filosofía política» (1992: 207), en la medida en que el pacto, como se sabe, fue un eje fundamental de los desarrollos de la filosofía política moderna. Pero, además, como bien señala Lesgart, el «revival contractualista» no solo aparece en el registro teórico de los intelectuales que hacen del tema de la democracia una producción poloticoideológica, sino que es un tema que también aparece en la producción politológica. Esta, influida fuertemente por los desarrollos de la academia norteamericana, liga la cuestión democrática a las instituciones, a los enfoques racionales y a la teoría de los juegos y recupera la figura del pacto asimilándolo al acuerdo estratégico entre actores (Lesgart, 2003: 88-92).

9 El trabajo pionero que estamos citando elaboró referencias y denominaciones tales como transiciones pactadas (o *por transacción*) y *no pactadas* (también llamadas *por colapso*) o *por ruptura* (Cfr. O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1988),

busca continuar la línea que sobre el Cono Sur han iniciado, por ejemplo, los trabajos de Soledad Lastra (2018) y Ernesto Bohoslavsky, Marina Franco y Mariana Iglesias (2010).¹⁰

Más allá de que en el caso argentino el debate se hacía al calor de la *vuelta a la democracia* y en el chileno con vistas a una democratización que no se presentaba como inminente, nos interesa recuperar el modo en el que el propio debate intelectual asumió modulaciones comunes y singulares. Porque si en Chile el pacto fue pensado como un acuerdo pragmático e institucional y como la única salida del régimen pinochetista, y en Argentina el pacto era visto como el acuerdo normativo que debía desterrar la violencia y el antagonismo, nuestra interpretación es que ambas experiencias se sostienen sobre un suelo discursivo común: el pacto venía a proponer una cierta idea de unidad política que, distanciándose del pasado reciente, debía convertirse en el sustento de la propia democracia. Pero también, que al calor de los debates sobre la democracia la reflexión político-conceptual sobre el pacto puso de relieve el propio sentido *político*¹¹ de la democracia. ¿Cómo exactamente?

Norbert Lechner fue uno de los primeros intelectuales en advertir que, frente a la irracionalidad autoritaria y la destrucción del espacio comunitario, el pacto vino a llenar ese vacío en un movimiento en el que, por un lado, afirmaba la necesidad de reconocer la existencia de normas constitutivas que dieran un marco a la convivencia y, por el otro, indicaba la imposibilidad de fijar esas normas de una vez y para siempre, puesto que ellas eran el producto de un consenso que había que construir. Y ello porque el pacto supone un acuerdo común en el marco de un pluralismo que incorpora intereses diversos y que, por lo general, entra en conflicto con esa dimensión de lo común. Por eso Lechner se refiere a la «utopía del consenso» como imagen de una plenitud no factible pero necesaria para concebir las relaciones de reciprocidad en una democracia ([1984] 2013: 414). En esta clave, el pacto recupera la utopía como horizonte (como ideal de comunidad), como imaginario necesario para poder institucionalizar la realidad social (Rabotnikof, 1992: 219), pero también asume su imposibilidad como cierre o sutura final.

Desde esta concepción el pacto sería índice de ese carácter dual de lo político (registro que supone su necesidad y al mismo tiempo su imposibilidad) y por ello nos interesa analizar cómo se elaboró en el debate político-intelectual tanto en Argentina como en Chile: su necesidad — porque apelar al pacto resultó una forma de garantizar la eficacia del proceso de democratización y el mejor modo de combatir las amenazas autoritarias del pasado que aún estaban latentes y a las que había que contraponer un horizonte de certidumbre y previsibilidad— y su imposibilidad — porque, como afirmábamos con Lechner, la concreción efectiva del pacto es imposible sin anular los fundamentos de la propia democracia en lo que de incertidumbre y contingencia ella se constituye—. Frente al pasado, el pacto democrático debía establecer de un modo claro *las reglas*

10 Sobre la importancia del comparativismo en la Historia intelectual, véase el dossier titulado «El comparativismo como problema» publicado en la revista *Prismas*, y fundamentalmente los trabajos de Gorelik (2004) y Myers (2004).

11 Recuperamos esta acepción en el sentido que le da Claude Lefort, quien sostiene que lo político se revela no en aquello que llamamos actividad política, sino en el doble movimiento de aparición y ocultamiento del modo de institución de la sociedad. Aparición, en el sentido en que emerge a lo visible el proceso por el cual se *ordena* y se *unifica* la sociedad a través de sus divisiones; ocultamiento, en el sentido en que un sitio de la política —sitio donde se ejerce la competencia entre partidos y donde se forma, se renueva, la instancia general del poder— es designado como particular, mientras se disimula el principio generador de la configuración del conjunto. Por eso, para el francés repensar lo político requiere una ruptura con el punto de vista científico de política que delimita su objeto de conocimiento a partir de la construcción de un hecho político particular y supone interrogar la forma social bajo la que se presenta y se ve legitimada esa construcción (Lefort, 2004: 39). *Lo político* se refiere al punto de vista filosófico que no se pregunta tanto por los hechos de la política sino por la esencia de lo político.

del juego, construir un nuevo orden y, al mismo tiempo, afirmar el potencial transformador de la democracia; una democracia que apenas estaba en construcción y, por tanto, todo el tiempo puesta en y abierta a la discusión.

Compromiso, consenso y reglas constitutivas: el pacto democrático en Argentina

Durante los años de la transición la idea de que la democracia necesitaba un pacto democrático como pacto social para garantizar la gobernabilidad era recurrente tanto en los discursos políticos como académicos. Tal como sostenían Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ípola en su artículo «Crisis social y pacto democrático»,¹² el pacto surgía como la «metáfora fundadora del orden político» ([1984] 1988: 175) a partir de la cual se muestra a la democracia no ya como una utopía de sociedad trasparente sino revelando su carácter «construido» y, por tanto, contingente. En Argentina, para que el pacto democrático adquiriera realidad hacía falta que los sujetos sociales lo asumieran como propio y, en consecuencia, asumieran la necesidad de proyectarse más allá del horizonte de sus particularismos reivindicativos y acordaran como prioridad la construcción de un orden colectivo vinculante (Portantiero y De Ípola, [1984] 1988: 187). El pacto se convertía así en una cuestión ética, pensada en términos de una decisión de autolimitación personal en pos de la construcción de una comunidad política que, por otra parte, reconocía la pluralidad y la diferencia. La utilización de la metáfora del contrato supone una formación contractual de «reglas constitutivas» que se distinguen de las «reglas normativas».¹³ Como sostiene Nora Rabotnikof, el registro en el que aparece tematizado el pacto aquí supone postularlo como un valor universal cuyo carácter no negociable lo distingue de los bienes y las metas que son, por lo general, objetos de las negociaciones estratégicas (1992: 218-219).

La *Convocatoria para la convergencia democrática*, más conocida como *Discurso de Parque Norte*,¹⁴ fue el espacio donde se cristalizaron estas ideas acerca del pacto democrático en el caso argentino.¹⁵ Al asumir, el presidente Raúl Alfonsín había anunciado que «la democracia es un va-

12 Este trabajo fue publicado por primera vez en la revista *Punto de Vista* en agosto de 1984 y se constituyó en uno de los insumos fundamentales para la elaboración del discurso de Parque Norte al que nos referiremos en breve. Las referencias que utilizamos en este trabajo corresponden a la reedición de 1988.

13 En el trabajo antes referido Portantiero y De Ípola retoman la distinción de John Searle entre *reglas normativas* y *reglas constitutivas*. Las reglas normativas son aquellas que rigen una actividad preexistente, una actividad cuya existencia es lógicamente independiente de esas reglas. Ellas prescriben la manera correcta o adecuada en que debe llevarse a cabo una determinada acción. Por el contrario, las reglas constitutivas fundan (y también rigen) una actividad cuya existencia depende lógicamente de esas reglas. Ellas crean o definen nuevas formas de comportamiento. Nuestra hipótesis, dirán los autores, es que «para captar el sentido de lo político es preciso concebir a la acción política como una especie de juego colectivo basado en un sistema de reglas constitutivas» (Portantiero y De Ípola, [1984] 1988: 176-177).

14 Mensaje del señor presidente de la Nación, Dr. Raúl R. Alfonsín, al Plenario de Delegados al Comité Nacional de la Unión Cívica Radical el 1.º de diciembre de 1985 en Parque Norte (en adelante, *Discurso de Parque Norte*). En él colaboraron los reconocidos intelectuales Juan Carlos Portantiero, Emilio de Ípola y José Aricó y le imprimieron un sesgo particular, lo que estableció un vínculo entre intelectuales y políticos que se mantuvo durante buena parte del mandato presidencial.

15 Una aclaración que cabe hacer aquí es que, si bien en este trabajo nos centramos en la idea del pacto que aparece en Parque Norte, reconocemos que esta no es la única apelación al pacto que circuló durante la transición argentina. Recordemos el sentido «negativo» del pacto con el que Alfonsín denunciaba el «pacto militar-sindical» y que, al decir de Gerardo Aboy Carlés (2001), constituyó la base de demarcación de la frontera alfonsinista con el pasado. Y también es preciso recordar el modo en el que el pacto celebrado entre Alfonsín y Carlos Saúl Menem —el Pacto de Olivos— fue interpretado como el acuerdo que selló el final de

lor aún más alto que el de una mera forma de legitimidad del poder, porque con la democracia no solo se vota, sino que también se come, se educa y se cura». ¹⁶ Este pasaje tan citado de su discurso conservaba el valor ético de la democracia como fundamento de la sociedad y desde allí se hacía el llamado al pacto democrático el 1.º de diciembre de 1985. El discurso fue doblemente significativo: si bien el auditorio estaba constituido por el plenario de delegados al Comité Nacional de la Unión Cívica Radical (UCR) y el discurso estaba dirigido a ellos, las palabras de Alfonsín excedían la interna del radicalismo para proyectarse hacia afuera del partido, buscando establecer el diálogo con otras agrupaciones políticas. El discurso tenía la pretensión fundacional de convertir al alfonsinismo en el Tercer movimiento histórico, continuando el legado yrigoyenista y peronista. ¹⁷ Decía el presidente:

No hay sociedad democrática sin disenso: no la hay tampoco sin reglas del juego compartidas; ni la hay sin participación. Pero no hay además ni disenso, ni reglas de juego, ni participación democrática sin sujetos democráticos. [...] [un sujeto democrático es] aquel que ha interiorizado, hecho suyos, los valores éticos y políticos —legitimidad del disenso, pluralismo como principio y como método, aceptación de las reglas básicas de la convivencia social, respeto de las diferencias, voluntad de participación—. En un país con arraigadas tradiciones autoritarias, la emergencia de sujetos democráticos no va de suyo; es una tarea, una empresa. ¹⁸

Alfonsín afirmaba que el pacto democrático solo era posible a partir de la existencia de sujetos democráticos. Pero reconocía que estos sujetos, dada la *arraigada tradición autoritaria* presente en la Argentina, no existían naturalmente. La gran paradoja de *la vuelta a la democracia* consistía entonces en que la democracia necesitaba de sujetos que había que construir. Pero ¿cómo construir al pueblo democrático que la democracia presuponía como su fundamento? Sigamos el argumento desplegado en Parque Norte:

Pero ese pacto solo puede lograrse de verdad cuando un gran objetivo nacional lo exige y legítima. El compromiso común para la construcción de una sociedad mejor es, entonces, la sustancia misma del pacto social, y la acción conjunta para hacerla realidad y consolidarla será la condición de su vigencia y éxito. ¹⁹

La respuesta a cómo construir esos sujetos democráticos parecía ser: a partir del compromiso común. Sin embargo, como vemos, el argumento vuelve sobre una curiosa circularidad. Los

la transición democrática argentina (Rinesi y Vommaro, 2007). Es más, tal como indica Portantiero, luego de algunos fracasos de la política de gobierno de Alfonsín, ciertas concesiones que tuvo que ir haciendo durante su gestión fueron interpretadas en clave de «triple pacto»: con el capitalismo (ligado al Plan Austral), con el sindicalismo (reivindicado en el acuerdo con un sector del sindicalismo peronista mediante el cual Carlos Elvio Alderete asumió como ministro de Trabajo) y con los militares, cuyo punto de inflexión fueron los acontecimientos de Semana Santa y las posteriores sanciones de la Ley de Obediencia Debida y de Punto Final (Portantiero, 1987: 286-292).

16 Mensaje de asunción del Sr. presidente de la Nación a la Honorable Asamblea Legislativa, 10 de diciembre de 1983.

17 Excede a estas páginas analizar las implicancias de dicho discurso dentro del radicalismo, sin embargo, es dable mencionar que Alfonsín le hablaba a un nuevo partido, aquel capaz de encarar el proyecto de «100 años de democracia», un partido que se nutriría de los aportes del socialismo, la democracia cristiana, el liberalismo y el peronismo. Era una apertura partidaria que muchos veían con recelo, entre ellos buena parte de la Junta Coordinadora, pero mantenía al radicalismo como eje del Tercer movimiento histórico. Para algunos como base excluyente, mientras que otros veían al radicalismo como una parte que debía encarar dicha síntesis.

18 Alfonsín, R. (1985). «Convocatoria para una convergencia democrática». Discurso pronunciado por el Dr. Raúl Alfonsín ante el plenario de delegados al comité nacional el día 1.º/12/1985. Unión Cívica Radical, Comité de la Capital Federal.

19 Ídem.

sujetos democráticos debían construirse desde el mismo proceso de transición; en otras palabras, construir desde la sociedad democrática al sujeto democrático que ella misma suponía como su fundamento. Y el propio pacto, que debía unir lo desunido, solo era posible si había algo común entre los hombres, capaz de vehiculizar un objetivo nacional. En ambos casos, se ponía como condición a aquello que debía ser el resultado tanto de la práctica democrática como del contrato. El discurso indicaba que presuponer al sujeto democrático bastaba para crearlo, y que el acto de enunciar la sustancia del pacto, investía al contrato de un fundamento.

No obstante, resultó confuso el modo en que se apeló al pacto sobre las reglas del juego democrático porque esto pronto se asoció a una pura reivindicación de los procedimientos formales de la democracia y no contemplaba demasiado el modo en que tales procedimientos son comprendidos por los actores sociales en la lucha política. Anticipándose a una posible objeción, Portantiero y De Ípola aclaraban que las reglas constitutivas a las que refería el discurso, «lejos de ser un espacio neutro y definido dentro de cuyos límites se desplegaría la acción política, *son aquello mismo que está en juego en dicha ocasión*» ([1984] 1988: 177), por lo que ninguna lucha se emprende al margen de todo sistema de reglas constitutivas. Esto reabría una tensión entre *formas institucionales* y *contenido político*, que, para decirlo en los términos que circulaban en el debate, aludía a las posibilidades y a las dificultades de articular *pacto* y *proyecto* democrático. Esta era una preocupación de los sectores críticos al alfonsinismo que veían en su reivindicación del pacto vía reglas una excesiva defensa de una democracia formal sostenida sobre criterios de validez universal, pues tanto desde el socialismo como desde el peronismo renovador la demanda de un proyecto democrático estaba asociada a la construcción de una verdadera voluntad transformadora. En la revista *La Ciudad Futura*,²⁰ Jorge Dotti decía al respecto: «situar a las reglas en un nivel metanormativo hace que la democracia resulte justificada como mecanismo de neutralización: su universalidad es intangible y la homogenización que ella produce no da reconocimiento al antagonismo más profundo».²¹ Imaginar una relación posible entre democracia y socialismo, agregaba el autor, exige «atender a lo específico de los enfrentamientos sociales y a la identidad efectiva de los factores de poder, para que el “pacto” no sea mero consenso a un *a priori* políticamente mudo».²²

El propio Alfonsín reconocía la dificultad que esto planteaba, pero insistía en la necesidad de sostener un «compromiso nacional sobre los fundamentos» que sería la «sustancia misma del pacto social» (1985 [1986]: 25), cuestión que en última instancia apelaba a una convicción subjetiva y a un ejercicio de responsabilidad de los sujetos comprometidos con el destino democrático de su comunidad política. Así entonces, el pacto, y su doble sustancia, ética y procedimental, convocaba a defender la democracia como forma de gobierno, pero también como forma de vida. Convencido de que un ideal superior sostenido sobre un «mínimo de ética cívica compartida» podría mancomunar esfuerzos, el presidente agregaba:

20 *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista* nace en 1986 bajo la dirección de José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula y es, junto con el Club de Cultura Socialista (ccs), la principal realización practico-institucional del grupo de los «gramscianos argentinos». Como tentativa de creación de un espacio que permitiera a aquel grupo de intelectuales de izquierda una intervención relevante en el mundo de la política, como espacio de formación de opinión en un momento fundamental de la transición. Entre los integrantes del Comité Editorial figuraron Jorge Dotti, Javier Frenzé, Carlos Altamirano, Emilio de Ípola, Rafael Filipelli, Julio Godio, José Nun, Beatriz Sarlo, Marcelo Lozada, Hugo Vezetti, Héctor Leis. Aunque no aparecen como miembros del Comité Editorial, Oscar Terán y Héctor Schucler estuvieron presentes desde los primeros números. En 1998 *La Ciudad Futura* interrumpe su publicación, la cual es retomada en la primavera de 2001.

21 Dotti, J. (1986). «Democracia y Socialismo: una decisión ética». *La Ciudad Futura*, n.º 2, p. 23.

22 Ídem.

... tenemos sin embargo la convicción de que no se trata de un proyecto más; de que, sin perjuicio de ser discutido, corregido, perfeccionado, posee una capacidad convocante que excede, por sus virtualidades propias, los puntos de vista particulares de un sector; de una corporación e incluso de una agrupación partidaria. [...] La UCR está llamada a ser el partido de la convocatoria para el futuro y esto no es fruto de una casualidad. Su primera gran función histórica fue la de instaurar la democracia concreta...²³

Estas palabras, que reconocían el carácter dual de la constitución democrática, y el rol del radicalismo en ese proceso, llevaron a los intelectuales de la renovación peronista a afirmar que había cierta dificultad en la convocatoria de Alfonsín. Advertían una tensión entre la necesaria pluralidad de la invitación, el llamado a un compromiso común, y la convocatoria que se cerraba en la figura del presidente y el partido.²⁴ En palabras de Horacio González para la revista *Unidos*:²⁵

... el alfonsinismo no puede dejar de problematizar la contradicción que se establece entre la fundación del «nuevo trato» y el contenido de lo que se trata fundar. El fundador es único, pero sus formulaciones son pluralistas. No se trata de un problema si es asumido y considerado como el núcleo de paradojas que siempre se encuentra en el centro de la vida política. Pero se torna un problema si el candidato a fundador del sistema actúa disimulando el lugar desde el cual pretende atribuir sentido a las cosas.²⁶

Esta identidad entre el pacto y su único garante era criticada porque minaba la propia idea de pacto democrático al subsumirlo a un único detentador de este y, por tanto, a un único modo de ejercitar la democracia. Para González, Alfonsín escondía el lugar desde dónde enunciaba y dotaba de sentido a la democracia y en ese acto buscaba ocultar, bajo una ética universal, la fundación del poder constituyente. En este intento el discurso alfonsinista construía un lugar de enunciación hegemónico y poco plural, contradiciendo de algún modo su espíritu original.²⁷

Podríamos apuntar que esta crítica evidenciaba además el problema que enfrentaba el flamante gobierno y del que el propio Alfonsín daba cuenta: «conciliar la existencia de una pluralidad diferenciada de sujetos sociales, con un principio ordenador que intermedie en las oposiciones y los conflictos y haga valer los requerimientos de cooperación necesarios para la convivencia so-

23 Alfonsín, cit., 1985.

24 Vale la pena recordar que Alfonsín, en esta nueva etapa, alteró una larga tradición en la UCR que hacía incompatibles los cargos de presidente de la Nación y presidente del Comité Nacional del Partido y detentó ambos cargos. Reconocía de este modo la excepcionalidad del momento que le tocaba gobernar.

25 Dirigida desde sus inicios en 1983 y hasta 1989 por quien fuera su mentor, Carlos *Chacho* Álvarez, la revista *Unidos* nucleó a un amplio grupo de intelectuales, académicos y militantes entre los cuales cabe mencionar a Mario Wainfeld (su último director, entre 1989 y 1990), Horacio González, Arturo Armada, Roberto Marafioti, Norberto Ivancich, Salvador Ferla, Enrique Martínez, Vicente Palermo, José Pablo Feinmann, Alcira Argumedo, Hugo Chumbita, Alvaro Abós y Oscar Landi, entre otros. Este grupo acompañó el derrotero del peronismo renovador apoyando la democratización interna y la discusión de ideas en el movimiento y con la victoria de Carlos Menem apoyó el surgimiento del grupo de los ocho diputados opositores. La Renovación Peronista fue la corriente interna que surgió después de la derrota electoral de 1983 hasta las internas de 1989 y que nucleó a las figuras de Antonio Cafiero, Carlos Grosso y Carlos Menem dispuestas a reponer al peronismo en la vuelta a la democracia y disputarle la hegemonía del partido a la ortodoxia peronista identificada con Herminio Iglesias y Lorenzo Miguel. Sobre *Unidos* y la Renovación Peronista recomendamos leer a Garategaray (2018).

26 González, H. (1986). «El alfonsinismo: un bonapartismo de la ética». *Unidos*, n.º 9: El Alfonsinismo. Navegaciones y enigmas, p. 33.

27 En esta misma clave, Aboy Carlés afirma que Alfonsín, en su intento por terminar con el recurrente hegemonismo de la vida política argentina adquiere por momentos, de modo paradójico, la forma de una nueva identidad hegemónica (2001: 225 y 226).

cial»²⁸ El pacto, pensado en esta clave de construcción intersubjetiva, apelaba al ejercicio de una suerte de virtud ciudadana cuyo reaseguro terminaba reduciéndose a las decisiones tomadas por el presidente de la Nación, concebido como máximo representante de la República.

Esta defensa republicana era también entendida desde *Unidos* como una forma de borrar la lucha y el conflicto como dinamizadores de lo social, haciendo del proyecto democrático alfonsinista algo «tímidamente reformista y profundamente liberal».²⁹ Era un proyecto de democracia «domesticada»³⁰ que no incorporaba las categorías de lucha y conflicto como elementos centrales para entender la dinámica democrática y transformar desde allí las estructuras sociales, políticas y económicas.

En nombre de la estabilidad institucional el alfonsinismo no tenía un proyecto político capaz de afectar intereses, porque suponía que las disfunciones económicas, sociales y políticas del país eran una consecuencia de la inestabilidad institucional:

El alfonsinismo no cuestiona la condición dependiente de la Argentina, tampoco cuan injusto es en nuestro país el reparto social del poder, de los bienes económicos, del conocimiento y del prestigio. Es más: supone que alterar cualquiera de esas variables pone en peligro la democracia. Su finalidad es mantener el sistema político aún (a merced) al precio de no tocar la dependencia ni la injusticia [...] Son «marxistas al revés», piensan que las instituciones son determinantes de los fenómenos económicos y sociales.³¹

El reordenamiento político institucional con el que el gobierno asociaba la estabilidad democrática, según *Unidos*, lo convertía simplemente en un garante de la transición más que en un actor protagonista de la transformación. En nombre de la imparcialidad, la simetría y el equilibrio, sostenía Roberto Marafioti, «se sueña con un nuevo espacio para la realización del ciudadano, el de lo público, entonces cualquier actividad que nuclea a partir de una práctica común que pueda derivar en una actuación colectiva, es descalificable como tal».³² La democracia se convierte en un escenario para la convivencia en el que los conflictos siempre pueden dirimirse civilizadamente. Esta es la concepción que *Unidos* le discutía a Alfonsín por anteponer el pacto (y a él mismo como garante) a un proyecto político de transformación. En palabras de Pablo Bergel: «el alfonsinismo desperdició la oportunidad de convertirse en un núcleo convocante de una nueva síntesis histórica popular, *desarrollando y profundizando en serio el pacto democrático* en dirección a un *auténtico protagonismo popular*».³³

Como vemos, la crítica de la revista *Unidos* al pacto democrático del alfonsinismo también suponía reivindicar la democracia como acción política capaz de disputar poder y en esa clave apelaba a una dimensión conflictiva y transformadora de la política sostenida sobre un sujeto popular activo y no pasivo como el que, según ellos, suponía la apelación a la ética y la virtud ciudadana que evocaba el pacto alfonsinista.

28 Alfonsín, cit., 1985, p. 25.

29 Martín, M. (1986). «El futuro del alfonsinismo». *Unidos*, n.º 9: El Alfonsinismo. Navegaciones y enigmas, p. 66.

30 Ibidem, p. 69.

31 Wainfeld, M. (1986). «No lloremos la historia que no fue». *Unidos*, n.º 9: El Alfonsinismo. Navegaciones y enigmas, p. 108.

32 Marafioti, R. (1986). «El poder del lenguaje no es el lenguaje del poder». *Unidos*, n.º 9: El Alfonsinismo. Navegaciones y enigmas, p. 60.

33 Bergel, P. (1986). «Alfonsinismo, Tercer Movimiento y Renovación Peronista». *Unidos*, n.º 9: El Alfonsinismo. Navegaciones y enigmas, p. 122.

En el reconocimiento de los logros de la democracia alfonsinista, pero también en la revisión crítica hacia ella y del lugar que debía ocupar el peronismo en la escena política argentina, *Unidos* iba construyendo su apuesta:

Alejados de la angustiada opción entre dictadura o democracia, la realidad distingue otras líneas de conflicto donde la transformación pasa a ser el requisito de la estabilidad institucional. Esto requiere trascender la noción de la democracia como mercado político y construir en un mismo movimiento, el orden democrático y los sujetos populares que lo sustenten.³⁴

La democracia como terreno de disputa y no como valor absoluto. La democracia del lado de la justicia distributiva, de la igualdad y de la liberación, disputándole a Alfonsín una idea de la democracia que, hacia mediados de su gobierno, corría cada vez más el riesgo de «impulsar una neutralidad despolitizadora de los conflictos sociales forzando una visión “armoniosa” y por lo tanto ajena a la condición democrática».³⁵

Como vemos, la apelación a la metáfora del pacto fue índice del debate sobre el sentido de la democracia que estructuró la discusión político-intelectual de aquellos años, revelando su inherente dimensión aporética. En este marco, las principales críticas a la idea del pacto provenientes del campo de la izquierda intelectual y del peronismo renovador podrían sintetizarse en dos direcciones convergentes. Por un lado, a partir de la tensión entre la idea de pacto y la de proyecto político, este último más vinculado a la idea de que la democracia debía encarnarse en un proyecto político que fuera capaz de transformar las condiciones de injusticia social. Esto suponía rehabilitar una dimensión conflictiva de la política, reconocer el lugar de las relaciones de poder y la disposición a afectar intereses con el fin de revertir las desigualdades, todo ello sostenido en un auténtico protagonismo popular. Por otro lado, a partir de la crítica a una concepción normativa, que no solo aparecía en el discurso del Alfonsín ligada a la idea de república sino también a la de un pacto que eliminaba las antinomias del pasado y que se constituía en la base indiscutida (ética y procedimental) a partir de la cual consolidar la democracia institucional.³⁶

Convergencia, consenso y concertación: las modulaciones del pacto en Chile

En Chile, los años ochenta también estuvieron centrados en el debate sobre la democratización. Si bien la «democracia plena», como aparece en los debates de la época, se concreta a finales de la década, nos interesa apuntar cómo desde el plebiscito de 1980, y fundamentalmente a partir de 1983 y hasta 1988, *la democracia deseable* se convirtió en el foco de discusión dentro del campo político-intelectual (Moyano Barahona, 2009). Los intelectuales que más vehiculizaron ese debate fueron los que desde las ciencias sociales también iniciaron un movimiento de renovación de las categorías para pensar la política. Desde distintos centros académico-intelectuales³⁷ y revistas

34 Álvarez, C. (1986). «La revolución y la última coartada doctrinaria». *Unidos*, n.º 11-12: La revolución bajo sospecha, p. 15.

35 Ídem.

36 Esta crítica formaba parte de un debate más amplio en torno a la democracia social y a la democracia política que fue constitutivo de la transición como contexto de debate de ideas. Esta hipótesis ha sido desplegada in extenso en Reano (2011).

37 Como por ejemplo la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), la Corporación de Estudios para Latinoamérica (Cieplan), Sur, el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (Icheh), Centro de Estudios del Desarrollo (CED) y el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET).

político-culturales como *Proposiciones* o *Chile-América*,³⁸ se plantearon y difundieron debates en torno a la democracia, a las transformaciones de la izquierda y a las formas del consenso.³⁹

La dictadura militar reformó y aprobó una nueva Constitución en Chile el 8 de agosto de 1980, que fue sometida a un dudoso y fraudulento plebiscito, y que fue ratificada el 11 de setiembre. A partir de entonces, la oposición al régimen de Augusto Pinochet se planteó cuál debía ser el curso a seguir. Desde la revista *Chile-América* se reconocían tres alternativas de acción: la primera era aceptar la legalidad del régimen y actuar dentro de «sus marcos», la segunda era aceptar su ilegitimidad y apostar a la violencia y la tercera, entablar una oposición democrática que enfrente al gobierno en los terrenos que atentaba contra la mayoría.⁴⁰

Mientras comenzaban las discusiones sobre el camino de la transición democrática, reconociendo el gran y «sincero esfuerzo de renovación y encuentro que hicieron las principales corrientes políticas de la oposición»,⁴¹ en mayo de 1983 se iniciaba también una fuerte ola de protestas que alcanzó su pico de violencia y represión en agosto y que continuó hasta 1986. En consonancia con los planteos de la oposición, el debate politico-intelectual se planteaba esos años en torno a si debía adoptarse la estrategia de la protesta, de la confrontación y del paro general tendiente a desgastar al régimen de Pinochet, o si la estrategia era la de aceptar la institucionalidad y derrotar a la dictadura en los marcos de su propia legalidad, esto es, acabar con el régimen autoritario *desde dentro*, como se decía.

En *Chile-América* parecía afirmarse una tercera opción que se inclinaba, primero, por construir una fuerza capaz de terminar con la dictadura y por ello se afirmaba que: «Transición y alternativa están inminentemente unidas, se condicionan y engloban recíprocamente. No hay transición sin una alternativa política definida y no hay verdadera alternativa si no se camina hacia la democracia».⁴² Lo que parecía afirmarse era que solo una transición democrática sería posible si la oposición lograba articular una alternativa al gobierno de Pinochet y esa alternativa no podía provenir, dada la experiencia del pasado reciente y la historia política de Chile, de una sola tradición. Pero la revista del exilio no estaba sola y, desde Chile, en las páginas de *Proposiciones*, se planteaba el desafío de construir una unidad capaz de superar los dogmatismos y sectarismos

38 Los primeros números de la revista *Proposiciones* (1978-2010) se originaron a partir de los talleres de co-yuntura que se realizaban en el Centro de Estudios Sociales y Educación en Chile del que participaban intelectuales y profesionales. Sus debates fueron parte de lo que se ha llamado el proceso de «renovación» del pensamiento socialista. En la década del ochenta fue dirigida en un primer momento por Javier Martínez, después por Eduardo Valenzuela y desde 1986 por José Bengoa. Véase Moyano Barahona y Mella Polanco (2017). La revista *Chile-América* se publica en Roma desde 1974 hasta 1983. Fue fundada y dirigida en un primer momento por intelectuales y políticos chilenos vinculados al Partido Demócrata Cristiano (PDC), a la Izquierda Cristiana (IC) y al depuesto gobierno de la Unidad Popular (UP): Bernardo Leighton Guzmán, Julio Silva Solar, Esteban Tomic, José Antonio Viera Gallo. Más tarde se sumaron Benjamín Teplisky y Fernando Bachelet. Escribieron, entre otros: Garretón, Baño, Orrego, Valdés, Tironi, Bitar, Novoa, Teplizky, Moulián, Corvalán y Aylwin. Véase Monsálvez Araneda y Gómez Rojas (2018).

39 Pueden verse al respecto los Documentos de Trabajo de Flacso Santiago de Chile y los textos del encuentro en Chantilly que se llevó a cabo bajo la iniciativa de Asociación para el Estudio de la realidad Chilena (ASER) (París) y del Instituto para el Nuevo Chile con asiento en Rotterdam. En estos diversos espacios participaron sociólogos como Tomás Moulián, Antonio Garretón, Eugenio Tironi, Norbert Lechner y Ángel Flisfisch junto a varios políticos como Julio Silva Solar, Sergio Bitar, Esteban Tomic, Bernardo Leighton, José Antonio Viera Gallo, Jorge Arrate y Patricio Aylwin.

40 Por esta última se pronunciaba la revista. *Chile-América*, n.º 68-69, 1981.

41 *Chile-América*, n.º 84-85, 1983, p. 6.

42 *Chile-América*, n.º 86-87, 1983, p. 7.

del pasado reciente para buscar políticas de consenso y convergencia como «parte del proceso de superación del paradigma de política, basado en la fuerza, la lucha y la contradicción».⁴³

Lo cierto es que, con la intensificación de las protestas sociales contra el régimen militar, comenzó a aparecer en el discurso de los intelectuales un «temor al descalabro y a la anomia social, a la constitución de un conflicto que pudiera disolver el tejido social» (Moyano Barahona, 2009). En esta línea puede interpretarse lo bien recibida que fue la creación de la Alianza Democrática.⁴⁴ Eugenio Tironi no solo sostuvo que el pacto era el camino para reencontrar el consenso social perdido, sino que, retomando un texto de esos años de Alejandro Foxley (1982), insistía en que si el fin del consenso fue el que provocó la crisis de la Unidad Popular y el golpe de 1973, recrear ese consenso podía ser la vía para recuperar la democracia. Desde la lógica política del pacto, la concertación era vista como el paso fundamental para transitar hacia el restablecimiento de la democracia; en sus palabras: «todo apunta aquí a una revalorización de la política (y de la cultura) como factor articulador de una concertación social democrática».⁴⁵

Los primeros pasos en torno al debate sobre el pacto se dieron en el marco político-jurídico del seminario titulado «Una salida político constitucional para Chile».⁴⁶ El diagnóstico entre los diversos sectores parecía afirmar, con matices y énfasis diferenciados, que de no prosperar la «vía institucional», la violencia y la desintegración social eran inminentes. Patricio Aylwin afirmaba en esa oportunidad:

... existe una controversia insuperable, porque se plantea como cuestión de principios, que compromete la conciencia y el honor de unos y otros, motivo por el cual nadie está dispuesto a ceder. [...] yo soy de los que consideran ilegítima la Constitución de 1980. Pero, así como exijo que se respete mi opinión, respeto a los que opinan de otro modo. Ni yo puedo pretender que el general Pinochet reconozca que su Constitución es ilegítima, ni él puede exigirme que yo la reconozca como legítima. La única ventaja que él tiene sobre mí, a este respecto, es que esa Constitución —me guste o no— está rigiendo. Éste es un hecho que forma parte de la realidad y que yo acato. ¿Cómo superar este *impasse* sin que nadie sufra humillación? Solo hay una manera: eludir deliberadamente el tema de la legitimidad (cit. en Godoy Arcaya, 1999: 89-90).

El carácter realista del discurso de Aylwin marcó un antes y un después en la estrategia política de la oposición.⁴⁷ En primer lugar, porque eludiendo el tema de la legitimidad, le reconocía institucionalidad y legalidad al régimen, impugnando cualquier otro camino revolucionario.⁴⁸ En segundo lugar, porque abría la puerta a que, reconociendo la legalidad de la Constitución, se aceptaba la convocatoria a un plebiscito que esta había establecido para 1988.⁴⁹ De este modo la

43 Razeto Migliaro, L. (1983). «¿Cuál democracia?». *Proposiciones*, n.º 9, p. 12.

44 La Alianza Democrática se creó oficialmente el 22 de agosto de 1983 con la firma del documento «Bases del diálogo para un Gran Acuerdo Nacional» por sectores liberales, conservadores, radicales, socialdemócratas, demócratacristianos y socialistas.

45 Tironi, E. (1983). «Consenso, crisis y reedificación democrática». *Proposiciones*, n.º 10, diciembre de 1983, p. 5.

46 Se realizó el 27 y 28 de julio de 1984 y participaron: Patricio Aylwin, Carlos Briones, Francisco Bulnes, Pedro Correa, Francisco Cumplido, Sergio Diez, Manuel Sanhueza, Alejandro Silva y Enrique Silva Cimma.

47 La recurrencia al realismo o al posibilismo para pensar la transición chilena es frecuente tanto en los discursos de los políticos (véanse las entrevistas a Aylwin y a Lagos en Bitar y Lowenthal (2016: 110-111 y 135-137) como en las reflexiones de los intelectuales (Flisfisch, 1984; Lechner, [1995] 2014).

48 En diciembre de 1983 se crea el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) como brazo armado del Partido Comunista de Chile, iniciando sus actividades revolucionarias para derrocar a Augusto Pinochet, a quien intentan asesinar en setiembre de 1986, lo que ahonda la división de la oposición sobre el uso de la violencia.

49 El principal agente opositor, la Alianza Democrática, abandonaba de este modo sus banderas de: renuncia de Pinochet y derrumbe del régimen, formación de un gobierno provisional, elección de una Asamblea

transición a la democracia y la idea del pacto para fijar las reglas del juego de ese plebiscito, aparecían en el horizonte de la época como «lo posible» y sentaban las bases para el Acuerdo Nacional. Antonio Garretón⁵⁰ supo decir al respecto que había un bloqueo en la transición a la democracia en Chile y que entonces, aceptar el plebiscito, era una forma de avanzar en la democratización a partir de los medios institucionales previstos.

En agosto de 1985 bajo la convocatoria del cardenal Juan Francisco Fresno se firmó por parte de once partidos políticos, de los más variados orígenes e ideologías, el Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia.⁵¹ Posteriormente a su firma, en noviembre de ese año, el Centro de Estudios Públicos (CEP) realizó el seminario «Acuerdo Nacional y Transición a la Democracia».⁵² En ese contexto, el intelectual Ángel Flisfisch resaltó:

... el desafío en términos del Acuerdo Nacional reside en subordinar discusiones sobre movilización versus negociación y otras conexas —por ejemplo, la que versa sobre el Partido Comunista— a otras mucho más sustantivas sobre cómo alcanzar corresponsabilidad en decisiones que la crisis mundial hace difíciles, graves y, valga la redundancia, particularmente decisivas. Una discusión semejante tendría que incluir necesariamente a actores sociales. Para terminar, se podría decir que la paradoja reside en que, para salir del autoritarismo, conviene poner el énfasis primordialmente en cómo consolidar la democracia y secundariamente en cómo salir del autoritarismo (1986: 16).⁵³

En otro texto centrado en el debate sobre el problema de la consolidación democrática chilena, el mismo Flisfisch profundiza esta idea al afirmar que *pacto* y *proyecto* parten de presupuestos distintos. Detrás de la idea de *pacto*, nos dice, parece existir una intuición de cohorte hobbesiano que obedece al temor a una perpetuación de las condiciones autoritarias. De ahí que la alternativa,

Constituyente para aprobar una nueva Constitución y elecciones para elegir al presidente de la República y a los parlamentarios, para declararse, tal como sostiene Godoy, dispuesta a aceptar la Constitución de 1980, a cambio de algunas reformas constitucionales que no fueron aceptadas por el régimen.

50 Garretón, M. A. (1986). «Bloque interno, presión externa: la transición en Chile». *Proposiciones*, n.º 12, pp. 18-31.

51 Firmaron el documento los siguientes partidos: Partido Demócrata Cristiano, Partido Socialista (Briones), Partido Socialista (Mandujano), Izquierda Cristiana, Partido Radical, Partido Social Demócrata, Unión Socialista Popular, Partido Nacional, Derecha Republicana y la Unión Nacional. Posteriormente firmaron y adhirieron públicamente el Movimiento de Acción Popular Unitario (MAPU), el Comando Nacional de Trabajadores y la Unión Democrática de Trabajadora, las Federaciones de Estudiantes de las universidades de Chile y Católica de Santiago, varios colegios profesionales, los organismos empresariales y un sinnúmero de organizaciones culturales, gremiales y poblacionales. Solo quedaron fuera de este amplio acuerdo, al menos por ahora, por la izquierda el Movimiento Democrático Popular (MDP), integrado por el Partido Comunista, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Partido Socialista (PS) (Almeyda); y por la derecha oficialista, la Unión Demócrata Independiente (UDI) y Avanzada Nacional. Sin embargo, el PC en una carta dirigida al Cardenal Fresno expresa que, aunque no suscribió el documento por «considerar que adolece de notorias deficiencias, está dispuesto a impulsar las medidas inmediatas contenidas en el acuerdo». Por su parte, el FPMR, la principal organización armada que lucha en Chile contra la tiranía, en un comunicado público expresó que: «No obstante nuestras diferencias y escepticismo acerca de los resultados de esta gestión, declaramos que estaríamos dispuestos a adherir al acuerdo, esto significa un paso hacia el término del régimen de Pinochet y conduce al reencuentro con una democracia que resuelva rápidamente las necesidades más urgentes de nuestros compatriotas». De otro lado, el PS (Almeyda) declaró que «valora positivamente la iniciativa asumida por el Cardenal y el compromiso contraído por un conjunto de fuerzas políticas de impulsar con decisión el tránsito a la democracia» (*Nueva Sociedad*, 1985)

52 El encuentro contó con la presencia de los coordinadores del Acuerdo Nacional junto a personalidades como Eduardo Boeninger, Ángel Flisfisch, Óscar Godoy y Jaime Guzmán.

53 Flisfisch se refiere a la negociación como la estrategia privilegiada de la derecha mientras que la movilización sería la estrategia de la izquierda.

frente a un posible regreso al estado de naturaleza —autoritario— sea un sistema democrático, «cuya estabilidad descansa en un «pacto» mayoritario» cuyo contenido «apunta fundamentalmente a la autorregulación de los diversos actores» (Flisfisch, 1985: 169). En este planteo el pacto parte de una diversidad de intereses sin dimensión común y es esa idea de comunidad la que debe ser creada por el propio pacto. Con respecto a la lógica del *proyecto*, Flisfisch afirma que esta es de naturaleza rousseauiana, y que identifica «una comunidad mayoritaria y estable de preferencias, mucho más clara y sustantiva» (1985: 171). En resumidas cuentas:

en el plano político, la lógica del pacto enfatiza elementos del pluralismo y consociatividad; la del proyecto, mecanismos de democracia mayoritaria y elementos de integración nacional. En el nivel más general de los sentidos últimos del orden social, la primera recurre reiteradamente a la noción de convivencia (paz civil), la segunda, a la de la búsqueda y construcción del buen orden (afirmación reiterada de la propia utopía y del derecho a hacerla efectiva). (Flisfisch, 1985: 171).

Podríamos agregar que la prioridad en el Chile de los ochenta era avanzar en el pacto y consolidar la democracia. El proyecto, la construcción de la democracia social y el abandono de las estructuras autoritarias se posponía para una etapa futura. El debate asumía también la distinción que apuntamos para el caso argentino entre pacto y proyecto como índice de la tensión entre democracia política y democracia social. Sin embargo —y volveremos sobre esta idea—, mientras en Argentina la tensión se muestra más viva y discutida —la democracia política es fuertemente criticada y hasta sus defensores deben reconocer que no es la democracia en sí misma, sino el piso para su consolidación—, en Chile habría más acuerdo y la democracia política es el horizonte de lo posible y lo deseable en esa etapa.

En este contexto, el aporte de Lechner fue muy importante no solo para pensar la transición chilena sino, como apuntamos al inicio de este trabajo, las democratizaciones del Cono Sur. Lechner destaca aspectos problemáticos de las estrategias de concertación y afirma que uno de los problemas centrales fue que el debate sobre la concertación tendió a ser visualizado como un tipo de neocontractualismo. Contrariamente a esta posición sostiene que «el pacto no puede ser concebido como contrato» (Lechner, [1985] 2014: 24) porque la noción de contrato supone la existencia de pares (individuos o intereses organizados) y, uno de los rasgos de la crisis de los regímenes autoritarios y de los regímenes democráticos anteriores, fue la erosión de las identidades colectivas. El gran desafío de la concertación chilena consistía entonces en que debía convertirse también en un mecanismo de constitución de sujetos. Por eso, y como respuesta a los interrogantes sobre la naturaleza del pacto y su peculiaridad para pensar las transiciones, en las páginas de *La Ciudad Futura* podía leerse:

El pacto no sería algo exterior y posterior a los sujetos sino la institucionalidad por medio de la cual y junto con la cual se construyen las identidades colectivas [...] Un rasgo sobresaliente de los procesos de transición democrática pareciera ser justamente este: el orden y los sujetos se forman conjuntamente en un mismo movimiento.⁵⁴

El camino hacia la Concertación fue largo,⁵⁵ pero en esos años se fue articulando una visión común sobre la necesidad y el contenido del pacto democrático. Creemos que tanto los políticos

54 Lechner, N. (1986). «De la revolución a la democracia». *La Ciudad Futura*, n.º 2, octubre, p. 35.

55 El Acuerdo fue rechazado por Pinochet y el gobierno, sin embargo, algunos de los firmantes del documento, junto a otras agrupaciones políticas, suscribieron en septiembre de 1986 un texto de profundización de este, denominado *Bases de Sustentación del Régimen Democrático* que dio lugar a una breve coalición conocida como Acuerdo Nacional Democrático. El fallido atentado contra Pinochet por parte del FPMR, en 1986, no solo endureció al régimen militar sino que terminó de convencer a la sociedad sobre la necesidad del acuerdo para desterrar la violencia en todas sus formas y aceptar el plebiscito. En 1988 las fuerzas opositoras, confluyeron en Concertación por el No y después en la Concertación de Partidos por la Democracia que ganó las elecciones en 1989.

como los intelectuales chilenos discutieron el pacto en una clave particular en la que la utopía comunitaria fue central. Esta necesidad aparece en el uso político de la metáfora del pacto tanto como respuesta al autoritarismo de Pinochet, que buscaba ser dejado atrás, como respuesta a los errores de la izquierda y por ello el arreglo o concertación entre las partes aparecía como síntoma de una unidad percibida como necesaria para combatir, primero, el dogmatismo, el sectarismo y la disgregación de las tradiciones políticas y, después, como forma de dar batalla desde adentro al régimen autoritario aún vigente.

Reflexiones finales

Es posible que cuando se piensa en un lenguaje político, se lo asocie comúnmente a un léxico que reúne temas, tópicos, problemas, conceptos o ideas compartidas. Pero el uso repetido de ciertos términos no es lo que constituye la especificidad de un lenguaje, sino que, como afirmamos al comienzo de este trabajo, un lenguaje político es una forma particular en la que se traman sentidos en el uso de esos conceptos. Esto quiere decir que su comprensión va más allá del rastreo de palabras recurrentes y se traslada al suelo compartido en el que se engarzan sus (múltiples) sentidos. En estas páginas, cuando nos referimos al *lenguaje político de la transición*, pensamos en la trama que articula los conceptos y problemas de una forma determinada y creemos que es posible afirmar que fue el *lenguaje del consenso* —y no el consenso como idea necesaria para pensar la democracia— el que definió el espacio de lo decible y lo pensable en la década del ochenta tanto en Argentina como en Chile, aun con las modulaciones particulares que adquirió en cada caso.

La figura del pacto se instaló en el discurso político e intelectual en estos países no solo como paradigma explicativo del modo en el que el tránsito entre el autoritarismo y la democracia debía tener lugar y de su necesidad para garantizar la consolidación del proceso de democratización, sino como parte de un lenguaje que, con énfasis tanto en la necesidad como en la imposibilidad del consenso, rechazaba cualquier tipo de violencia o invocación a la revolución como forma de cambio. En este aspecto, donde el pacto aparece como metáfora de la unidad democrática, es donde reside su dimensión compartida. Ahora, si bien tanto en Argentina como en Chile la figura del pacto puede ser pensada como parte de un lenguaje político en el que se apela a las mismas metáforas (la del acuerdo y la del consenso) y tensiones (entre la unidad y la diversidad, entre el pasado y el futuro, entre la democracia política y la democracia social), los efectos políticos que genera a ambos lados de la cordillera son distintos. Y ello no solo porque en un caso el debate se da «en democracia» y en el otro «en dictadura», sino también porque los matices entre una experiencia y la otra remiten a sus culturas políticas específicas y al modo en que cada una comenzó a tramitar su pasado reciente.

Si recapitulamos lo expuesto en estas páginas podemos decir que mientras en Argentina el pacto asumió una forma ética y normativa, y significó la construcción del sujeto democrático que privilegió al ciudadano en la interpelación, en Chile el pacto apareció como el acuerdo entre actores políticos identificados con los partidos y las fuerzas políticas en la construcción de llamada *democracia política*. Mientras a un lado de la cordillera la utopía del consenso y la mítica de la transformación social estaban muy presentes, al otro lado, el realismo y el posibilismo parecían dominar las interpretaciones. Con respecto al pasado, el pacto surgió en ambos casos como recurso de sutura de un pasado violento que generó la disgregación, cuando no la ruptura, al interior de y entre las fuerzas políticas en cada uno de los países. No obstante, si el pasado privilegiado en Chile era el de la Unidad Popular y los sucesos que llevaron al golpe de Estado de 1973 —ya que el presente era del pinochetismo—, el pasado en Argentina era tanto la dictadura militar que acababa de finalizar como el antagonismo entre las principales tradiciones políticas del país (el

radicalismo y el peronismo). Podemos inferir que, quizás por eso, en un caso el pacto se proyectó a un futuro que no remitía a ninguna experiencia del pasado reciente que resultara promisorio evocar, mientras que en el otro se apoyó de un modo realista en un pasado que sí podía ser recuperado como parte de una tradición partidaria en Chile.

Para finalizar, el ejercicio que propusimos en estas páginas muestra que los distintos usos y apelaciones a las metáforas del pacto son un indicio para afirmar la existencia de un *lenguaje común* de las transiciones que no se deduce simplemente del uso de la misma palabra (*pacto*), sino que da cuenta de un modo de pensar la democracia en su carácter consensual. Sin embargo, también nos muestra que sus modulaciones específicas son parte de la batalla *en contexto* que tuvo lugar en los años ochenta tanto en Argentina como en Chile, donde cada cruzada se libró con las armas discursivas disponibles para actores y culturas políticas con particularidades propias, generando efectos específicos en cada caso.

Bibliografía y fuentes

Referencias bibliográficas

- ABOY CARLÉS, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- BITAR, S. y LOWENTHAL, A. (eds.) (2016): *Transiciones democráticas: enseñanzas de líderes políticos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- BOHOSLAVSKY, E.; FRANCO, M.; IGLESIAS, M. y LVOVICH, D. (comps.) (2010). *Problemas de Historia Reciente del Cono Sur*, tomos I y II. Buenos Aires: Prometeo-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- FLISFISCH, Á. (1984). *Hacia un realismo político distinto*. Documento de Trabajo, 219. Santiago de Chile: Flacso. Disponible en: <<http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1984/001000.pdf>> [Consultado el 25 de julio de 2019].
- FLISFISCH, Á. (1985). «El dilema pacto o proyecto. Notas para una discusión», en ALDUNATE, A.; FLISFISCH, Á. y MOULIÁN, T., *Estudios sobre sistema de partidos en Chile*. Santiago de Chile: Flacso.
- FLISFISCH, Á. (1986). «Acuerdo Nacional y transición a la democracia». *Estudios Públicos*, verano, pp. 1-93.
- FOXLEY, A. (1982). «Algunas condiciones para una democratización estable: el caso de Chile». *Estudios Cieplan*, n.º 9, pp. 139-169.
- GARATEGARAY, M. (2018). *Unidos, la revista peronista de los ochenta*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- GARRETÓN, M. A. (1991). «La redemocratización política en Chile. Transición, inauguración y evolución». *Estudios Públicos*, n.º 42.
- GODOY ARCAÑA, O. (1999). «La transición chilena a la democracia: Pactada». *Estudios Públicos*, n.º 74, pp. 79-106. Disponible en: <https://www.cepchile.cl/cep/site/artic/20160303/asocfile/20160303183720/rev74_godoy.pdf> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- GORELIK, A. (2004). «El comparativismo como problema: una introducción». *Dossier El comparativismo como problema. Prismas*, n.º 8, pp. 121-128.
- Lastra, M. S. (2018). «La Historia comparada y sus desafíos para interrogar el pasado reciente del cono sur». *Revista de Historia Comparada*, vol. 12, n.º 2, pp. 139-171. Disponible en: <<https://revistas.ufrj.br/index.php/RevistaHistoriaComparada/article/view/15596>> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- LECHNER, N. ([1984] 2013). «El consenso como estrategia y como utopía», en *Obras II, ¿Qué significa hacer política?* Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- LECHNER, N. ([1985] 2014). «Pacto social en los procesos de democratización: la experiencia latinoamericana», en *Obras III, Democracia y utopía: la tensión permanente*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- LECHNER, N. ([1995] 2014): «La democracia entre la utopía y el realismo», en *Obras III, Democracia y utopía: la tensión permanente*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- LEFORT, C. (2004). *Ensayos sobre lo político*. Barcelona: Anthropos.
- LESGART, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*. Rosario: Homo Sapiens.
- MAZZEI, D. (2011). «Reflexiones sobre la transición democrática argentina». *PolHis*, año 4, n.º 7, pp. 8-15. Disponible en: <http://www.historiapolitica.com/datos/boletin/polhis7_mazzei.pdf> [Consultado el 4 de julio de 2019].

- MONSÁLVEZ ARANEDA, D. G. y GÓMEZ ROJAS, N. A. (2018), «Chile-América, 1974-1983: Una revista del exilio chileno». *Revista Estudios*, n.º 39, pp. 49-67. Disponible en: <<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/19496>> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- MOYANO BARAHONA, C. (2009). «Un acercamiento histórico conceptual al concepto de democracia en la intelectualidad de la izquierda renovada. Chile, 1973-1990». *Revista Izquierdas*, año 2, n.º 3, pp. 1-16. Disponible en: <<https://www.redalyc.org/pdf/3601/360133443008.pdf>> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- MOYANO BARAHONA, C. y MELLA POLANCO, M. (2017). «La revista *Proposiciones*: Espacio de sociabilidad intelectual y producción de saberes en el campo intelectual de la izquierda chilena durante los 80». *Revista Austral de Ciencias Sociales*, n.º 32, pp. 77-98. Disponible en: <<https://www.redalyc.org/pdf/459/45955903005.pdf>> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- MYERS, J. (2004). «Términos de comparación: ideas, situaciones, actores». *Dossier El comparativismo como problema. Prismas*, n.º 8, pp. 175-182.
- O'DONNELL, G.; SCHMITTER, PH. y WHITEHEAD, L. (1988). *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Buenos Aires: Paidós.
- PALTI, E. (2007). *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- POCOCK, J. G. A. (2011). «El concepto de lenguaje y el *metier d'historien*: reflexiones en torno a su ejercicio», en *Pensamiento político e historia. Ensayos sobre teoría y método*. Madrid: Akal.
- PORTANTIERO, J. C. (1987). «La transición entre la confrontación y el acuerdo», en NUN, J. y PORTANTIERO, J. C. (eds.). *Ensayos sobre la transición democrática en Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- PORTANTIERO, J. C. y DE ÍPOLA, E. ([1984] 1988). «Crisis social y pacto democrático», en Portantiero, J. C. *La producción de un orden. Ensayos sobre la democracia entre el estado y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- RABOTNIKOF, N. (1992). «El retorno de la filosofía política: notas sobre el clima teórico de una época». *Revista Mexicana de Sociología*, n.º 4, pp. 207-225. doi: 10.2307/3540942
- REANO, A. (2011). *Los lenguajes políticos de la democracia. El legado de los años ochenta: Alfonsín*, Controversia, Unidos y La Ciudad Futura. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Buenos Aires: UNGS-IDES.
- REANO, A. y GARATEGARAY, M. (2017), «Apuntes para una historia intelectual de la transición democrática». *A Contracorriente*, vol. 14, n.º 2, pp. 256-272. Disponible en: <<https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/1580>> [Consultado el 25 de julio de 2019].
- REANO, A. y GARATEGARAY, M. (2020). «Transiciones democráticas. Una revisión crítica en la intersección de la historia intelectual y la teoría política contemporánea». *Izquierdas*, n.º 49, pp. 706-724. Aceptado en 2018. Disponible en: <http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2020/n49/art38_706_724.pdf> [Consultado el 25 de julio de 2019].
- RINESI, E. y VOMMARO, G. (2007): «Notas sobre la democracia, la representación y algunos problemas conexos», en RINESI, E.; NARDACCHIONE, G. y VOMMARO, G. (comps.). *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo.
- ROSANVALLON, P. (2003). *Por una historia conceptual de lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- VITULLO, G. (2001). «Transitología, consolidología e democracia na América Latina: uma revisão crítica». *Revista de Sociologia e Política*, n.º 17, pp. 53-60. Disponible en: <<http://www.scielo.br/pdf/rsocp/n17/a05n17>> [Consultado el 5 de julio de 2019].

Fuentes

- Alfonsín, R. (1985). «Convocatoria para una convergencia democrática». Discurso pronunciado por el Dr. Raúl Alfonsín ante el plenario de delegados al comité nacional el día 1.º/12/1985. Unión Cívica Radical, Comité de la Capital Federal.
- Revista *Unidos*, 1986.
- Revista *La Ciudad Futura*, 1986.
- Revista *Proposiciones*, 1986.
- Revista *Chile-América*, 1981 y 1983
- Revista *Nueva Sociedad*, 1985

Recibido 4/4/2019. Aceptado 20/6/2019

Concertando la democracia. La experiencia de la Conapro en la transición uruguaya (1984-1985)

Álvaro Sosa^{1,2}

Resumen

La Concertación Nacional Programática (Conapro) fue una experiencia trascendente en la transición democrática uruguaya. Se desarrolló entre setiembre de 1984 y febrero de 1985. En ella participaron representantes de los partidos políticos, organizaciones sociales y gremiales empresariales con el fin de concretar una serie de acuerdos económico sociales a ser puestos en práctica por el futuro gobierno, que permitieran afianzar el proceso transicional y consolidar la democracia.

El objetivo del presente artículo es historiar los aspectos generales de la Conapro con el fin de ubicarla en el contexto y poner de manifiesto el importante rol que jugó en la transición; a su

Abstract

The National Programmatic Agreement (Conapro) was a transcendental experience in the Uruguayan democratic transition. It was developed between September 1984 and February 1985. It involved representatives of political parties, social organizations and business associations in order to finalize a series of socio-economic agreements to be implemented by the future government, which would entrench the transitional process and consolidate democracy.

The objective of this article is to chronicle the general aspects of Conapro in order to place it in the context and highlight the important role it played in the transition; At the same

1 Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

2 El presente artículo fue realizado en el marco del proyecto I+D de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) «Las disputas en torno a la idea de democracia: debates, institucionalidad y prácticas políticas, sociales y culturales durante la transición uruguaya (1980-1995)», radicado en el Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre Pasado Reciente (GEIPAR, Udelar) y dirigido por Aldo Marchesi y Diego Sempol. Agradezco a Aldo Marchesi, Diego Sempol, María José Bolaña, Gabriela García y Luciana Scaraffuni por la lectura de este y otros materiales previos, así como por los comentarios y sugerencias. También agradezco a Efraín Olivera por facilitarme el acceso a documentación existente en su archivo personal y en el archivo del Servicio Paz y Justicia (Serpaj), y a Julia Cánepa por permitirme consultar el Archivo de la Unión de Obreros, Empleados y Supervisores de FUNSA.

vez, se espera mostrar cómo la Concertación se transformó en un espacio de debate respecto a las características de la democracia a instalar y el rol que en ella debían jugar las organizaciones de la sociedad civil.

Palabras clave: Concertación Nacional Programática; transición; democracia.

time, it is expected to show how the agreement was transformed into a space for debate regarding the characteristics of the democracy to be installed and the role that civil society organizations should play in it

Keywords: National Programmatic Agreement; transition; democracy.

Introducción

Todo relato histórico conlleva una construcción de sentidos en la que se jerarquizan determinados hechos, procesos y protagonistas, mientras que otros son invisibilizados o pasan a jugar un papel secundario.

Este último parece ser el caso de la concertación desarrollada en Uruguay durante el final de la dictadura transicional e inicios de la transición democrática.³ El corazón de esta experiencia es la Concertación Nacional Programática (Conapro).

Sus contemporáneos no dudaron en considerarla un componente central en el proceso de transición, y la temática tuvo una importante presencia en la producción académica de la época.

Durante los años 1984 y 1985 fueron publicadas dos obras que recopilan el trabajo de varios autores y atestiguan la existencia de casi una treintena de académicos que en ese momento reflexionaban sobre el tema (Argenti y otros, 1984; Ermida Uriarte y otros, 1985). Simultáneamente varias publicaciones colectivas, sin enfocarse directamente en su estudio, le asignaban a la Concertación un lugar de relevancia en el análisis del período (Filgueira, 1985; Gillespie y otros, 1985). Finalmente, en los años 1986 y 1987 también se publicaron algunos trabajos que cerraban este «microciclo» de estudios sobre la temática (Fernández y otros, 1986; Spósito, 1987).

Pero a medida que se acercaba el fin de la década del ochenta el interés por la Concertación disminuía notoriamente, y desaparecían de la agenda de las organizaciones sociales y políticas que la protagonizaron, así como de los estudios académicos sobre el período.

El objetivo del presente artículo es historiar los aspectos generales de la Conapro con el fin de ubicarla en el contexto y poner de manifiesto el importante rol que jugó en la transición; a su vez, se espera mostrar cómo la Concertación se transformó en un espacio de debate respecto a las características de la democracia a instalar y el rol que en ella debían jugar las organizaciones de la sociedad civil.

Se optó por hacer hincapié en la acción de los partidos políticos, sindicatos y empresarios. Esta decisión se basó en que se trata de actores que estuvieron presentes en prácticamente todas las instancias de concertación. A su vez, son organizaciones de una importancia capital en la estructura política y socioeconómica del Uruguay, dado su papel central en la gestión del Estado y en el proceso de producción y distribución de bienes y servicios. Además, en la mayoría de los casos fueron protagonistas de la acción antidictatorial desplegada durante la dictadura transicional, lo cual las prestigió y erigió como interlocutoras de amplios sectores de la sociedad. Finalmente, tuvieron un rol de privilegio en los debates respecto a la democracia procesados durante la transición.

Lo antedicho no desmerece en ningún sentido la acción desplegada por otros colectivos que participaron en la Conapro, como ser organizaciones juveniles, de promoción de la ciencia y la cultura, de derechos humanos, de defensa de la mujer, de familiares de detenidos y exiliados políticos, así como también gremiales estudiantiles, cooperativas de vivienda y consumo, policlínicas barriales, entidades religiosas, entre otros. Más aun, la profundización de su estudio y del papel que tuvieron en la Concertación son insumos que indudablemente echarán luz para una comprensión integral del Uruguay de la transición.

De la misma manera, fue también necesario acotar el análisis de los debates y resoluciones generadas por la Conapro, poniendo el eje de análisis en aquellos planteos que dejaban entrever pugnas respecto a la idea de democracia. Esto tampoco invalida el resto del material generado, el

3 La transición uruguaya es un proceso que se extiende desde la victoria del No en el plebiscito de reforma constitucional de 1980 hasta la derrota del Voto Verde en 1989. A su vez, este período se divide en dos subetapas: la dictadura transicional (1980-1985) y la transición democrática (1985-1989) (Caetano, 2005: 20).

cual es una fuente importante para el estudio de las diversas aristas de la dictadura y la transición en Uruguay.⁴

Para la presente investigación se trabajó con fuentes documentales producidas por las diversas instancias de trabajo de la Conapro, así como también materiales elaborados por organizaciones que participaron en la Concertación. Asimismo, se consultó prensa de época, buscando abarcar publicaciones que permitieran elaborar una muestra representativa del escenario político del período.

Antecedentes: la concertación antidictatorial

La concertación, entendida como una instancia de debate y acuerdo entre diversas fuerzas políticas y sociales, no es una construcción uruguaya, sino que remonta sus orígenes al New Deal estadounidense y a políticas impulsadas por varios estados de Europa Occidental luego de la segunda posguerra. Estas ideas tomaron renovados bríos en el marco de la crisis económica de mediados de la década del setenta. Se trató especialmente de acuerdos a nivel económico-social (salarios, empleo, precios, distribución del ingreso y control de la inflación) donde participaban el Estado, los empresarios y los sindicatos. El objetivo era lograr estabilidad económica con el fin de amortiguar los conflictos sociales y así generar estabilidad política. Uno de los ejemplos más claros de este tipo de concertación fueron los llamados Pactos de la Moncloa en España (Francés y Dieste, 1985: 197-198; Spósito, 1987: 95).⁵

En América Latina la Concertación alcanzó protagonismo durante las transiciones de los ochenta y noventa, ya en forma de acuerdo político con el fin de lograr una salida institucional luego de décadas de dictadura, ya como consenso socioeconómico para generar estabilidad y consolidar las nuevas democracias. En esta región la Concertación fue también un marco en el cual se desarrollaron debates acerca de los mecanismos de construcción de ciudadanía y de profundización democrática (Calderón Gutiérrez, 1987: 9; Dos Santos, 1987, II-13).

En Uruguay el término *concertación* parece haber comenzado a utilizarse en 1983, heredado del caso español, generalizándose a inicios del año siguiente (Francés y Dieste, 1985: 196). Originalmente este refería al acuerdo suscrito en marzo de 1983 por los partidos políticos habilitados por el régimen, es decir, el Partido Nacional (PN), Partido Colorado (PC) y Unión Cívica (UC), que diera origen a la Multipartidaria, a la cual se integraron meses después el Frente Amplio (FA) y el Partido Demócrata Cristiano (PDC).

Por otra parte, a fines del año 1983 nació la Intersocial, constituida por el Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT), la Asociación Social y Cultural de Estudiantes de Educación Pública (Asceep), la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (Fucvam) y el Servicio de Paz y Justicia (Serpaj). La conformaban también organizaciones sociales más pequeñas, de menor organicidad y capacidad de movilización, como la Coordinadora de Ollas Populares, el Movimiento pro Vida Decorosa (Moveide), la Unión de Trabajadores Desocupados y la Comisión de Mujeres Uruguayas, entre otras.

De manera casi simultánea a la Intersocial fue creada la Intersectorial, integrada por los miembros de la Multipartidaria, el PIT, Fucvam, Serpaj y Asceep. Tenía como objetivo coordinar

4 Por ejemplo, a partir del análisis de documentación producida por la Conapro y de los itinerarios de diversos movimientos sociales a lo largo de la Concertación se han desarrollado estudios sobre la situación de la educación (Filgueira y Léméz, 1989), de las mujeres (Ruiz, 2014) o de los derechos humanos (Demasi y Yaffé, 2005).

5 Los Pactos de la Moncloa fueron una serie de acuerdos políticos y económicos firmados por los principales partidos españoles en octubre de 1977, que contaron con el apoyo de las gremiales empresariales y los sindicatos.

y ejecutar las diversas acciones de lucha antidictatorial. Si bien en ella hubo un protagonismo compartido de partidos y movimiento sociales, sus fines fueron claramente politicoinstitucionales.

Al poco tiempo de andar, la Intersectorial experimentó los primeros desacuerdos y debates que comenzaban a perfilar un problema presente a lo largo de toda la concertación: el papel a jugar por los movimientos sociales en la democracia uruguaya posdictadura, cuestión que se entroncaba con la forma de democracia a la cual se debía aspirar. El PIT convocó en enero de 1984 a un paro general sin contar con el apoyo de algunos de los partidos, lo cual produjo que el PC y la UC se retiraran de la Intersectorial por considerar que esta había sido creada con el fin de instrumentar y ejecutar decisiones tomadas por los partidos, pero que ahora mostraba pretensiones de convertirse en un centro generador de posiciones y acciones políticas propias. Por su parte, el PN, si bien se mantuvo en la Intersectorial, ratificó públicamente su idea de que la dirección política del proceso de transición le correspondía exclusivamente a los partidos (Francés y Dieste, 1985: 214-215; Chagas y Tornarelli, 1989: 209).

Los intentos por superar estas divisiones, y otras nuevas que fueron operando en el frente opositor, llevaron a que desde mayo de 1984 se desarrollaran negociaciones entre los partidos políticos, el PIT-CNT,⁶ la Asceep-FEUU,⁷ Fucvam, Serpaj, las cámaras de Industria y de Comercio, y la Federación y la Asociación Rural del Uruguay (ARU) con el fin de instalar un organismo máximo de consenso que concretara acuerdos económico-sociales a ser puestos en práctica por el futuro gobierno, con el objetivo de afianzar el proceso transicional y consolidar la democracia. Finalmente las conversaciones dieron sus frutos y el 4 de setiembre de 1984 comenzó sus trabajos la Concertación Nacional Programática.⁸

La Concertación Nacional Programática

No era un órgano de carácter institucional y sus decisiones no obligaban formalmente a ninguno de sus miembros, pero poseyó un importante grado de legitimidad en la opinión pública y los diversos actores participantes asumieron el compromiso de honrar los acuerdos alcanzados.

En sus propios documentos fue definida como

el ámbito de concertación nacional y programática, de partidos políticos y fuerzas sociales y empresariales donde se formularán propuestas de soluciones a ser puestas en práctica desde el 1.º de marzo de 1985. Todo ello sin perjuicio de los programas y plataformas de los partidos y organizaciones participantes.⁹

En ella participaron representantes de los principales sectores de los cuatro partidos más importantes del espectro político nacional, así como delegados de diversas organizaciones de la sociedad civil: sindicatos, gremiales empresariales, variadas organizaciones vinculadas a la actividad rural, cooperativistas, defensores de los derechos humanos, colectivos vinculados a la ciencia

6 En el acto del Primero de Mayo de 1984 fue utilizada por primera vez la sigla PIT-CNT, que pretendía simbolizar la continuidad histórica del movimiento sindical uruguayo (Chagas y Tornarelli, 1989: 243).

7 En mayo de 1984 se realizó la Primera Convención de la Asceep, que estableció su transformación en Asceep-FEUU, unificándose así las organizaciones estudiantiles clandestinas y legales (Porrini, 2010: 306).

8 Para un seguimiento detallado del proceso de instalación de la Conapro véanse «Analizarán contrapropuestas», *Jaque* (15 de junio de 1984); «Pese al marginamiento de los blancos, los colorados, cívicos y frentistas negociarán con las FF. AA.», contratapa de *Búsqueda* (26 de junio de 1984); «Rodríguez Seré: “Estamos a la espera de la recomposición del frente político”», *Búsqueda* (19 de julio de 1984); «Comunicado», archivo personal de Efraín Olivera (en adelante APEO) (Montevideo, 15 de agosto de 1984); «Concertación Programática», *La Hora* (16 de agosto de 1984); «Concertación Nacional Programática», *La Hora* (18 de agosto de 1984); «Los partidos van a las elecciones mientras la Concertación avanza», *Jaque* (24 de agosto de 1984).

9 «Concertación Nacional Programática», Archivo Serpaj (en adelante Aserpaj), s/d.

y cultura, organizaciones de mujeres, entre otros. Fue expresamente excluida la Asociación de Bancos del Uruguay por considerar que la mayoría de sus miembros respondían a la banca extranjera y eran responsables directos de la crisis que vivía Uruguay.¹⁰

Constó de dos etapas, una que se extendió del 4 de setiembre al 5 de noviembre de 1984, fecha en que pasó a cuarto intermedio debido a las elecciones del 25 de ese mes. Dos días después de las elecciones volvió al trabajo, y sesionó hasta poco tiempo antes de la asunción del presidente electo, Julio María Sanguinetti, el 1.º de marzo de 1985.

Las referencias constantes a la Conapro en la prensa de la época dan testimonio de la importancia que tuvo para sus contemporáneos. Asimismo, una encuesta realizada por Equipos Consultores Asociados y publicada a mediados de octubre de 1984 mostraba que el 82 % de los ciudadanos conocían a la Conapro y el 78 % la valoraban de forma positiva.¹¹

Su legitimidad era tal que varias organizaciones sociales y empresariales que no se sentían representadas por las delegaciones participantes en la Concertación solicitaron ser incluidos en ella a través de delegados propios.¹²

La Conapro se estructuró con base en una mesa ejecutiva (ME) y varios grupos de trabajo (GT). Estos comenzaron siendo siete: política económica; educación y cultura; salud; vivienda; seguridad social; derechos, libertades y garantías; y leyes y decretos del régimen. Posteriormente se crearon el GT sobre ciencia y tecnología y dos grupos *ad hoc*, uno para estudiar el problema del abastecimiento de leche y la situación de la Cooperativa Lechera de Quebracho, y otro enfocado en el análisis de mecanismos institucionales para facilitar la participación de la juventud en el desarrollo nacional. Además, el GT de educación y cultura fue dividido en tres subgrupos: educación general, universidad y cultura.

En la segunda etapa funcionaron también los GT sobre sector agropecuario, condición de la mujer, concertación municipal, destituidos, formas de concertación a partir del 1.º de marzo de 1985 y empresas agroindustriales. A su vez, se crearon los subgrupos de destituidos del sector público, destituidos del sector privado y relaciones laborales.

La ME era el órgano de dirección de la Concertación, estaba conformada por representantes de las principales organizaciones sociales nucleadas en la Intersocial (PIT-CNT, Serpaj, Fucvam y Asceep-FEUU), los partidos políticos y los sectores empresariales (rural, comercial e industrial). A ella le correspondía fijar los criterios de acción general y las prioridades de los grupos de trabajo, así como recibir los documentos emanados de dichos grupos para su consideración y aprobación.

Los GT tenían a su cargo la formulación de propuestas programáticas y el estudio de temáticas que dentro de su área de conocimiento les eran encomendadas. Los cuatros partidos políticos, la Asceep-FEUU y el PIT-CNT eran miembros natos de todos los GT, y el resto de las organizaciones sociales y empresariales se integraban a estos según sus intereses.

Existió además un grupo de consulta (GC) conformado por un representante de cada partido político, uno de la Asceep-FEUU, uno del PIT-CNT y dos de los empresarios. Este era el enlace entre los diferentes órganos de la Conapro, y entre estos y las diversas organizaciones o personas que querían formularle planteamientos. A su vez, debía llevar a la práctica las resoluciones que la

10 «Banca extranjera fuera de la Concertación», *La Hora* (13 de setiembre de 1984).

11 «¿Qué piensan los uruguayos de la Concertación?», *Jaque* (19 de octubre de 1984).

12 Véanse, por ejemplo, «Nota enviada por la Coordinadora de Institutos Privados de Promoción Social e Investigación a la ME de la Conapro», APEO (Montevideo, 4 de setiembre de 1984); «Nota de la Coordinadora de Padres de Alumnos Liceales a los delegados de la Comisión de Cultura y Educación a la ME de la Conapro», APEO (Montevideo, 24 de setiembre de 1984); «Nota enviada por la Asociación Nacional de Empresas de Transporte Carretero por Autobús a la ME de la Conapro», APEO (s/f); «Concertación: Iglesia solicitó participar», *Búsqueda* (3 de octubre de 1984).

ME le encomendaba, proponerle a esta el orden del día a partir de planteos de la propia mesa y de los GT, así como también la creación de nuevos GT.

La ME, los GT y el GC se reunían en las sedes de la Asociación de Empleados Bancarios del Uruguay (AEBU), la Asociación Cristiana de Jóvenes (ACJ), el PC, el FA, la Bolsa de Comercio, la Asociación de Cultivadores de Arroz (ACA) y la ARU.

Además de la Conapro, instalada en Montevideo, surgieron experiencias de concertación programática departamental en Salto y Maldonado. En ellas estuvieron representadas diversas organizaciones sociales y políticas de la zona, y se trataban especialmente temáticas de interés local.¹³

La primera etapa de la Conapro se caracterizó por el planteo de propuestas y el desarrollo de debates, aunque prácticamente de todos los GT surgieron definiciones y documentos que fueron ratificados por la ME, transformándose en resoluciones.

La legitimidad que la Concertación poseía en la opinión pública y la carencia de espacios institucionalizados donde tramitar demandas la erigieron rápidamente como un canal desde donde diversos sectores de la sociedad hicieron escuchar sus reclamos e intentaron incidir directamente en las políticas llevadas adelante por la dictadura. Por ejemplo, entre otras cosas se le exigió al gobierno que al momento de promover la construcción de obras públicas y privadas privilegiara a las empresas constructoras y de insumos nacionales; que levantara la prohibición que recaía sobre el Serpaj; o que suspendiera la aplicación de la Ley 15.501 de pasaje de las cooperativas de usuarios al régimen de propiedad horizontal.¹⁴

Durante el receso de noviembre, los presidenciables del PC, Dr. Julio María Sanguinetti, del PN, Dr. Alberto Zumarán, del FA, Dr. Juan José Crotogini y de la UC, Dr. Juan Vicente Chiarino, ratificaron su apoyo a la Concertación al suscribir un documento donde valoraban a la Conapro como una importante instancia de diálogo democrático, destacaban la trascendencia de los acuerdos alcanzados y ratificaban su voluntad de continuar concertando luego de las elecciones y más allá del 1.º de marzo, generando para esto últimos ámbitos institucionalizados de acuerdo.¹⁵

A partir de una serie de propuestas surgidas del PC, para la segunda etapa de la Conapro se acordó disminuir la cantidad de delegados de las organizaciones sociales en la ME y acrecentar la de los sectores empresariales. A su vez, estos últimos se sumaron como integrantes natos a los GT. Surgió un grupo político adjunto a la ME e integrado por dirigentes de primer nivel de los partidos políticos que instrumentaría los acuerdos sobre los temas más importantes.¹⁶

El presidente electo explicó que estos cambios expresaban su deseo de instaurar un gobierno de unidad nacional, y la Concertación era una puerta para la construcción de un nueva «modali-

13 «Acta n.º 1 de la Concertación Programática Departamental de Maldonado», carpeta «Concertación Programática (Comaspo-Conapro). Doc. Destituidos Privados», Archivo de la Unión de Obreros, Empleados y Supervisores de FUNSA (en adelante Afunsa) (San Carlos, 14 de setiembre de 1984); «Acuerdos alcanzados por la Comisión Departamental de la Concertación Programática de Maldonado», carpeta «Concertación Programática (Comaspo-Conapro). Doc. Destituidos Privados», Afunsa (Maldonado, 13 de noviembre de 1984); «Acta n.º 9 de la Concertación Programática Departamental de Maldonado», carpeta «Concertación Programática (Comaspo-Conapro). Doc. Destituidos Privados», Afunsa (Punta del Este, 30 de noviembre de 1984).

14 «Nota de la Cámara de la Construcción a la Mesa Ejecutiva de la Conapro», APEO (Montevideo, 23 de enero de 1985); «Nota del Grupo de Trabajo de Cultura de la Conapro a la Mesa Ejecutiva», APEO (Montevideo, diciembre de 1984); «Concertación Nacional Programática», Aserpaj s/d.

15 «Los candidatos presidenciales dieron su aval formal a las gestiones de la Concertación Nacional Programática», *Búsqueda* (21 de noviembre de 1984).

16 Segunda etapa», Aserpaj, s/d.

dad de gestión del Estado» a través de la participación activa de los partidos políticos, empresarios y sindicalistas en ámbitos institucionales de decisión.¹⁷

Pero esta nueva modalidad de gestión de la Concertación acotaba los espacios de participación de la sociedad civil, a la vez que conllevaba la idea de que los temas centrales debían ser solucionados de forma exclusiva por los partidos políticos, verdaderos representantes de la ciudadanía.

La ME estableció que las temáticas prioritarias a abordar en esta recta final serían política económica, relaciones laborales, amnistía, situación de presos políticos y medidas tendientes a reorganizar la educación.¹⁸

La última sesión de la ME de la Conapro se celebró el 14 de febrero de 1985, iniciándose un período de transición que se extendió hasta la asunción presidencial. Durante dicho período continuaron funcionando los GT sobre destituidos, relaciones laborales y formas de concertación luego del 1.º de marzo de 1985.¹⁹

Visiones y expectativas respecto a la Conapro

Fueron escasos los actores políticos y sociales que tuvieron una mirada crítica hacia la Concertación. Entre esas voces se destacó la del presidente de facto, general Gregorio Álvarez, quien, en octubre de 1984, en un discurso emitido por cadena oficial de radio y televisión, afirmó que

[a través de la Conapro] se propician las formas más variadas de corporativismo fascista, comprometiéndose desde ya los recursos de la acción política irrenunciable y privativa de los poderes de un Estado democrático. [...] Asistimos en nombre de la democracia a una irrefrenable carrera de tan simpáticas como demagógicas concesiones, mientras se confunden en masa amorfa lo político, lo social, lo económico y lo laboral.²⁰

También dirigentes de sectores conservadores de los partidos tradicionales mostraron sus reparos, como Dardo Ortiz, de la Unión Nacionalista y Herrerista (PN), y Carlos Pirán, de la Unión Colorada y Batllista (PC). Este último, por ejemplo, afirmó que la Conapro era un ámbito controlado por el «comunismo internacional».²¹

Desde el extremo opuesto del espectro político dirigentes del izquierdista Partido de los Trabajadores consideraron a la Conapro como un instrumento que reforzaría las posiciones de los «partidos patronales».²²

Finalmente, es importante destacar las posturas esgrimidas desde del semanario *Búsqueda* por varios de sus editorialistas, ya que se trataba de una publicación referente del pensamiento neoliberal, cuyas ideas en muchos casos iban a contrapelo de la mayoría de la opinión pública (Bruno, 2016). Desde las páginas del semanario se planteó que la Concertación era una instancia

17 «Una entrevista para explorar las posiciones en temas que serán la clave de sus futuras relaciones», *Búsqueda* (12 de diciembre de 1984); «La reestructura de la Concertación: primer paso en la búsqueda de entendimiento nacional», *Búsqueda* (12 de diciembre de 1984); Mosca, L., «Acuerdos programáticos para la democratización», *Jaque* (7 de diciembre de 1984).

18 «Acta n.º 15 de la ME de la Conapro», APEO (Montevideo, 21 de diciembre de 1984).

19 «Normas transitorias de funcionamiento de la Concertación Nacional Programática», APEO (Montevideo, 14 de febrero de 1985).

20 «Concertación o búsqueda durante dos años del entendimiento entre la oposición al gobierno militar», *Búsqueda* (14 de febrero de 1985).

21 Véanse «Pirán: “Concertación en manos del comunismo”», *Búsqueda* (3 de octubre de 1984); «Tarigo: “Es ilógico”», *Búsqueda* (3 de octubre de 1984); «Periscopio», *Jaque* (5 de octubre de 1984); «La concertación ha sido un fracaso», *Búsqueda* (7 de febrero de 1985).

22 «Nuevos partidos fustigan al Frente Amplio», *Búsqueda* (3 de octubre de 1984).

tan estéril como peligrosa. Se consideraba casi imposible poder llegar a acuerdos entre sectores que representaban intereses irreconciliables; a su vez, si se lograban, su cumplimiento parecía bastante improbable, pues Uruguay tenía una fuerte dependencia respecto a agentes externos que no podrían ser controlados en una mesa de diálogo (precios del petróleo, tasas de interés, volumen de comercio internacional, etc.); por último, si algunos de los acuerdos eran efectivamente puestos en práctica, generarían resultados tan inesperados como perjudiciales para la economía del país (por ejemplo, un aumento subrepticio del salario real podía generar inflación y desestimular la inversión, acrecentando el desempleo).

Se veía como un error intentar concertar objetivos, pues la solución estaba en lograr que los actores sociales y políticos estuvieran dispuestos a aceptar las medidas imprescindibles para el saneamiento de la economía, así como sus consecuencias inmediatas. Era necesario elaborar acuerdos sobre tasas de interés, sistema tributario y precios, con el fin de fomentar el ahorro y la inversión, así como disminuir la cantidad de empleados públicos, revertir la lógica de un sistema de seguridad social donde la relación entre pasivos y activos generaba una pirámide invertida, y fomentar un manejo eficiente y no electoralista de las empresas públicas.²³

El resto de los actores políticos y las organizaciones sociales realizaron, con matices, una valoración positiva de la Concertación.²⁴ En general esta era leída como una forma de *consenso preventivo*, o sea, un mecanismo para descomprimir una situación económica compleja que podía transformarse en factor de desequilibrio social y de nuevas divisiones en el frente democrático, y generar un ambiente propicio para la ruptura institucional; se trataba de acuerdos que aseguraban la estabilidad y gobernabilidad.²⁵ Asimismo se observan matices entre algunos de los protagonistas de la Conapro respecto a las características y el alcance que dicho consenso preventivo tendría.

Desde la izquierda existía especial preocupación por aclarar que la Conapro no propondría soluciones profundas a los problemas del país, por lo que su importancia debía ser matizada. Así, por ejemplo, la Izquierda Democrática Independiente (IDI) y el Partido Comunista de Uruguay (PCU) la veían como una posibilidad real de generar soluciones prácticas, pero advertían la necesidad de evitar caer en la trampa del *acuerdo social* propuesto por los partidos y gremiales empresariales cuyo objetivo era defender los intereses del capital y desmovilizar al pueblo, privándolo así del único recurso verdadero con que contaba para lograr sus reivindicaciones. Pero mientras que para la IDI la Conapro era un proyecto inviable a largo plazo pues intentaba emular las bases del batllismo histórico en una coyuntura totalmente distinta a la original, el PCU encontraba potencial transformador en los espacios de participación y empoderamiento popular que se abrían,

23 Peirano, R., «Qué podemos esperar de la Concertación». *Búsqueda* (25 de julio de 1984); «La famosa Concertación», *Búsqueda* (5 de setiembre de 1984).

24 Véanse, por ejemplo, «Crottogini: “No solucionar una injusticia incurriendo en otra”», *Jaque* (31 de agosto de 1984); «Chiarino: “La concertación debe ser con todos”», *Jaque* (31 de agosto de 1984); «Zumarán: “La desocupación es el problema número uno”», *Jaque* (31 de agosto de 1984); «Sanguinetti: “Imponiéndonos políticas abusivas tampoco van a cobrar”», *Jaque* (31 de agosto de 1984); «Marginamiento de los blancos posterga la formación de nueva “intersectorial”», *Búsqueda*, (11 de julio de 1984); «La Concertación como instrumento de cambio impone modificación de comportamiento político», *Búsqueda* (15 de agosto de 1984).

25 Véanse, por ejemplo, Adriasola, G., «Bases para un pacto social», *Asamblea* (5 de julio de 1984); «Cinco razones para ser optimista», *La Hora* (17 de agosto de 1984); «Concertación y programa», *La Hora* (23 de agosto de 1984); «Concertación», *La Hora* (3 de agosto de 1984); Posadas, J. M., «La concertación (II)», *La Democracia* (3 de agosto de 1984); Petit, J. M., «El desafío de aprender la democracia», *Jaque* (31 de agosto de 1984). Sobre la Conapro como consenso preventivo véanse Francés y Dieste (1985: 226); Corbo (2007: 38).

entroncándolos con las ideas de «avanzar y consolidar la democracia» y de «democracia avanzada» (Viera, 1984: 10).²⁶

Los dirigentes del PIT-CNT, a pesar de que consideraban a la Conapro como una instancia que podría permitir descomprimir la situación social, apoyar la consolidación democrática y cumplir con ciertos aspectos del programa de los sindicatos, temían que a través de ella las patronales y sus «aliados políticos» hicieran caer sobre las espaldas de los trabajadores los costos económicos de la crisis. Para evitarlo también se centraban en la necesidad de no abandonar la movilización en el marco de la negociación.²⁷

Para el wilsonismo el problema de concebir a la Conapro únicamente como un conjunto de acuerdos coyunturales que descomprimieran una situación social compleja era que, una vez que la crisis se hubiera disipado, los diferentes sectores retomarían con vigor su lugar en la pugna social. Por tanto, la Concertación debería intentar lograr una construcción-reconstrucción de la nacionalidad a partir de la conjunción de objetivos comunes a todos los sectores de la sociedad para que sus miembros se sintieran partícipes e integrados. La nacionalidad y la nación se transformaban en principios que permitían sentar las bases de la sociedad posdictatorial.²⁸

En este marco, esgrimir una postura concertante se volvió un factor legitimador, y muchos sectores políticos intentaron encontrar en su actuación previa antecedentes de la Conapro. Desde el semanario comunista *La Hora* se planteó que sectores de izquierda con actuación clandestina durante el gobierno de facto proponían desde la huelga general de 1973 la estructuración de un amplio frente antidicatorial.²⁹ El colorado Andrés Vázquez Romero fue aun más lejos y retrotrajo el espíritu concertante del PC a la Constitución de 1918 y a las leyes de Consejos de Salarios y Asignaciones Familiares.³⁰

Concertación y democracia

El concepto de *democracia* no posee un carácter unívoco, su significado varía de acuerdo al contexto sociohistórico en que es utilizado; a su vez, en un mismo momento y lugar coexisten variadas acepciones del término, las cuales luchan por imponerse en el espacio conceptual.³¹

La Conapro fue un ámbito de pugna entre diversas formas de entender la democracia que convivían en el Uruguay de la transición. Allí, con diversas variantes, se encontraron concepciones que veían a la democracia en un sentido estrictamente politicista, electoralista y procedimental, atribuyéndoles a los partidos políticos el papel casi exclusivo de gestores de la voluntad ciudadana,³² frente a otras que consideraban necesario llevar las formas de participación más allá

26 Adriasola, G., «Bases para un pacto social», *Asamblea* (5 de julio de 1984); «La “concertación” no debe encandilar», *La Hora* (24 de setiembre de 1984).

27 Véanse, por ejemplo, «Reportaje: Víctor Semproni», *Asamblea* (13 de setiembre de 1984); «Teniendo en cuenta los diferentes intereses existentes en la Concertación, el trecho a recorrer en común será limitado», *Búsqueda* (3 de octubre de 1984).

28 «La Concertación como afirmación de la nacionalidad», *La Democracia* (7 de setiembre de 1984).

29 «Concertación», *La Hora* (3 de agosto de 1984); «En torno a la Concertación», *La Hora* (6 de diciembre de 1984).

30 «Acta n.º 1 del Grupo de Trabajo Formas de Concertación a partir del 1/3/1985», carpeta «Concertación Programática (Comaspo-Conapro). Doc. Destituidos Privados», Afunsa (Montevideo, 8 de enero de 1985).

31 Para una síntesis de la evolución del concepto de *democracia* véase Sala (2000 y 2005); para el caso uruguayo específicamente véase Demasi (2009).

32 Estas ideas en buena medida se basaban en las propuestas del politólogo estadounidense Robert Dahl, quien enumeró cuáles eran a su entender los principales atributos de la democracia liberal moderna: competencia

de lo exclusivamente electoral y político-institucional, construyendo una democracia «integral», «participativa», «real» o «avanzada», en la que los movimientos sociales jugaran un rol central para el involucramiento de los ciudadanos en la vida pública.³³

Tal como lo planteaba la IDI, para la izquierda era indudable la necesidad de construir un modelo diferente a la «ajada democracia pre-73», con los movimientos sociales como protagonistas.³⁴ Por su parte, el PCU proponía la construcción de una «democracia avanzada» a la cual se llegaría luego de un proceso de profundización de los derechos y las libertades democráticas, donde la Conapro se erigía como una herramienta central que permitiría tejer acuerdos y asegurar la participación activa de diversas organizaciones sociales.³⁵

En líneas generales, el PIT-CNT concordaba con estas posiciones. En un acto realizado en la explanada del Palacio Legislativo, José D'Elía planteó que las instancias de concertación habilitarían la construcción de una democracia distinta a la que existió previo al golpe de Estado, una democracia participativa. Días después, en entrevista con *Jaque*, reafirmó la idea de que la búsqueda de soluciones concertadas entre los diversos sectores sociales y políticos para superar la crisis permitiría ir hacia formas cada vez más avanzadas de democracia.³⁶

Las diversas adjetivaciones de la democracia escondían en ciertos casos diferencias teóricas. Mientras que, como D'Elía, algunos utilizaban de forma indistinta los conceptos de *democracia participativa*, *avanzada* o *real*, desde el PCU el término manejado era exclusivamente *democracia avanzada*, a la vez que la IDI parecía evitar expresamente su uso.³⁷

electoral, elecciones libres, imparciales y frecuentes; designación de cargos públicos; sufragio universal; libertad de expresión, pensamiento y prensa; y existencia de asociaciones autónomas (por ejemplo, partidos políticos) (Dahl, 1999: 100-101).

33 Muchos factores influían en estas visiones alternativas al modelo liberal: las lecturas de diversos autores marxistas, desde los clásicos (Marx, Engels y Lenin), pasando por Rosa Luxemburgo y Antonio Gramsci, hasta los análisis desarrollados en las décadas del sesenta y setenta por intelectuales como Ralph Miliband, Nikos Poulantzas o Louis Althusser; también las ideas y formas de acción emanadas de las diversas movilizaciones pro derechos civiles, estudiantiles, feministas, etc. desarrolladas en las regiones centrales del bloque capitalista a lo largo de las décadas del sesenta, setenta y ochenta; finalmente, las experiencias de «democracia de partido único, directa y profunda» de la Revolución Cubana, el intento de «ordenación socialista» en «pluralismo y libertad» que proponía la Unidad Popular chilena y la propuesta de «democracia participativa» de la que hablaban los sandinistas nicaragüenses (Sosa, 2016: 20-21).

34 «Las duras lecciones de la realidad», *Asamblea* (20 de diciembre de 1984).

35 Arismendi, R. (1984). «A votar por el Frente Amplio y por una democracia avanzada. Comité Central del PCU. Informe del primer secretario Rodney Arismendi», en *Estudios*, n.º 92, diciembre, p. 12.

36 «PIT-CNT exigió definición de los partidos en materia económica y una inmediata “Concertación”», contratapa de *Búsqueda* (22 de agosto de 1984); Prado, M., «Una responsabilidad muy grande: la Concertación», *Jaque* (24 de agosto de 1984). Posturas similares respecto a la necesidad de construcción de nuevas formas de democracia pueden encontrarse, por ejemplo, en las declaraciones del secretario general del Sindicato de la Aguja, Halem Olivera, en «Por una democracia participativa y avanzada», *La Hora* (7 de agosto de 1984).

37 El concepto de *democracia avanzada* comenzó a ser utilizado por el PCU en el período predictatorial, para luego ser retomado y enriquecido en el exilio. Sus raíces pueden encontrarse en teorizaciones realizadas por el Partido Comunista Italiano en la posguerra. Los conceptos de *democracia avanzada* y *consolidar y avanzar en democracia* se vinculaban con la defensa de las libertades y la simultánea profundización de la democracia uruguaya en pro de mayores niveles de justicia social y desarrollo económico. Si bien estas definiciones aspiraban a transformarse en las bases teóricas del PCU posdictatorial, se trataba de conceptos aún en construcción que generaban dudas y confusión entre los afiliados. Por su parte, la idea de *democracia participativa* ya aparecía en trabajos de Ernesto *Che* Guevara como una alternativa a las formas de *democracia burguesa*. El concepto tomó renovada fuerza al ser utilizado por los revolucionarios nicaragüenses luego de 1979 para referirse al involucramiento ciudadano en la vida política generado a partir de las diversas organizaciones sociales promovidas por el régimen sandinista (Sosa, 2016: 21 y 162-167).

Por otro lado, con diversos matices, desde el PC se identificaba a la democracia con los principios del liberalismo político. Al respecto, en editorial del semanario sanguinettista *Correo de los Viernes*, se afirmaba que la propuesta de los colorados era la de una democracia pluralista, caracterizada por la vigencia de las libertades políticas y civiles y la alternancia en el poder a partir de elecciones libres; se trataba de una propuesta de «democracia real y concreta» y no de «concepciones abstractas» o «remotas e inalcanzables utopías». El articulista se preguntaba si los sectores del FA que proponían alternativas como la «democracia avanzada» podían dar un ejemplo real de un país que a partir de esta idea hubieran construido democracias pluralistas y sociedades abiertas.³⁸

A pesar del énfasis puesto en la salvaguarda de las libertades políticas, algunos dirigentes colorados destacaban también la necesidad de construir formas de democracia que prestaran una mayor atención a la participación de la sociedad civil.

Desde la Corriente Batllista Independiente se consideraba que el poder político debía concertar con los «grupos de interés y de opinión» las medidas a instrumentar, para construir así formas de «democracia participativa», pero dejaba en claro que la conducción le correspondía al gobierno electo y a los partidos, pues si la «democracia participativa» se imponía por sobre la «representativa», el régimen se transformaba en corporativista.³⁹

Por su parte, el futuro ministro de Trabajo y Seguridad Social Hugo Fernández Faingold destacaba que la Concertación permitiría un mayor nivel de participación ciudadana, profundizando así la democracia. Ponía como ejemplo de esto la concreción de mecanismos por los cuales los ciudadanos participaran de la gestión de determinados servicios de carácter local, como los hospitales o el saneamiento público; también planteaba la necesidad de impulsar formas asociativas de producción y consumo, así como de «democracia empresarial».⁴⁰

Las posiciones esgrimidas al respecto por el wilsonismo no se diferenciaban mayormente de las propuestas por estos sectores colorados.⁴¹ Por el contrario, el nacionalismo conservador no compartía estas ideas; Dardo Ortiz, por ejemplo, expresó que concertar con los movimientos sociales era una pérdida de tiempo, y que lo más práctico y realista era concretar un acuerdo entre los dos partidos mayoritarios, donde ambos hicieran concesiones mutuas sobre los grandes temas de gobierno.⁴²

A su vez, diversas posturas de los empresarios en determinadas instancias de la concertación mostraban un convencimiento de que existían temáticas cuya discusión correspondía exclusivamente a los partidos políticos y no a las organizaciones de la sociedad civil. Ejemplo de ello fue la decisión de estas gremiales de no suscribir declaraciones de carácter político emanadas de la Conapro.⁴³

Las discusiones generadas a la interna del GT sobre educación pronto mostraron que este sería una arena de enfrentamiento entre diversas sensibilidades respecto a la democracia. Luego

38 «La Democracia que ofrecemos», *El correo de los viernes* (9 de noviembre de 1984).

39 Mosca, L., «La Concertación Programática Nacional», *Jaque* (7 de setiembre de 1984).

40 «Sería ilusorio pensar que la Conapro terminará con los conflictos, pero ha evitado que estos sean numerosos», *Búsqueda* (17 de enero de 1985).

41 Véanse, por ejemplo, las posturas de Juan Martín Posadas y Gonzalo Aguirre, en Posadas, J. M., «La Concertación (II)», *La Democracia* (3 de agosto de 1984); «A la Conapro le queda muy poca vida», *Jaque* (14 de diciembre de 1984).

42 «La Concertación ha sido un fracaso», *Búsqueda* (7 de febrero de 1985).

43 «Acta n.º 1. Mesa Ejecutiva», APEO (Montevideo, 4 de setiembre de 1984). Esta postura fue revisada y rectificada en la segunda etapa de la concertación, véase «La concertación en la democracia: hablan los delegados del Frente a la Conapro», *La Hora* (9 de enero de 1985).

de arduos debates el GT acordó que los miembros de los consejos desconcentrados de Educación Primaria, Secundaria y Universidad del Trabajo del Uruguay, del Consejo Directivo Central (Codicen) y de la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP) a crearse serían elegidos por el Poder Ejecutivo a partir de una nómina concertada en el GT. Pero varios de los nombres propuestos por la Asceep-FEUU y los sindicatos de la enseñanza fueron objetados sin razón alguna, mientras que surgieron otras candidaturas producto de acuerdos políticos no construidos en la Concertación. Esto generó que luego de nuevos debates las autoridades fueran nombradas con la abstención de estudiantes y trabajadores (Filgueira y Léméz, 1989: 245-246).

Otro eje de discusión fue la autonomía de los órganos rectores de la enseñanza respecto al Ejecutivo. Para el PC esta suponía independencia técnica, financiera y administrativa, pero no política o de gobierno, mientras que el resto de los sectores políticos y sociales consideraban que el grado de autonomía dependería del nivel de participación de los docentes en la conducción de la enseñanza. Finalmente primó una fórmula de consenso algo ambigua que establecía la necesidad de asegurar la máxima autonomía sin dejar de lado la responsabilidad del Codicen en la coordinación de los servicios y el mantenimiento de objetivos comunes y complementarios en planes y programas (Filgueira y Léméz, 1989: 245 y 248-249).⁴⁴

Estos debates mostraban el choque de una concepción que consideraba necesaria la participación de actores de la sociedad civil en determinadas decisiones de gobierno frente a otra que creía que los únicos representantes legítimos de la ciudadanía eran los partidos, ya que las elecciones los hacían depositarios exclusivos de estas prerrogativas. Así, por ejemplo, el colorado Andrés Vázquez Romero afirmó que ciertos grupos con mucho peso en las gremiales de la educación, pero con escaso apoyo entre la ciudadanía, poseían una concepción elitista y buscaban quitarle al gobierno democráticamente elegido por el pueblo el derecho de intervenir políticamente en la enseñanza.⁴⁵

Algo similar sucedió en los GT sobre derechos, libertades y garantías, y leyes y decretos del régimen, en los que se discutió si la Concertación tenía potestades para declarar la amnistía general e irrestricta para los presos políticos y para exigir a los partidos el compromiso expreso de no utilizar los institutos represivos incluidos en el Acto n.º 19. En ambos casos el PC y la UC consideraron que la Conapro no debía abordar los temas antedichos, los cuales le corresponderían al Parlamento y a la asamblea constituyente a convocarse a mediados del año 1985.⁴⁶

Finalmente, también surgieron posiciones similares en los debates que se desarrollaron en el GT sobre formas de concertación luego del 1.º de marzo. La propuesta realizada por el PC le asignaba un papel central al Parlamento como herramienta concertante, y en un nivel inferior proponía la creación de ámbitos intersectoriales de trabajo vinculados a la Oficina de Planeamiento y Presupuesto (OPP) y el Consejo Económico Nacional (CEN).⁴⁷

Fernández Faingold argumentaba que esta fórmula evitaría crear organismos paralelos al Parlamento que compitieran con él y socavaran la acción gubernativa, dejando en claro la prima-

44 «La Conapro busca consenso sobre amnistía, régimen para la enseñanza y leyes sindicales», *Búsqueda* (31 de octubre de 1984); «Conapro acordó autoridades de la enseñanza», *La Hora* (7 de marzo de 1985).

45 «Diferencias con los colorados impiden acuerdo», *Búsqueda* (7 de noviembre de 1984).

46 «La Conapro acelera sus trabajos antes de declararse en receso», *Búsqueda* (24 de octubre de 1984); «La Conapro busca consenso sobre amnistía, régimen para la enseñanza y leyes sindicales», *Búsqueda* (31 de octubre de 1984); «Acta n.º 14 del Grupo de Trabajo sobre Derechos, Libertades y Garantías», Aserpaj (Montevideo, 26 de octubre de 1984); «No se logra un acuerdo», *La Democracia* (1 de noviembre de 1984).

47 Este órgano había sido creado en la Constitución de 1934, pero las connotaciones con el modelo fascista que poseía generaron que nunca fuera convocado.

cía que debía conservar lo politicopartidario por sobre otras instancias de toma de decisiones en las que existiera un mayor peso de la sociedad civil.⁴⁸

Pero la propuesta recibió escaso apoyo fuera del pc. El referente wilsonista Óscar López Balestra afirmó que se trataba de un «entierro de lujo de la Concertación», pues siempre el Parlamento había recibido a los grupos de interés, y ni la opp ni el cen eran canales idóneos para hacer escuchar las diversas voces ciudadanas. La idi consideró que este camino transformaría a la Conapro en un aparato burocrático y de consulta que desmovilizaría a los sindicatos y filtraría sus reivindicaciones. El PIT-CNT estimó que con esta modalidad se le quitaba toda posibilidad de participación real.⁴⁹

Quienes vieron con buenos ojos la iniciativa fueron los empresarios, que expresaron que a su entender los ámbitos de concertación propuestos permitirían que los «intereses sectoriales» se manifestaran institucionalmente.⁵⁰

Por su parte, en otros GT lograron imponerse concepciones que veían la dimensión participativa como factor central de la democracia posdictadura. Es ejemplo de esto la propuesta del GT sobre salud de democratizar los organismos de dirección de las instituciones de asistencia médica colectiva instrumentando la participación de usuarios, trabajadores, Estado y comunidad organizada; o la del GT sobre agro de exigir que cualquier reforma en el sector fuera consultada primero a los actores participantes de la Conapro.⁵¹

Especialmente novedosa fue la labor desarrollada por el GT sobre condición de la mujer. El diagnóstico de situación presentado y las propuestas planteadas para corregir las graves inequidades de género en el ámbito cultural, político, económico, social, laboral, legal, sanitario, educativo y académico ponían de manifiesto una interpretación de la democracia que integraba nuevas dimensiones a las ya inherentes al modelo democrático-liberal.⁵²

Concertación, neoliberalismo y democracia

Las posturas esgrimidas por los diversos actores presentes en la Conapro dejaban entrever que, con matices, existía un cierto acuerdo respecto a la existencia de una dimensión socioeconómica constitutiva de la democracia. En este sentido, el neoliberalismo era asociado al autoritarismo, transformándose casi en un sinónimo, por lo que las propuestas de activación económica planteadas en varias de las resoluciones de la Conapro implicaban una importante presencia estatal y un intento de reactivación del sector primario y secundario en detrimento del financiero.

Editorialistas del semanario *Búsqueda* cuestionaron este «consenso antineoliberal», argumentando que la promoción del intervencionismo estatal, así como otras decisiones de la Conapro

48 «Acta n.º 1 del Grupo de Trabajo Formas de concertación a partir del 1/3/1985», carpeta «Concertación Programática (Comaspo-Conapro). Doc. Destituídos Privados», Afunsa (Montevideo, 8 de enero de 1985).

49 «Las duras lecciones de la realidad», *Asamblea* (20 de diciembre de 1984); «PIT-CNT rechazó propuesta colorada de institucionalización de la Conapro; exigen la ruptura con el modelo neoliberal», *Búsqueda* (7 de febrero de 1985); «Mantener la Conapro tal como funciona ahora», *La Hora* (6 de febrero de 1985); «Acta n.º 1 del Grupo de Trabajo Formas de concertación a partir del 1/3/1985», carpeta «Concertación Programática (Comaspo-Conapro). Doc. Destituídos Privados», Afunsa (Montevideo, 8 de enero de 1985).

50 «Documento presentado al Grupo de Trabajo sobre formas de concertación en democracia por la Cámara Nacional de Comercio, Cámara de Industrias del Uruguay y Cámara Mercantil de Productos del País», APEO (Montevideo, 30 de enero de 1985).

51 «Concertación Nacional Programática», Aserpaj s/d.

52 Véase artículo de Ana Laura de Giorgi en este mismo *dossier*.

que iban en ese sentido, atentaban contra la democracia que se quería instalar, pues constreñían una de sus libertades esenciales: la libre empresa.⁵³

Las resoluciones del GT sobre vivienda proponían que el Estado promoviera la construcción y entrega de casas en propiedad por el sistema público de vivienda económica, el control de la existencia de residencias desocupadas, la implementación de créditos especiales para los sectores de salarios sumergidos y la regulación de precios de viviendas económicas. Esto fomentaría la actividad constructiva, contribuyendo a palear la desocupación y mejorar el salario real. Se privilegiaría la producción a través del sistema público, cooperativo, de autoconstrucción y de pequeñas y medianas empresas. Los salarios de los trabajadores de la construcción que participaran en este plan aumentarían de forma progresiva y sostenida.⁵⁴

Los GT vinculados al agro propusieron un paquete de medidas a nivel crediticio, impositivo, comercial, macroeconómico y de política de precios, tierras y endeudamiento que implicaban una importante intervención estatal. También se le solicitaba al próximo gobierno la implementación de fórmulas de salvataje para dos empresas agroindustriales que empleaban gran cantidad de mano de obra y poseían una importante capacidad instalada.⁵⁵

Pero fue el documento del GT sobre política económica el que sintetizó las principales ideas acordadas en la materia. Su elaboración final les correspondió a varios economistas de los partidos, excluyéndose a los representantes políticos no técnicos, a las organizaciones sociales y las gremiales empresariales. Una temática de alta complejidad e importancia para el país como la económica era abordada solamente por la «voz experta». A su vez, luego de confeccionado, el documento debió ser objeto de nuevas negociaciones entre las cúpulas partidarias con el fin de limar las diferencias que aún perduraban. Finalmente fue aprobado el 22 de febrero.⁵⁶

De forma expresa, comenzaba afirmando que la política económica del nuevo gobierno se iba a distanciar de la orientación neoliberal impulsada por la dictadura. Esta declaración, al asociar al neoliberalismo con el régimen autoritario, conllevaba también su condena, y significaba responsabilizarlo de la crisis económica que vivía el país.

Coherente con las afirmaciones antedichas, el Estado pasaba a jugar un papel central en la reactivación económica al impulsar políticas que acrecentaran la demanda interna, las exportaciones y la producción. Para ello debía incrementar la inversión y el crédito público, desarrollar políticas proteccionistas, de subvenciones y de acuerdos comerciales entre Estados, extender beneficios sociales (hogar constituido y asignaciones familiares) y promover la recuperación salarial y de pasividades.

Finalmente, era necesario supeditar la política financiera a las necesidades productivas del país y no viceversa, como había sucedido hasta ahora. Esto permitiría una mayor autonomía de Uruguay respecto al sistema financiero internacional.

Epílogo: de la concertación acotada al acuerdo político

La Concertación no tuvo continuidad luego de febrero de 1985, no obstante, era permanentemente referida por diversos actores políticos y sociales, ya como reproche al gobierno por incumplir

53 Peirano, R., «Qué podemos esperar de la Concertación» *Búsqueda* (25 de julio de 1984).

54 «Concertación Nacional Programática», Archivo Serpaj s/d.

55 «Segunda etapa», Archivo Serpaj s/d.

56 «Se logró acuerdo sobre política económica; sustanciales diferencias respecto a la educación», *Búsqueda* (14 de febrero de 1985).

muchos de los acuerdos allí alcanzados, ya como mecanismo que era necesario reactivar en pos de asegurar la continuidad democrática.

Entre marzo y agosto de 1985 se vivió un período de importante agitación social, cuyo epicentro era la acción sindical. Durante el período se produjeron conflictos de diversa intensidad en varios sectores de la actividad pública y privada.⁵⁷

El gobierno, a la vez que mantenía espacios de diálogo en los Consejos de Salarios, acrecentó los niveles de represión. Fábricas ocupadas y campamentos de huelguistas fueron desalojados; se reprimieron movilizaciones; hubo trabajadores golpeados y detenidos, y algunos fueron interrogados en uno de los centros del terrorismo de Estado dictatorial: el Departamento de Información e Inteligencia de la Policía.⁵⁸

Desde el Poder Ejecutivo y el PC se hicieron habituales los discursos que tildaban las reivindicaciones de los trabajadores como exigencias desproporcionadas que hacían peligrar la democracia. Así, por ejemplo, el presidente expresó por cadena nacional que la democracia uruguaya tenía en «los excesos de los sindicatos» uno de sus «talones de Aquiles».⁵⁹

Simultáneamente el gobierno hizo público que estaba barajando la posibilidad de decretar la esencialidad de varios servicios y promover la aprobación de una ley de reglamentación sindical.⁶⁰

Todos estos fenómenos, lejos de amedrentar a las organizaciones sindicales, hacían que se acrecentara la disconformidad y la movilización obrera.

Fue en este marco que, a partir de la propuesta del senador nacionalista Alberto Zumarán, el gobierno echó a andar a inicios de agosto de 1985 el *diálogo social*, del que participaron los partidos políticos, el PIT-CNT y las gremiales empresariales. Esta nueva instancia de concertación tenía un sentido mucho más limitado que la Conapro, no solo porque las temáticas abordadas eran exclusivamente de carácter socioeconómico y con énfasis en las relaciones laborales, sino porque además el número de participantes era más acotado, poniendo de manifiesto la idea de que la sociedad era representada únicamente por los partidos con presencia parlamentaria, los sindicatos y las gremiales empresariales, excluyéndose al resto de las organizaciones de la sociedad civil.

Las reuniones se desarrollaron en un clima poco propicio. La conflictividad sindical no disminuía. Crecían los atentados y las amenazas a dirigentes políticos, sindicales y estudiantiles, así como los ataques a locales partidarios, medios de comunicación y dependencias de la Udelar; también fueron denunciados seguimientos policiales a dirigentes políticos y golpizas a detenidos

57 Véanse, por ejemplo, «Múltiples conflictos laborales en la actividad pública y privada signan primeros cien días de la administración Sanguinetti», *Búsqueda* (6 de junio de 1985); «Falta de acuerdos en Consejos de Salarios provoca paros de gremios del sector privado», *Búsqueda* (4 de julio de 1985); «El próximo sábado 15 se reúne la Mesa Representativa ampliada del PIT-CNT», *Búsqueda* (13 de junio de 1985); «Ola de paros en el sector público», *Búsqueda* (17 de julio de 1985).

58 «Contra orden del juez detienen e interrogan a trabajadoras textiles», *La Hora* (12 de marzo de 1985); «PIT-CNT rechazó desalojos de fábricas dispuesto por el Ejecutivo ante solicitud de las patronales», *Búsqueda* (18 de abril de 1985); «Incidentes el martes durante paro del transporte», *Búsqueda* (6 de junio de 1985); «Hoy definen laudo del transporte; martes aumento a estatales», *Búsqueda* (4 de julio de 1985); «Detención de obreros del transporte provoca agravamiento del conflicto», *Búsqueda* (4 de julio de 1985).

59 «Cuestiones sindicales generan nuevas tensiones y preocupaciones», *Búsqueda* (19 de junio de 1985).

60 «El agravamiento de las tensiones entre el gobierno y los sindicatos desembocó en una nueva gestión concertante», *Búsqueda* (25 de julio de 1985); «Cuestiones sindicales generan nuevas tensiones y preocupaciones», *Búsqueda* (13 de junio de 1985); «Dirigencia sindical ha perdido madurez», *Búsqueda* (13 de junio de 1985); «Posiciones encontradas en el Partido Colorado frente a iniciativas del Batllismo Unido canario», *Búsqueda* (20 de junio de 1985); «Sector del senador Dardo Ortiz reclama reglamentar la actividad sindical», *Búsqueda* (20 de junio de 1985).

en la Jefatura de Policía de Montevideo.⁶¹ Por otro lado, varios de los actores que protagonizaban el diálogo social hacían públicas las exiguas expectativas que este generaba.⁶²

Luego de casi dos meses de negociación con escasos resultados, el diálogo social fue definitivamente suspendido. La violenta desocupación del Instituto de Profesores Artigas (IPA)⁶³ por parte de las fuerzas policiales, que dejó como saldo varios heridos y detenidos, entre los que se contaban los diputados Carlos Negro (Partido por el Gobierno del Pueblo, FA) y Gilberto Ríos (Democracia Avanzada, FA), devino en una dura interpelación al ministro del Interior, Dr. Carlos Manini Ríos, la cual tensó aun más la relación entre el gobierno y la oposición.⁶⁴

La preocupación del Ejecutivo por lograr instancias de entendimiento que posibilitaran la «gobernabilidad» hizo que desde mediados de enero de 1986 el presidente negociara con los partidos un «acuerdo nacional» a tres años que permitiera la «consolidación institucional», evitando «los factores de desestabilización» que habían existido el año anterior. Dicho acuerdo fue suscrito el 1.º de abril de 1986 e incluyó una serie de medidas de alcance económico, social e institucional.⁶⁵

Se trataba nuevamente de un acuerdo preventivo para darle estabilidad social y política al gobierno. Se cerraba el ciclo de concertación en Uruguay, pues el acuerdo nacional era un pacto interpartidario que según sus promotores evitaba reeditar la Conapro, pues buscaba alcanzar una negociación rápida y efectiva.⁶⁶

Algunas reflexiones y preguntas a modo de conclusión

La Conapro fue una experiencia rica y novedosa, tanto en lo que se refiere a la cantidad y pluralidad de las organizaciones participantes como a la importancia de los diagnósticos realizados y las resoluciones adoptadas. ¿A qué se debió entonces que los diversos actores que participaron de esta instancia, así como la mayoría de los estudios académicos sobre la transición, le presten hoy escasa atención?

Asimismo, significó una arena de combate donde se enfrentaron diversas formas de entender la democracia y el papel que en ella debían jugar las diferentes organizaciones de la sociedad civil. En ese sentido, parece necesario profundizar el estudio de los procesos internos y externos que llevaron a que estos debates finalmente se decantaran en favor de concepciones politicistas y procedimentales de democracia, perdiendo terreno aquellas visiones alternativas a la democracia liberal.

61 «Manini aseguró en el Senado que se harán investigaciones», *Búsqueda* (22 de agosto de 1985); «¿Qué hace el Ministerio del Interior para ubicar a los de la alarmante ola de atentados?», *La Hora* (20 de agosto de 1985).

62 «Definido su propósito, el «diálogo social» entra en la etapa operativa», *Búsqueda* (1.º de agosto de 1985); «Tiempo de deliberar y tiempo de actuar», *Búsqueda* (1.º de agosto de 1985); «Diálogo social: diagnóstico y críticas», *Búsqueda* (15 de agosto de 1985).

63 El conflicto se había originado varios meses atrás debido a las dilatorias de las autoridades de la enseñanza frente a la solicitud de instalación de un consejo asesor y consultivo del Codicen que contara con representación estudiantil.

64 Para una crónica de estos hechos véanse «El desalojo del IPA y los antecedentes», *Búsqueda* (1 de noviembre de 1985); «El mecanismo de la censura», *La Hora* (30 de octubre de 1985); «La propuesta de Sanguinetti confirmó que «se siente fuerte en materia de opinión pública»», *Búsqueda* (1.º de noviembre de 1985).

65 El presidente Sanguinetti dio sus primeros pasos hacia un acuerdo sobre metas económicas», *Búsqueda* (30 de enero de 1986); «El gobierno procura evitar las tensiones políticas de 1985 a través del acuerdo», *Búsqueda* (20 de febrero de 1986). Para el contenido completo del acuerdo véase «Texto del acuerdo firmado entre los cuatro partidos políticos», *Búsqueda* (4 de abril de 1986).

66 «Contactos preliminares entre el gobierno y la oposición en procura de concertar un programa de acción por tres años», *Búsqueda* (16 de enero de 1986).

Finalmente, la Conapro atestigua la presencia de un cierto consenso antineoliberal, el cual hacia finales de la década del ochenta estaba en franca retirada frente a posiciones que destacaban el papel benefactor y modernizador de la iniciativa individual y privada. Es necesario profundizar el análisis de los factores internos y externos que influyeron para que se impusiera este cambio de paradigma.

Bibliografía y fuentes

Referencias bibliográficas

- ARGENTI, G. y otros (1984). *Siete enfoques sobre la Concertación*. Montevideo: CIESU.
- BRUNO, M. (2016). «Contra el consenso político y la racionalidad económica», en DE GIORGI, A. y DEMASI, C. (coords.). *El retorno a la democracia. Otras miradas*. Montevideo: Fin de Siglo.
- CAETANO, G. (2005). «Introducción general. Marco histórico y cambio político en dos décadas de democracia. De la transición democrática al gobierno de la izquierda. 1985-2005», en CAETANO, G. (dir.). *20 años de democracia. Uruguay 1985-2000: miradas múltiples*. Montevideo: Taurus.
- CALDERÓN GUTIÉRREZ, F. (1987). «Presentación», en Dos Santos, M. (comp.). *Concertación político-social y democratización*. Buenos Aires: Clacso.
- CHAGAS, J. y TORNARELLI, M. (1989). *El sindicalismo uruguayo bajo la dictadura. 1973-1984*. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo.
- CORBO, D. (2007). «La transición de la dictadura a la democracia en Uruguay. Perspectiva comparada sobre los modelos de salida política en el Cono Sur de América Latina». *Humanidades*, vol. 1. Universidad de Montevideo.
- DAHL, R. (1999). *La democracia, una guía para los ciudadanos*. Buenos Aires: Santillana.
- DEMASI, C. (2009). «La evolución del campo político en la dictadura», en DEMASI, C. y otros. *La dictadura cívico-militar. Uruguay 1973-1985*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- DEMASI, C. y YAFFÉ, J. (coords.) (2005). *Vivos se los llevaron... Historia de la lucha de madres y familiares de uruguayos detenidos desaparecidos (1976-2005)*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- DOS SANTOS, M. (1987). «Pactos en la crisis. Una reflexión regional sobre la construcción de democracia», en DOS SANTOS, M. (comp.). *Concertación político-social y democratización*. Buenos Aires: Clacso.
- ERMIDA URIARTE, O. y otros (1985). *La concertación social. Estudios en homenaje al profesor Américo Plá Rodríguez*. Montevideo: Ediciones Jurídicas.
- FERNÁNDEZ, W. y otros (1986). *La Concertación en el Uruguay*. Montevideo: IDES.
- FILGUEIRA, C. (ed.) (1985). *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy*. Montevideo: Flacso-CIESU.
- FILGUEIRA, C. y LÉMEZ R. (1989). «El caso uruguayo», en BRASLAVSKY, C. y otros. *Educación en la transición a la democracia. Casos de Argentina, Brasil y Uruguay*. Santiago de Chile: Unesco-Orealc.
- FRANCÉS, A. y DIESTE J. (1985). «La concertación en la transición uruguaya (1980-1985)», en ERMIDA URIARTE, O. y otros. *La concertación social. Estudios en homenaje al profesor Américo Plá Rodríguez*. Montevideo: Ediciones Jurídicas.
- GILLESPIE, C. y otros (1985). *Uruguay y la democracia*. Montevideo: CIESU.
- PORRINI, R. (2010). «La sociedad movilizada», en FREGA A. y otros. *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- RUIZ, M. (2014). *Escenas de la vida ciudadana de las uruguayas en la pos dictadura*. Caravelle, vol. 102. Disponible en: <<https://journals.openedition.org/caravelle/754>> [Consultado el 11 de julio de 2019].
- SALA, L. (2000). «Repensar la democracia», en RICO, Á. y ACOSTA, Y. (comps.). *Filosofía latinoamericana, globalización y democracia*. Montevideo: Nordan Comunidad-FHCE, Universidad de la República.
- SALA, L. (2005). «La contienda por la democracia», en DE LA FUENTE, J. y ACOSTA, Y. (coords.). *Sociedad civil, democracia e integración. Miradas y reflexiones del VI Encuentro del Corredor de las Ideas del Cono Sur*. Santiago de Chile: Ediciones UCSH.
- SOSA, A. (2016). *¿Democracia sin socialismo, o socialismo sin democracia? El Partido Comunista de Uruguay en la encrucijada (1989-1992)*. Tesis de Maestría. FHCE, Universidad de la República. Disponible en: <<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/123456789/18226/1/Sosa%2C%20%2C3%81lvaro.pdf>> [Consultado el 14 de febrero de 2019].
- SPÓSITO, R. (1987). «El proceso de concertación en la transición democrática: 1984-1985». *Revista de Ciencias Sociales*, n.º. 2, pp. 94-108.

VIERA, E. (1984). «El eje real: movilización social y concertación». *Estudios*, vol. 90.

Prensa

Asamblea

Búsqueda

El Correo de los Viernes

Jaque

La Democracia

La Hora

Estudios (órgano del PCU)

Repositorios documentales

Archivo de la Unión de Obreros, Empleados y Supervisores de FUNSA (Afunsa)

Archivo Personal Efraín Olivera (APEO)

Archivo Servicio de Paz y Justicia (Aserpaj)

Recibido 6/3/2019. Aceptado: 31/5/2019

La huelga de la Facultad de Veterinaria de 1978: los primeros brotes verdes de la democracia universitaria

Gabriela González Vaillant^{1, 2}

Resumen

El presente trabajo analiza el caso de un evento de protesta específico que tuvo lugar en la Facultad de Veterinaria de la Universidad de la República en Uruguay, en 1978, e intenta cumplir con un doble propósito: en primer lugar, poner de relieve la significación de un episodio de protesta inédito organizado por los estudiantes universitarios durante la dictadura y problematizar su rol en procesos transicionales posteriores; en segundo lugar, utilizar el caso concreto para ofrecer pistas teóricas sobre algunos de los grandes debates en torno a la organización colectiva y los movimientos de protesta estudiantil. El artículo comienza por fundamentar la importancia de estudiar el im-

Abstract

The purpose of this paper, which focuses on the case of a specific protest event that took place at the public Veterinary University in Uruguay during 1978, is twofold: first, to highlight the significance of an episode of unprecedented protest organized by university students during the dictatorship and problematize its role within the subsequent transition to democracy; second, to use this concrete case to offer theoretical clues about some of the great debates around collective organization and student protest movements. The article begins by substantiating the importance of studying specific protest events (a university strike) to understand how future events unfold (transition

1 Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

2 Investigación realizada en el marco de Maestría en Historia Rioplatense y del proyecto «Las disputas en torno a la idea de democracia: debates, institucionalidad y prácticas políticas, sociales y culturales durante la transición uruguaya (1980-1995)» a cargo de Aldo Marchesi y Diego Sempol, Geipar, CSIC, Udelar. Una versión preliminar fue presentada en las Jornadas del Archivo General de la Universidad (2019) y en el blog Personas y Razones. Estoy muy agradecida por los comentarios recibidos por parte del grupo del proyecto de investigación, por parte los participantes y comentaristas de las jornadas y de los árbitros anónimos que evaluaron este trabajo. Por otro lado, un agradecimiento a Pablo Guyer por la generosidad para brindarme acceso a su colección personal de todos los números de la revista *Encuentros Veterinarios*, a Vania Markarian por su supervisión y a los entrevistados que brindaron sus ricos testimonios para rescatar esta historia.

pacto de eventos de protesta específicos (una huelga universitaria) para comprender el devenir de los acontecimientos posteriores (la transición a la democracia universitaria). Mediante fuentes primarias disponibles y las voces de varios de sus protagonistas, el trabajo se adentra luego en el caso de la *renuncia colectiva a los cursos* de los estudiantes de Veterinaria de 1978, las oportunidades políticas y las decisiones de los actores involucrados que la posibilitaron. Finalmente, se ofrecen algunas pistas interpretativas posibles y se reflexiona sobre hasta qué punto este evento fue un germen transicional en dictadura. El trabajo muestra cómo un evento puntual, con tintes gremiales y corporativos, repercutió en la política universitaria y en la reorganización del movimiento estudiantil universitario y, posiblemente, en procesos políticos más amplios.

Palabras clave: huelga, movimientos estudiantiles, Facultad de Veterinaria, eventos de protesta.

to university democracy). Through available primary sources and the voices of several of its protagonists, the article analyzes the organization of what Veterinary students in 1978 creatively called a *collective resignation to courses* and the political opportunities and the decisions that enabled it. Finally, some interpretative clues are offered regarding the extent to which this event can be interpreted as a transitional seed during the Uruguayan dictatorship. The work shows how a specific event, with clear corporate demands, had broader repercussions on university policy, the reorganization of the university student movement and, possibly, on broader political processes.

Keywords: strike, student movements, Veterinary University, protest events

Una huelga universitaria en dictadura

Un 14 de agosto, pero hace cuarenta años, en 1978, los estudiantes de Facultad de Veterinaria de la Universidad de la República eran citados a un galpón de la facultad para negociar con las autoridades interventoras su regreso a clase luego de más de un mes y medio de huelga; una huelga que, dado el clima represivo que reinaba en el país por esos años y el vínculo inequívoco entre *huelga* y *subversión*, los estudiantes decidieron llamar eufemísticamente *renuncia colectiva a los cursos*. El 14 de agosto no era una fecha cualquiera dentro del calendario nacional para sentarse a negociar con las autoridades interventoras, ya que se cumplía aniversario de la muerte del mártir estudiantil Líber Arce, un estudiante universitario muerto por una herida de bala en una manifestación próxima, justamente, a la Facultad de Veterinaria. Dicha fecha era recordada vívidamente por estudiantes como un hito trágico en la historia reciente de la lucha estudiantil (Sempol, 2006). Una sensación de escalofrío corrió por el espinazo de varios estudiantes mientras esperaban multitudinariamente la llegada de las autoridades. Este día marcó un punto de inflexión en el proceso de movilización estudiantil en la facultad ya que, fruto del frustrado proceso de negociación, terminaron de adherir a la huelga todas las generaciones de estudiantes, lo que condujo a la posterior renuncia del decano interventor unos días más tarde. La huelga de Veterinaria y su victoria dejó a muchos estupefactos ya que ni sus estudiantes se caracterizaban por ser históricamente combativos ni el clima que reinaba en el país era propicio para una medida de lucha de estas características.

Desde la intervención de la Universidad de la República en octubre de 1973, que llevó a la destitución de los decanos y el rector electos en democracia, la ilegalización de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) y el fin del cogobierno y la autonomía universitaria, el gobierno militar mantuvo un control férreo de la vida universitaria a través de minuciosos procesos de vigilancia y prohibición de todo tipo de actividades gremiales y políticas dentro de la institución (Markarian, Jung y Wschebor, 2009). Según Vania Markarian (2015: 129), aunque resulta difícil aventurar cifras exactas, las denuncias de la época y estudios realizados permiten estimar que cerca de 45 % de los docentes fueron destituidos o forzados a abandonar sus cargos en la Universidad y cualquier intento de oposición al régimen fue duramente reprimido (Islas, 1995; Duffau, 2007). Al igual que en otros países vecinos, como Argentina (Buchbinder, 2005; Manzano, 2014), la intervención de la Universidad tuvo como objetivo inicial eliminar al enemigo interno y neutralizar cualquier disidencia entre cuadros docentes y estudiantes a través de mecanismos como la exigencia de la firma de la *declaración de fe democrática*, en el caso de docentes, y la *declaración jurada de comportamiento estudiantil*, en el caso de estudiantes (Islas, 1995). Sin embargo, desde mediados de los setenta, hubo un intento de acompañar esta tendencia «comisarial» de la vida universitaria con una concomitante vocación «refundacional» de la educación, intentando acompasar los planes de estudio de las diversas carreras al proyecto dictatorial superior (Markarian, Jung y Wschebor, 2009). Aunque muchas veces las acciones en el plano universitario fueron más reactivas que proactivas, durante esta etapa se puso un marcado énfasis en la docencia (frente a la investigación y extensión), y se privilegió asimismo la formación técnica y aplicada (Markarian, 2015). En este contexto se desarrolló y puso en funcionamiento en 1974 el controvertido plan de estudios en la Facultad de Veterinaria, que dio inicio al conflicto.

Este artículo tiene dos propósitos fundamentales: en primer lugar, recordar un episodio que representa un evento inédito de protesta juvenil organizada durante la dictadura, que puso en jaque a las autoridades universitarias y, en segundo lugar, pensar algunos de los grandes debates sobre la organización colectiva y los movimientos de protesta en el contexto uruguayo. Con relación a los procesos de transición democrática, el artículo busca problematizar hasta qué punto

eventos como estos pueden ser analizados como indicios o señales de una temprana transición democrática en el seno de política universitaria. El artículo muestra que este evento en particular posibilitó la creación de espacios, lugares y redes que luego fueron centrales en la transición democrática universitaria y que, en cierta medida, jugaron un rol en los procesos de transición democrática en el ámbito nacional.

Como veremos, hay narrativas y testimonios encontrados con relación a cómo se recuerda, resignifica e interpreta este conflicto y en qué medida puede ser interpretado como expresión de resistencia a la dictadura, o a su proyecto en la universidad. Más allá de su alcance específico, se busca demostrar que eventos como este generaron universos de posibilidades distintos a los imperantes en aquel momento, tuvieron impactos concretos sobre la cultura política y la subjetividad de parte de la generación de estudiantes que los protagonizaron, permitieron generar redes y alianzas, y fueron un antecedente importante para el surgimiento de nuevas tácticas de protesta del movimiento estudiantil universitario y formas novedosas de concebir a la acción colectiva.

Este trabajo se basa en una combinación de entrevistas en profundidad realizadas por la autora,³ estudio de documentos (como la revista *Encuentros Veterinarios*), textos y fuentes primarias disponibles, y material de prensa de la época, como base testimonial a partir de la cual reconstruir la huelga de la Facultad de Veterinaria de 1978 en tanto evento de protesta, y evaluar su significatividad dentro de transformaciones estructurales y procesos sociales posteriores. El concepto de *eventos de protesta*, en el que centramos el próximo apartado, resulta fecundo para pensar el lugar de un hito como este dentro de los procesos de transición democrática en la universidad. El artículo ofrece luego una descripción detallada de la huelga de Veterinaria a través de los recuerdos de sus protagonistas y un análisis posterior de su impacto. Las conclusiones incluyen puntualizaciones finales, esbozando algunas posibles líneas de trabajo futuro.

Los eventos de protesta

Con motivo de la conmemoración de los treinta años de la recuperación democrática en 2015, y los cuarenta años del golpe de Estado en 2013, se realizaron innumerables congresos, seminarios y eventos públicos recordando fechas que marcarían la historia de Uruguay para siempre. Hay eventos que dejan profundas huellas en las historias y las identidades colectivas, pero la memoria siempre es selectiva y activa. Como bien mostró Diego Sempol (2006) para el caso de la conmemoración del Día de los Mártires Estudiantiles, un mismo evento es muchas veces recordado desde ópticas muy diferentes, y es objeto de significación y resignificación a lo largo del tiempo. Qué se invoca y cómo se lo hace está relacionado a quién lo invoca, para qué y cuándo. La historia de la dictadura y de la posterior transición democrática también se podría narrar a través de muchos otros eventos que, aunque quizás posean menor visibilidad, incidieron no obstante en el devenir de acontecimientos posteriores.

William H. Sewell (2005) invita a la sociología histórica a tomar los eventos como categoría de análisis principal. Nos recuerda que desde Heródoto los historiadores han narrado y escrito principalmente sobre los eventos: batallas, conquistas, revueltas, elecciones, asesinatos, descubrimientos, revoluciones. Sin embargo, a pesar de la predominancia del evento como objeto de

3 Las entrevistas fueron realizadas entre julio de 2018 y marzo de 2019, de acuerdo a una pauta de preguntas abiertas que giró en torno a la participación e interpretación de los entrevistados respecto a la huelga. El método de selección de los entrevistados fue no probabilístico o teórico (Miles y Huberman, 1994). Se buscó recolectar el testimonio de individuos que participaron activamente del conflicto, dentro de distintas generaciones y adscripciones ideológicas o partidarias. Los fragmentos utilizados en este artículo fueron validados por los entrevistados.

estudio, no siempre se ha escrutado su valor como categoría de análisis teórica. Los eventos en contextos sociohistóricos específicos son los que posibilitan y condicionan la ocurrencia futura de otros eventos. Sewell define los eventos como una subclase de ocurrencias que impactan en forma significativa sobre las estructuras y las transforman. Las estructuras restringen y condicionan la naturaleza de las interacciones sociales, pero siempre están «en riesgo» de ser actualizadas, cambiadas o contestadas en las propias interacciones que las reproducen. En el campo de la acción colectiva se habla con frecuencia de estructuras de oportunidades políticas para aludir a ese conjunto de procesos externos a los movimientos que influyen en las probabilidades de que los actores colectivos actúen y, en caso de hacerlo, cómo lo hacen. Sin embargo, no hay nada mecánico ni rutinario en cómo se procesan esas oportunidades en los movimientos; después de todo, las oportunidades solo son oportunidades políticas si los actores son conscientes de ellas y las utilizan en su propio provecho. Los eventos se vuelven eventos históricos, tal y como los entiende Sewell, cuando desencadenan una cascada de sucesos que transforman de manera perdurable y profunda las prácticas y estructuras existentes, y cuando permiten la rearticulación y aparición de nuevos emergentes (Sewell, 2005: 227). En suma, un evento histórico es operacionalizado como aquel que implica: a) una ramificación de ocurrencias subsecuentes; b) ser reconocido como tal por sus contemporáneos; c) una transformación duradera de las estructuras existentes (Sewell, 2005: 228).

Si bien el análisis de eventos de protesta (PEA, por sus siglas en inglés) se ha convertido en uno de los enfoques más usuales dentro de los estudios de la protesta, ya que permite analizar procesos de movilización más allá de las organizaciones y los movimientos sociales que participan, o mejor dicho, permite ver cómo confluyen un conjunto de organizaciones en un momento y espacio determinado, la mayoría de dichos enfoques propone un abordaje cuantitativo y un análisis diacrónico de un gran número de eventos en el tiempo y espacio. Sin embargo, desde la sociología histórica (o desde la Historia social), se ha señalado el potencial analítico de los eventos como ventanas privilegiadas para analizar los procesos de «estructuración», donde confluyen estructura y acción (Abrams, 1980), a la vez de la importancia de las «narrativas» en torno a esos procesos como el vehículo privilegiado para describirlos, reconstruirlos y comprenderlos (Griffin, 1993). Un análisis minucioso de un evento histórico concreto de protesta, dentro de su contexto de desarrollo determinado, con sus protagonistas y sus lugares, permite comprender principios y procesos macroestructurales en tiempo real (Tilly, 1984). La temporalidad importa en este ejercicio, es decir, *cuándo* ocurre un evento dentro de una secuencia mayor impacta en *cómo* ocurre y, en la medida en que cada estructura o proceso se compone de una serie de puntos decisionales, los quiebres o rupturas en esa cadena necesitan de nuestra atención pormenorizada (Tilly, 1984). Aunque el evento histórico es una construcción *a posteriori* del investigador y su recorte es, hasta cierto punto, arbitrario, se pretende aquí argumentar que la huelga de Facultad de Veterinaria constituyó un evento en los términos identificados por Sewell, ya que implicó: a) cambios sustantivos en el ámbito de la política universitaria; b) reconocimientos por parte de sus contemporáneos, a pesar de sus diferentes interpretaciones; c) transformaciones en la gestión de la facultad, en el movimiento estudiantil universitario a corto y largo plazo y en las subjetividades de quienes la protagonizaron.

La renuncia colectiva a los cursos: de la indignación a la movilización

El contexto de persecución política, el desmantelamiento de las estructuras de gobernanza universitaria y la ilegalización de estructuras partidarias que tradicionalmente canalizaron procesos de organización y movilización colectiva hacen que sea imposible hablar de un movimiento estudiantil

constituido durante el período bajo estudio. Más allá de algunos reclamos particulares y acciones de tipo relámpago de miembros de la FEUU clandestina, es importante señalar que este evento de protesta aconteció en un *impasse* de la actividad gremial estudiantil universitaria.⁴ El marco conceptual de la literatura sobre acción colectiva, entendida en un sentido amplio, más que sobre movimientos sociales, sirve entonces como un puntapié inicial para analizar este tipo de conflicto.

Retomando el modelo de movilización política de Charles Tilly (1978), hay factores internos a los colectivos que determinan su capacidad de movilización. En primer lugar, es necesario identificar un conjunto de intereses o reclamos que sirvan como meta compartida y aglutinen a los individuos entre sí. Como veremos, el plan de estudios de 1974 fue el punto de partida para la identificación de intereses comunes. Por otro lado, siempre es necesario contar con cierta organización que permita canalizar esas demandas y, en general, a mayor capacidad de identificación colectiva, mayor capacidad organizativa. Elementos como el compartir categorías de identificación común (en este caso, estudiantes de Veterinaria) y participar de redes interpersonales (como los grupos de clase o estudio) facilitan la identificación y organización, y, con ello, la capacidad de movilización. Finalmente, los colectivos deben emprender un proceso de movilización que implica pasar de ser un grupo pasivo de individuos a participantes activos, y utilizar los recursos disponibles (no solo materiales, sino también conocimientos, experiencias previas, capital social, por ejemplo) al servicio de la acción colectiva (salidas de clase y huelga). Estos procesos de movilización colectiva no acontecen en el aire; también deben considerarse los factores externos al grupo que generan oportunidades o incentivos para la acción colectiva, como ser el ambiente de represión existente (en este caso un elemento disuasivo para la acción), el entramado de poder en el que participa (intereses de autoridades universitarias, de docentes, de organizaciones profesionales, de mandos militares) y acontecimientos externos que eventualmente amplifiquen el impacto o capacidad de resonancia de la acción (pujas internas entre los militares o cambios en las jerarquías y mandos, por ejemplo). Los procesos de acción colectiva se inscriben, significan y estructuran en un contexto concreto, fuera del cual no pueden ser evaluados ni comprendidos.

Lo que se busca en este apartado es describir cómo los estudiantes pasaron de la indignación a la movilización, a través de un análisis de las oportunidades que fueron surgiendo y los mecanismos y estrategias de los estudiantes para utilizarlas en su propio provecho.

El germen del reclamo:

el nuevo plan de estudios y la ampliación de las demandas

En 1975 el decano de la Facultad de Veterinaria era Gustavo Cristi, hermano del general Esteban Cristi, que fue uno de los militares que irrumpieron en el Parlamento el día del golpe de Estado, y uno de los hombres fuertes en los inicios de la dictadura. Varios estudiantes que cursaron sus estudios durante los primeros años de la dictadura recuerdan al decano como uno de los más conservadores y autoritarios de la Universidad:

Hasta ese entonces la línea del general Esteban Cristi era la más reaccionaria dentro del Ejército [...]. Tenía ideas claramente fascistas [...]. En toda la Universidad se aplicó una ordenanza que señalaba que dentro de la universidad no se podía usar barba, el bigote no podía estar por debajo de la comisura de los labios, el pelo no podía tocar la camisa [...]. No podían estar reunidas más de dos personas a la vez y la Facultad, como se sabe, es amplísima. En el parque donde era frecuente la circulación, había unos tiras que los llamábamos el Gavilán y el Aguilucho, que estaban todo el tiempo controlando y diciendo que circulemos, no se puede estar juntos... Incluso los

4 La mesa central de la FEUU fue creada en forma clandestina en 1978 sobre la base de las juventudes comunista y socialista (Porrini, 2012).

horarios estabas planificados para evitar que se acumularan estudiantes, y no podías entrar al salón antes de la hora.⁵

Para vernos entre generaciones era muy difícil, incluso dentro de la misma generación estábamos divididos en turnos de mañana y de tarde, evitando que nos viéramos. Era muy difícil porque evitaban el contacto, nos juntaban para las fechas patrias a cantar, todo un régimen de disciplina.⁶

Este decano fue el impulsor de un conflictivo nuevo plan de estudios, con el fin de modificar sustancialmente la formación de los veterinarios, que condujo a numerosos enfrentamientos. La elaboración y posterior implementación del plan se dio en sintonía con la intención «fundacional» del régimen, en «concordancia con la importancia atribuida a la educación superior en el andamiaje doctrinario de los sectores golpistas» (Markarian, Jung y Wschebor, 2009: 19). Si bien los estudios sobre iniciativas de las autoridades interventoras en materia académica dan cuenta de la ausencia de un plan global de reforma institucional, en general, los cambios que tuvieron lugar en las diversas facultades buscaron poner la formación terciaria al servicio de las necesidades del mercado y del Estado en el corto y largo plazo (Markarian, 2015). El plan de estudios de 1974, que propuso un sistema de especialización de grado, se justificó en el afán por «mejorar la capacidad profesional, real o actual del técnico y no por su capacidad teórica» y, en sintonía con el afán de colocar la formación al servicio del país, indicaba en relación con la investigación que era necesario adoptar la política de orientarla a resolver en primera instancia los problemas más inmediatos que afectan a la profesión veterinaria en relación con el progreso del país, dejando para una etapa mediata la investigación pura, que, por carecer de límites, aún no es conveniente practicar.⁷

El nuevo plan de estudios buscó legitimarse como un complemento importante y necesario dentro del Plan de Desarrollo Nacional de la dictadura, cuyos principios generales incluían la liberalización económica, una estrategia exportadora y la apertura comercial (Yaffé, 2013). Por ejemplo, el catedrático de Ciencias Fisiológicas de la Facultad y uno de los máximos colaboradores del decano (el doctor A. Reyes) incluyó en la inauguración de su curso «una bolilla cero que fundamentaba los objetivos del curso y el plan 74 relacionándolo con el Plan de Desarrollo Nacional».⁸ En la justificación del nuevo plan hay constantes referencias a la necesidad de relacionar la formación de los profesionales veterinarios con el desarrollo agropecuario y la industria pesquera del país, y una dura crítica a la relación costo-beneficio que caracterizaba la formación profesional hasta ese momento:

Consideramos que un país en vías de desarrollo como Uruguay, de ninguna manera puede invertir tanto tiempo en la preparación de un profesional, menos aun si sus entradas básicas están fundadas en el agro y potencialmente en la industria pesquera: debemos capacitar al máximo y en forma especializada al estudiante, debemos conseguir un volumen anual apropiado de técnicos para que colaboren en la urgente recuperación de nuestro país, sin pretender hacer demasiado fácil el proceso estudiantil...⁹

La situación de la docencia de Facultad de Veterinaria se asemejó a la mencionada realidad de la Universidad de la República en su conjunto, con varios docentes destituidos y exiliados y con el ascenso de docentes que simpatizaban con el régimen (Markarian, 2015). Varios protagonistas

5 Rubianes, Edgardo. Generación 75. Entrevista personal, 27 de julio de 2018.

6 Cibils, Alberto. Generación 75. Entrevista personal, 22 de marzo de 2019.

7 «Plan de estudios 1974. Especialización de la medicina veterinaria». *Anales de la Facultad de Veterinaria del Uruguay*, vol. 13, 1975, pp. 7-12.

8 Rubianes, Edgardo. Generación 75. Entrevista personal, 27 de julio de 2018, p. 13.

9 «Plan de estudios 1974. Especialización de la medicina veterinaria». *Anales de la Facultad de Veterinaria del Uruguay*, vol. 13, 1975, pp. 7-12.

recuerdan que a la persecución generalizada se sumó el rechazo que generó el decano entre varios docentes de la Facultad. Los estudiantes recuerdan que el clima era sumamente tenso y que la personalidad del decano lo llevó a ganarse varios enemigos aun entre docentes de las más variadas filiaciones partidarias. Tanto Editha Sadewasser, una estudiante que entró a facultad en 1978, como Carlos Garat, que entró en 1975, recuerdan respectivamente que «eso fue algo particular en Veterinaria, académicamente no quedaba nada bueno en la Facultad, todo el mundo se había ido o lo habían ido, entonces lo que quedaba era una resaca tan inmundada, de gente mala, de gente mediocre, de gente que no servía para nada, y nos dábamos cuenta los que habíamos entrado recién en primero»; «por más que pasó en otros lados, acá se fue gente de derecha. Sobre todo, por el cambio de plan, pero también por el menosprecio y autoritarismo que generaba Cristi». El conflicto, que se fue procesando con el nuevo plan de estudios y que personificó el decano Cristi, también debe ser comprendido en un marco de descontento y disconformidad de varios docentes y profesionales con los cambios que se estaban procesando en Veterinaria. Tuvo como telón de fondo varias disputas internas de la Facultad, la Universidad y, también, por la condición del decano de hermano de uno de los máximos generales de la dictadura y de la cúpula militar, dentro del entramado del poder castrense. Mario Álvarez, un estudiante de la generación 78, militante socialista y posterior delegado estudiantil en la transición a la democracia, resaltó que es importante recordar que Cristi

ya era catedrático, no fue un paracaidista, era un tipo que venía de la estructura académica docente formal de la Facultad [...]. Con un poco más o menos de mérito, pero era un catedrático de la Facultad que circunstancialmente, no por casualidad, fue decano, porque su hermano era una de las principales autoridades de la dictadura.¹⁰

Esta fue la realidad de los servicios de la Universidad en general, donde la mayoría de los rectores y decanos fueron personas con carreras docentes dentro de las instituciones que presidieron, aunque muchos ocupaban posiciones marginales previamente al golpe de Estado (Markarian, 2015).

El enfrentamiento con el plan de estudios fue cristalizándose primero a través de conflictos por algunas de sus manifestaciones concretas, que desembocaron en protestas puntuales. En julio de 1977, motivados por el bajo índice de aprobación de un parcial de Ciencias Fisiológicas (49 de 263 estudiantes) (Rico y otros, 2008), los estudiantes redactaron dos cartas en protesta y aparecieron comentarios sobre la situación en una editorial del diario *El Día*, pero aún se visualizaba como un conflicto específico, circunscripto a una generación. Alejandro Nicolich, cuyo padre había sido decano interventor, y que era consejero de Estado durante el período, cursaba segundo año en ese momento: «Veíamos que las materias que teníamos eran un desastre, que los profesores eran un desastre, y éramos trescientos en la generación, y había un momento que pasamos a ser treinta, yo estaba enojado por mis compañeros». Alberto Cibils, estudiante referente de la generación 75, recuerda vívidamente el efecto que tuvo el curso de Reyes para generar solidaridad en la generación:

Entre la generación yo sentía que había una adhesión total, una generación desde el punto de vista de los estudios excelente, de gente muy capaz y para mí el principal error que cometen ellos es en segundo año. Nos agarra Reyes, en el primer parcial (tenías cuatro parciales y tenía que salvar tres) y nos pone quinientas preguntas múltiples opción de bioquímica, biofísica y fisiología en las cuales, además de llevarnos cuatro horas, tenías que responder a preguntas insólitas, del estilo «¿cuál es la frecuencia cardíaca del bogavante americano?», que luego averiguamos que era un cangrejo. Estamos hablando de una Facultad enfocada en la parte productiva.¹¹

10 Álvarez, Mario. Generación 78. Entrevista personal, 30 de noviembre de 2018.

11 Cibils, Alberto. Generación 75. Entrevista personal, 22 de marzo de 2019.

En el contexto de este conflicto apareció un volante que planteaba la renuncia del decano interventor y del docente a cargo del curso, y que rechazaba el plan de estudios de 1974 y la corrupción instaurada (Rico y otros, 2008: 317). Como resultado de ese inicial tire y afloje, se procedió a suspender a toda la generación de segundo año (un total de trescientos estudiantes) por diez días, se modificó parte del reglamento y se separó del cargo al docente Reyes, pero para designarlo en un cargo de responsabilidad mayor. Los estudiantes plantearon: «Quienes ocupen sus lugares deben tener formación universitaria, espíritu de entendimiento constructivo con los sectores interesados en el desarrollo de la Facultad (estudiantes, docentes y profesionales) y con un verdadero nivel científico y académico» (*Resistencia dictadura*, 1977: 6, cit en Rico y otros, 2008: 317).

La reacción de los militares no se hizo esperar, señal de que seguían con atención este proceso de incipiente conflictividad. En 1977 el general César Rapela, que un año después presidiría la Comisión Supervisora de la Enseñanza,¹² visitó la facultad y advirtió a los estudiantes sobre la prohibición de organizar medidas colectivas contra la autoridad (Haberkorn, 2018: 54). Garat recuerda que «ese discurso que dio Rapela fue bastante duro, no distinguió nada, evidentemente a él no le servía en lo absoluto que fueras hijo de nadie: “ya sé que se están reuniendo y las reuniones están prohibidas en Uruguay, esto puede entrar dentro de una violación a la ley de seguridad del Estado”, y se terminó...».¹³ Aunque esta amenaza sirvió para sembrar miedo y aplacar la creciente efervescencia estudiantil, paulatinamente, conflictos específicos como estos se fueron relacionado con el plan de estudios y se sumaron al malestar que ya existía en Veterinaria y en diversas facultades por las políticas restrictivas de ingreso que se habían profundizado año tras año. Desde 1974 cónclaves y documentos militares se venían abocando a la restricción del tamaño del cuerpo estudiantil (Markarian, 2015) y en enero de 1977, el rector interventor de la Universidad, Jorge Anselmi, oficializó la política de limitar el ingreso del alumnado en distintas Facultades (Rico y otros, 2008). Este afán por achicar la matrícula también se evidenció en la política de la dictadura argentina, por ejemplo, donde los militares sostuvieron que el sistema universitario estaba sobredimensionado e impulsaron sistemas de cupos y aranceles con ese propósito (Buchbinder, 2005; Buchbinder; Califa y Millán, 2010).

Como suele pasar en los procesos de acción colectiva, en un inicio la disconformidad se materializó en experiencias aún disociadas, en este caso, circunscriptas a una generación. Sin embargo, las frustraciones y vivencias relacionadas con el plan de estudios sentaron las bases materiales sobre las que comenzaron a construirse solidaridades necesarias.

Generando una masa crítica y tejiendo solidaridad (inter)generacional

Otra de las características del nuevo plan de estudios que fue muy resistida fue que, en sintonía con el afán práctico y orientado hacia las necesidades del mercado ya referidas anteriormente, requería que los estudiantes realizaran una especialización en alguna orientación antes de recibirse. En otras palabras, si alguien quería ser veterinario de animales grandes y pequeños, debía hacer obligatoriamente las dos especializaciones antes de finalizar la carrera. En un balance a cinco años de la huelga, en la revista *Encuentros Veterinarios* se reflexionó sobre este aspecto: «Esto, la especialización pregrado obligatoria, fue uno de los puntos centrales en la oposición al plan 74, ya que llevaba a una autolimitación en el campo profesional».¹⁴ Por otro lado, y en sintonía

12 La Comisión Supervisora de la Enseñanza se creó en 1975 y tenía poder de decisión superior al Ministerio de Educación y Cultura e injerencia directa en cuestiones de gestión universitaria (Markarian, 2015).

13 Garat, Carlos. Generación 75. Entrevista colectiva, 5 de noviembre de 2018.

14 Rubianes, E. «A cinco años de la “renuncia a los cursos” en Veterinaria». *Encuentro Veterinario*, octubre 1983, p. 12. Custodiada por Pablo Guyer.

con el mencionado afán durante el período por limitar el número de estudiantes en las diversas facultades (Markarian, 2015), el régimen de preiaturas era sumamente rígido y ello hizo que de la generación 74, una de las más numerosas en ingresar a Facultad de Veterinaria, muy pocos llegasen a tercer año. «El plan establecía un sistema de ciclos rígidos que obligaba a salvar todas las materias de dichos ciclos para poder ingresar al inmediatamente superior».¹⁵

A estos problemas se sumaron otros, como la asistencia obligatoria a los teóricos, el nivel docente, «consecuencia de la destitución de docentes por motivos extratécnicos»¹⁶ y la imposición de parciales para poder aprobar los cursos. Como consecuencia de la implementación del plan, a la generación que ingresó en 1977 se sumaba un cúmulo de estudiantes de varias generaciones que habían quedado rezagados años anteriores. Carlos Garat, recuerda que a la situación del plan de estudios se sumaba la coyuntura económica y profesional de los veterinarios de ese entonces y la intransigencia del decano:

... nadie puede imaginarse... las dos profesiones con menor porcentaje de graduados trabajando en ese entonces eran agronomía, lejos, y después veterinaria. [...] Las carencias del plan eran muy groseras, era muy gordo y desacompasado, y cuando se hizo la primera reunión con Cristi que se le plantea el problema el loco dice está bien, pueden tener razón, pero el plan no va a cambiar.¹⁷

De estas preocupaciones concretas, particularistas y sectoriales de los estudiantes —vinculadas al plan de estudios— surgieron las condiciones objetivas necesarias que posibilitaron la emergencia de una demanda estudiantil que aglutinó a la gran mayoría de los estudiantes contra las autoridades de la Facultad, incluso aquellos estudiantes que eran hijos e hijas de jefes del régimen. En esto coinciden todos los protagonistas del conflicto, independientemente de la valoración y la lectura que hagan sobre su incidencia posterior:

La temática de choque con el interventor era muy específica, pues era en torno al nuevo plan de estudios, y significó que un montón de gente, independientemente de su posición política o de su vinculación con la dictadura, terminaba estando contra el plan y se fue dando [...] un pronunciamiento de críticas al plan por parte de actores por fuera, como ser cierto apoyo de la Federación Rural y Asociación Rural.¹⁸ Había de todo, gente que sabíamos que era de izquierda y que igual le daba para adelante, incluso con problemas en su familia [...] yo creo que en mi clase los que estaban más o menos en la cocina, quizás la minoría, era la gente muy involucrada con la izquierda y la política, muchos eran colorados o totalmente apolíticos, pero estaban realmente calientes con el sistema.¹⁹

Vemos entonces cómo el plan permitió a los estudiantes de las diversas generaciones aglutinarse en torno a una demanda lo suficientemente poderosa como para identificar a estudiantes con niveles muy distintos de compromiso político e identificación partidaria. Fue clave, en dicho sentido, la definición de los estudiantes del conflicto como apolítico y corporativo y el anclaje en las manifestaciones específicas del plan en la vida estudiantil. Eduardo Campanela, de la generación 76, que se define como alguien que estaba en el movimiento, pero que no lo encabezó, recuerda justamente que «nos preocupaba que quedara bien claro que no era un movimiento político. Una vez vino Cristi, a una clase del anfiteatro en invierno, de nochecita, y empezó con un adscripto a pasar lista porque dijo que se estaba armando un complot comunista [...]. Él estaba

15 Ídem.

16 Ídem.

17 Garat, Carlos. Generación 75. Entrevista colectiva, 5 de noviembre de 2018.

18 Rubianes, Edgardo. Generación 75. Entrevista personal, 27 de julio de 2018.

19 Nicolich, Alejandro. Generación 75. Entrevista personal, 25 de febrero de 2019.

aferrado a su plan y lo que los estudiantes complotaban era contra *su plan*».²⁰ El foco que pusieron en la problemática educativa, deslindándola de cualquier reivindicación política, fue clave para comprender el altísimo grado de adhesión a la huelga y la acción mancomunada. Por otro lado, más allá de los intentos de Cristi y sus colaboradores por enmarcar el plan dentro del proyecto económico de la dictadura, sus características le generaron resistencia entre los docentes y las gremiales del campo que los estudiantes supieron utilizar a su favor y que sirvieron como una suerte de caja de resonancia. La demanda colectiva estaba latente, el problema hacía eco en el ánimo de todos los estudiantes o, al menos, de la gran mayoría, pero las vías para organizar y canalizar esa demanda se encontraban aún bloqueados.

Organización de la acción colectiva y movilización de recursos disponibles

No resulta un hecho menor que el mismo año en que se aprobó el plan, la Sociedad de Medicina Veterinaria del Uruguay expresó su discrepancia formal con el plan y que los estudiantes contaran asimismo con el apoyo de la Federación Rural del Uruguay y la Asociación Rural del Uruguay durante el conflicto, ya que eso les dio un considerable aval y respaldo académico, algo que «los catalizadores del conflicto» supieron utilizar en su provecho.²¹ De hecho, durante el conflicto, el rectorado nombró una comisión para estudiar el plan, integrada por la Sociedad de Medicina Veterinaria, la Federación Rural del Uruguay (FRU), la Asociación Rural del Uruguay (ARU), la Secretaría Docente de Facultad, el cuerpo de veterinarios y otras organizaciones, y solo el secretario docente votó a favor del plan. «Hubo comunicados, en la prensa aparece en un momento el presidente de la FRU, haciendo mención de este tema, y también creo que la Sociedad de Medicina se expresó; había una movida que evidentemente, a los ojos de los milicos, no les venía bien [...] hubo mucha voz amplificadora, porque, ya te digo, hasta en el Consejo de Estado se trata el tema».²²

El año 1978 fue decisivo, ya que fue el año de finalización de estudios de la generación que ingresó con el nuevo plan en 1974, quedando así formalmente consolidado el cambio. En ese contexto, los estudiantes comenzaron a dar «exámenes a conciencia» y decidieron no ceder ante la presión de dar exámenes en períodos excepcionales, previstos por las autoridades para promover a la generación. «De este modo, en mayo de 1978 no había ningún estudiante reglamentariamente habilitado para ingresar al quinto ciclo».²³ Los informes de inteligencia dan cuenta de este proceso y de la creciente preocupación de las autoridades de la Facultad, la Universidad y los militares, que ya habían comenzado a seguir de cerca el malestar de los estudiantes en Veterinaria (Rico y otros, 2008). Hugo García Rivas (1984), quien trabajaba en la Compañía de Contraintormación del Ejército, recuerda haberse mezclado entre los alumnos para escuchar las conversaciones cuando Cristi asumió en el cargo.²⁴ En tal sentido, Alberto Cibils, que provenía de una familia con raíces blancas y del campo, recuerda varias reuniones con los militares y reconoce que sus características

20 Campanela, Eduardo. Generación 76. Entrevista telefónica, 3 de abril de 2019.

21 Rubianes, E. 1983. cit., p. 12.

22 Garat, Carlos. Generación 75. Entrevista colectiva, 5 de noviembre de 2018. El diario *Mundocolor* titula: «Alarma en el Consejo de Estado por la situación planteada en Veterinaria», y prosigue: «Como informamos en nuestra edición del 20 de junio, el mencionado plan de estudios fue objeto de múltiples críticas por parte de las agrupaciones vinculadas al quehacer agropecuario, puesto que no se adapta en este momento a las necesidades del veterinario que el país necesita», *Mundocolor* (vespertino del diario *El País*), 5 de julio de 1978, p. 6.

23 Rubianes, E. 1983. cit., p. 14.

24 «Nosotros fuimos enviados para que nos mezcláramos entre los alumnos y escucháramos lo que se hablaba, lo que se decía de Cristi...» (García Rivas, 1984: 75).

familiares y sociales le confrieron una protección que le permitió exponerse más que otros compañeros de generación y que, incluso, eso lo vivió como una responsabilidad:

Como cabeza visible me tocó reunirme. Yo fui a dos reuniones con los militares en el Esmaco.²⁵ Nos citaron tres coroneles y nos dijeron «Explíquennos, muchachos», es decir, nos pidieron que explicáramos lo que ellos ya sabían, y nosotros empezamos a explicar que era apolítico, que habían hecho que la gente perdiera la fe en el futuro. Más que nada intentamos hablar del plan y no del corte de pelo ni en la cédula ni del régimen. Hablamos de lo académico, profundizando las cosas del plan de estudios, como una crítica al decano por eso, nada que ver con lo otro. Después ellos empezaban hacer preguntas de lo otro: «¿Puede ser que la generación esté pensando en hacer una huelga?». Y nosotros respondíamos: «No, huelga no, uno lo que ve es un gran desánimo» [...]. «Ojo, muchachos, porque ahí se pueden meter en un problema grave, vamos a salir con *El Talero*». *El Talero*²⁶ era un diario que circulaba entre los milicos, un diario de lo peor de lo peor. Evidentemente, te hablaban para decirte que estas cosas las tenían claras, ojo con esto con esto y con esto. Todos sabíamos que no era un talero lo que te tocaba.²⁷

Sin duda, el contar con el respaldo de las asociaciones rurales dotó a los estudiantes de un escudo protector adicional, y sirvió como una suerte de correa transmisora de sus demandas.

Todo eso en las agremiaciones rurales permeó, y casi todos teníamos algún contacto con el gremialismo rural. Seguro pensaron «Estos no vienen de izquierda, vamos a escucharlos, no nos los podemos poner en contra, son oligarcas y les estamos pisando algún callo» [...]. Igual que yo podía ir a hablar con un milico, salía y me iba para casa, más o menos asustado, pero me iba para casa, y otro compañero mío, que quizás tenía más razón que yo pero que no podía ir hablar, tenía que confiar que yo podía hablar por él.²⁸

En forma paulatina, los estudiantes fueron abriéndose espacios, utilizando los medios que las circunstancias les posibilitaron para articular la demanda y organizarse colectivamente. Los grupos de estudio fueron una forma de sortear el impedimento de realizar reuniones, en un momento en que, como recuerdan los protagonistas, «no había celulares ni internet» ni posibilidad de organización alguna. Las generaciones mayores se organizaron en subgrupos de estudio que permitieron nuclearse y generar agrupaciones pequeñas que coordinaron entre sí y con referentes de otras generaciones. Nicolich, que era de la generación 76, y en cuya casa se discutió la adhesión a la huelga de su generación, recuerda:

... como nosotros en la clase éramos como cuatrocientos, la teníamos dividida en diez grupos de estudio para poder comunicar las cosas que pasaban, porque nadie se conocía, era bastante caótica la organización y además no te podías juntar, la gente tenía miedo; yo me juntaba acá, yo jamás sentí miedo, pero los milicos estaban en todos lados.²⁹

De hecho, su casa fue rodeada durante la mencionada reunión y todos los estudiantes que salieron fueron arrestados. El informe de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia

25 Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas.

26 Según un artículo de Roger Rodríguez publicado en *La República* digital, *El Talero* era una publicación clandestina interna que se presentó, en su primer ejemplar de abril de 1978, como una revista del Ejército Nacional. En su primer número denunciaba la «gran traición» de un grupo de militares, que incluía al entonces teniente general Gregorio Álvarez. La publicación en esa época se asoció al general Cristi y apareció en tres ediciones (abril, mayo y junio de 1978). Ver «El día que el “Goyo” Álvarez “mutiló” a Prantl y a Gavazzo». *LaRes21*, 28 de mayo de 2007.

27 Cibils, Alberto. Generación 75. Entrevista personal, 22 de marzo de 2019.

28 Ídem.

29 Nicolich, Alejandro. Generación 75. Entrevista personal, 25 de febrero de 2019.

sentenciaba: «Es de señalar que, mientras se realizó el procedimiento, se pudo constatar que la finca en cuestión es el domicilio del exrector de la Universidad, señor Gustavo Nicolich».³⁰

En 1978 los estudiantes de Veterinaria votaron por amplia mayoría (algunos recuerdan que mediante voto secreto) ir a la huelga,³¹ pero, para evitar represalias y que se los asociara con «la subversión» o con un movimiento político, le llamaron *renuncia a los cursos* que, por su carácter coordinado fue, en efecto, una renuncia colectiva a los cursos. «Los militares tenían dudas de que no fuera un movimiento político, creían que era un movimiento político estudiantil, decían que era una huelga y nosotros no queríamos ni hablar de huelga...».³² Con excepción de algunos poquísimos estudiantes que optaron por seguir concurriendo,³³ la gran mayoría de los estudiantes de las generaciones 74, 75 y 76 adhirieron y se quedaron en sus casas a la expectativa. Los informes de inteligencia dan cuenta de este proceso y de la efectividad que tuvieron los estudiantes para mostrarse como un movimiento homogéneo y compacto:

Es de consignar que la señorita secretaria del decano, Dorotea Cohn, informó que un grupo de estudiantes de cuarto año, compuesto por ochenta alumnos y que tienen el turno 18 a veinte se negaron a darse presentes al ser pasada la lista de asistencias por parte de un adscripto. Otras averiguaciones practicadas tendientes a establecer la identidad del o los responsables de la coordinación de esta actitud arrojaron resultados negativos.³⁴

Los informes de mediados del mes de julio registran que, mientras la concurrencia de alumnos de primero y segundo fue normal, en el turno de la tarde de tercer año entraron ocho de 350 estudiantes anotados y de cuarto no entró ninguno.³⁵

Es interesante la decisión que tomaron los estudiantes de evitar el nombre *huelga*, que sin dudas hubiese dado una justificación a la dictadura para intervenir más abiertamente en el conflicto. En dicho sentido, varios de los testimonios dan cuenta de lo importante que fue ir tejiendo solidaridad y confianza entre los miembros de las generaciones, hasta llegar a un punto en el que la decisión se vivió como algo unánime. Esto es especialmente meritorio si uno piensa que la organización fue relativamente laxa e inorgánica. Héctor Musto, estudiante de la generación 77 y uno de los pocos afiliados a la Unión de Jóvenes Comunistas, que en ese entonces operaba en forma clandestina en ese centro de estudios, señala que la huelga «surgió en forma espontánea, no fue orquestada, pero tenía una base real, si vos ganás a la población, la huelga la tenés ganada

30 Dirección Nacional de Información e Inteligencia, Parte Diario 175, 24 de junio de 1978 : «Consecuente con una información confidencial recibida en dependencias de esta Dirección [...] se llevaría a cabo una reunión de estudiantes de tercer 3.º año de Facultad de Veterinaria, y el motivo de dicha reunión sería el de tomar medidas de fuerza para el día 28 del corriente [...] es de señalar que, mientras se realizó el procedimiento, se pudo constatar que la finca en cuestión es el domicilio del ex rector de la Universidad, señor Gustavo Nicolich» (Rico y otros, 2008: 318).

31 Según Rubianes, por ejemplo, en la generación 75 se exigió una mayoría especial de 70 %, «porcentaje que se obtuvo habiendo participado en la votación (que fue secreta) más de cien compañeros de los 110. En la generación 76, que la integraban más de trescientos estudiantes, la medida también fue ampliamente apoyada. Esas dos generaciones eran en los hechos las que dejarían de concurrir a clase, pues la 74, como dijimos, no estaba cursando». Rubianes, E. «A Cinco años de la “renuncia a los cursos” en Veterinaria». *Encuentro Veterinario*, octubre 1983, p. 14. Custodiada por Pablo Guyer.

32 Nicolich, Alejandro. Generación 75. Entrevista personal, 25 de febrero de 2019.

33 «En mi generación un estudiante pidió permiso porque era fuerte la presión que tenía en la casa, que lo discutimos y lo habilitamos, porque no modificaba los números»; y hubo casos puntuales de «empleados públicos que sentían la presión de sus jefes» (Rubianes, 2018).

34 Parte de Novedades Diarias de la DNII, 29 de junio de 1978, en Universidad de la República, Sección 8, en Rico y otros (2008).

35 *Ibidem*, 14 de julio de 1978.

[...] con un planteo justo, bien explicado».³⁶ A este respecto es interesante el testimonio de Cibils que da cuenta de lo importante que fue el elemento subjetivo y la confianza que se logró generar entre compañeros, ya que tendió a primar la identificación estudiantil y generacional por sobre la politicoideológica:

El tema para mí fue el movimiento interno, después era muy fácil apoyarnos. Tuvimos apoyo de gente por todos lados; una vez que pudimos transmitir eso, era fácil. El tema era cómo podías transmitir eso, cómo generábamos la confianza entre nosotros, cómo uno de izquierda podía hablar conmigo sabiendo que no lo iba a denunciar en ningún lado, encontrarse en la diversidad, el poder discrepar, poder llegar a acuerdos sin darle un tinte partidario. En un momento se le dio un tinte partidario, cuando nos fuimos [a la huelga] hubo unos que dejaron volantes, y creo que fue increíblemente bien leído por los milicos. Vamos a entendernos, había una división en los milicos y supimos pegar en el momento justo. Hicieron todo mal y además entre ellos no estaban bien.³⁷

Como ilustra el fragmento, existió siempre dentro del movimiento una tensión entre quienes veían en este episodio la posibilidad de ganar una demanda concreta y quienes intentaron aprovechar la radicalización del estudiantado para darle un tinte político. Como explica Musto, desde su visión como militante de la juventud comunista en ese entonces,

... en mi opinión, lo que chocaban ahí eran distintas tácticas y estrategias que siempre estuvieron metidas en el movimiento popular. En particular para los comunistas era muy importante la visibilidad que tuviera el partido, seguir creciendo en la dictadura y crecer como organización. No quiero criticar a las demás fuerzas, cada uno hizo lo que entendía correcto [...]. Pero la nuestra fue una táctica que creo que fue acertada porque le dio visibilidad al partido, pero, claro, llevó a discusiones con los compañeros de otras fuerzas que no querían asociarlo. Además —cosa natural—, había miedo, todos los sentíamos...³⁸

Sin embargo, más allá de la aparición de volantes, claramente primó la tendencia a mostrarse como un movimiento desideologizado.

La resolución del conflicto y el fin de la movilización

La reacción de las autoridades no se hizo esperar: «Empezaron a querer citarnos, que mandáramos delegados, y nosotros no nombrábamos a nadie, les dábamos toda la lista y les decíamos que sortearan de a diez para ir a hablar e íbamos rotando».³⁹ El involucramiento, el nivel sostenido de adhesión, la particularidad del reclamo, el grado de identificación, el esfuerzo de organización y de participación «democrática», la creatividad en la modalidad de lucha, empleando una estrategia que era difícil de catalogar y penalizar, y el apoyo recibido fueron algunos ingredientes que explican la capacidad que tuvieron los estudiantes de mantener esta medida el tiempo necesario:

Fue muy cohesionado; si vos te preguntas qué pasos se tienen que dar para generar una identidad colectiva, se dieron todos los pasos, no se incluían algunas cosas, no se tocaba el tema de la dictadura en sí mismo [...]. La forma de superar el panóptico fue la transparencia, no ocultar nada.... Decíamos «El plan es espantoso, no nos sirve para nada, no tengo nada que ocultar», y nos cuidábamos de ciertas cosas como hablar de huelga. «Esto no es una huelga, es una renuncia colectiva a los cursos, llámele como quiera, yo he decidido no ir más a estudiar».⁴⁰

36 Musto, Héctor. Generación 76. Entrevista personal, 11 de abril de 2019.

37 Cibils, Alberto. Generación 75. Entrevista personal, 22 de marzo de 2019.

38 Musto, Héctor. Generación 76. Entrevista personal, 11 de abril de 2019.

39 Rubianes, Edgardo. Generación 75. Entrevista personal, 27 de julio de 2018.

40 Rubianes, Edgardo. Generación 75. Entrevista personal, 27 de julio de 2018.

Con el correr de los días, se sumaron las generaciones 77 y 78, dando un peso mayor aun a la medida. Cuando el 11 de agosto de 1978 se publicó en los diarios que se citaba a todos los estudiantes para el lunes siguiente, que era 14 de agosto, a un galpón en el predio de la facultad, a tres horas distintas porque iba a haber una comunicación del decano, todos los estudiantes fueron expectantes, aunque, dada la «coincidencia» con la fecha de la muerte de Líber Arce, muchos se dijeron «esto es una cama de película».⁴¹ Las autoridades presentaron a los estudiantes una modificación del plan de estudios que fue considerada insuficiente y por lo tanto decidieron mantener la medida. Así lo recuerda Editha Sadewasser, que era estudiante de primero:

Nos citaron el 14 de agosto, que además era obligatorio, como todo lo era [...], me acuerdo de la reunión a la que fuimos, y de ahí ya salimos con una cosa como que te mirabas y decías «esto ya está» [...]. Hay una cosa que va hirviendo... En mi caso fue una cosa totalmente espontánea e individual».⁴²

Héctor Musto también recuerda la reunión de su generación, con el representante del decano interventor (Balbino):

No había nada en forma orgánica, nadie hablaba en nombre de algo organizado, como AEV, FEUU o algún partido, pero vos a la gente conociéndola sabías que la mayoría era del Partido Nacional, había algún colorado en la vuelta, los que éramos el Frente Amplio, sin entrar en demasiado detalle éramos pocos... Y en esa reunión, éramos cientos (primero y segundo enteros), se empezó a armar un clima de bronca y no entendíamos por qué no nos hacían caso. No sé qué me vino, me paré y me puse a discutir con Balbino⁴³ [...] y dije algo del estilo: «O se cambia el plan de estudios o nos levantamos y no entramos más a facultad». En ese momento, se pusieron de pie las dos generaciones aplaudiendo y nos fuimos. Yo ya afiliado a la ujc [Unión de la Juventud Comunista de Uruguay]... Cuando salí de ahí dije «acá se arma», donde detectaran que, además de haber hablado y colaborado con el despelote, era bolche, no la iba a pasar bien. No lo había planificado, nadie puede decir que fue orquestado, ni que hablé con los compañeros responsables del partido, es más, nadie hubiese planteado eso porque nadie sabía en qué iba a terminar...⁴⁴

Si bien los estudiantes de primero y segundo se sumaron ya sobre el final del conflicto, Mario Álvarez, también estudiante de la generación 78, recuerda que algunos espacios de socialización más informales, como la exposición del Prado, sirvieron para organizar a la generación y darle cierta cohesión: «Nuestra generación fue la última en sumarse a la huelga, además justo fue en simultáneo con la exposición del Prado [...]. Ahí se hacían muchas de las reuniones de los dirigentes, entre comillas, porque no había dirigentes formales».⁴⁵ A diferencia de las generaciones mayores, que ya habían forjado una identidad estudiantil y generacional, las generaciones más jóvenes se sumaron a un proceso que ya estaba muy encauzado y que, al estar la estrategia ya pautada, no requirió de tantos espacios de organización. Tanto Editha y Mario, que estaban en primero, como Héctor, que estaba en segundo, recuerdan haber tenido conversaciones más informales previamente, que les dieron señales del alto nivel de adhesión. Editha recuerda que, en el caso de primero, en la clase de anatomía, donde se disecaban animales en grupos pequeños, se comenzaron a establecer relaciones de confianza entre los compañeros que luego fueron claves. Héctor relata al respecto:

41 Expresión coloquial que significa engañar a alguien. Rubianes, Edgardo. Generación 75. Entrevista personal, 27 de julio de 2018.

42 Sadewasser, Edith. Generación 78. Entrevista colectiva, 5 de noviembre de 2018.

43 Secretario docente.

44 Musto, Héctor. Generación 76. Entrevista personal, 11 de abril de 2019.

45 Álvarez, Mario. Generación 78. Entrevista personal, 30 de noviembre de 2018.

No había ni delegados de clase ni de generación, pero sí se discutía en casa de estudiantes y en forma pseudolegal, porque nunca cayó nadie en cana. Y, si recuerdo bien, ahí influenció mucho la gente del Partido Nacional, por relaciones familiares. El peso que tenía el Partido Nacional en ese momento era muy alto, y yo creo que la dictadura vio que efectivamente no podía permitir que la huelga de Veterinaria continuara.⁴⁶

La adhesión de las generaciones de primero y segundo fue clave, tanto cuantitativamente (eran las generaciones más numerosas) como cualitativamente (implicó la derrota definitiva del plan). A los pocos días de que se sumaran todas las generaciones a la huelga, el decano interventor Cristi renunció a su cargo (16 de agosto de 1978), se nombró a un nuevo decano batllista, que anunció un decanato de «puertas abiertas», y se aprobó un nuevo plan de estudios. A pesar de la fuerte represión y censura que aún imperó en el país, Rubianes recuerda que «volvieron las barbas» y «el bigote por debajo de la comisura de los labios»⁴⁷ a la Facultad, prosperaron las cooperativas de apuntes y, sobre todo, se respiró un aire de triunfo que constituyó un germen de solidaridad que, para algunos, sería la clave para comprender los procesos de movilización estudiantiles posteriores, en fase final de la dictadura y con la transición a la democracia. Este evento específico en esta facultad en particular constituyó, de hecho, un quiebre y una marcada resistencia ante lo que parecía, *a priori*, la más obstinada de las estructuras. Para algunos, la legitimidad de la dictadura y su proyecto educativo en la Universidad quedaron con una clara fisura, para otros, se había logrado mejorar las condiciones de estudio y era hora de volver a clases.

El evento de protesta y las claves de su éxito

En el apartado anterior nos detuvimos en los factores que posibilitaron un proceso de movilización colectiva en el seno de una Facultad, aun cuando, *a priori*, varios factores externos no parecían indicar que una acción de este tipo fuera siquiera posible. Sin embargo, la capacidad de movilización no explica necesariamente su éxito. Aquí se pretende reflexionar sobre algunas claves que permitieron una resolución positiva del conflicto.

La huelga de Veterinaria fue un hecho sin precedentes en la dictadura uruguaya, por su magnitud, por su visibilidad, por su duración y por sus logros. Sin embargo, no fue la única huelga; en setiembre de 1975 hubo un paro estudiantil en la Facultad de Medicina en el que participaron alrededor de 120 estudiantes, pero fueron todos detenidos e incluso se mantuvieron detenidos a los «agitadores»⁴⁸ y a los que ya tenían antecedentes (Rico y otros, 2008: 317). Es decir, el proceso de movilización fue claramente neutralizado. Cabe pues volver sobre las características de este evento que le permitieron no solo tener un desenlace positivo, sino también trascender más allá de la Facultad de Veterinaria, darle visibilidad en la opinión pública e involucrar a varios actores extrauniversitarios. Como vimos, la renuncia de Cristi se dio en el momento fundacional de la dictadura uruguaya y, más allá de que los estudiantes se hayan esforzado por desvincular la demanda de cualquier reclamo antidictatorial, una huelga en una facultad que intentaba acompañar el proyecto de desarrollo de la dictadura, y cuyo decano era hermano de un militar, no podía ser visto con ojos indiferentes. ¿Qué ingredientes explican entonces este desenlace que, *a priori*, parecería inimaginable?

Un primer ingrediente clave tuvo que ver, justamente, con cómo los estudiantes enmarcaron la demanda. Dado que las políticas educativas y universitarias están integradas dentro de políticas gubernamentales más amplias, los movimientos estudiantiles a menudo encuentran formas para

46 Musto, Héctor. Generación 76. Entrevista personal, 11 de abril de 2019.

47 Rubianes, Edgardo. Generación 75. Entrevista personal, 27 de julio de 2018.

48 Dirección Nacional de Información e Inteligencia. Parte de Novedades Diarias, 13 de setiembre de 1975.

lograr que sus demandas particularistas o sectoriales logren resonar a nivel de la opinión pública y, por lo tanto, asegurar el apoyo de una base social más amplia. Cuanto más extendido sea el apoyo social y cuanto mayor sea su visibilidad, más posibilidades de obtener concesiones y menos posibilidades de que el movimiento sea reprimido (McAdam, Tarrow y Tilly, 2001). Siempre hay una relación entre el tipo de demanda que los estudiantes realizan y la necesidad de establecer, fortificar y mantener alianzas con otros actores. Como quedó en evidencia anteriormente, los estudiantes lograron no solo colocar su demanda en la agenda pública, sino también visibilizar el conflicto en la prensa y tematizarlo en sus propias palabras. Los marcos interpretativos a través de los que los movimientos definen sus demandas implican siempre un diagnóstico de la situación problema (el plan de estudios de 1974), una solución o pronóstico (modificación del plan y renuncia del decano), y un llamado a la acción para solucionar la situación (la renuncia colectiva a los cursos). Cuanto mejor y más interconectados están estos tres aspectos, más resonancia tienen en general en la opinión pública, más apoyo dentro del público objetivo y, *ceteris paribus*, más posibilidad de éxito (Snow y Benford, 1988). La demanda de este conflicto estudiantil poseía justamente lo que Snow y Benford denominan *commensurabilidad experiencial*, que refiere a la posibilidad de experimentación directa y personal de la situación problema por parte de los involucrados, y su capacidad de dar credibilidad al relato y amplificar esa experiencia para que otros, no directamente afectados, generen empatía y apoyo. Asimismo, también permitió evadir posibles críticas por parte de las autoridades. Como recuerda Eduardo Campanela:

Las autoridades miraban a la espera de que saliera alguna bandera roja. Claramente había gente de derecha y de izquierda, pero la verdad que hubo un cuidado tremendo por ese aspecto. Se podría haber echado mano a ese movimiento para sacar réditos políticos, y que yo sepa se fue muy respetuoso de lo que era el movimiento en sí mismo.⁴⁹

En este proceso fue fundamental hacer alusión constante a la particularidad del conflicto, su no cuestionamiento a las autoridades universitarias, su carácter de no político y su constante énfasis sobre las nefastas implicancias que su implementación tendría para el desarrollo profesional de los veterinarios y, por efecto transitivo, para el sistema agropecuario del país. Aunque el plan buscó legitimarse como un cambio beneficioso para el país, muchos representantes del sector lo vieron como un capricho del decano (que además se dedicaba a pequeños animales), sin un fundamento claro. Por otro lado, los estudiantes fueron muy eficaces en poner la demanda en la agenda en sus propias palabras ya que sus cartas y comunicados fueron levantados por la prensa directamente y, aunque contaron con voces amplificadoras, se buscó siempre volver sobre la experiencia concreta de los estudiantes. Por ejemplo, los estudiantes egresados del cuarto ciclo del plan de estudios, que eran quienes debían participar de la última etapa del plan, enmarcaron el conflicto en una carta pública difundida en la prensa el 5 de julio de 1978, bajo el título «Los estudiantes renuncian a los cursos», de la siguiente manera:

Los estudiantes egresados del cuarto ciclo que firman, pensando con toda sinceridad y conciencia lo que precede, entienden que no han de inscribirse en los cursos relativos a orientaciones de pregrado, con lo cual no pretenden desconocer la autoridad universitaria, sino ejercer el legítimo derecho a no realizar los cursos que entienden que no serían adecuados para culminar la formación general previa a las especializaciones a que los lleve su inclinación y sus aptitudes personales. Esperando que las autoridades nacionales y universitarias comprendan la sinceridad y la finalidad de nuestros propósitos, inspirados en el bien del país, de la producción y los productores, y de los

profesionales que deben ejercer su trabajo al servicio de aquel y de estos, saludan a usted muy atentamente.⁵⁰

Un segundo ingrediente clave tuvo que ver con el plural y amplio sistema de alianzas que el movimiento fue capaz de entretejer. Organizar una acción colectiva con incidencia real en un contexto de gran persecución política, y donde, como ya vimos, todo intento de socialización, reunión y organización era fuertemente reprimida, no era tarea fácil. Además de recurrir a algunos docentes simpatizantes que, por ejemplo, tuvieran el gesto de llegar unos minutos tarde a clase, dejando así abierto el salón para realizar anuncios exprés sobre lo que estaba sucediendo, que dieran propuestas sobre líneas de acción posibles, o que participaran de reuniones conjuntas con las autoridades, los estudiantes debieron recurrir al apoyo de actores externos a la Universidad que dotaran de legitimidad al reclamo y que les dieran visibilidad y apoyo social, repercutiendo así a su vez en la opinión pública. En dicho proceso, el esfuerzo por desideologizar la demanda permitió no solo aglutinar a un grupo variopinto de estudiantes, de diferentes adscripciones partidarias, historias familiares y matrices políticas —y hacerlo además sin complejo alguno—, sino también entablar un amplio sistema de alianzas laxo y plural sin prejuicios ideológicos. Incluso, los estudiantes tuvieron varias reuniones con mandos militares y, sin lugar a duda, la composición social y la densa red de contactos, así como sus círculos de pertenencia y las raíces familiares de varios referentes dentro de los partidos tradicionales, posibilitaron ese apoyo social. Esos lazos sirvieron para ampliar las voces estudiantiles. Como ejemplo de ello, el 4 de julio de 1978, el tema fue tratado y analizado por diversos consejeros de Estado, decidiéndose por unanimidad citar al ministro de Educación y Cultural y al rector para que informaran sobre el hecho.⁵¹ Nicolich, cuyo padre era justamente consejero de Estado durante el período de la huelga, hizo la siguiente lectura, desde su lugar particular en el conflicto:

Sobre todo, gente muy vinculada al sector rural del sector de los gremios rurales que, si no eran hijos, eran primos o sobrinos o conocidos [...]. Siempre había contacto con los militares en el grupo nuestro, por ejemplo, un hijo de un coronel fuerte, y él hablaba con su padre».⁵²

Y prosigue a narrando su encuentro con el coronel Mateos, que lo había contactado a él porque jugaba con su hijo al rugby. La participación de estudiantes como Nicolich como caras visibles en el conflicto sirvió para apaciguar a los militares y dotó de cierta protección a la totalidad del movimiento:

Me dijo de todo, que no podíamos hacer eso, que era un movimiento político, y yo le decía «¡no!, ¡no!». Salí y sentí la presión de un militar, no de que me vaya a llevar preso, pero sí de que iba a terminar mal. Pero después papá me dijo que este coronel, que no sé si era secretario de uno de los milicos fuertes, había hablado de que estaban preocupados, pero que yo le había dicho que era un movimiento estudiantil y que de político no tenía nada.⁵³

Esto es algo que los propios protagonistas de izquierda, que poseen una lectura muy distinta del conflicto, tampoco dudan en reconocer. La composición plural del movimiento y el sistema de alianzas que generó fue, sin lugar a dudas, un elemento clave para explicar su eficacia y masividad, pero, a su vez, también fue su principal freno en relación con la capacidad de radicalización, profundización y politización del conflicto. Posiblemente, de haber tenido ese tenor, hubiera tenido

50 «Los estudiantes renuncian a los cursos». *Mundocolor* (vespertino del diario *El País*), 5 de julio de 1978, p. 6.

51 «Alarma en el Consejo de Estado la situación en Veterinaria», *Mundocolor* (vespertino del diario *El País*), 5 de julio de 1978, p. 6.

52 Nicolich, Alejandro. Generación 75. Entrevista personal, 25 de febrero de 2019.

53 Ídem.

muy corta vida la huelga. Garat, uno de los protagonistas del conflicto con militancia previa en la izquierda, hace una lectura interesante sobre el carácter (no) político de este movimiento:

Yo además tengo un hecho concreto [...] en una reunión aquí en el Expreso Pocitos, me reuní con Oliú, dirigente del Partido Nacional, el padre era uno de los representantes de Ferreira Aldunate en Uruguay, y el hijo era estudiante de Veterinaria, entonces sabían de mi condición, yo trataba de no exponerme demasiado porque tenía antecedentes, primero por miedo, y porque no sabían en qué iba a terminar, y en ese momento nos reunimos acá y había otro compañero, yo, Oliú y el hijo del arquitecto Nicolich, que era consejero de Estado en ese momento. Yo fui a plantear reparos a la posibilidad de la huelga y me dijo «no te preocupes que acá estamos de las noventa familias», como decíamos en esa época. Más allá de que evidentemente de ahí se aprendió mucho sobre el concepto de levantar banderas amplias que agruparan detrás de [...] [ellas] a varios sectores, y de que en ese momento había único enemigo, yo no creo que todos lo visualizaran desde esa perspectiva.⁵⁴

En tal sentido, el apoyo de la FRU y de la ARU también se explica por el perfil y la pertenencia social de gran parte del estudiantado de Veterinaria. Musto reconoce que las características sociológicas del estudiante típico de Veterinaria y lo que hace el veterinario después trabajando en el campo, con las características que tiene, más la vinculación con la Asociación Rural, la Federación Rural, y muy especialmente con el Partido Nacional, explican mucho las características de la huelga. Más allá del compromiso y la valentía de los estudiantes, no hay que olvidarse de que se dieron las condiciones y las supimos aprovechar. Fue la única Facultad donde se pudo hacer.⁵⁵

Al analizar el movimiento de los derechos civiles en Estados Unidos, Doug McAdam (1982) demuestra que las iglesias ofrecieron un factor de protección similar al que estas organizaciones sociales ofrecieron a los estudiantes de Veterinaria. La Federación Rural, que constituyó en ciertos momentos una base social de la dictadura, durante el período en cuestión manifestó distanciamiento con el curso de la política económica, y dicho proceso puede haber facilitado una sinergia entre la demanda estudiantil y esta organización.

Por otro lado, las disputas internas dentro del Ejército también pueden haber abierto una ventana de oportunidades para los estudiantes. Es importante recordar, incluso, que en la Facultad de Veterinaria los militares formaban parte del cuerpo docente, ya que había docentes que eran del servicio militar de remonta. Aunque no tenemos evidencias suficientes para discernir a ciencia cierta si la interna del Ejército (para el caso, los «goyistas») incidió o no en el problema y desarrollo de la huelga de Veterinaria, lo cierto es que el año de la huelga, el general Esteban Cristi ya había pasado a retiro (mediados de 1977) y Gregorio Goyo Álvarez, con quien Cristi tuvo notorias diferencias, pasó a ser el comandante en jefe del Ejército. Al decir de Carlos Demasi, «los desencuentros entre ambos eran tan notorios como para atravesar el espeso velo de la interna militar».⁵⁶ Como señala Rubianes, los estudiantes no eran ajenos a esas disputas:

Como empezó a haber esa tensión entre Álvarez y Cristi, decidieron, gente de la generación 74, ir a hablar con Álvarez a Minas, pues era el comandante de la Región Militar n.º 4. Fueron a hablar allá y Álvarez les dijo que cuando viniese a Montevideo, a partir del 1.º de febrero, habría cambio de los mandos [...] se iba a solucionar. Luego de esa promesa por unos meses la cosa se acható.⁵⁷

54 Garat, Carlos. Generación 75. Entrevista colectiva, 5 de noviembre de 2018.

55 Musto, Héctor. Generación 76. Entrevista personal, 11 de abril de 2019.

56 Véase el artículo sobre Gregorio Álvarez de Carlos Demasi: «El dictador militar uruguayo». *Brecha*, 30 de diciembre de 2016.

57 Rubianes, Edgardo. Generación 75. Entrevista personal, 27 de julio de 2018.

Más allá de que Álvarez no cumplió su promesa, porque el conflicto no se resolvió con el cambio de mando, la crisis del cuarto año de vigencia del plan de estudios se dio justo cuando el decano de Veterinaria dejó de contar con el apoyo de su hermano. Musto reflexiona: «No sé si los estudiantes supimos aprovechar la interna militar o si, por el contrario, los que tenían problemas a la interna militar supieron utilizar la huelga. Creo que hubo algo de las dos cosas».⁵⁸ Posiblemente esta coyuntura posibilitó que el conflicto se solucionara con la salida del decano. Mario Álvarez evalúa la importancia del sistema de alianzas y las internas militares de la siguiente manera:

Estaban las disputas internas de la dictadura también. Y bueno, en el apoyo de la Federación Rural [...] también se explica que no hubo represión [...]. Pero sí, la cobertura esa que tuvimos de sus organizaciones sociales, que eran base social de la dictadura, seguramente sí [influyó]. Había tensiones dentro de las políticas universitarias, había varios como Nicolich que venían con cartas de anticomunistas que apoyaban y no querían que la Facultad siguiera funcionando así, y después estaba la interna universitaria también... Ser decano por ser hermano de un general, y además un tipo que era catedrático de clínica médica, de pequeños animales [...]. Te imaginás que para la Federación Rural y la Asociación Rural que un veterinario de perros y gatos fuera el decano de la Facultad de Veterinaria estaba fuera de la clase. Fue una huelga sin represión, y se jugó una interna dentro de la dictadura, entre los generales, a ver quién tenía más poder que otro.⁵⁹

Sin embargo, como señala Alberto Cibils, no bastaba con tener un buen sistema de alianzas, sino que también fue clave saber utilizarlo a su favor:

No fue que todo coincidió, sino que también se lo hizo coincidir. Aunque no había un estrategia atrás, sí había varios estrategias que dijeron «es el momento», «yo estoy pronto», «aquél está pronto». No hay coincidencias. Todo se sabía, uno lo puede aprovechar o no. Sabíamos que había luchas de poder, que un docente me dice «sí, tenés razón» y «denle para adelante», y después vas a una reunión en el Esmaco [...] y te dan a entender que saben todo lo que hacés y no te han hecho nada. Decís «acá hay alguien que me está protegiendo y no es por mi linda carita», porque en aquel momento no había linda carita.⁶⁰

Por último, en relación con la estrategia y táctica utilizadas, es importante rescatar la efectividad de emplear la transparencia como forma de organizar y protestar, aprovechando los canales legales disponibles para realizar demandas y obtener concesiones. Dicha transparencia fue retomada luego en posteriores esfuerzos de organización estudiantil en la transición uruguaya, con la creación de la Asociación Social y Cultural de Estudiantes de la Enseñanza Pública (Asceep)⁶¹ y con el uso de las murgas, los asados y las revistas estudiantiles como herramientas para ir ganando espacios de participación dentro de los marcos legales vigentes.

Los movimientos estudiantiles, por el lugar que ocupan en las sociedades, tienden a emplear dos tipos de tácticas muy diferentes, por su naturaleza, alcance y propósito. Las tácticas de *disrupción estructural* (como la ocupación y la huelga) se procesan dentro de las propias estructuras de los centros educativos, e implican dejar de desempeñar su rol como estudiantes para así ejercer presión sobre las autoridades (en general educativas o de un centro educativo en concreto). Las tácticas de *disrupción invasiva* (como son las movilizaciones y las marchas) implican alterar otras instituciones o espacios no educativos, para evitar su normal funcionamiento (González Vaillant

58 Musto, Héctor. Generación 76. Entrevista personal, 11 de abril de 2019.

59 Álvarez, Mario. Generación 78. Entrevista personal, 30 de noviembre de 2018.

60 Cibils, Alberto. Generación 75. Entrevista personal, 22 de marzo de 2019.

61 La Asceep fue creada en 1982 por estudiantes de la Facultad de Derecho, dentro de la legalidad vigente, una sociedad civil sin fines de lucro con objetivos más o menos genéricos en sus inicios, pero que logró ir generando un espacio de participación y organización.

y Schwartz, 2019). Claramente, esta segunda forma de disrupción no estaba disponible para los estudiantes durante la dictadura, o hubiese tenido muy altos costos. La ocupación de la Facultad habría sido fácilmente desacreditada y fuertemente sancionada por parte del régimen. Como observamos, la huelga, y su creativa denominación de *renuncia colectiva a los cursos*, demostró en este caso ser eficaz porque tuvo todos los elementos necesarios para ejercer disrupción estructural sobre las autoridades de la Facultad y la Universidad, minimizando los costos de represión, a saber: a) logró un alto número de adhesión y capacidad de mantenerla en el tiempo; b) aglutinó a todos los involucrados en torno a una causa que generó identificación masiva, lo suficientemente amplia como para evitar divisiones internas; c) la demanda era factible o plausible de ser concedida dentro del contexto, y d) el apoyo y las alianzas externas maximizaron su posibilidad de éxito. En el caso de los estudiantes de Veterinaria, el nuevo plan de estudios, el efecto real y material que tuvo sobre el estudiantado, la oposición por parte de aliados estratégicos y las desavenencias internas entre los militares fueron todos elementos que colaboraron para abrir una ventana de oportunidad política que los estudiantes supieron aprovechar.

La hipótesis transicional

Como lo muestra la trayectoria posterior de varios de sus protagonistas, la huelga de Veterinaria puede ser comprendida como un claro, y muchas veces olvidado, antecedente del movimiento estudiantil de la transición a la democracia universitaria (y a la democracia en general). Así lo atestiguan experiencias como la de Musto en la reconstrucción de la Asociación de Estudiantes de Veterinaria (AEV) y la FEUU clandestina, la trayectoria posterior de estudiantes como Rubianes, que pasaron a ser actores clave en procesos de reestructuración del movimiento estudiantil y Asceep, la trayectoria de otros como Álvarez y Cibils, que pasaron a integrar órganos formales de dirección estudiantil universitaria en democracia u otras como Sadewasser, que participaron activamente en la fundación de la revista universitaria de la Facultad, las murgas, las cooperativas de apuntes y las muchas otras manifestaciones posteriores del resurgir del movimiento estudiantil. Sin embargo, también es verdad que muchos otros se alejaron de la participación universitaria tras haber liderado este conflicto. Más allá de las variadas interpretaciones sobre si esta huelga fue o no fue un movimiento político y sobre su alcance antidictatorial, lo que es claro es que la eficacia del movimiento radicó justamente en la capacidad de dejar esta discusión fuera de la palestra. En este sentido, cabe destacar la importancia nodal que tuvieron las luchas reivindicativas de corte gremial en el proceso de reorganización estudiantil durante la transición democrática, tanto en Uruguay como en la región. Mariano Millán (2010) muestra, para el caso del movimiento estudiantil del nordeste argentino, cómo las reivindicaciones de tipo corporativas (como el comedor) facilitaron la formación de alianzas sociales posteriores que le permitieron desarrollar carácter político.

Como vimos, esa tensión entre lo que se planteó como una demanda particular, apolítica y estudiantil, por un lado, y su resignificación como una demanda de corte político, más abarcadora y reivindicativa, por el otro, fue una constante a lo largo de todo el conflicto, tanto entre los militares, que muchas veces lo tildaron de político para deslegitimarlo, como por parte de ciertos estudiantes que vieron en este evento de protesta una oportunidad para atacar el proyecto de la intervención en la Universidad.

La huelga de la Facultad de Veterinaria tuvo un efecto tanto material como simbólico sobre el movimiento estudiantil universitario y sobre la política universitaria en su conjunto. Más allá de que una vez finalizada la huelga se logró desarticular el proceso de movilización que había emergido, en el seno de la Facultad se tejieron lazos de confianza y solidaridad que luego serían

importantes durante la reorganización del gremio estudiantil y el reencauce a canales de participación de tipo más tradicional. Al decir de Cibils: «Yo creo que se generaron lazos importantes, se cambió el plan, nos conocimos, nos generamos confianza, aun ante el que podía ser un enemigo acérrimo, había una tranquilidad de que compartíamos algunos valores y se generó un diálogo profundo». ⁶² Musto reflexiona sobre el efecto concreto sobre la reorganización de las estructuras estudiantiles clandestinas posteriormente al conflicto:

Lo que dejó como elemento positivo, además de que se triunfó, fue la idea de que de alguna manera se podía hacer cosas contra la dictadura, dejó una unidad bastante grande entre la gente y clarificó que el enemigo era la dictadura. Y este buen clima se vivió hasta 1985-1986. En Veterinaria se trabajó mucho con la Juventud del Partido Nacional, especialmente con la gente de Por la Patria y del Movimiento de Rocha. Y aparte, a partir de 1978, ahí sí en la clandestinidad total, se empezó a gestar la FEUU clandestina. Primero la AEV, como asociación de Veterinaria, y se empezaron a tejer contactos con la FEUU a nivel central. A partir de la huelga empezó a militar gente que era muy chica antes del golpe. Mi visión es que a partir de la huelga se pudo empezar a armar la AEV clandestina vinculada con la FEUU clandestina. Y eso es parte del balance más positivo. ⁶³

Una vez culminado el conflicto, pasó a ser parte del terreno de la memoria y, como tal, objeto de múltiples resignificaciones e interpretaciones.

Para finalizar, vale detenerse en las lecturas de dos protagonistas que analizan este evento en clave crítica y que, aunque algo extensas, ofrecen pistas distintas sobre el significado que tuvo este evento específico sobre el movimiento estudiantil posterior y su papel en la transición a la democracia en Uruguay:

Desde los grupos de izquierda pensamos «es una experiencia, es un ejercicio de democracia, contestatario», pero a mí me parece que se le ha dado demasiada trascendencia, como que es una resistencia a la dictadura. Yo con eso discrepo, fue un hito porque se demostró que, si levantabas banderas amplias logras cosas, después eso se retomó en Asceep, en el PIT [...], pero no fue un hecho político, es decir, no fue un hecho político de política mayor, sí fue un hecho político como acción del hombre, pero no fue estratégicamente pensado ni elaborado ni concertado... Claro, unos trabajan en un sentido y otros trabajan en otro, para algunos era eso y terminaba, y otros pensaban «acá hay la posibilidad de otra cosa», y empezamos a evaluar los aciertos. ⁶⁴

En el movimiento se juntaron el hambre y las ganas de comer, los que teníamos una expectativa de transformación determinada y los que simplemente buscaban una mejora y una solución a su problema inmediato, que era el plan de estudios [...]. Desde un punto de vista muy real, para los que teníamos otras expectativas democráticas fue un buen punto de partida, porque se logró organización [...]. Después fue más fácil organizarse y de una actividad pseudoclandestina, de clandestinidad reducida con focos de militantes, fue más fácil organizarse. De ahí salieron formalmente agrupaciones a militar en la clandestinidad, pero no fue al revés. No hubo movimiento clandestino que empujó, sino que hubo un movimiento legal que después organizó clandestinamente [...]. Para quienes seguimos con militancia activa fue un evento removedor, generó una identidad en el tiempo. Para nosotros fue un orgullo decir que habíamos sido la única facultad que durante la dictadura había protestado, y después ocupamos la facultad, unos años después, la única ocupación universitaria que hubo. ⁶⁵

62 Cibils, Alberto. Generación 75. Entrevista personal, 22 de marzo de 2019.

63 Musto, Héctor. Generación 76. Entrevista personal, 11 de abril de 2019.

64 Garat, Carlos. Generación 75. Entrevista colectiva, 5 de noviembre de 2018.

65 Álvarez, Mario. Generación 78. Entrevista personal, 30 de noviembre de 2018.

Los testimonios que hemos compartido dan cuenta de la importancia de considerar las narraciones de historias del pasado para comprender las acciones de las organizaciones posteriores. Sin lugar a duda, las historias que los estudiantes cuentan de las protestas estudiantiles anteriores brindan oportunidades de innovación y los dotan de un arsenal de tácticas y repertorios de acciones posibles, aglutinándolos además en torno a identidades colectivas comunes. Como señala Francesca Poletta (2006), las narrativas de los movimientos sociales siempre ofrecen tramas y cronologías; los movimientos interpretan el pasado y el futuro, y proporcionan significados al ubicar los eventos específicos dentro de una historia más amplia que se ve siempre en desarrollo o aconteciendo. Si bien el evento no fue el resultado de un movimiento social constituido, sí fue recordado por el movimiento estudiantil posterior como un hito de resistencia durante la dictadura, más allá de que no haya sido ese el significado que le dieron muchos de sus protagonistas. De esta forma, durante la lectura del Manifiesto por una Enseñanza Democrática, durante la marcha estudiantil del 25 de setiembre de 1983, evento emblemático del movimiento estudiantil de la transición a la democracia en Uruguay, se reconoce este legado explícitamente: «Durante estos diez años, en prácticamente todos los centros de estudios se realizaron movilizaciones reivindicativas: desde cartas firmadas hasta la máxima expresión de rechazo a un plan de estudios, como la huelga de los estudiantes de Veterinaria en 1978, que culmina con la renuncia del decano interventor; todo esto señala la persistencia de una voluntad crítica y combativa». En este sentido, eventos históricos como la huelga de Facultad de Veterinaria en 1978 son importantes porque modifican el desarrollo posterior de los acontecimientos e implican cambios en estructuras que parecían obstinadas en la política universitaria. Sin embargo, dado que la historia no es un campo carente de disputas ni (re)interpretaciones, la forma y el grado de impacto de esos eventos en otros posteriores no puede preverse anticipadamente, sino que depende de lo que los propios protagonistas decidan hacer con ellos.

Reflexiones finales

El ejemplo de la huelga de Veterinaria muestra cómo un evento puntual, con tintes gremiales y corporativos, repercutió en la política universitaria (con la renuncia de las autoridades designadas por las Fuerzas Armadas y la anulación de un plan de estudios) y en la reorganización del movimiento estudiantil universitario.

Ante la ausencia de canales tradicionales de participación para encauzar sus demandas, los estudiantes se vieron obligados a buscar, articular y consolidar alianzas extrauniversitarias (especialmente con sectores vinculados al agro y a su disciplina profesional), y a buscar formas creativas y novedosas de organización y movilización para obtener concesiones de sus adversarios. Este afán por utilizar los canales legales a su favor, empleando la transparencia como una estrategia política, constituyó un aprendizaje para el movimiento estudiantil uruguayo que encabezó la transición democrática en la Universidad unos años más tarde.

Su carácter desideologizado y plural fue su principal impulso, pero también su principal freno. Una vez satisfecha la demanda que aglutinó a los estudiantes de forma masiva, la capacidad organizativa y el proceso de acción colectiva quedaron truncos. Sin embargo, los primeros brotes verdes de la democracia comenzaron a aparecer en la Universidad. Como vimos, además del legado simbólico que esta huelga dejó al movimiento estudiantil posterior, demostró tener efectos reales y concretos sobre el proceso transicional subsecuente. La experiencia de este evento tomó centralidad en el proceso de socialización política de varios de los estudiantes que luego fueron protagonistas del proceso de transición democrática a nivel nacional, desarrolló lazos de

solidaridad que fueron claves para la restauración de la política estudiantil y sentó las bases sobre las que la agrupación estudiantil de Veterinaria se reconstruyó luego.

Bibliografía y fuentes

Referencias bibliográficas

- ABRAMS, PH. (1980). «History, Sociology, Historical Sociology». *Past and Present*, vol. 87, pp. 3-16.
- BUCHBINDER, P. (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BUCHBINDER, P; CALIFA, J. S. y MILLÁN, M. (comps.). (2010). *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943-1973)*. Buenos Aires: Final Abierto-Colección Crítica.
- DEMASI, C.; MARCHESI, A.; MARKARIAN, V.; RICO, Á. y YAFFÉ, J. (2009). *La dictadura cívico-militar uruguaya 1973-1985*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- DUFFAU, N. (2007). «Prohibido usar el mate: Represión y resistencia, 1973-1985», en RUIZ, E. (ed.). *Una poderosa máquina opuesta a la ignorancia: 100 años de la Facultad de Agronomía*. Montevideo: Facultad de Agronomía, Universidad de la República.
- GARCÍA RIVAS, H. (1984). *Memorias de un ex-torturador*. Buenos Aires: El Cid Editor.
- GONZÁLEZ VAILLANT, G. y SCHWARTZ, M. (2019). «Student Movements and the Power of Disruption, (Movimientos estudiantiles y el poder de la disrupción)». *PACO: Partecipazione e Conflitto*, vol. 12, n.º 1. doi: 10.1285/120356609v12i1p12.
- GRIFFIN, L. J. (1993). «Narrative, Event-Structure Analysis, and Causal Interpretation in Historical Sociology». *The American Journal of Sociology*, vol. 98, n.º 5, pp. 1094-1133.
- HABERKORN, L. (2018). *La muy fiel y reconquistadora: Memorias de la generación que no perdió la democracia, pero luchó por recuperarla*. Montevideo: Sudamericana.
- ISLAS, A. (1995). «La Facultad intervenida, 1973-1985». en PARÍS DE ODDONE, B. (ed.). *Historia y memoria: Medio siglo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1945-1995*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- MANZANO, V. (2014). *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- MARKARIAN, V. (2015). «La Universidad intervenida. Cambios y permanencias de la educación superior uruguaya durante la última dictadura (1973-1984)». *Cuadernos Chilenos de la Historia de la Educación*, año 3, n.º 4, *Dossier, Educación y Dictaduras en el Cono Sur*. Disponible en: <<http://www.historiadelaeducacion.cl/index.php/CCHE/article/view/58>> [Consultado el 1.º de julio de 2019].
- MARKARIAN, V.; JUNG, M. E. y WSCHEBOR, I. (2009). *1983: La generación de la primavera democrática*. Serie Aniversarios Universidad de la Republica 1983-2008, vol. 5. Montevideo: AGU, Universidad de la República.
- McADAM, D. (1982). *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*. Chicago: University of Chicago Press.
- McADAM, D.; TARROW, S. y TILLY, Ch. (2001). *The Dynamics of Contention*. Nueva York-Londres: Cambridge University Press.
- MILES, M. B. y HUBERMAN, M. A. (1994). *Qualitative data analysis: An expanded sourcebook*. Thousand Oaks, CA: Sage, 2.ª ed.
- MILLÁN, M. (2010). «Radicalización y nueva izquierda a fines de los '60. El caso del movimiento estudiantil del nordeste argentino desde el Correntinazo de mayo de 1969 hasta el inicio del año 1970», en BUCHBINDER, P; CALIFA, J. S. y MILLÁN, M. (comps.). *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943-1973)*. Buenos Aires: Final Abierto-Colección Crítica.
- POLLETTA, F. (2006). *It Was Like a Fever: Storytelling in protest and politics*. Chicago The University of Chicago Press.
- PORRINI, R. (2012). «A veintinueve años de la marcha del estudiante de 1983: Obreros y estudiantes». *Trabajo & Utopía* (órgano de difusión del PIT-CNT elaborado por el Instituto Cuesta-Duarte).
- RICO, Á. y otros (2008). *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo de estado en el Uruguay (1973-1985)*, tomo III. Montevideo: CEIU, FHCE-CSIC, Universidad de la República.
- SEMPOL, D. (2006). «De Líber Arce a Liberarse. El movimiento estudiantil uruguayo y las conmemoraciones del 14 de agosto (1968-2001)», en JELIN, E. y SEMPOL, D. (comps.). *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.

- SEWELL, W. H. (2005). *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*. Chicago: University of Chicago Press.
- SNOW, D. y BENFORD, R. (1988). «Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization». *International Social Movement Research*. vol. 1, pp. 197-217.
- TILLY, CH. (1978). *From Mobilization to Revolution*. Reading, Mass.: Addison-Wesley.
- TILLY, CH. (1984). *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza.
- YAFFÉ, J. (2013). «Proceso y política económicas durante la dictadura (1973-1984)», en DEMASI, C.; MARCHESI, A.; MARKARIAN, V.; RICO, Á. y YAFFÉ, J. *La dictadura cívico-militar. Uruguay 1973-1985*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

Fuentes

- ÁLVAREZ, MARIO. Generación 78. Entrevista personal, 30 de noviembre de 2018.
- CAMPANELA, EDUARDO. Generación 76. Entrevista telefónica, 3 de abril de 2019.
- CIBILS, ALBERTO. Generación 75. Entrevista personal, 22 de marzo de 2019.
- GARAT, CARLOS. Generación 75. Entrevista colectiva, 5 de noviembre de 2018.
- MUSTO, HÉCTOR. Generación 76. Entrevista personal, 11 de abril de 2019.
- NICOLICH, ALEJANDRO. Generación 75. Entrevista personal, 25 de febrero de 2019.
- RUBIANES, EDGARDO. Generación 75. Entrevista personal, 27 de julio de 2018.
- SADEWASSER, EDITHA. Generación 78. Entrevista colectiva, 5 de noviembre de 2018.

Recibido: 5/3/2019. Aceptado: 24/4/2019

Redes de sindicalismo «movimientista» en el Cono Sur: algunas conexiones argentino-uruguayas

Mónica B. Gordillo¹

Resumen

El artículo intenta mostrar la existencia de relaciones entre algunos dirigentes sindicales argentinos y uruguayos, con la intención de construir una alternativa al sindicalismo tradicional dentro de lo que la literatura denominó *sindicalismo de movimiento social*. Sostengo como hipótesis que ciertas redes tejidas durante la oposición a las dictaduras sobrevivieron en democracia y sirvieron para repensar el modelo sindical. Una de ellas fue la constituida en torno a la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), que habría servido de apoyo económico y nexo entre dirigentes argentinos y algunos de los que formarían el Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT). Partiré de reconocer a algunos referentes y trayectorias sindicales que remontan en todos los casos a experiencias de confrontación con las dictaduras, y de especificar las propuestas y marcos de sentido compartidos así como sus estructuras movilizadoras.

Palabras clave: transiciones, redes sindicales, Uruguay, Argentina.

Abstract

This article try to show the existence of relations between some Argentine and Uruguayan trade union leaders, with the intention of building an alternative to traditional syndicalism, within the literature called social movement syndicalism. I hypothesize that certain networks woven during opposition to dictatorships survived in democracy and served to rethink the union model. One of them was organized around the Latin American Central of Workers (CLAT), which would have served as an economic support and link between Argentine leaders and some of those who would form the Inter-Union Workers' Plenary (PIT). I will start from recognizing some references and union trajectories that go back in all the cases to experiences of confrontation with the dictatorships; specifying the proposals and shared sense frameworks as well as their mobilizing structures.

Keywords: network union, transition, Uruguay, Argentina.

¹ Instituto de Humanidades (IDH), Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet).

Introducción

La creciente activación de los sectores populares en los países del Cono Sur de América Latina, a partir de la segunda mitad de la década del sesenta, comenzó a limitar las expectativas de acumulación de las burguesías nacionales y transnacionales propiciando la imposición de distintos tipos de regímenes burocrático-autoritarios (O'Donnell, 1982), que culminaron luego en sangrientas dictaduras en la mayoría de los países. El primer ensayo tuvo lugar en Brasil en 1964, seguido por el golpe de Estado de Onganía en Argentina en 1966, luego en Uruguay, en junio de 1973, y también ese mismo año en Chile en el mes de setiembre. Después de menos de tres años de gobierno democrático, nuevamente Argentina sufrió el 24 de marzo de 1976 el más feroz golpe de Estado.

Junto con esos procesos fueron también estrechándose las relaciones y los mecanismos de control por parte de los sectores dominantes para contener la oposición de los trabajadores a las políticas implementadas. En efecto, la crisis en el capitalismo de comienzos de los años setenta fue el telón de fondo para la implementación tanto de distintas formas de disciplinamiento laboral como de represión abierta al activismo sindical y social, a partir de políticas comunes y en algunos casos coordinadas por parte de los regímenes autoritarios. Sin embargo, a pesar de esos intentos de desarticulación, el papel de la resistencia sindical fue determinante para promover la salida de esos regímenes —por lo menos en Argentina, Uruguay y Brasil— (Collier Berins, 1991; 1999; Munck, 1989) y para consolidar nuevas alternativas con respecto a las formas de entender el rol del sindicalismo una vez recuperadas las democracias en la región.

En este artículo propongo reconstruir la trayectoria de algunas redes de militantes sindicales argentinos y uruguayos, congregados por su común relación con la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), ya que encontraron en ella no solo contención y apoyo durante la época de las dictaduras en la región sino, también, la formulación de una propuesta ideológica que se adecuaría a la nueva situación creada durante la posterior reconstrucción democrática coincidente a su vez con la crisis del fordismo.

Esa propuesta que la CLAT comenzó a explicitar claramente ya a comienzos de los setenta, al referirse a la necesidad de conformar un Movimiento de los Trabajadores, creemos que reunía las características de lo que posteriormente, en el campo anglosajón de las relaciones laborales, se denominó *sindicalismo de movimiento social*. En efecto, el primero en formularlo en estos términos habría sido Moody, referente del sindicalismo norteamericano, para definir expresiones de acción colectiva que involucraran lazos entre los sindicatos y las organizaciones sociales no sindicales como una opción, entre otras, dentro de la preocupación por la *revitalización sindical*. Este debate tuvo lugar en los países centrales a partir de las últimas décadas del siglo xx, como consecuencia de la pérdida de afiliados y de recursos institucionales por parte de los sindicatos, resultado de las transformaciones en las formas de producción y negociación con el capital. El *sindicalismo de movimiento social* emergería así como contraposición a la tendencia a la concertación entre el sector empresarial y las cúpulas sindicales que había prevalecido hasta entonces, cuya representatividad se encontraría minada. Se trataría de una reacción al sindicalismo corporativo que, en cambio, buscaría recobrar el papel protagónico de la clase trabajadora como un todo (Senén González y Haidar, 2009: 7-8).² Esa opción se caracterizaría por la movilización de las bases, la experimentación con distintos tipos de acción colectiva que trascienden el lugar de trabajo, la construcción de alianzas, su extensión en la comunidad y la adopción de demandas enmarcadas políticamente,

2 Las autoras reconocen un ejemplo de este tipo de sindicalismo en la Central Única de Trabajadores (cut) brasilera, constituida en 1983.

lo que a su vez aparecen como dimensiones de análisis (Fairbrother, 2008: 214). Se ha destacado también la importancia de factores que incidirían para la adopción de este modelo, como las crisis internas que producen cambios en los liderazgos y la llegada de nuevos dirigentes, la presencia de líderes con trayectoria en otros movimientos sociales dispuestos a revalorizar el papel del movimiento obrero recurriendo a acciones y experiencias innovadoras, así como el apoyo y conexión con organizaciones internacionales que pudieran proveer recursos (Voss y Sherman, 2000).

Ahora bien, esa discusión, surgida en otro contexto, recién se introdujo en el ámbito académico del Cono Sur luego de las reformas de mercado allí implementadas y, sobre todo, al promediar la primera década del siglo XXI, asociada fundamentalmente con la supuesta recuperación de derechos sindicales en la región (Senén González y Del Bono, 2013; Etchemendy y Collier, 2007). Sin embargo, como se podrá observar en el presente artículo, la propuesta de *sindicalismo de movimiento social* habría estado presente desde mucho antes entre algunos sectores del sindicalismo latinoamericano, y particularmente en el Cono Sur, a partir de posiciones que sostenían la necesidad de la unidad latinoamericana y marcados antimperialismo y anticapitalismo, pero promoviendo modelos económicos y formas de organización sindical que se adecuaban a las que entendían eran las particularidades del trabajo en las sociedades del Tercer Mundo.

Los antecedentes de estas propuestas han sido poco trabajados, lo que en sí mismo justifica su tratamiento pero, además, estas posiciones contribuirían a formular estrategias novedosas durante los años de la salida de la dictadura y de recuperación democrática, como serían las subyacentes a la constitución del Plenario Intersindical de los Trabajadores (PIT) en Uruguay, de la Central Única de Trabajadores (CUT) en Brasil y, aunque con algunos matices, del Congreso de los Trabajadores (CTA) en Argentina.

De allí que en este artículo intentaré mostrar la conformación de algunas de esas redes con esos contenidos sostenidas por sindicalistas argentinos y uruguayos, así como sus acciones para promover la democratización sindical. Si bien estas propuestas trascendieron a estos dos países, donde tuvo un peso significativo por ejemplo en la experiencia del nuevo sindicalismo brasileño, la selección responde a que tanto Argentina como Uruguay contaban con una tradición de centrales sindicales fuertes controladas ideológicamente, en el caso argentino por el peronismo y, en el segundo, por el Partido Comunista de Uruguay (PCU). El *sindicalismo de movimiento social* contenía, en cambio, un reclamo de mayor pluralismo ideológico y participación de base y cuestionaba cierto verticalismo presente en las organizaciones y centrales sindicales que, según esa posición, debían ser redefinidas a la luz de las formas de organización del trabajo existentes en Latinoamérica. De este modo, aun considerando que solo fueron expresiones minoritarias tanto en Argentina como en Uruguay, considero que resulta interesante su análisis por el sustento ideológico que dieron a la integración latinoamericana proyectada con fuerza tras las salidas de las dictaduras.

Las conexiones y redes transnacionales de diferentes actores sociales han comenzado solo recientemente a concitar la atención de los historiadores y, en general, lo han hecho ligados al desarrollo de los estudios sobre exilios, campo que, en Argentina, empezó a ser transitado sistemáticamente sobre todo a partir de los estudios de Yankelevich y Jensen (2007), de Franco (2008) y de Jensen y Lastra (2014), entre otros. Aportes significativos en esa dirección pueden encontrarse también en los trabajos de Catoggio (2016, 2018), Confino (2018), Basualdo (2006) Ayala (2018) y Scodeller (2016). Los tres últimos autores han investigado específicamente sobre las conexiones internacionales de actores sindicales, al analizar Victoria Basualdo la creación de algunas organizaciones de sindicalistas exiliados y las relaciones mantenidas con centrales europeas. Por su parte, Mario Ayala reconstruyó las campañas de denuncia contra la última dictadura militar argentina

llevadas a cabo por la CLAT y, en particular en el caso de Gabriela Scodeller, las tareas de formación desarrolladas por esa central y por su antecesora, la Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos (CLASC) en los años sesenta y setenta. En un trabajo pionero, esta última autora ha mostrado la importante tarea de la CLAT, particularmente a partir de 1971, cuando en su VI Congreso adquirió este nombre, considerando que se adecuaba mejor al proyecto político-social y económico que promovía y para ampliar las bases de incorporación dentro de lo que empezaron a definir como *movimiento de los trabajadores* que buscaba incluir tanto a asalariados como a otro tipo de trabajadores. Aportó también evidencias para comprender los objetivos del ambicioso programa de formación que lanzó la central, lo que incluyó —entre otras cosas— la creación de la Universidad de los Trabajadores de Latinoamérica (UTAL) en Caracas y el Instituto de Capacitación Sindical para el Cono Sur (Incasur) en Argentina en 1971,³ con la intención de proyectar su acción en este país, Uruguay, Brasil, Paraguay y Chile.

Con relación a los estudios transnacionales sobre los años setenta son también muy importantes los aportes de Aldo Marchesi (2012) sobre las conexiones de los militantes de izquierda que se plasmaron, entre otras iniciativas, en la Junta de Coordinación Revolucionaria en la Argentina peronista.

Los trabajos señalados, al igual que muchos otros sobre las organizaciones creadas en el exterior y sobre las políticas de los gobiernos frente a la problemática de los exiliados y su retorno (Lastra, 2016), sin duda representan aportes fundamentales. Sin embargo, poco se ha avanzado en la reconstrucción de las relaciones que esas organizaciones y redes mantenían simultáneamente con los actores nacionales y regionales, lo que permitiría observar su actuación en múltiples escalas.

En trabajos anteriores (Gordillo, 2017) mostré que algunos de los sindicalistas que mantenían conexiones con organismos transnacionales actuaron como «cosmopolitas arraigados» (*rooted cosmopolitans*), según la definición dada por Sidney Tarrow, que los caracteriza como individuos y grupos que están enraizados en contextos nacionales específicos, diferenciándose así de los exiliados, pero que se comprometen en actividades políticas contenciosas que los envuelven en redes de contacto y conflictos transnacionales, distinguiéndose también de otros compañeros nacionales por su habilidad para sostener sus actividades entre distintos niveles, sacando ventaja de las oportunidades de la sociedad internacional (Tarrow, 2006: 29). Este artículo se inscribe en la misma preocupación que se interroga por los efectos locales de las redes transnacionales, presuponiendo que estas no solo cumplen la función de externalizar demandas sino, también, la de internalizar marcos de sentido cuando existen oportunidades políticas propicias.

Sostengo como hipótesis que ciertas redes tejidas durante la oposición a las dictaduras sobrevivieron en democracia y sirvieron para repensar el modelo sindical. Considero además que los dirigentes que entraron en contacto compartían una similar tradición de lucha antiburocrática, más allá de las diferentes vertientes ideológicas de las que provenían.

Para ello partiré de reconocer y precisar algunos referentes y trayectorias sindicales que remontan en todos los casos a experiencias de confrontación con las dictaduras; de especificar las

3 Los primeros dirigentes que se relacionaron con el Incasur fueron Miguel Gazzera (Trabajadores de Pastas Alimenticias), Horacio Mujica (Farmacia), Alfredo Carazo (Trabajadores de Prensa), Salvador Sánchez (Cooperativas del Gran Buenos Aires), Emilio Valenti (vinculado con trabajadores del campo), Víctor de Gennaro (Asociación de Trabajadores del Estado —ATE—), Cayo Ayala (Navales) y Guillán (Telefónicos). Para entonces Carlos Custer quedó a cargo de la Oficina de Relaciones para el Cono Sur (Orecsur). Estas organizaciones que habían surgido con el objetivo de estrechar vínculos y difundir propuestas ideológicas pronto pasarían a cumplir, como veremos, otras funciones a medida que las dictaduras se fueron consolidando en la región (Entrevista a Carlos Custer, Buenos Aires, 1.º/3/2016).

propuestas y marcos de sentido compartidos acerca de cómo debía entenderse el papel de los sindicatos en la nueva coyuntura democrática, así como de algunos canales de circulación de la información y estructuras movilizadoras encontradas que permiten pensar en la utilización de estrategias comunes, más allá del éxito obtenido, durante la primera etapa de reconstrucción democrática.

Las conexiones sindicales argentinas y uruguayas

En este apartado desarrollaré las evidencias encontradas de las relaciones entre algunos dirigentes sindicales argentinos y uruguayos, a través fundamentalmente de su vinculación común con la CLAT, de tradición social-cristiana y humanista.

Esa central, que había nacido en 1954 en Chile como CLASC, hacia 1971 modificó su denominación. Desde unos años antes venía discutiendo su orientación, muy influenciada por distintas vertientes de la teología de la liberación y por la conveniencia de autodefinirse como una organización de trabajadores más que de sindicalistas. En esa dirección se había producido también en el Congreso de Luxemburgo de octubre de 1968 el cambio de nombre de la Confederación Internacional de Sindicalistas Cristianos (CISC) por el de Confederación Mundial del Trabajo (CMT), en el que se votó la incorporación del argentino Carlos Custer para desempeñarse como secretario general adjunto.⁴

Las discusiones sobre la denominación tenían que ver con la decisión de favorecer los distintos movimientos sociales que bregaban por mejorar la condición de los pueblos en América Latina frente a los gobiernos opresores de la región, asumiendo una posición de clase por encima de cualquier adscripción ideológica. La central cristiana estaba representada en Argentina por la Asociación Sindical Argentina (ASA), que, al igual que su par, la Asociación Sindical Uruguaya (ASU), pretendían constituir una corriente interna dentro del sindicalismo sin cuestionar la unicidad del modelo sindical. Apostó a expandir sus organizaciones aun en medio de gobiernos dictatoriales, como era el de Argentina en 1967, y decidió el 25 de febrero de ese año reunir a representantes de sindicatos latinoamericanos del sector público en la ciudad de Chapadmalal para conformar la Confederación Latinoamericana de Trabajadores del Estado (CLATE). Entre sus fundadores se encontraban Carlos Custer, de ATE y el uruguayo Luis Iguini, dirigente del PCU. En efecto, el congreso reunió a trabajadores de distintas corrientes ideológicas.

Los argentinos ligados a la central cristiana encontraron en el programa del Primero de Mayo de 1968, levantado por el CGT de los argentinos, y en la figura de su secretario general —Raimundo Ongaro— la concreción de su propuesta para el movimiento obrero, de allí que se convirtieron en los principales sostenedores de la propuesta. Custer participó en 1968 de una conferencia internacional de trabajadores en Santo Domingo acompañando a Ongaro. Con posterioridad, estando Ongaro preso por la dictadura en 1970, la CLASC-CMT propuso su elección como miembro del Consejo de Administración de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en claro desconocimiento de lo establecido por el gobierno.⁵

Como señalamos, en 1973, al mismo tiempo que se recuperaba la democracia en Argentina, un golpe de Estado se imponía en Uruguay. Con el compromiso de defensa de la democracia, tal como lo establecían los estatutos de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), esta convocó a una huelga general que duró quince días. Luego de ella, el 4 de julio, el gobierno solicitó la

4 Bottaro, J. (1985). «25 años de movimiento sindical uruguayo». Suplemento especial de *Avanzada*, Montevideo, p. 56.

5 Entrevista a Carlos Custer, Buenos Aires, 1.º/3/2016.

captura de 52 de sus dirigentes, a la vez que disolvía la organización, que pasó a funcionar en la clandestinidad. En el mismo mes fueron requeridos nueve dirigentes más, entre los que estaban los bancarios Aníbal Collazo, José Cogorno, Hector Goñi, Víctor Semproni y Carlos Fasano (Ciganda, 2007: 33). Esto provocó la salida del país de muchos militantes y dirigentes con destino a Chile, presidido todavía por Salvador Allende, y a la Argentina democrática tras el triunfo de Héctor Cámpora en las elecciones de marzo.

Muchos uruguayos llegaron a Buenos Aires durante 1973-1974. Entre ellos se encontraba el dirigente bancario Hugo Cores, arribado en 1973 y principal organizador en Argentina del Partido para la Victoria del Pueblo (PVP), fundado en julio de 1975 en el partido de Lanús. Para 1975 Cores ya había sido detenido en Buenos Aires, por lo que la dirección del PVP recayó en otros exiliados: Gerardo Gatti, presidente del Sindicato de Artes Gráficas (SAG) y vicepresidente de la CNT, y León Duarte, secretario de la Fábrica Uruguaya de Neumáticos SA (Funsa), también dirigente de la CNT. En setiembre de ese año dieron a Cores la opción de salir del país, por lo que se fue a París (Chaves, 2015: 206). Ya habían comenzado a actuar en Argentina redes paramilitares y de inteligencia que anticiparían las prácticas de terrorismo de Estado de la futura dictadura instalada en marzo de 1976.

Casi toda la conducción inicial del PVP fue detenida y desaparecida en Buenos Aires. El que sobrevivió fue Mauricio Gatti y los sindicalistas Gerardo Gatti y León Duarte estuvieron secuestrados en el centro clandestino Automotores Orletti entre abril y junio de 1976. Allí también estuvo el trabajador de Funsa Washington Perro Pérez, quien luego fue refugiado del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur) y estuvo exiliado en Suecia (Chaves: 2015: 209).

Por su parte, en Uruguay, en febrero de 1976 fue detenido el presidente de la Asociación de Empleados Bancarios de Uruguay (AEBU) Antonio Marotta y se autorizó la salida del país de Carlos Bouzas, quien en mayo de 1976 organizó en Madrid el Organismo Coordinador de la CNT en el exterior.

Cuando se produjo el golpe de Estado en Argentina, el 24 de marzo de 1976, la CLAT activó sus canales de comunicación y denuncia a partir de la edición de su *Informativo* cuyo primer número apareció en abril del mismo año. Este serviría para instalar las denuncias sobre violación de los derechos humanos y sindicales en el escenario internacional, a la vez que como nexos entre distintos activistas que podían incluso encontrar recursos para organizarse más allá de lo permitido por los gobiernos dictatoriales. Una acción fundamental era conseguir atraer la mirada internacional sobre la situación nacional.

El primer paso en este sentido fue cuando el 3 de setiembre de 1977 se produjo el arribo a Uruguay de la primera delegación sindical internacional integrada por Eduardo García de la CLAT y Jan Kulakowsky de la CMT.⁶ Para lograr su concreción fue muy importante la tarea desarrollada por la ASU, organización intersindical constituida en 1960,⁷ que al año siguiente de esa visita intentó organizar con esos apoyos un III Encuentro sobre la Problemática Regional de la Cuenca del Plata en Montevideo. Los anteriores habían sido en Santiago de Chile y en Buenos Aires, pero este no fue autorizado por el gobierno.⁸

6 Bottaro, 1985, cit., p. 99.

7 ASU surgió como expresión del sindicalismo humanista cristiano adherido a la CLASC, pero a fines de los años sesenta acompañó el proceso de radicalización ideológica operado dentro de la central y adoptó una definición clasista y una posición anticapitalista y antimperialista, en sintonía con la línea adoptada por la teología de la liberación.

8 Bottaro, 1985, cit., p. 99.

Para la misma época y, se presupone, como parte de similar iniciativa, varios activistas de CLAT conformaron el 8 de setiembre de 1977 en Argentina el Consejo Coordinador de Acción Sindical (CCAS). El primer secretario del CCAS fue Miguel Gazzera (Trabajadores de Pastas Alimenticias), junto a quien se reunieron varios nombres que tendrían un importante papel en la oposición a la dictadura, como Alfredo Carazo (Trabajadores de Prensa), Víctor de Gennaro (ATE), Cayo Ayala (Navales) y Julio Guillán (Telefónicos), entre otros.

Con el apoyo del CCAS, en diciembre de 1977 se reunieron en Buenos Aires durante tres días en la Casa de Nazareth de la Iglesia de la Santa Cruz, trabajadores estatales prescindidos y expulsados de la ATE, con la intención de conformar una agrupación interna de oposición a la conducción de Horvath y al gobierno dictatorial y de la cual participaron representantes de nueve seccionales del interior del país. El día 12 quedó constituida la Agrupación Nacional de Solidaridad y Unidad de ATE (Anusate), agrupación que se planteó desde su origen con un carácter ideológicamente plural. Allí se congregaron dirigentes con trayectorias importantes, varios de quienes habían integrado la antiburocrática CGT de los argentinos, que retomaron sus banderas al identificar como sus enemigos a la burocracia sindical, a la dictadura y al imperialismo, con la pretensión de confluir en un movimiento político que replanteara las bases de la sociedad capitalista.

En 1979 tanto el gobierno militar argentino como el uruguayo propusieron una nueva Ley de Asociaciones Profesionales que intentaba modificar el modelo de organización existente y que en ambos casos fue rechazada por los sectores mayoritarios del movimiento sindical: en el caso argentino principalmente por quienes hacia finales de ese año conformarían la que pasó a ser conocida como CGT Brasil, liderada por el cervecero Saúl Ubaldini.

A partir de 1982 la oposición a la dictadura comenzó a plantearse más abiertamente. En Argentina, la protesta sindical se materializó en la convocatoria a un paro general con movilización el 30 de marzo bajo el lema «Paz, pan y trabajo», donde hubo una fuerte represión. ASU apoyó esa movilización y repudió la represión, señalando también la solidaridad de la Confederación General Democrática del Trabajo francesa, de la Federación de Trabajadores Italianos, de la Organización Regional Interamericana del Trabajo (ORIT), de la Central Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL), la CMT y la CLAT, entre otras.⁹ Cuando el 2 de abril el gobierno argentino ocupó las Islas Malvinas para iniciar la guerra contra Inglaterra, ASU se pronunció por no confundir la reivindicación de soberanía con la ilegitimidad del gobierno que las había ocupado, intentando generalizar la demanda de soberanía como una común a toda América Latina, lo que convertía a las islas en patrimonio de todos y los comprometía en su defensa, pero sin restringir el concepto de soberanía a lo territorial:

Las Malvinas y Nosotros: Solo el Pueblo salva al Pueblo

Por el derecho que tienen los hombres y los pueblos a no ser explotados ni oprimidos, las Malvinas *son del pueblo argentino y latinoamericano* [...] [Es necesario] hacer un llamamiento urgente para reforzar dentro de estas expectativas la solidaridad de la CLAT y de todas sus organizaciones para con el pueblo y los trabajadores de Argentina que incrementen ahora su acción no solo para consolidar la recuperación legítima de las Islas Malvinas sino también para acelerar el *advenimiento en su país de un régimen democrático auténtico como base indispensable para el pleno ejercicio de la soberanía nacional y popular*...¹⁰

Resulta muy interesante también el comunicado de la Federación Latinoamericana de Trabajadores Bancarios y de Seguros, entidad afiliada a la CLAT, que retoma

9 *Avanzada*, año 2, n.º 6, Montevideo, abril de 1982, pp. 19-21.

10 *Avanzada*, año 2, n.º 7, Montevideo, mayo de 1982, pp. 18-20. Las cursivas son mías.

... aquella frase de *un líder continental*: el año 2000 nos encontrará unidos o dominados cobra hoy una vigencia inusitada y un valor militante inobjetable. Ante tal evidencia resulta impostergable que los trabajadores de la región vuelvan a revisar y discutir exhaustivamente el sentido de su alienación internacional. Porque resulta una incongruencia encolumnarnos detrás de proyectos que responden a la estrategia imperial, tanto del este como del oeste...¹¹

A los comunicados anteriores se sumaron las adhesiones de la Confederación Latinoamericana de Trabajadores de Comercio (CLTC) y de la CMT el 29 de abril pidiendo la solución pacífica del conflicto bélico, y el de la CIOSL que deploraba cualquier intento de usar conflictos externos «como vehículo para distraer la atención de las necesidades reales de una vigencia efectiva de la democracia y los derechos de los sindicatos en Argentina»; aunque al mismo tiempo declaraba su «completa solidaridad con su filial, el Sindicato General de Empleados de las Islas Falkland, en que se mantenga el respeto por los derechos humanos y sindicales en las islas».¹²

Para entonces, también en Uruguay habían comenzado a congregarse dirigentes provenientes de distintas vertientes ideológicas, muchos de ellos jóvenes que se iniciaban en la vida sindical y que planteaban una renovación del sindicalismo a través de prácticas de mayor horizontalidad y autonomía frente a lo que consideraban como anterior dependencia del PCU, orientación preponderante dentro de la CNT. Esas iniciativas terminaron por dar forma en 1982 al PIT. Sus primeras reuniones se realizaron en el local de ASU. Dada su organización flexible y los vínculos con las bases, el PIT tuvo una especial capacidad para la movilización y se convirtió en uno de los más importantes articuladores en la lucha contra el régimen autoritario. El 1.º de mayo de 1983 el PIT llevó a cabo la mayor demostración desde 1973, en la que llamó explícitamente al inmediato retorno a la democracia, lo que lo catapultó a la arena política y marcó formalmente su nacimiento como organización. Los principales protagonistas de ese acto fueron Juan Carlos Pereyra (Funsá), Héctor Seco (Inlasa, metalúrgicos), Richard Read (cerveceros), Andrés Toriani (Círculo Católico, salud) y Juan Ciganda (AEBU).¹³ Ellos hablaron en representación de 47 asociaciones que agrupaban cerca de cuarenta mil trabajadores. A pesar de esto, el PIT no fue reconocido por el gobierno en el envío de la delegación uruguaya a la conferencia de la OIT de ese año, por lo que a través del argentino Carlos Custer (ATE), integrante del comité confederal de la CMT y del comité ejecutivo de CLAT, que visitó Uruguay del 25 al 27 de mayo, se ofreció a Ciganda y Read integrar la delegación de la CMT para participar de esa conferencia y plantear queja contra el gobierno uruguayo. Ellos viajaron y recibieron una clamorosa recepción, además estuvieron en Oslo donde se procedió a la expulsión formal del representante de la CGT Uruguay.¹⁴

Dentro de las iniciativas para propiciar acciones conjuntas en pro de la democratización, es de destacar la de ASU de organizar la reunión de trabajadores del Cono Sur en Montevideo en julio de 1983. Estuvieron, en representación de Brasil, J. P. Márquez; de Chile, R. Arancibia, y, por Argentina, Custer, quien señaló que la «primera reivindicación de la CGT RA es el retorno a la democracia, pero aspiramos a una democracia participativa». Por el PIT estuvieron Toriani, Read, Ciganda y Pereyra. Señaló Toriani: «Somos la continuidad de los compañeros presos o en el exilio o de aquellos que ni siquiera sabemos dónde están [...] Hemos visto que tenemos puntos comu-

11 *Avanzada*, año 2, n.º 7, Montevideo, mayo de 1982, p. 21.

12 *Ibidem*, p. 23.

13 Bottaro, 1985, cit., p. 136.

14 *Ibidem*, pp. 137-138.

nes y que las salidas que se buscan son también comunes. La clase obrera uruguaya es clasista, unitaria, solidaria e internacionalista».¹⁵

Por su parte, Custer destacó:

Tres ideas clave surgen de esta mesa redonda: 1) debemos fortalecer las estructuras sindicales para ser instrumento de la construcción de los nuevos sistemas democráticos en nuestros países, 2) es imperiosa la necesidad de búsqueda de la unidad nacional para reconstruir nuestros países, no solo los trabajadores deben participar sino que asimismo los estudiantes, los cooperativistas y otras instituciones y grupos sociales, debe crearse una multisectorial para estar en contacto con los empresarios y los partidos políticos, 3) debemos proyectar la unidad latinoamericana [...] sin patria grande latinoamericana como la imaginó Bolívar ya en 1819 no habrá salida para nuestras patrias pequeñas.¹⁶

Un nuevo encuentro tuvo lugar ese año, esta vez en Buenos Aires el 16 de noviembre, entre la CGT RA —es decir, la conducida por Ubaldini— y representantes del PIT —Toriani, Pereyra, Gomensoro y Read—. En conferencia de prensa los uruguayos destacaron que lo ocurrido formaba parte de una política de integración que los había llevado a asistir también al congreso de creación de la CUT en agosto de ese año en Brasil. La declaración firmada en Buenos Aires proclamaba la voluntad de coordinar esfuerzos para lograr la plena vigencia de las libertades públicas, de los derechos sindicales y de la soberanía nacional y por erradicar políticas económicas inspiradas por los intereses extranjeros y resabios de colonialismo «en el continente de San Martín, Artigas y Bolívar».¹⁷

El 10 de diciembre de 1983, tras su rotundo triunfo en las urnas, asumió el gobierno Raúl Alfonsín de la Unión Cívica Radical (UCR). Siendo candidato había denunciado un pacto militar-sindical en el que no parecía reconocer matices y diferencias entre los dirigentes sindicales, sin valorar las acciones emprendidas por muchos de ellos para conseguir la salida de la dictadura. Ello lo llevó a enviar al Parlamento, a la semana de haber asumido, un proyecto de Ley de Reordenamiento Sindical —planteado como de democratización sindical— sin intentar discutirlo ni acordarlo con los gremios. Este proyecto implicaba modificaciones sustanciales en la forma de elección de las autoridades sindicales que desconocían lo que establecían sus estatutos y que generaron una fuerte oposición del movimiento obrero.

ASU sostuvo una posición muy esclarecedora con relación a esa iniciativa del gobierno argentino, muy diferente a la caracterización que este hacía sobre los objetivos del proyecto:

... En cincuenta días de gobierno el país político ha sido obligado a un enfrentamiento interno, hábilmente presentado como la *confrontación de una parcialidad democrática mayoritaria contra un segmento corporativista, fascista y burocrático* de la sociedad. Quienes hasta ayer corrieron con todo el peso de la movilización que enfrentó al «proceso» hoy son colocados en el banquillo de los acusados y denunciados por antidemocráticos [...] lo que se discute es la metodología y la intencionalidad política que conlleva, enanada en la actitud de soberbia que otorga un porcentaje electoral [...] La solución democrática hubiera sido restituir la LAP [Ley de Asociaciones Profesionales] de 1973, donde el propio Alfonsín integraba el Parlamento y no la *injerencia estatal repudiada por todos los trabajadores y por la doctrina internacional* [agregaban] con este mecanismo se dilatará la discusión de una nueva LAP...¹⁸

15 *Avanzada*, año 3, n.º 16, Montevideo, agosto de 1983, p. 34.

16 *Ibidem*, p. 36.

17 *Avanzada*, año 3, n.º 20, Montevideo, diciembre de 1983, p. 45. Gomensoro dijo: «Yo creo que por lo menos en los últimos treinta años no hay antecedentes de la firma de una declaración de este tipo entre trabajadores argentinos y uruguayos».

18 *Avanzada*, año 4, n.º 22, Montevideo, marzo de 1984, pp. 45-47. Las cursivas son mías.

En esa descripción, como en otras noticias que se difundían relativas a la situación argentina, se encontraba la voz de Alfredo Carazo, quien era el corresponsal de la revista de ASU para estos temas y, como vimos, del grupo fundador del CCAS en Argentina y que sería posteriormente a su vez secretario general de la Federación Latinoamericana de Trabajadores de Prensa, ligada a la CLAT.

En Uruguay, como consecuencia de la huelga convocada por el PIT para el 18 de enero de 1984 el gobierno decretó su disolución, medida que fue rechazada por la agrupación, que continuó con sus actividades reivindicativas y en pro de la salida democrática. En julio de ese año, Ernesto Molano, secretario adjunto de la CMT, visitó el país y se entrevistó con dirigentes del PIT, del Congreso Obrero Textil, con metalúrgicos y con gremios docentes. No fue autorizado a hacerlo con dirigentes presos pero sí lo hizo con sus familiares y estuvo junto a los 21 que ayunaban por la amnistía y libertad de los presos políticos. En esa oportunidad dio su total apoyo al PIT, señalando las acciones realizadas por esa agrupación a nivel internacional para obtener su reconocimiento, e invitó al pueblo uruguayo a sumarse a la campaña que a nivel mundial se había lanzado contra las políticas del Fondo Monetario Internacional (FMI).¹⁹

Sin duda 1984 fue un año muy movilizadísimo tanto para los argentinos como para los uruguayos. En Argentina, luego del fracaso del proyecto de reordenamiento sindical impulsado por el gobierno, que fue finalmente derrotado en el Parlamento, se había llegado a un acuerdo plasmado en la Ley 23071 sobre Régimen Electoral para las Asociaciones Sindicales. En Uruguay, a la movilización por el reconocimiento del PIT y de los derechos sindicales se sumaron las demandas de amnistía y de salida electoral sin proscripciones. A su vez, varios dirigentes sindicales participaron como candidatos a cargos representativos en las elecciones generales que finalmente tuvieron lugar el 25 de noviembre de ese año. Entre ellos, por ejemplo, los miembros del Secretariado Ejecutivo del PIT J. C. Pereyra (Funsu) como candidato a diputado por la Izquierda Democrática Independiente (IDI), dentro del Frente Amplio (FA), J. C. Asencio (Sindicato de los Tabacaleros) como candidato a diputado por el Partido de los Trabajadores —fundado para entonces— y Guillermo Álvarez —vicepresidente de AEBU— como candidato a diputado por el Partido Socialista de Uruguay (PSU) en el FA, entre otros.²⁰

En ese marco, todos los contactos y redes que se pudieran activar cobraban importancia. Fue así que un grupo de más de treinta militantes sindicales de organizaciones afiliadas al CCAS participó a mediados de noviembre de un seminario programado por el Incasur en Montevideo con el objetivo de tomar contacto con grupos sindicales y cooperativas para intercambiar experiencias en vistas a «unificar trabajos de alcance común, dentro del planteo de superar las barreras que han ido condicionando el desarrollo de la patria grande latinoamericana». ²¹ En el mismo sentido, ASU celebró el triunfo de la Lista Verde Anusate en ATE, encabezada por De Gennaro y Sbarbatti en noviembre de 1984, destacando que su plataforma se centraba en la «renovación sindical contra la estructura y viejos métodos de la burocracia». ²²

19 *Avanzada*, año 4, n.º 27, Montevideo, agosto de 1984, p. 67.

20 *Avanzada*, año 4, n.º 29, Montevideo, octubre de 1984, pp. 19-21.

21 *Avanzada*, año 4, n.º 31, Montevideo, diciembre de 1984, p. 14.

22 *Ibidem*. Bajo el título «Lista opositora arrolló en el gremio de trabajadores estatales» la revista señalaba que la agrupación propiciaba la amnistía general para los destituidos y expulsados del gremio, la autonomía política y financiera de las seccionales y el protagonismo del gremio dentro de la CGT (p. 45). De Gennaro y Anusate fueron los principales promotores de la creación del Congreso de los Trabajadores Argentinos en 1992.

Trascender la lucha corporativa...

Como señalé al comienzo, una de las estrategias del sindicalismo de movimiento social es la experimentación con distintos tipos de acción colectiva que trascienden el lugar de trabajo, en busca de la construcción de alianzas y de su extensión a la comunidad, así como la adopción de demandas enmarcadas políticamente. En ese sentido, tanto en ATE, en el discurso del CCAS, como en las acciones de ASU encontré algunas evidencias de ese accionar.

En el caso de la asociación uruguaya, puede destacarse el apoyo brindado a las organizaciones estudiantiles en reclamos puntuales como en el más general de recuperación de la institucionalidad académica. Con relación a lo primero, por ejemplo, la revista publicó una carta abierta al Consejo de Educación Básica y Superior de un colectivo autodenominado Estudiantes Trabajadores solicitando el levantamiento de inasistencias y una consideración especial en virtud de su condición de trabajadores.²³ Sobre lo segundo, apoyaron y luego comentaron la marcha de «80.000 estudiantes» organizada por la Asociación Social y Cultural de Estudiantes de Educación Pública (Asceep) al cumplirse diez años de la intervención a la Universidad de la República.²⁴

Del mismo modo, tempranamente, si se considera la visibilidad pública de los desocupados organizados en otros países que, por ejemplo, en el caso argentino recién la obtendría más de una década después, ASU entró en contacto y difundió las convocatorias realizadas por la Unión Nacional de Trabajadores Desocupados (Untrade) para consolidar la entidad.²⁵ Según datos vertidos en una entrevista con Hugo Cameto, dirigente de la entidad, en 1985 la tasa de desocupación en el país alcanzaba el 26 %. Por ello, desde la asociación se bregaba por una política integral de empleo que asistiera al desempleado y que no consistiera solo en pagar parte del salario por seis meses, con lo que —decía— se asistía al empresario. Ese dirigente señalaba que si la desocupación era responsabilidad del empresario, por introducir tecnología sin considerar el mantenimiento de la fuerza de trabajo a través de su distribución equitativa, este debía contribuir a solucionar el problema.²⁶ El contenido de esta entrevista y el lugar central que ocupó en el número de la revista mostrarían la preocupación de la asociación por este tema, coherente además con la propuesta de apoyar una forma de organización de los trabajadores que trascendía a los que se encontraban empleados para incorporar, en cambio, a trabajadores cuentapropistas, temporarios, cooperativistas, entre otras modalidades, tal como veremos era el programa de la CLAT.

Otra línea de actuación permanente fue la defensa de los derechos humanos. En este sentido, ASU difundió y apoyó diferentes iniciativas, como por ejemplo las acciones desarrolladas durante la Semana por los Derechos Humanos, organizada por la Asceep, que contó con la participación de Hebe de Bonafini, dirigente de Madres de Plaza de Mayo de Argentina.²⁷ Del mismo modo, en enero de 1987, ASU convocó a organizarse para sumar a distintos sectores sociales en la reunión de firmas necesarias para solicitar un referéndum contra la recientemente aprobada Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado. La iniciativa era propiciada por Madres

23 *Avanzada*, año 2, n.º 10, Montevideo, setiembre de 1982, pp. 22-24.

24 *Avanzada*, año 3, n.º 18, Montevideo, octubre de 1983, p. 12.

25 *Avanzada*, año 4, n.º 23, Montevideo, abril de 1984, p. 10.

26 *Avanzada*, año 5, n.º 42, Montevideo, diciembre de 1985, pp. 28-32. El entrevistado señaló como antecedente de la asociación la Comisión Nacional de Solidaridad con el Desocupado que hacia fines de setiembre de 1982 apoyó ollas sindicales en Funksa y otras en el interior, hasta que se vio la necesidad de crear una entidad con un carácter más político que asistencial y así, en diciembre de 1984, surgió Untrade. Destacó que a pesar de contar con mucho apoyo de diversas organizaciones que entienden la problemática, costaba mantener la militancia dado que apenas se superaba la situación se la abandonaba.

27 *Avanzada*, año 4, n.º 24, Montevideo, mayo de 1984, p. 10.

y Familiares de Detenidos y Desaparecidos y se promovía también la recepción de firmas desde Argentina y otros países.²⁸

Posiciones similares adoptaron ATE y el sector de los «25 gremios» en Argentina frente a la cuestión de los derechos humanos. Esas posiciones, desarrolladas desde la constitución de la Anusate, quedaron plasmadas dentro de los objetivos del sindicato en el nuevo Estatuto de ATE aprobado en el 28.º Congreso Extraordinario de los días 1.º al 3 de diciembre de 1988 que, a los más típicamente gremiales, agregaba en el inciso K de su artículo 3: «defender el sistema democrático propendiendo a la defensa plena de los derechos humanos y a la democratización del estado para ponerlo al servicio de la nación».²⁹

En efecto, otro elemento común era el valor dado al Estado como garante del desarrollo, a pesar de que se reconocía la necesidad de democratizarlo. En ese sentido planteaba un papel protagónico para los trabajadores estatales en sistemas de cogestión o autogestión en los organismos del Estado pero, al mismo tiempo, la optimización del sector público a partir de la eliminación de cargos superfluos, la reasignación de recursos humanos y materiales desde áreas improductivas a productivas; es decir, una reforma del Estado que integraba a sus trabajadores. Se insistía en la importancia de reforzar las capacidades estatales como precondition de afianzamiento de la democracia: «Fortalecer el Estado para agrandar la nación»³⁰ era su lema, que denunciaba el proceso de concentración de sectores clave de la economía en manos privadas con parámetros privilegiados y protección del Estado para la acumulación.

A su vez la dirigencia de ATE manifestaba un apoyo irrestricto a la unidad de la CGT pero destacaba que en la normalización de la central y de sus delegaciones deberían tenerse en cuenta los criterios de «unidad, libertad y autonomía sindical, democracia, participación y solidaridad», reivindicando la proyección latinoamericana de la CGT.³¹ También se pronunciaba sobre el contenido de la democracia, al señalar que defendían la democracia política pero querían proyectarla a los campos económico, social y cultural «para realizar una verdadera Democracia Real, con Justicia Social, Participación y Solidaridad».³²

Estructuras y marcos para la democratización: un nuevo desarrollo

La recuperación de la democracia en Uruguay, tras el triunfo de Julio María Sanguinetti del Partido Colorado en las elecciones de noviembre de 1984, profundizó las iniciativas que desde distintos sectores sindicales se venían propiciando para plantear acciones y posiciones comunes con relación al nuevo orden a construir.

Como vimos, ya en 1983 habían tenido lugar dos iniciativas en ese sentido, una en Montevideo y otra en Buenos Aires, y se había avanzado en la conformación de la Comisión Promotora del

28 *Avanzada*, n.º 54, Montevideo, enero de 1987, pp. 3-5.

29 Anteproyecto de Reforma de Estatuto de ATE, Buenos Aires, 1.º al 3/12/1988, p. 3.

30 *Nuevo Horizonte*, s/n, Buenos Aires, 1985, p. 23. Esa expresión se contraponía a la adjudicada a la dictadura que habría sostenido que «agrandar el Estado es achicar la nación».

31 «Documento del I Plenario Nacional Sindical del Movimiento Peronista», Villa Carlos Paz, 29 y 30/5/1986, p. 12.

32 *Ibidem*. Las mayúsculas son del original. Allí se pronunciaban también por la defensa y plena vigencia de los derechos humanos y sociales, la negativa a pagar la deuda externa, la defensa del Estado productor y planteaban que el eje fundamental de la acción sindical y política debía ser afrontar el desafío de la dependencia o liberación. Ese era el verdadero problema del momento y no el de autoritarismo o democracia (pp. 12-13).

Movimiento Popular por la Unidad Latinoamericana (MOPUL), electa en octubre de 1983,³³ que junto con la Universidad de los Trabajadores (UTAL) promovieron la reunión de la Conferencia Latinoamericana sobre la Deuda Externa y el Futuro de América Latina, en Lima, en diciembre de 1984.

Al año siguiente, entre el 2 y 3 de mayo, se reunieron en Montevideo representantes del PIT-CNT, la CUT y la CGT argentina, de centrales de Cuba y de Paraguay (en el exilio) de la CLAT, CMT y FSM para constituir una comisión de trabajo que convocara una conferencia latinoamericana sobre deuda externa.³⁴ En ella, Custer, secretario regional de la CLAT para los países del Cono Sur, recientemente designado a su vez como secretario de prensa de ATE, destacó que los trabajadores debían construir un Frente de Solidaridad Nacional para defender la democracia, compatibilizando su defensa con las reivindicaciones populares, ya que «ambos aspectos no se oponen sino que se complementan recíprocamente».³⁵ Entre el 15 y 18 de julio se realizó en La Habana la Conferencia Sindical de Trabajadores de América Latina y el Caribe por la Deuda Externa, en la que representantes de la CUT propusieron unificar las luchas y fijar el 23 de octubre de 1985 como día internacional de acción continental contra ella.³⁶

Finalmente, en noviembre de 1985, luego de 14 años desde su última reunión, tuvo lugar el III Congreso de la CNT o, como se lo denominó, del PIT-CNT. Sin embargo, este no pudo terminar de sesionar por el retiro de más de quinientos delegados. Los problemas derivaron de no haber podido lograr acuerdo para efectuar enmiendas a los documentos presentados para la discusión, sobre todo en lo que refería al balance y perspectivas. También se habían planteado divergencias en cuanto a la acreditación de algunos delegados, por ejemplo, del sector de la enseñanza.³⁷

ASU celebraba que se hubieran explicitado las diferencias porque consideraba que había terminado la etapa en la que los problemas de los trabajadores se trataban a puertas cerradas. Para ellos la cuestión de fondo era definir el tipo de sindicalismo que se quería

... la confrontación está planteada entre los que piensan que el sindicalismo debe ser verticalista, dirigentista y quienes sostenemos que debe ser esencialmente democrático, pluralista, participativo y con independencia de clase [...] No es cierto que esté en peligro la unidad ya que lo que se pretende es que esta sea real y no un slogan más...³⁸

Al fracasar el congreso, se planteó reunirlo en julio de 1986 pero luego se decidió una nueva postergación para mayo de 1987, por desacuerdos sobre cómo debía interpretarse la representación y participación.³⁹

Por su parte, nuevamente del 4 al 7 de marzo de 1986 volvió a reunirse el Consejo de Trabajadores del Cono Sur de la CLAT en Montevideo con la participación de delegados de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay. Allí dieron la que se conoció como Declaración de Montevideo, que destacaba la necesidad de profundizar los procesos democrati-

33 Esa comisión se compuso con representantes de Venezuela, Chile, Costa Rica, Perú, Ecuador, Uruguay, Argentina —representada por José Rodríguez (Smata) y secretario gremial e interior de la CGT RA— y de Brasil. Por este último país estaban Jorge Vianna, secretario de relaciones internacionales de la CG de Servidores Públicos; Amable Scoop, vicepresidente del Sindicato General de Empleados Públicos de Curazao. También estuvieron presentes el secretario general de la CLAT, E. Máspero, y el secretario adjunto, Eduardo García. *Avanzada*, año 3, n.º 19, Montevideo, noviembre de 1983, p. 34.

34 *Boletim Nacional CUT*, n.º 1, San Pablo, mayo 1985, p. 7.

35 *Avanzada*, año 5, n.º 35, Montevideo, mayo de 1985, p. 40.

36 *Boletim Nacional CUT*, n.º 2, San Pablo, junio-julio 1985, p. 14.

37 *La Prensa Sindical*, año 1, n.º 1, Montevideo, febrero de 1986, p. 10.

38 *Avanzada*, año 5, n.º 42, diciembre de 1985, p. 2.

39 *La Prensa Sindical*, año 1, n.º 4, Montevideo, setiembre de 1986, p. 3.

zadores abiertos, la defensa de los derechos humanos y sindicales y denunciaba las políticas neoliberales implementadas en la región. Señalaba también la necesidad de llevar adelante acciones conjuntas para el pago de la deuda; desarrollar modelos económicos nacionales y de integración nacional y subregional; denunciaba la persistencia de la dictadura en Chile y Paraguay, y declaraba 1986 como el Año de la Solidaridad con los Trabajadores y los Pueblos de Chile y Paraguay, al tiempo que convocaba a la movilización conjunta de todos los sectores sociales para ponerles fin y manifestaba además su apoyo a la revolución sandinista, entre otros puntos.⁴⁰ Entre el 11 y 12 de setiembre tuvo lugar una segunda reunión en Montevideo. Para entonces ya se habían iniciado las tratativas para los acuerdos comerciales entre Argentina, Uruguay y Brasil, por lo que la reunión se concentró en el análisis de los documentos firmados por los respectivos presidentes. La CUT expresó su alerta para que lo fueran también de los pueblos dada la necesidad de «construir una respuesta consistente, fundamentada y unitaria de los trabajadores del Cono Sur».⁴¹

Con relación a aumentar la participación y representación de los trabajadores en las organizaciones, resultan muy interesantes las resoluciones adoptadas por el Congreso del PIT-CNT cuando pudo finalmente sesionar el 29 de mayo de 1987. La Comisión de Organización e Interior planteó a las filiales la exigencia de ampliar la sindicalización y sus obligaciones en materia de información, cotizaciones y aporte militante a la estructura central. Propuso también la creación de un periódico o boletín mensual y una audición radial, así como una comisión fiscalizadora para que controlara la transparencia económica. Acordó el resurgimiento de las mesas zonales en el interior, reafirmando la autoridad de la Mesa Representativa —que se reuniría una vez por mes— sobre el Secretariado que ejecutaría lo que ella acordara. Habilitó también la conformación de una comisión de reforma de estatutos cuya propuesta debería ser sometida a la consideración del próximo congreso fijado entre marzo y mayo de 1989. Se reafirmó a su vez el respeto por el pluralismo ideológico, con la convicción de que el sindicato era el lugar reservado al conjunto de los trabajadores a partir de su identidad de clase. Se alertó también sobre las consecuencias que los cambios tecnológicos traían a la organización del trabajo y la desocupación que acarrearía, por lo que se consideraba imprescindible la formación de los trabajadores para enfrentar esas situaciones, con el apoyo de las universidades y centros de investigación. Finalmente, como plan de acción inmediato, se resolvió trabajar en contra de la Ley de Caducidad, plantear una política salarial común y la lucha por fuentes de trabajo.⁴²

Esa orientación que apuntaba al afianzamiento de la democracia interna, se complementaba muy bien con las definiciones dadas en el IX Congreso de la CLAT reunido en Mar del Plata, Argentina, del 22 al 28 de noviembre de 1987, que condensaron los sentidos acerca del Movimiento de los Trabajadores y de un nuevo orden a construir, pregonados desde comienzos de la década, y que nos permiten sostener la hipótesis acerca de una propuesta de *sindicalismo de movimiento social*.

Ese congreso reunió a más de mil delegados en representación de nueve millones de trabajadores y de él participaron las organizaciones adheridas al CCAs, en representación de Argentina, así como la CUT y ASU. El manifiesto dado es muy representativo de cómo concebían la tarea a desempeñar por la central, los cambios operados en el mundo del trabajo y los desafíos de ese presente:

... La CLAT fue parte solidaria y combativa junto a sindicatos, iglesias, movimientos de pobladores, cooperativas, organismos de derechos humanos y partidos políticos

40 *Avanzada*, n.º 45, Montevideo, abril de 1986, pp. 6-16.

41 *Ibidem*, p. 13.

42 *Avanzada*, n.º 58, Montevideo, junio de 1987, pp. 5-6.

democráticos de la recuperación del sistema político para la democracia y sus libertades. [...] Hoy el desafío más inmediato en el camino de la liberación y de una nueva sociedad es la capacidad del *Movimiento de los Trabajadores* para generar la alternativa de un *Nuevo Desarrollo* que inicie aquí y ahora la superación más urgente de la pobreza, de la recesión y del proceso de marginación en marcha. Desarrollo alternativo que de vigencia concreta a los derechos humanos de los trabajadores que aún tienen empleo, de aquellos a quienes el desempleo y subempleo ha hecho trabajadores informales y cuenta propistas para sobrevivir [...] Un desarrollo distinto [...] en *armoniosa preservación de nuestros bienes naturales*. Un desarrollo que pasa por la *reforma agraria* auténtica e integral, por la *reforma de la tierra urbana*, por las *cooperativas* y por la *autogestión de los trabajadores*, por la *democratización del Estado*, por la articulación e iniciativa de la sociedad civil [...] un nuevo orden universal de paz, justicia, libertad y solidaridad y de efectivo respeto a la dignidad de todos los pueblos. [...] La CLAT asume en la construcción del poder transformador del Movimiento de los Trabajadores a esta *nueva clase trabajadora* que la crisis global ha dado a luz en América Latina. El IX Congreso convoca a todos, los que todavía tienen salario, los desocupados, los que sobreviven trabajando por cuenta propia, los marginados por la injusticia social, los campesinos, los pueblos indígenas, los jóvenes, los niños, la mujer trabajadora, los jubilados y pensionados, los ancianos y los minusválidos, los trabajadores migrantes, los profesionales técnicos que se proletarianizan, los trabajadores de las nuevas tecnologías...⁴³

Estas mismas ideas y lineamientos se reiteraron en el manifiesto de la CLAT del 1.º de mayo de 1988 y en el documento del IX Congreso de ASU en junio de ese año.⁴⁴ La mayoría de ellos serían también destacados en la Propuesta Política de los Trabajadores (PPT), gestada en Argentina y que aglutinó a los sindicatos que venían desarrollando una lucha antiburocrática y contra el modelo económico, tales los casos tanto de ATE, del sindicato de prensa, de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) de Villa Constitución y de otras seccionales que, entre otros, comenzaron desde 1983 a plantear la necesidad de discutir un nuevo modelo sindical.

Ante la inexorabilidad del ajuste lanzado por el nuevo gobierno argentino del peronista Carlos Menem, a partir de 1990 la PPT fue tomando cuerpo. Una serie de encuentros, en mayo, agosto y octubre, fueron construyendo la que definieron como «herramienta política de los trabajadores». Se partía del diagnóstico de que la reconversión global del capitalismo había impuesto un plan político también global que obligaba a replantear el papel del sindicalismo:

... La respuesta que nos plantea el plan hambreador del ajuste es elaborar también una propuesta política desde los trabajadores junto a todos los que resultan víctimas de esta superexplotación y marginamiento. Es imprescindible entonces pasar a la disputa en el terreno político sin renunciar al papel propio del sindicato [...] También se impone una asimilación crítica de los modelos del sindicalismo combativo del pasado que permita, a la par que se rescate su ética de lucha histórica, recrear fórmulas de intervención que ligen al movimiento sindical con todos los sectores de la sociedad afectados por la reconversión capitalista...

No pretendemos transformarnos en un nuevo partido de la noche a la mañana ni practicar un clasismo estrecho y *excluyente*. [...] Nuestra propuesta pretende nutrirse también de la experiencia de los trabajadores y pueblos de todas las latitudes, de *nuestros hermanos latinoamericanos*, para hacer posible la construcción de una alternativa popular con vocación de poder. Solo la íntima relación de nuestros respectivos pro-

43 *Avanzada*, n.º 64, Montevideo, diciembre de 1987, pp. 21-30. Las cursivas son mías para destacar los principales marcos de sentido compartidos por los sectores sindicales conectados a través de la CLAT.

44 *Avanzada*, n.º 70, Montevideo, julio de 1988, pp. 17-36.

yectos permitirá ofrecer un vasto frente unificado que enfrente la política global del capital monopólico que hoy no tiene fronteras...⁴⁵

Finalmente la forma que adoptó esa herramienta política en Argentina fue la del Congreso de los Trabajadores Argentinos (CTA) conformado en 1992, que desde 1996 pasó a autodenominarse Central de los Trabajadores de Argentina, de la que Víctor de Gennaro resultó electo secretario general. El modelo organizativo y la propuesta política, que recogían el proceso de lucha y la circulación de ideas gestadas durante la década previa, aparecieron como una alternativa radical al sindicalismo tradicional.

Reflexiones finales

Este artículo pretendió ser un aporte para la reconstrucción de experiencias que intentaron renovar las prácticas sindicales y dotarlas de nuevos sentidos, enmarcados en los desafíos y discusiones que tenían lugar en América Latina en torno a la salida de los gobiernos dictatoriales y frente a la crisis y reconversión del capitalismo. Se presentaron una serie de indicios para avanzar en la problemática de las relaciones transnacionales entre activistas sindicales. Considero que se pudo demostrar la existencia de redes entre dirigentes y militantes de los dos países, ya desde los tiempos de las dictaduras, amparados por sus conexiones con estructuras mayores que las contenían. El nexo común encontrado fue el de la CLAT y, a través de ella, con la CMT y otras centrales de orientación humanista adheridas. Esas estructuras colaboraron en el amparo brindado para la salida del país, pero también para organizar y sostener con recursos a agrupaciones internas que se oponían a sus conducciones y también para dar visibilidad internacional al PTT. Del mismo modo, tanto el CCAS en Argentina como ASU en Uruguay, apoyaron las iniciativas de distintos sectores sociales que promovían una salida democrática, tanto para la recomposición de sus propias organizaciones como en sus respectivos países. Vimos también que, ya en democracia, las redes construidas en dictadura sirvieron como estructuras movilizadoras para desafiar el orden neoliberal, proponiendo a su vez un nuevo modelo sindical que ampliara cualitativamente la representación de los trabajadores.

En efecto, las agrupaciones estudiadas entendían que frente a la ofensiva global del capital era necesario articular una respuesta y herramienta política integral de los trabajadores que disputara el orden instituido. Esta nueva forma de concebir la democratización, ya no solo centrada en el espacio de la organización gremial ni tampoco en un plano solo nacional, aparecería como una novedad en las posdictaduras, ya que, aunque estuvo en la base de la organización del movimiento obrero en sus orígenes durante el siglo XIX, había ido poco a poco debilitándose a partir de la consolidación de los Estados interventores-benefactores y del consiguiente pacto fordista durante el siglo XX. La crisis de esos modelos parecía abrir oportunidades para repensar también la categoría de trabajador y las formas de su organización en vistas a ampliar la participación ante la desarticulación del empleo formal como paradigma predominante.

Si bien luego de las dictaduras la normalización de las organizaciones sindicales restauró modelos anteriores tanto en Argentina como en Uruguay, la interacción con otras realidades y la discusión sobre el papel del sindicalismo en ellas generó aprendizajes que se plasmarían luego en nuevas formas organizativas. En lo inmediato sirvió para plantear una lucha más amplia por la liberación nacional y latinoamericana, contra la dependencia económica e ideológica iniciada con los gobiernos militares, donde parecía fundamental recuperar la intervención del Estado para mitigar las desigualdades sociales.

45 Documento «El recorrido de la PPT», Buenos Aires, noviembre de 1990, pp. 3-4. Las cursivas son mías.

Aunque sin duda se requiere avanzar en investigaciones que identifiquen nexos específicos entre sindicatos, se ha podido advertir la presencia de los indicadores propuestos por la bibliografía sobre sindicalismo de movimiento social como un marco general de sentido para inscribir las prácticas y estrategias de las experiencias consideradas. En efecto advertí la apuesta a una estrategia movimientista, lo que implicaba no solo extender la organización y la movilización de las bases sino, también, la búsqueda de conexión con otros sectores sociales, sosteniendo un programa de acción que intentaba ampliar derechos.

Ese tipo de sindicalismo, cuyo debate comenzaba a ser sostenido por algunos sectores todavía minoritarios dentro del movimiento obrero, recuperaría vigencia hacia final de siglo como una de las alternativas posibles para lograr la revitalización sindical.

Bibliografía y fuentes

Referencias bibliográficas

- AYALA, M. (2018). «Las campañas internacionales de la CLAT contra la última dictadura militar argentina (1976-1982)», en Lastra, S. *Exilios. Un campo de estudios en expansión*. Buenos Aires: Clacso.
- BASUALDO, V. (2006). «Dictadura militar, sindicalismo combativo y relaciones internacionales: apuntes para una historia reciente de los trabajadores», en BASUALDO, V. y otros, *Antología, a 30 años del golpe*. Buenos Aires: CTA.
- CATOGGIO, M. (2016). «Política contra el Estado autoritario, religión y derechos humanos: la impronta regional de un activismo transnacional». *Papeles de Trabajo*, vol. 10, n.º 10.
- CATOGGIO, M. (2018). «Recorrer y tejer las redes del exilio. El caso de una Madre de Plaza de Mayo», en Lastra, S., *Exilios. Un campo de estudios en expansión*. Buenos Aires: Clacso.
- CHAVES, G. (2015). *Rebelde acontecer. Relatos de la resistencia peronista*. Buenos Aires: Colihue.
- CIGANDA, J. P. (2007). *Sin desensillar... y hasta que aclare. La resistencia a la dictadura, AEBU, 1973-1984*. Montevideo: Ediciones Cauce.
- COLLIER BERINS, R. (1991). *Shaping the political arena. Critical junctures, the labor movement and regime dynamics in Latin America*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- COLLIER BERINS, R. (1999). *Paths toward democracy. The working class and elites in western Europe and South America*. Nueva York: Cambridge University Press.
- DO AMARAL, O. (2008). *Estrela nao é mais vermelha. As mudancas do programa petista nos anos 90*. San Pablo: Garconi.
- FAIRBROTHER, P. (2008). «Social Movement Unionism or Trade Unions as Social Movements». *Employ Respon Rights Journal*, vol. 20, n.º 3, pp. 213-220.
- FRANCO, M. (2008). *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- GORDILLO, M. (2017). «Activismo sindical transnacional en el Cono Sur: algunas experiencias». *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, vol. 4, n.º 7, marzo, pp. 68-83.
- JENSEN, S. y LASTRA, S. (eds.) (2014). *Exilios: militancia y represión. Nuevas fuentes y nuevos abordajes de los destierros de la Argentina de los años setentas*. La Plata: EDULP.
- LASTRA, S. (2016). *Volver del exilio. Historia comparada de las políticas de recepción en las posdictaduras de la Argentina y Uruguay*. General Sarmiento: UNLP-INM-UNGS.
- MARCHESI, A. (2012). «La partida decisiva de la revolución en América Latina. Militantes bolivianos, chilenos y uruguayos en la Argentina peronista. Buenos Aires, 1973-1976». *PolHis*, año 5, n.º 10, pp. 226-240. Disponible en: <http://www.historiapolitica.com/datos/boletin/Polhisto_MARCHESI.pdf> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- MOREIRA ALVES, M. H. (1984). *Estado e oposição no Brasil (1964-1984)*. Petrópolis: Vozes.
- MUNCK, R. (1989). *Latin America the transition to democracy*. Londres-Nueva Jersey: Zed Books Ltd.
- O'DONNELL, G. (1982). *El Estado burocrático autoritario 1966-1973*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- SCODELLER, G. (2016). «Political Training and Social Change in the 1960s and 1970s: The Educational Activities of the Latin American Central of Workers (CLAT)». *International Labor and Working-Class History*, n.º 90, pp. 93-110. doi:10.1017/S0147547916000193.

- SENÉN GONZÁLEZ, C. y HAIDAR, J. (2009). «Los debates acerca de la “revitalización sindical” y su aplicación en el análisis sectorial en Argentina». *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 2.^a época, n.º 22, pp. 5-31.
- SENÉN GONZÁLEZ, C. y DEL BONO, A. (2013). *La revitalización sindical en Argentina: alcances y perspectivas*. Buenos Aires: Prometeo.
- TARROW, S. (2006). *The new transnational activism*. Nueva York: Cambridge University Press.
- VOSS, K. y SHERMAN, R. (2000). «Breaking the iron law of oligarchy: Union revitalization in the American Labor Movement». *The American Journal of Sociology*, vol. 106, n.º 2.
- YANKELEVICH, P. (2009). *Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974-1983*. Ciudad de México: Colmex.
- YANKELEVICH, P. y JENSEN, S. (comps.) (2007). *Exilios. Destinos y experiencias bajo la dictadura*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.

Fuentes

Avanzada, Montevideo

CUSTER, CARLOS. Entrevista, Buenos Aires, 1.º de marzo de 2016.

NUEVO HORIZONTE, Buenos Aires

Documento del I Plenario Nacional Sindical del Movimiento Peronista, Villa Carlos Paz, 29 y 30 de mayo de 1986

Boletim Nacional CUT

La Prensa Sindical

Documento «El recorrido de la PPT», Buenos Aires, noviembre de 1990

Recibido: 1.º/3/2019. Aceptado: 20/5/2019

Democracia en el país y en la casa. Resignificaciones de la democracia desde el feminismo de izquierda en el Uruguay de los ochenta

Ana Laura de Giorgi¹

Resumen

La emergencia del feminismo luego de la dictadura se dio en el marco de un amplio movimiento de mujeres y en el contexto de la recomposición democrática. Quienes inauguraron el feminismo en esta época lo hicieron en un clima particular en el que la centralidad de la democracia delineó límites y posibilidades para discursos y prácticas. El feminismo de izquierda, la vertiente protagónica de las iniciativas feministas de esta época, se vio interpelado por el contexto de transición política, incorporó y contribuyó al discurso concertacionista, a la vez que realizó una particular recepción de la consigna «lo personal es político». Este artículo tiene como objetivo principal analizar los modos en que la centralidad de la democracia interpeló al feminismo de izquierda y las disputas de sentido que desde el feminismo se desplegaron en torno a la noción de *democracia*. El feminismo no fue solamente un integrante

Abstract

Feminism emerged after the dictatorship within the framework of a broad movement of women and in the context of the democratic transition. The centrality of democracy and the “concertacionismo” delineated limits and possibilities for the discourses and practices. Left feminism, the mainstream of feminist initiatives of this moment, was challenged by political transition and contributed to the concertationist discourse, while at the same time made a particular reception of the slogan “the personal is political”. The main objective of this article is to make visible the feminist initiatives and analyze the centrality of democracy in the discourses and the disputes of meaning about democracy from feminism. In this article feminism is not just another actor of the opposition to the dictatorship, it is also an actor that takes into account the discourse of democracy and propose specific theoretical

¹ Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

más del bloque opositor para la recuperación de la democracia competitiva, sino un actor que, inserto en el discurso de la democracia, realizó aportes teóricos específicos que buscaron discutir y contestar los modos androcéntricos de comprender lo político.

Palabras clave: feminismo de izquierda; democracia; nueva política; años ochenta.

contributions that allow us to discuss the androcentric ways of understanding the political.

Keywords: left feminism; democracy; the eighties; new policy.

Introducción a los ochenta

La década del ochenta para el Cono Sur y específicamente para Uruguay puede incluir una diversidad de fenómenos a estudiar, como la emergencia de nuevos actores, la reconfiguración de espacios de participación, el surgimiento de nuevas prácticas politicoculturales, el despliegue de las industrias culturales, la conformación de una cultura juvenil, el surgimiento de nuevos temas de agenda, la redefinición de los espacios de socialización, entre tantos otros. Sin embargo, la década del ochenta suele ser concebida como una época bisagra entre la dictadura y la democracia, en la que adquieren especial protagonismo quienes intervinieron en el proceso específico de negociación sobre el régimen político.

Los ochenta no adquirieron así un estatus propio como *los noventa* o *los sesenta*, sino que son *la transición*. La participación de las ciencias sociales, especialmente de la ciencia política, fue medular en este proceso de designación del nuevo fenómeno a atender, *la transición política*. En un contexto de incertidumbre, elemento que todos los estudios resaltaban, la inquietud por cómo se administraba la negociación se tornó central y la idea de que una transición en la que los actores cooperaban sería más exitosa que una por «derrumbe» se instaló rápidamente en el imaginario.

La preocupación por la *governabilidad* trascendió a la ciencia política y alcanzó a aquellas miradas que incluso reconocían el rol de otros actores, como el de los movimientos sociales. Carlos Filgueira en un texto paradigmático de esta aproximación titulado «Mediación política y apertura democrática en el Uruguay y la Democracia» (1985) focalizó la preocupación en los modos de participar de otros actores para evitar la experiencia del pasado inmediato de «antagonismos irreconciliables». La democracia era concebida como el mundo plural en el que todos debían y podían participar siempre y cuando el «maximalismo ideológico» quedara en suspenso (Filgueira, 1985: 72).

La democracia se transformó en casi la única idea disponible para ordenar la discusión politicoideológica de las salidas de las dictaduras del Cono Sur y fue concebida como el único camino para marcar un cambio de época en que se dejara atrás el autoritarismo, el tiempo de la *no política* (Lesgart, 2003: 96). Álvaro Rico (2005) señala cómo se instaló la idea de la necesidad de una elite «racional» y «tolerante» que superara aquellos «extremismos del pasado», que terminó por cancelar la política y ser además invisiblemente autoritaria. La democracia quedó reducida a su carácter procedimental, la discusión, a los lugares comunes de la política neutra y la rebeldía, a los «buenos modales democráticos» (Rico, 2005: 173).

La preocupación por la recuperación de los canales de participación, la centralidad de la democracia y la lógica de la cooperación fueron un fenómeno característico de este momento, aunque no todos los actores comprendieron el concepto de *democracia* en los mismos términos, un concepto sobre el que se realizaron diversas interpretaciones en distintos momentos (Bruno, 2018), pero cuya disputa de sentido adquirió especial centralidad en los ochenta (Lesgart, 2003). Aquel momento político se entendió como un tiempo nuevo, de construir otras reglas de juego y otros sentidos de la política. Lo que Marina Franco y Valeria Manzano (2015) afirman para los ochenta argentinos puede extenderse también para Uruguay: se trata de una década que puede ser pensada como una *época* en la cual los múltiples actores que intervinieron consideraban la coyuntura como momento para plantear nuevas ideas y prácticas. Tanto para dejar atrás el pasado «sesentista» (Delacoste, 2016) como para pensar nuevos futuros, los ochenta son considerados un *tiempo nuevo* para intervenir políticamente.

De este proceso participan no solo los partidos políticos, sino una multiplicidad de actores que resurgieron o emergieron en el contexto de las movilizaciones contra la dictadura: el movimiento estudiantil, el movimiento sindical, las noveles organizaciones de derechos humanos, los

grupos barriales, las parroquias, los grupos de mujeres y los grupos feministas, en gran parte cercanos o asociados al campo de la izquierda. Sobre este último colectivo, el feminismo de izquierda, es que focaliza la atención este artículo, para analizar los límites y posibilidades que delineó el contexto de la transición en las prácticas y discursos feministas. Con el respaldo de los trabajos sobre el feminismo en la región y los estudios críticos de la transición, aquí se analiza cómo se inscribió en este período el novel feminismo de izquierda, de qué modo fue capturado por el discurso de la transición y en qué medida lo contestó. Las fuentes principales son los documentos de los grupos feministas de los partidos y los artículos de los principales emprendimientos de las organizaciones sociales feministas.

Del movimiento de mujeres al feminismo de izquierda

En las instancias de participación barrial de los primeros años de la década, las mujeres juntaban alimentos y ropa para los presos políticos, cocinaban en las ollas populares y se reunían en los hogares o en las parroquias para hacer circular información. Un utensilio característico del espacio doméstico, la cacerola, se transformó en un instrumento de protesta en el espacio público y, así, en agosto de 1983 se comenzaron a golpear las cacerolas desde los hogares contra la dictadura. Si bien su intervención en el espacio público se tradujo en actividades ancladas en los tradicionales roles de género, este tipo de participación también fue transformadora porque permitió a las mujeres percibirse como capaces de incidir en la vida cotidiana, resolviendo problemas concretos (Johnson, 2000: 76).

Junto con las amas de casa, esposas de trabajadores sindicalizados o trabajadoras de sectores populares, también conformaron estas organizaciones informales mujeres de sectores medios o profesionales que integraron grupos barriales o se juntaron con otras madres en torno a los centros educativos a los que asistían sus hijos, e inauguraron reuniones de mujeres para organizar actividades como parte del llamado *bloqueo opositor*. Al igual que en el exilio, una especie de convergencia democrática informal se fue gestando entre mujeres vinculadas o simpatizantes del Frente Amplio y el wilsonismo, y se organizaron las primeras reuniones de los grupos barriales en casas particulares.

De forma similar a los países del Cono Sur (Feliú, 2009; Pedro, 2010; Richard, 2001), en Uruguay se fue conformando un movimiento de mujeres que visibilizaba a las mujeres en su rol como opositoras y resistentes al terrorismo de Estado. Como señala Verónica Feliú (2009: 72), a diferencia de lo sucedido en Europa y Estados Unidos, en los países del Cono Sur, en el contexto de las transiciones, el término *movimiento de mujeres* fue el privilegiado para congregarse a mujeres que, de una u otra forma, entendían que ocupaban un lugar subordinado respecto a los hombres, aunque no todas se identificaran con el feminismo.

La emergencia de las organizaciones feministas se realizó en ese contexto de un amplio movimiento de mujeres que legitimaba al feminismo (Costa, 1988), le otorgaba un respaldo a la vez que establecía límites para el despliegue de ciertas ideas. En Uruguay, un país que casi no contaba con antecedentes en la etapa previa a la dictadura y en donde la Conferencia Mundial de la Mujer de 1975 no había generado incentivos para la organización en un contexto de extrema represión,² a partir de 1984 se hicieron visibles los primeros grupos y figuras feministas, y hacia 1986 se terminó de conformar el mapa del feminismo de esta década.

² La Conferencia de Naciones Unidas en 1975 fungió como un incentivo para el feminismo argentino (Giordano 2007; Grammatico, 2005, 2010); algo similar sucedió con Brasil, donde organizaciones como Brasil Mulher, Nos Mulheres, Movimento Feminino pela Anistia adquirieron legitimidad en el contexto del respaldo de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) (Andersen, 2004; Giordano, 2007).

El Grupo de Estudios de la Condición de la Mujer (Grecmu) fue un hito para el feminismo posdictadura. Aunque Grecmu nació a fines de los setenta, su rol se tornó fundamental en el contexto de la recuperación de las condiciones de participación y de los vínculos que tejía con otras organizaciones de mujeres. En 1984 editó el primer número de *La Cacerola*, la primera revista feminista que se transformó en una referencia y un espacio de encuentro. En *La Cacerola* se puso en circulación la palabra feminismo, se elaboraron y divulgaron las ideas desde las que se explicaba la subordinación de la mujer y se difundieron las actividades de las mujeres organizadas en el país y en la región sobre esta agenda. En Grecmu se produjo una diversidad de materiales y documentos, se realizaron cursos y se brindaron conferencias a cargo de especialistas extranjeras que llegaban a la organización.

La Comisión de Mujeres Uruguayas (CMU) surgió en el contexto de la movilización del Plenario Intersindical de Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores (PIT-CNT) en 1983 y estuvo integrada fundamentalmente por mujeres vinculadas al Partido Socialista de los Trabajadores (PST). La CMU desarrolló una plataforma centrada en la condición de la mujer trabajadora, con una agenda en torno a demandas tradicionales —guarderías, igualdad salarial, no discriminación laboral, lavanderías, comedores, licencia maternal— y otras temáticas como la reivindicación de la autonomía del cuerpo, la elección libre de la maternidad, la legalización del aborto, la democracia en el hogar y la colectivización de las tareas domésticas o la abolición de la imagen de la mujer como objeto sexual. Esta fue una organización pequeña, pero también de referencia, al menos simbólica, como espacio inaugural de elaboración de una agenda feminista.

Otra organización importante de aquellos primeros años fue la Asociación Uruguaya de Planificación Familiar e Investigación sobre Reproducción Humana (Aupfirh), fundada en 1965 en el contexto de la discusión del control natal, la cual difundió las investigaciones de William Master y Virginia Johnson mediante las iniciativas de Elvira Lutz y Arnaldo Gomensoro. Desde Aupfirh se desarrolló desde 1984 el Proyecto Condición de la Mujer, liderado por Elvira Lutz y, así, la organización se transformó en un espacio de discusión y formación en aquellos temas relacionados con reproducción y sexualidad. En Aupfirh se formaron aquellas feministas que luego participaron en otras organizaciones liderando talleres o espacios de discusión sobre estas nuevas temáticas.³

En abril de 1984, reunidas en casas particulares, confluyeron mujeres frenteamplistas que participaban de las organizaciones sociales feministas y mujeres de los distintos sectores de la coalición de izquierda o independientes que ya habían retornado del exilio o que habían permanecido en el insilio. Estas reuniones fueron los antecedentes de la Comisión de Mujeres del Frente Amplio (FA), cuya visibilidad quedó expresada en el encuentro realizado en el Teatro Astral de Montevideo, que congregó a setecientas delegadas, y en la primera movilización masiva de 1984, Las Mujeres Van de Frente, en la que participaron cien mil mujeres según la prensa de la época.

Durante 1985 y 1986 se terminó de completar el repertorio de organizaciones. En 1985 se fundó *Cotidiano Mujer*, que surgió como órgano de prensa feminista y se transformó en un actor fundamental de difusión de temas del feminismo local e internacional, especialmente del latinoamericano. De forma similar a *La Cacerola*, fue un espacio de encuentro y de visibilización para las mujeres organizadas. No era un grupo de estudios como Grecmu y, por tanto, no se constituyó

3 Son los casos, por ejemplo, de Estela Retamoso, vinculada al PST; de Lilián Abracinskas, quien luego participó en *Cotidiano Mujer*, y de Cristina Grela, quien lideró estos talleres en el Plenario de Mujeres del Uruguay (Plemuu) y fue la referente de Católicas por el Derecho a Decidir.

en un lugar donde se realizaran talleres, cursos, seminarios y exposiciones de especialistas, pero sí nucleó a una serie de feministas y se transformó en un centro de reunión hacia fines de 1987.

En 1986 un grupo de mujeres comunistas que ya habían participado de otros espacios políticos en torno a la cuestión de la mujer conformaron una comisión de mujeres dentro del Partido Comunista de Uruguay (PCU). Esta tomó distancia respecto a la línea tradicional del partido en torno a la mujer y de un organismo específico que la continuaba reproduciendo, como era la Unión de Mujeres Uruguayas por el Pan, la Democracia y la Paz (UMU), que tenía sus antecedentes en el ayudismo y la lucha contra la carestía.⁴ Quienes integraban la Comisión de Mujeres sí se autodenominaron «feministas» y desplegaron una práctica política que, aun reproduciendo muchas pautas de la política tradicional, interpeló a la organización partidaria y fue central en la discusión de la renovación.

Aunque la Comisión de Mujeres del PCU sea la más visible, sobre todo por las actividades realizadas, también es imprescindible señalar a grupos y figuras de otros sectores partidarios: el grupo de mujeres del Partido Socialista (PS), el del Partido por la Victoria del Pueblo (PVP) y el del PST, junto con figuras importantes como la de Fany Puyesky, del Partido por el Gobierno del Pueblo (PGP), y Margarita Percovich, de la Izquierda Democrática Independiente (IDI) y luego Vertiente Artiguista (VA). Todos estos grupos de las izquierdas conformaron la Comisión de Mujeres del FA, integrada además por mujeres frenteamplistas no sectorizadas.

En 1986 se conformó la Comisión de Mujeres del PIT-CNT luego de un proceso en el que de forma continua había aumentado la preocupación por la condición de la mujer y de las trabajadoras específicamente. Este espacio realizó un esfuerzo en la formación sobre la cuestión de la mujer, al organizar talleres, hacer circular materiales, fundar una biblioteca y elaborar documentos para poder argumentar autorizadamente sobre la discriminación de la mujer y, en particular, la de la mujer trabajadora. Esta comisión se transformó en un espacio de encuentro entre mujeres feministas de distintos sectores políticos de la izquierda⁵ y, aun con las limitantes del espacio conservador en el que actuaron, lograron procesar discusiones y politizar nuevos asuntos como la violencia, el aborto y el trabajo sexual.

Este repertorio de organizaciones sociales y partidarias, o de figuras que transitaban entre uno y otro espacio, conformaron el feminismo de izquierda, una denominación que no solo incluye a los grupos dentro de los partidos. El feminismo de izquierda incluyó a mujeres que así se autodenominaron y corresponde a quienes tenían pertenencia orgánica a estructuras partidarias o a organizaciones sociales feministas. Fue desplegado por algunas que militaban en los partidos, otras que lo hacían en las organizaciones sociales y otras que participaban en ambos espacios, lo que en la época se denominaba *doble militancia*.⁶

Los grupos organizados dentro de la izquierda partidaria, aunque no utilizaron el término *feminista* sino el de *comisión de mujeres*, estuvieron liderados por feministas vinculadas a las organizaciones sociales. Aquellos más consolidados o de mayor visibilidad fueron impulsados prácticamente por las mismas militantes que circulaban por las organizaciones sociales. En la Comisión de Mujeres del PCU fueron centrales aquellas dobles militantes como Alma Espino,

4 Al respecto, véanse De Giorgi (2016) y Leibner (2004).

5 Especialmente del PVP, PS, PCU y PST.

6 No integran el feminismo de izquierda aquellas que eran de organizaciones que trabajaban por la *cuestión de la mujer*, pero que rechazaban la denominación de *feministas*, ni aquellas organizaciones que sí lo hacían, pero no adscribían a cierta interpretación marxista del lugar subordinado de la mujer. La única organización social feminista no vinculada al campo de la izquierda fue el Consejo Nacional de la Mujer (Conamu). Ninguna de sus integrantes pertenecía a la izquierda ni eran votantes, y su estrategia de intervención no se articulaba con ninguno de los grupos de mujeres en el territorio que de una u otra forma tenían vínculo con la izquierda.

Lucy Garrido y Silvia Rodríguez Villamil; en la comisión del PVP también cumplieron un rol central Lilián Celiberti, Brenda Bogliaccini, Graciela Costa y Elsa Duhagón. La Comisión de Mujeres del FA estaba liderada en gran parte por dobles militantes o mujeres muy cercanas a las organizaciones sociales.

Las principales referentes de las dos organizaciones sociales feministas más importantes, Greclu y Cotidiano Mujer, tenían esta doble laltad. Greclu contaba con Silvia Rodríguez Villamil (PCU) y con Graciela Sapriza, integrante de la Comisión de Mujeres del FA. Suzana Prates y Nea Filgueira no eran dobles militantes, pero mantenían estrecho vínculo con el FA y el PIT-CNT, brindando charlas y organizando talleres para las mujeres de la central sindical y las mujeres de base del FA. Cotidiano contaba con Lucy Garrido (PCU); con Ivonne Trías, proveniente de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU), y con Lilián Celiberti, del PVP, así como con otras compañeras de esta organización. La CMU estaba integrada en su mayoría por militantes del PST, como Vanina Franzoni, Liliana Caviglia, Estela y Graciela Retamoso, y Cecilia y Bibiana Duffau. En menor medida, también había dobles militantes provenientes de la izquierda en otras organizaciones como en Aupfirh y Plemuu.⁷

En las organizaciones sociales feministas no se desplegó una prédica en oposición a los partidos o a la izquierda. Las organizaciones sociales elaboraron un discurso feminista dentro del campo de las ideas de la izquierda y su praxis no contestó de forma radical las prácticas políticas tradicionales. Las distintas actividades dentro de los espacios partidarios —encuentros, talleres, charlas— contaron de forma recurrente con feministas de las organizaciones sociales. Desde los espacios partidarios tampoco se concibió a las organizaciones sociales feministas o a quienes allí participaban como alejadas de la preocupación por transformaciones estructurales, como espacios despolitizados, que ubicaban la denuncia de la opresión patriarcal por encima de la de clase, ni nominaron a las integrantes de las organizaciones sociales como parte de una elite feminista alejada de la realidad de la mayoría de las mujeres del país.

Organizaciones y mujeres que circulaban entre lo social y lo partidario conformaron este feminismo de izquierda cuya definición no solo depende de sus adscripciones, sino de un corpus de ideas y de prácticas. En este sentido, se elaboró y divulgó a través de las revistas y los talleres una interpretación de la opresión de la mujer que en términos generales podría definirse como marxista, que comprendía la divisoria público-privado en términos de división sexual del trabajo y en su funcionalidad para el sistema capitalista. El feminismo consideró los espacios partidarios como ámbitos legítimos para la alteración del orden y apostó a una estrategia de convocatoria amplia con la que las destinatarias a emancipar fueran principalmente las mujeres de los sectores populares, en su condición de doble explotación.

Nuevo Uruguay, nueva democracia y nueva política

El feminismo de izquierda emergió en el contexto del bloque opositor y la redemocratización, integró los espacios de concertación democrática y además en sus primeros pasos argumentó y defendió al feminismo en articulación con el discurso democrático de la época, que resignificó la democracia como régimen ideal para una política de construcción colectiva y cooperación. Una política entendida como la administración de las diferencias, como construcción de consenso que dejaba atrás una política asimilada a la lógica de la guerra y las dinámicas amigo/enemigo. La «nueva ideología democrática» (Lesgart, 2003: 96) impuso un fuerte mandato cooperativo y los

7 En este último caso, Margarita Percovich, Cristina Grella y Nita Samuniski se alejaron tempranamente de Plemuu cuando su condición de frenteamplistas comenzó a generar problemas en una organización que no realizaba pronunciamientos en términos politicoideológicos.

primeros años del movimiento de mujeres y del feminismo parecen haberse adaptado y nutrido a la vez este discurso en un contexto de amplias expectativas y en un clima de optimismo cuyo límite puede ubicarse en 1989.

El discurso hegemónico de la época, que hizo hincapié en la tradición democrática, en un mítico pasado participativo y en una cultura política democrática, también interpeló al discurso feminista. Las mujeres buscaron hacerse lugar en un espacio público restringido que las invisibilizaba. Para ello, uno de los argumentos fue el de reivindicar el lugar que las mujeres habían cumplido como resistentes a la dictadura desde la clandestinidad de los hogares y defensoras de los valores democráticos. El primer número de *La Cacerola* señaló esta trayectoria democrática: «La mujer uruguaya [había ofrecido] resistencia pasiva y elástica frente a la penetración en su hogar de ideologías ajenas, durante la dictadura» porque «nunca estuvo ajena a la tradición civilista y democrática del país».⁸

En otro artículo, también publicado en *La Cacerola*, en el contexto de las elecciones de 1984, se reiteró esta idea:

El hogar permitió hacer durante la dictadura política, y de la buena, a partir del ámbito doméstico, contrarrestando la deformación que se pretendió implantar a través de los planes escolares y liceales, transmitiendo a nuestros hijos la memoria y los valores de un pasado democrático...⁹

En varias publicaciones de la época, en los folletos del Frente Amplio o de sectores partidarios, especialmente del Partido Comunista, y en las charlas que comenzaron a realizarse sobre la cuestión de la mujer, se hizo hincapié en este rol de las mujeres como guardianas de la democracia desde los hogares. Este argumento contribuía a la idea del esencialismo democrático uruguayo (De Giorgi, 2014),¹⁰ pero también incorporaba una novedad, como era la intervención política desde el hogar. Aquel espacio dejaba de ser un lugar neutro, vacío de política, para ser incorporado al espectro de lo público. Allí las mujeres habían elaborado otra política, que debía reconocerse «buena» y legítima.

La constatación de este rol político cumplido por las mujeres en los hogares las visibilizaba como parte de la resistencia, y se transformaba en un modo de justificar aquellas medidas que permitieran aumentar la participación formal de las mujeres en los distintos ámbitos. En una columna titulada justamente «Lo personal es político», publicada en un número de *La Cacerola* dedicado a las elecciones generales de 1984, Nea Filgueira explica que las actividades que cotidianamente realizaban las mujeres tenían un carácter político, que la política no era solo «exponer ideas, saber hacer discursos, saber redactar programas y leyes»; era también todo lo otro, «esa actividad diaria menos visible». Según Nea Filgueira, las mujeres sí sabían de política, aunque no contaran con el entrenamiento y las categorías abstractas utilizadas por los hombres. Por tales razones argumentaba que las mujeres debían reclamar su lugar al momento de hacer las listas e integrar las comisiones de programa.¹¹

La transición fue concebida como una oportunidad única para superar el rezago en la participación política de las mujeres y para profundizar la democracia; una vía fundamental para ello

8 *La Cacerola*, año 1, n.º 1, abril de 1984, portada.

9 Rodríguez Villamil, S. y Sapriza, G. (1984). «Con el voto no alcanza», *La Cacerola*, año 1, n.º 3, noviembre de 1984, p. 4.

10 Álvaro de Giorgi analiza detenidamente el discurso de Julio María Sanguinetti que buscó inscribir al país en una larga trayectoria democrática, atemporal más precisamente, en el que el carácter democrático fue referenciado como una cualidad esencial, no adquirida ni construida, solo interrumpido de manera «excepcional».

11 *La Cacerola*, año 1, n.º 3, noviembre de 1984, p. 12.

era la inclusión efectiva de las mujeres en política. De forma recurrente aparecían las referencias a un «nuevo país», un «nuevo Uruguay» y una «nueva política» que no sería posible «sin la participación de la mujer».¹²

Aunque la centralidad de la democracia como procedimiento y la preocupación por la participación formal de las mujeres fue una preocupación compartida, la demanda de participación de las mujeres apuntaba no solo a mejorar la representación formal, sino a procesar un cambio sustantivo en el que se inaugurara una nueva política. También en coincidencia con el relato hegemónico, la cooperación, el encuentro y el acuerdo eran virtudes que debían cultivarse y respecto a las cuales las mujeres podían realizar un aporte sustantivo desde una política más participativa y plural, menos jerárquica y dogmática.

Una política con mujeres permitiría llegar a más mujeres; eran ellas mismas las que podían, mejor que nadie, llegar a los hogares, a la casa de cada una y ampliar la base.¹³ Una democracia con más mujeres implicaba una política más flexible y este no era un dato menor en un contexto de discusión interna de las prácticas políticas, especialmente en el campo de la izquierda. Un clima de revisión de las exigencias y el espíritu de sacrificio, junto con una demanda de mayor apertura, permeaban las discusiones de distintos espacios que comenzaban a ser señalados como rígidos y sofocantes. Entre los diversos ámbitos en que se procesaron estas discusiones, el más claro fue el PCU, donde surgió una nueva consigna: la del «partido habitable»,¹⁴ que dio cuenta explícitamente de la necesidad de revisar algunos mandatos militantes. La idea de que la izquierda debía ser habitable se hizo extensiva a otros espacios y la nueva política del feminismo era una clara respuesta a esa necesidad. Silvia Rodríguez Villamil, en su columna de *La Hora*, señaló que era necesaria otra política, anclada en prácticas «menos masculinas y más humanas», menos jerárquica y formalista, «más práctica, con mayor aporte de lo personal y lo afectivo, de lo cotidiano».¹⁵

Además de impugnar las características más patriarcales de la política tradicional, el feminismo apostó a ampliar las nociones de política y a reconocer otras formas de hacer política. No se trataba solo de contar con más mujeres en la política formal, sino de discutir las nociones de política. Julieta Kirkwood, chilena y de las principales referencias para las feministas de izquierda en Uruguay, quien había elaborado una reflexión teórica en este sentido, señaló, en «El feminismo como negación del autoritarismo», la necesidad de construir nuevos conceptos —como el de *quehacer político*— que trascendieran la concepción de lo público y lo privado como esferas separadas, para dar cuenta del mundo experiencial privado y cotidiano con el mismo estatus que el de la política formal. La apuesta del feminismo debía negar los propios mecanismos de alienación de las mujeres, y por tanto no se trataba de «completar» la arena política con más mujeres:

Desde el análisis feminista, creemos que lo fundamental no es consignar qué o cuánto les falta a las mujeres para incorporarse, en la forma y en el fondo, a una política que ya «está en marcha», y de alguna manera predeterminada, a la que simplemente habríamos de sumarnos las mujeres —aun con el discurso de la «especificidad»— y apoyarla, también con conductas predefinidas (Kirkwood, 1983: 12).

Un concepto de *democracia sustantiva* disputaba la noción de *democracia* como procedimiento, definida por los espacios partidarios y la competencia electoral. Esa democracia sustantiva dependía de otra política, que trascendiera los espacios partidarios, en los que se desarrollaba

12 «No habrá un nuevo Uruguay sin la plena participación de la mujer», *Cotidiano*, abril de 1986, año 1, n.º 5, portada.

13 *Nosotras*, año 1, n.º 1, 1987.

14 El «partido habitable» refería a la necesidad de conciliar la militancia política con la vida cotidiana y personal, con rediscutir las prácticas políticas y las exigencias militantes (De Giorgi, 2012).

15 *La Hora*, 6 de setiembre de 1987, p. 17.

una política de y para hombres que parecía ser objetiva y racional, pero que no lo era; las mujeres podían construir esa otra política más humana, como proponían desde *La Cacerola*:

Juntas nos dimos cuenta de que hacer política no es solo hacer política partidaria. Estos movimientos [los de mujeres] que no excluyen la militancia política y la sindical son otras formas de hacer política. Nos permiten expresar y afirmar nuestras propias propuestas como mujeres y crean una base real frente a la que los partidos políticos podrían comprometerse. [...] Nuestras propuestas incluyen valores realmente humanos en los que la calidad de vida y la igualdad en las relaciones predominen sobre la competencia despiadada, el autoritarismo y la destrucción en la que aparecen empeñados los racionales hombres que manejan y manejan la política. Por ello el espacio que hemos ganado las mujeres debe ser mantenido y fortalecido cuando conquistamos la democracia, para que esta no sea solo formal sino real.¹⁶

Democracia en el hogar

El feminismo no solo buscó fortalecer la participación política de las mujeres, desplegar otras formas de hacer política, sino politizar otros espacios que tradicionalmente habían quedado excluidos del ámbito político. El feminismo de los ochenta en Uruguay incorporó la consigna nacida en los setenta en Estados Unidos de «lo personal es político» para abordar fenómenos antes considerados del orden «individual», «privado» o «íntimo».¹⁷ Esta politización se realizó en una clave discursiva de democracia versus autoritarismo, y el feminismo de izquierda buscó ampliar la noción de *democracia* hacia otros terrenos.

En la incorporación de esta idea, claramente la experiencia anterior inmediata durante el terrorismo de Estado había dejado una huella en aquellas que habían transitado el exilio, el insilio o la cárcel. En cada una de estas experiencias se había producido un trastocamiento y el espacio doméstico o el mundo de lo privado había sido tanto un espacio invadido o intervenido como un espacio de refugio político. En el exilio, aquellas jóvenes militantes de la etapa predictadura desarrollaron una vida cotidiana que las enfrentó directamente con los mandatos de género y con la desigual división del trabajo reproductivo. Quienes permanecieron en el insilio debieron enfrentar la censura e imposibilidad de participación política, a la vez que concibieron los hogares como espacios de resistencia. Aquellas que transitaron por la cárcel recibieron de forma cotidiana los castigos por su desobediencia al orden de género y se refugiaron políticamente a su vez en las prácticas de la vida cotidiana femenina en los estrechos límites de la cárcel. De uno u otro modo, la experiencia del terrorismo de Estado generó importantes antecedentes para reconocer el estatus político de lo personal.

Así comenzó a elaborarse todo un repertorio de debate y reflexión feminista sobre las relaciones interpersonales —entre padres, madres, hijos, jefes, parejas, amigas—, las prácticas sexuales y la administración del deseo, las prácticas reproductivas, la crianza, las capacidades diferenciales para ciertas tareas, los imaginarios y expectativas que orientan destinos profesionales y personales, las aptitudes emocionales, entre tantas otras. Estas comenzaron a ser consideradas no como producto de decisiones o desempeños individuales y naturales, sino adquiridas y, por tanto, sujetas

16 *La Cacerola*, año 1, n.º 3, noviembre de 1984, portada.

17 «Lo personal es político» surgió en el marco de los grupos de autoconciencia y de la discusión respecto a su funcionalidad política. Carol Hanisch, militante del feminismo radical, escribió en 1969, en Nueva York, un ensayo defendiendo los grupos de autoconciencia como espacios legítimos de discusión ante la crítica que circulaba sobre ellos como espacios vacíos de política que solo fungían como oportunidades catárticas. Cuando se publicó su ensayo en 1970, las editoras, Shulamith Firestone y Anne Koedt, sugirieron el título de *Lo personal es político*, según relata la propia Hanisch (2016).

a revisión y contestación. La propia consideración de una escisión natural entre lo público y lo privado era una construcción que desestimulaba discutir un gran repertorio de temas y, por ende, habilitaba su reproducción «natural».

Desde la teoría y los estudios feministas, aparecieron aportes orientados a comprender los mecanismos por los cuales se habían construido esferas tan diferenciadas y cómo la mujer y todo el orden de lo femenino habían quedado inscriptos en el mundo privado. El espacio doméstico se transformó en objeto de atención, aunque otorgarle un estatus político y considerarlo objeto de estudio no fue una tarea sencilla, no solo porque implicaba desarmar un esquema de concepción instalado, sino porque esta agenda llegaba justamente en un momento en el que la política en mayúscula recuperaba su protagonismo. Se requería de confianza, seguridad y de un espíritu reflexivo abierto:

Aunque parezca mentira todo esto [la discusión sobre lo personal], tiene que ver con nosotras y probablemente mañana algo vamos a tener para decir; con humor, con audacia, con sencillez, con miedos y también con desparpajos; de a poquito aunque con urgencias y sobre todo con confianza, con muchísima confianza, así como somos nosotras, para que podamos decir «así somos y así queremos ser».¹⁸

Los nombres de las principales publicaciones feministas, *La Cacerola* y *Cotidiano*, referían a ese mundo que se pretendía atender y politizar como antes no había sucedido. En su apertura, las responsables de *Cotidiano* señalaron su interés específico en «hablar de nuestra vida cotidiana, de la historia pocas veces escrita por la mujer protagonista, de nuestros problemas».¹⁹ *La Cacerola* explicó el ejercicio de reapropiación que realizaban al utilizar un nombre que hacía referencia a los quehaceres de la casa. La cacerola era un «símbolo del aprendizaje al que somos sometidas las mujeres»; casi parafraseando a Beauvoir, «se aprende a ser mujer como se aprende a vivir». Aunque era un símbolo del espacio doméstico al que las mujeres fueron sometidas, no reivindicaban esta subordinación, sino que apostaban a dotarla de nuevos significados. Así señalaban cómo la cacerola en los años de dictadura se había transformado en un dispositivo de protesta que, sin las manos de las mujeres, no hubiera tenido el mismo efecto porque se habría escuchado «la mitad del bochinche».²⁰

El primer número de *La Cacerola* estuvo dedicado al trabajo doméstico: no al servicio doméstico, sino al trabajo invisible y no pago que todas las mujeres realizan en la casa. En este número se explicaba cómo se aprende a ser mujer y cómo ser mujer implica una preparación específica para lo doméstico. Inspirado en los aportes de Betty Friedan (1963), el número explicaba el proceso de construcción de la femineidad y el ideal de domesticidad que regía para la construcción de la identidad femenina. Las mujeres, desde pequeñas, eran educadas para incorporar ciertas aptitudes que las harían las mejores en la vida doméstica y para naturalizar estos roles. Así, los aprendizajes relacionados con las tareas reproductivas se tornaban invisibles y esta ideología justificaba la distribución sexual del trabajo que, aunque injusta, no era concebida como tal.

En la comprensión y en la denuncia de este proceso de construcción identitaria, las feministas destacaron no solo los aprendizajes desde pequeñas de ciertas tareas concretas asociadas a la limpieza y la cocina, sino el aprendizaje emocional en tanto mujer, adquirir las capacidades de llorar, asustarse y sonrojarse, así como, fundamentalmente, desarrollar las habilidades para cuidar al otro, para, con mucho amor, realizar un sinfín de tareas no remuneradas y ser el «sostén

18 Taller realizado con mujeres comunistas, archivo Lila Dubinsky, s/f (circa 1986).

19 *Cotidiano*, año 1, n.º 1, setiembre de 1985, editorial.

20 *La Cacerola*, año 1, n.º 1, abril de 1984, portada.

emocional» del hogar.²¹ En este sentido, la construcción de la identidad femenina implicaba una educación en el registro del sentir que preparaba a las mujeres para realizar un específico trabajo emocional. Las emociones, en este caso, no eran atributos psicobiológicos, sino que eran movilizadas especialmente para cumplir ciertas funciones, como ha analizado Arlie Hochschild (1983) para la inserción laboral de las mujeres en trabajos como los de secretaria o azafata, en los que se requieren específicas aptitudes emocionales.

Sara Ahmed, en *The Promise of Happiness* (2010), analiza cómo la felicidad fue utilizada como argumento para sostener la división sexual del trabajo y cómo las mujeres fueron las elegidas para proveer esa felicidad en el espacio doméstico. Este sería el objeto principal de denuncia del feminismo: la esposa feliz no era auténticamente feliz porque, en aras de alcanzar el objeto de la felicidad, en el camino había renunciado a muchas cosas, especialmente a su ser. La idea del vacío, de haberse perdido, de encontrarse alienada en una vida sin sentido, son imágenes claras de esta lectura que *La Cacerola* ilustra con un poema de Amanda Berenguer:

Sacudo las telarañas del cielo, / desmantelado, / con el mismo utensilio de todos los días, / sacudo el polvo obsecuente, / de los objetos regulares, sacudo el polvo, sacudo el polvo, / de astros, cósmico abatimiento, / de siempre, siempremuerta caricia, / cubriendo el mobiliario terrestre, / sacudo puertas y ventanas, limpio, / sus vidrios para ver más claro, / barro el piso tapado de deshechos, / de hojas arrugadas, de cenizas, / de migas, de pisadas, / de huesos relucientes, / barro la tierra, más abajo, la tierra, / y voy haciendo un pozo, / a la medida de las circunstancias.²²

En *Cotidiano*, acompañaban un artículo sobre esta temática unos versos sin autoría que expresaban una idea similar: «Tendida la ropa, tendida la mesa, tendida la cama, tendida la trampa de convivir con la nada o el sueño».²³ Aquella imagen de la mujer esclava del hogar —la madre de Mafalda, otra vez— cobraba plena vigencia. Varios números de la publicación *Ser Mujer* (boletín de Aupfirh) fueron ilustrados con tiras de Mafalda donde la protagonista se preocupaba por el riesgo que podía implicar «heredar la capacidad de fracasar» de la madre, o soñaba que su mamá «dejaba de ser una mediocre y estudiaba una carrera».

La politización de lo personal focalizó la atención fundamentalmente en la domesticidad y no tanto en otros terrenos como el de la sexualidad. Este abordaje, aun cuando en términos generales se nutrió de las lecturas del feminismo del norte occidental, se realizó desde experiencias pasadas inmediatas —militancias políticas, terrorismo de Estado y transición— y desde un repertorio discursivo en el que el término *democracia* se había transformado en hegemónico. Como señala Lesgart (2003: 98), la democracia, más que una categoría analíticamente rigurosa, fue una idea y un concepto que se transformó en una herramienta de combate, algo que tenían claro las feministas cuando comenzaron a politizar el espacio doméstico desde las categorías *democracia* y *autoritarismo*.

Las feministas uruguayas replicaron la consigna que las chilenas idearon luego del Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en 1981, en Bogotá, «democracia en la casa» (Pieper, 2010: 219), y lo hicieron no solo en las manifestaciones públicas, sino que buscaron incorporar esta demanda a la plataforma programática del Frente Amplio en las elecciones de 1984. Integrando un conjunto de 18 medidas, se demandó por «democracia en el hogar». Específicamente se consignaba: «Lucha contra el autoritarismo en todos los frentes: democracia

21 Véase la nota de este primer número de *La Cacerola* «Estoy cansada, m'hija», año 1, n.º 1, abril de 1984, p. 3.

22 *La Cacerola*, año 2, n.º 4, mayo de 1985, p. 11.

23 *Cotidiano*, año 1, n.º 7, mayo de 1986, p. 3.

en el hogar. Tareas domésticas compartidas entre TODOS los miembros de la familia que estén en condiciones de realizarlas, independientemente de su sexo».²⁴

Esta medida fue rechazada por el Comando Electoral del FA, alegando que podría considerarse una invasión de la privacidad de los hogares. Las feministas que participaban en el Frente Amplio se enfrentaron así a la primera reacción de sus compañeros y señalaron la oportunidad que había dejado pasar el partido al rechazarla: «Esto [democracia en el hogar] solo el FA podía levantarlo, y no debió dejarlo perder, en un momento en que la palabra *democracia* tenía una connotación muy especial para las mujeres y los hombres uruguayos».²⁵

El espacio doméstico fue entonces señalado como un espacio autoritario que debía ser democratizado, para lo cual se requería del apoyo de los compañeros. La socialización de las tareas reproductivas era imprescindible para terminar con las jerarquías y despotismos en el mundo doméstico. En las revistas feministas, la representación de ese mundo fue recurrentemente desde una imagen de familia heterosexual, blanca, de clase media urbana en la que el marido usaba traje y siempre aparecía sentado cómodamente en un sillón, y la mujer, un atuendo específico del espacio doméstico, como un pañuelo en la cabeza, un delantal o una bata. En algunos casos, las mujeres amas de casa no se ajustaban a la imagen prototípica de la mujer de clase media —delgada y arreglada— y aparecían algunas figuras que podían representar a las mujeres de los sectores populares, pero siempre compartían el agobio por las tareas domésticas. El espacio doméstico no solo fue representado como alienante y una trampa para la verdadera felicidad de las mujeres, sino un espacio autoritario.



Fuente: *Asamblea*, 2 de agosto de 1984, p. 16.

La caricatura anterior presenta a un hombre en un sillón y a una mujer vestida de ama de casa, pero esta vez el personaje masculino recién llegado de una manifestación pública despliega todo su autoritarismo en el espacio doméstico, exigiéndole a su esposa un repertorio de atenciones. Ella, blandiendo la escoba tal cual un cartel de protesta, canta en silencio la consigna de la transición democrática sin llegar a terminarla, porque casi cualquiera en la época podía adivinarla: «se va a acabar, se va a acabar [la dictadura militar]». La denuncia del espacio doméstico focalizaba su atención en los hombres, aquellos que imponían su autoridad y tallaban día a día

24 Informe sobre la condición de la mujer de la Subcomisión de Programa del FA, 1985.

25 Informe de la Subcomisión de Programa del FA, 1985.

la dictadura patriarcal. Julieta Kirkwood lo expuso en su texto *Feministas y políticas*, publicado en 1984 y presentado en un seminario organizado por Greclu en el mismo año:

... la experiencia cotidiana concreta de las mujeres es el autoritarismo. Que las mujeres viven —han vivido siempre— de cara al autoritarismo en el interior de la familia, su ámbito reconocido de trabajo y experiencia. Que lo que allí se estructura e institucionaliza es precisamente la autoridad indiscutida del «jefe de familia» —el padre—, la discriminación y subordinación de género; la jerarquía y el disciplinamiento de este orden denominado «natural»... (Kirkwood, 1984: 7).

Una comunicación de la Coordinación de Mujeres señaló que tanto las lecturas como la experiencia concreta de las mujeres habían sido recursos fundamentales para comprender las múltiples formas del autoritarismo:

Entendemos a través de la lectura de estudios recientes —pero también a través de nuestra amarga experiencia cotidiana— que el autoritarismo político que hemos padecido en estos últimos años es un fenómeno complejo que reconoce diversos orígenes —entre ellos la explotación de clase, pero también la discriminación de género (sexo)— y que no se erradica simplemente con la restauración de la democracia formal. [...] El mundo «de lo privado» también es político, y la familia como primer ámbito de socialización debe ser necesariamente democrática y antiautoritaria.²⁶

Esta forma de denunciar las prácticas y los imaginarios patriarcales fue especialmente provocadora para quienes habían sufrido el terrorismo de Estado y hecho de la democracia un término central. En el contexto de la época no tenía la misma densidad el adjetivo *machista* o *patriarcal* que el de *autoritario*. Esta fuerte crítica era un llamado específico a los hombres, especialmente a los compañeros —políticos y afectivos—, aquellos que tomaban las decisiones por las mujeres, los que habían decidido «sacar a las mujeres de la cocina para hacer la revolución y luego las habían devuelto de la revolución a la cocina», como citó Mercedes Sayagués, editora de *La Cacerola*, en un artículo publicado en *Aquí* de 1984.²⁷

Las feministas tuvieron por delante varios desafíos, entre ellos volver a salir de la cocina y lograr al menos que los compañeros lavaran los platos,²⁸ tareas que irían hacia una democratización del hogar y a la revisión de la división sexual del trabajo. Silvia Rodríguez Villamil, en una de sus columnas en las que abordaba la politización de la vida cotidiana, apeló a integrar al proyecto político global un cambio que hiciera posible «la mujer nueva, el hombre nuevo y la familia democrática».²⁹ La familia democrática requería de la mujer nueva —emancipada—, algo que ellas ya concretaban o sabían cómo concretar, y del «nuevo hombre nuevo», al que ahora convocaban especialmente. Este nuevo hombre nuevo debía ser más moderno, dejar sus ideas «obsoletas» o «arcaicas» y su «cabeza de hombre viejo».³⁰

En términos generales, no se realizó un llamado a abandonar el hogar, a constituir comunidades de mujeres, a vivir en otros arreglos sexoafectivos más allá de la familia nuclear y la pareja heterosexual, a renunciar a la maternidad o a renunciar a los hombres. La denuncia del espacio doméstico y de la pareja autoritaria se realizó desde la expectativa de construir una familia o pareja con un reparto igualitario de tareas y que, por tanto, no recluyera a las mujeres en los hogares. Como señala Elizabeth Jelin (2014: 26), la subordinación de la mujer quedó anclada en la divisoria de lo público y lo privado, y el espacio doméstico fue identificado como el lugar del que las mujeres debían salir para partir al mundo público, hasta entonces el mundo masculino. Así, de alguna

26 Folleto Coordinación de Mujeres, s/f.

27 *Aquí*, 7 de marzo de 1984, p. 14.

28 La centralidad que ocupa esta tarea en las múltiples referencias de la época es muy significativa.

29 *La Hora*, 1.º de noviembre de 1987, p. 27.

30 *Cotidiano*, 2.ª época, n.º 1, noviembre de 1990, p. 26.

manera la divisoria fue denunciada como arbitraria y negadora del mundo de las mujeres, pero al mismo tiempo las expectativas sobre el mundo público reificaron su importancia, y esto sucedió justamente en un contexto de amplias expectativas respecto al espacio público.

Las altas expectativas en la democracia y en el hacer político condujeron a un feminismo que, en términos generales, pretendió ser «bien comportado»³¹ al no rechazar la política tradicional, como sucedió a principios de siglo con el anarquismo (Cuadro, 2018: 64). Por parte de las feministas de izquierda no había una desconfianza en el Estado, como argumenta Niki Johnson (2000: 98), sino en la elite que lo conducía.³² La centralidad del debate de la democracia por su parte abrió un campo de posibilidades para definir nuevos sentidos, que luego comenzó a mostrar sus límites al no poder traducirse en nuevas prácticas cotidianas y políticas.

Apuntes finales

La emergencia del feminismo en el contexto del fin de la dictadura delimitó los modos de intervención e incidió en cierta configuración inicial. El feminismo no surgió del hartazgo de la política, sino, por el contrario, como parte de las expectativas por recuperarla y profundizarla luego de la experiencia del terrorismo de Estado. Las intervenciones feministas desde el bloque opositor a la dictadura apostaron a construir un clima de cooperación y consenso en aras de la recuperación de los canales de participación, y entonces el feminismo en ciernes no quedó al margen del espíritu concertacionista de la época.

Especialmente novedosa fue la idea del feminismo como negación del autoritarismo, que desarrolló la chilena Julieta Kirkwood y que circuló entre las feministas de izquierda uruguayas para ubicarlo como la superación de las prácticas autoritarias tanto del espacio público como del privado. *Autoritarias* se denominaron aquellas prácticas que reproducían la subordinación de las mujeres, mientras que las nuevas prácticas democráticas se enunciaron como los proyectos superadores. La democracia, y ya no tanto la revolución, se planteó como la nueva subversión de un orden denominado mucho más como *autoritario* que como *patriarcal*.

La idea de construir una nueva política y una cultura democrática que apostara al diálogo integró su repertorio de preocupaciones. El feminismo se presentó así como una corriente que podía aportar a una cultura de diálogo desde otros modos de hacer política, menos jerárquica, menos formal, más horizontal y llana. Su contribución también sería importante para la izquierda en un contexto en el que se debían dar señales de buenos modales y administrar las dinámicas adversativas. En este sentido, las feministas de izquierda incorporaban tanto el mandato general de los buenos modales democráticos de la época como el de apostar a construir una nueva izquierda, unida, democrática y amigable.

Aunque el feminismo surgió como lo más novedoso y fue resistido de forma constante, el clima de época no instó a la irreverencia política total sino a ser parte, como tantos otros actores, del nuevo pacto democrático. La mirada histórica ayuda a pensar que, en aquel momento, no se planteaba que los ámbitos institucionales o el diálogo con sectores políticos pudieran obturar

31 La idea de un «feminismo bien comportado» es utilizada por Costa (1988) para referirse a un feminismo comprometido políticamente con los problemas sociales y no liberal. En este trabajo se utiliza para hacer referencia a los estilos de comportamiento y las estrategias desplegadas reivindicadas de forma recurrente como «no radicales» y señaladas como modelo del «feminismo no antihombre» de Simone de Beauvoir.

32 La desaprobación constante se realizó respecto a las políticas del gobierno del Partido Colorado, como sucedió con la Comisaría de la Mujer, pero no con relación a la posibilidad de transformación a través de las políticas públicas. Todos los esfuerzos en materia de proyectos de ley que se realizaron *a posteriori* también dan cuenta de ello.

el desarrollo feminista. Se confió en el espacio público como lugar de intervención del espacio doméstico y de alteración de las jerarquías. La actitud dialógica y didáctica se desplegó entonces no solo para mostrar cuánto el feminismo podía contribuir a la política de la posdictadura y a la cultura democrática de la izquierda, sino también con el objetivo de construir un feminismo que pudiera contar con los compañeros de lucha como aliados.

A pesar de este feminismo bien comportado, la reacción fue inmediata y la consigna «democracia en el hogar», desoída y silenciada. Aun desde el tono cooperador, la apuesta feminista fue disruptiva porque buscaba politizar asuntos que anteriormente habían quedado fuera de las posibilidades de discusión e intervención política. Las feministas de izquierda realizaron aportes específicos para revisar el carácter autoritario de las prácticas políticas (también las democráticas) y para proponer una democracia sustantiva aunque la izquierda tuviera poca tolerancia a la democracia en el hogar. Desplegaron un feminismo cooperador mientras se depositaron expectativas en la democracia, en la política y en la izquierda como espacios amigables al feminismo. Una vez que se contó con un repertorio de expectativas frustradas hacia fines de la década, la democracia se transformó no en una oportunidad para la emancipación, sino para cancelar la rebeldía.

Bibliografía y fuentes

Referencias bibliográficas

- AHMED, S. (2010). *The Promise of Happiness*. Durham-Londres: Duke University Press.
- ANDERSEN, S. (2004). «O feminismo brasileiro desde os anos 1970: revisitando uma trajetória». *Revista Estudos Feministas*, vol. 12, n.º 2, pp. 35-50. doi: 10.1590/S0104-026X2004000200003.
- BRUNO, M. (2018). «Usos y sentidos del concepto de democracia en Uruguay (1958-1979)». *Políticas de la Memoria. Anuario de investigación e información del Cedinci*, vol. 18, pp. 209-221.
- COSTA, A. (1988). «E viável o feminismo nos trópicos? Resíduos de insatisfação-São Paulo, 1970». *Cadernos de Pesquisa*, vol. 66, pp. 63-69. Disponible en: <<http://publicacoes.fcc.org.br/ojs/index.php/cp/article/view/1206>> [Consultado el 1.º de julio de 2019].
- CUADRO, I. (2018). *Feminismos y política en el Uruguay del Novecientos. Internacionalismo, culturas políticas e identidades de género (1906-1932)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- DE GIORGI, A. L. (2012). «De las emulfiestas y contramarchas al abajo todos los muros. La Unión de Juventudes Comunistas entre la renovación y la crisis (1985-1991)». *Revista Encuentros Latinoamericanos*, vol. VI, n.º 2, pp. 423-470.
- DE GIORGI, A. (2014). *Sanguinetti. La otra historia del pasado reciente*. Montevideo: Fin de Siglo.
- DE GIORGI, A. L. (2016). «Entre la lucha contra la carestía y por los derechos de la mujer. Las comunistas uruguayas durante la segunda mitad del siglo XX (1942-1973)», en VALOBRA, A. y YUSTA, M. (eds.). *Queridas camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- DELACOSTE, G. (2016). «El ochentismo», en DEMASI, C. y de GIORGI, A. (comps.). *El retorno a la democracia: Otras miradas*. Montevideo: Fin de Siglo.
- FELIÚ, V. (2009). ¿Es el Chile de la post-dictadura feminista? *Estudios Feministas*, vol. 17, n.º 3, pp. 701-715.
- FILGUEIRA, C. (1985). «Mediación política y apertura democrática en el Uruguay». *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 47, n.º 2, pp. 45-65. doi: 10.2307/3540535.
- FRANCO, M. y MANZANO, V. (2015). «Historizar los ochenta en la Argentina». *Dossier Historia Política*, vol. 62. Disponible en: <<http://historiapolitica.com/dossiers/historizar-los-ochenta/>>.
- FRIEDAN, B. (1974). *La mística de la feminidad*. Madrid: Ediciones Jucar.
- GIORDANO, V. (2007). «La Conferencia Mundial de la Mujer (1975) y la ampliación de los derechos de las mujeres en el Cono Sur». Ponencia presentada en las *IV Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- GRAMMÁTICO, K. (2005). «Las mujeres políticas y las feministas en los tempranos setenta: ¿Un diálogo (im) posible?», en ANDÚJAR, A. y otros (comps.). *Historia, género y política en los setenta*. Buenos Aires: Feminaria Editora.

- GRAMMÁTICO, K. (2010). «La I Conferencia Mundial de la Mujer: México, 1975. Una aproximación histórica a las relaciones entre los organismos internacionales, los Estados latinoamericanos y los movimientos de mujeres y feminista», en ANDÚJAR, A.; D'ANTONIO, D.; GRAMMÁTICO, K. y ROSA, M. L. *Hivvanando historias. Mujeres y política en el pasado reciente latinoamericano*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburgo.
- HANISCH, C. (2016). *Lo personal es político*. Ediciones Feministas Lúcidas, traducción libre de Insu Jeska. Disponible en su versión en español en: <<http://autonomiafeminista.cl/lo-personal-es-politico-2/>> [Consultado el 1.º de julio de 2019].
- HOCHSCHILD, A. (1983). *The Managed Heart. Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- JELIN, E. (2014). «Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza. Realidades históricas, aproximaciones analíticas. desigualdades». *Working Paper*, n.º 73. Disponible en: <http://www.desigualdades.net/Resources/Working_Paper/73-WP-Jelin-Online.pdf> [Consultado el 1.º de julio de 2019].
- JOHNSON, N. (2000). *The right to have rights: gender politics, citizenship and the state in Uruguay*. Tesis Doctoral Political Science. Londres: Department of Political Studies, Queen Mary-Westfield College, University of London.
- KIRKWOOD, J. (1983). «Los nudos de la sabiduría feminista». *Material de Discusión*, n.º 64, Santiago de Chile: Flacso.
- KIRKWOOD, J. (1984). *Feministas y políticas*. Santiago de Chile: Flacso.
- LEIBNER, G. (2004). «Nosotras (Uruguay, 1945-1953): Las contradicciones de la escritura femenina comunista y sus significados sociales», en FORGUES, R. y FLORES, J. (eds.). *Escritura femenina y reivindicación de género en América Latina*. París: Mare & Martin.
- LESGART, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- PEDRO, J. (2010). «Narrativas do feminismo em países do Cone Sul (1960-1989)», en PEDRO, J. y WOLFF, C. (orgs.). *Gênero, feminismos e ditaduras no Cone Sul*. Florianópolis: Editora Mulheres. Disponible en: <<https://repositorio.ufsc.br/bitstream/handle/123456789/194290/03062011-101945feminismo-e-ditadurasfinal2.pdf?sequence=1>> [Consultado el 1.º de julio de 2019].
- PIEPER, J. (2010). «Forging feminisms under dictatorship: women's international ties and national feminist empowerment in Chile, 1973-1990». *Women's History Review*, vol. 19, n.º 4, pp. 613-630.
- RICHARD, N. (2001). «La problemática del feminismo en los años de la transición en Chile», en MATO, D. (comp.). *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Buenos Aires: Clacso.
- RICO, Á. (2005). *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la posdictadura. 1985-2005*. Montevideo: Ediciones Trilce.

Fuentes

Aquí

Cotidiano

La Cacerola

La Hora

Nosotras

Recibido 3/3/2019. Aceptado 28/4/2019

La transformación de organizaciones sociales y el Estado uruguayo en la transición democrática (1979-1999)

María José Bolaña¹

Resumen

A través del estudio de dos organizaciones sociales, San Vicente y El Abrojo, surgidas en la transición democrática y vinculadas a demandas económicas y sociales de sectores pobres de la sociedad uruguaya, se analiza su permanencia luego de la dictadura a través del formato organización no gubernamental (ONG) y su relación con la transformación del Estado en las políticas públicas dirigidas a la satisfacción de esas necesidades. La apertura democrática significó el regreso de la participación política en los partidos y la implementación de una racionalidad neoliberal a través de las políticas públicas en un nuevo contexto internacional, donde confluyeron organizaciones sociales basadas en planteamientos de la educación popular, pero que necesitaron transformarse adaptativamente a la nueva realidad, conformando una institución diferente a la de sus orígenes.

Palabras clave: democratización, Estado, ONG, política.

Abstract

Throughout the search of two social organizations, San Vicente and El Abrojo, we analyze their continuity after dictatorship like no governmental organization and the relationship with the politics to satisfy basic needs by a state in transformation. Both organizations were born during democratic transition and were linking with economical and social needs of poor in Uruguayan society. The democratization meant the return of political participation in parties and politics based on a neoliberal rationality in a new international context, where social organization converged. Their proposal had been based on popular education but they needed to adapt to the new reality, so they built a different institution comparing the one of their beginnings.

Keywords: democratization, state, NGO, politic.

¹ Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

Introducción

El siguiente artículo analiza históricamente algunas transformaciones estatales de la transición a través del proceso de institucionalización de dos organizaciones sociales: San Vicente y El Abrojo.² En la confluencia entre estas organizaciones no gubernamentales, fortalecidas como instituciones mediante un proceso de transformación interna, y el Estado pueden visualizarse cambios en el Estado uruguayo, marcado por la descentralización y privatización de políticas públicas. En el marco de una racionalidad neoliberal de achicamiento del Estado y sus servicios, la sociedad civil organizada, expresada en organizaciones no gubernamentales (ONG), se constituyó en actor que demanda y asigna «beneficios» a la población, gestionando políticas para los pobres y dejando de ser el Estado el garante de derechos para todos los ciudadanos y ciudadanas.

Comenzamos analizando el origen de la Organización San Vicente en tiempos de dictadura y de El Abrojo en los primeros años de la democracia como organizaciones que respondían a las necesidades de un contexto determinado. Luego reflexionamos sobre los cambios operados en las políticas estatales a fines de los ochenta y principios de los noventa, que coadyuvaron a la cooptación e institucionalización de ambas organizaciones. En la tercera parte analizamos ese cambio estatal desde el proceso interno sufrido por las ONG para adaptarse a una nueva era y sobrevivir como instituciones. Finalmente, planteamos algunas reflexiones sobre la conformación del nuevo Estado, las organizaciones en el nuevo contexto y las políticas públicas hacia los más pobres.

El análisis dialoga con otros trabajos que han abordado la movilización social a partir de 1980 en los denominados *nuevos movimientos sociales*, vinculados a demandas de distintos sectores sociales. Ellos han resaltado la importancia de esa movilización en la democratización, pero explicaron su pérdida de centralidad en la participación ciudadana a partir de 1985, debido a que los partidos políticos recobraron su rol crucial en la vida política uruguaya. En cambio, en este trabajo buscamos aportar un análisis desde las transformaciones de ciertas organizaciones vinculadas a la pobreza urbana, que fueron parte de la primavera de los movimientos sociales y se transformaron en instituciones que perviven hasta el presente.

La Organización San Vicente (1979-1987)

El origen de la Organización San Vicente (osv), que se instituye como ONG en 1987, muestra la oportunidad de movilización que significó la Iglesia católica en el marco de la transición de la dictadura a la democracia en los años ochenta para un grupo de vecinos que integraban los sectores más pobres de la ciudad. Se trata de la historia de un *cantegril*³ que se organiza como cooperativa de vivienda a partir de evitar un desalojo compulsivo gracias a la aparición de determinados actores: el padre Cacho,⁴ la acción pastoral desde la parroquia de Los Sagrados Corazones (conocida como parroquia Possolo), cercana al *cantegril*, el movimiento Juntos Podemos, de la parroquia Stella Maris de Carrasco, y un grupo de laicas, las Damas Vicentinas, que integraban la obra de caridad de las Hermanas Vicentinas de San Vicente de Paul.

2 Agradezco a ambas organizaciones su disposición permanente. Para la realización de la investigación fue imprescindible la colaboración de sus integrantes, que brindaron su tiempo para entrevistas y permitieron el acceso a los archivos institucionales.

3 La denominación *cantegril* es la utilizada por los actores y la sociedad montevideana de esos años para nombrar asentamientos de viviendas de materiales de desecho en terrenos públicos y privados de la ciudad; su origen data de fines de los años cuarenta.

4 Sacerdote católico Isidro Alonso, conocido como padre Cacho (1929-1992).

El surgimiento de la organización es producto de dos factores que coadyuvaron para su existencia en el contexto autoritario de los ochenta. Por un lado, la Iglesia católica y, por otro, el proceso político iniciado luego de la derrota electoral del proyecto de reforma constitucional promovido por la dictadura en 1980, caracterizado por la primavera de los movimientos sociales.

La Iglesia católica coadyuvó al origen de la organización de dos formas. Una, a través de una iglesia renovada con el Concilio Vaticano II en 1962 y, en América Latina, con la conferencia de Medellín en 1968, en la que se declaró la acción preferencial por los pobres, expresada en el movimiento de la teología de la liberación (Álvarez, 2017: 88-89). Otra, desde la caridad que caracterizó la obra social de esta institución y que en la Organización San Vicente aparece en su nombre de origen. Así, en el Uruguay de la dictadura, el arzobispo Carlos Partelli, que había firmado en 1965 el Pacto de las Catacumbas en el Vaticano, comprometiéndose junto con los arzobispos latinoamericanos a trabajar por los pobres, tuvo un rol clave en la protección a organizaciones vinculadas a los cantegriles de la ciudad, apoyando el proyecto del padre Cacho y desarrollando la concepción de que la injusticia social era producto del «pecado estructural» (Sánchez, 2010). Por su parte, las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, religiosas que poseían una policlínica barrial en las cercanías al cantegril donde se formó la organización, fueron las que posibilitaron la compra del terreno para evitar el desalojo, a través de la personería jurídica, constituyéndose en propietarias de este. Es en esa policlínica donde se reunían las Damas Vicentinas, quienes consiguieron los fondos e hicieron los trámites necesarios para la adquisición a partir de su contacto con el padre Cacho en la zona. A su vez, el vínculo de alguna de ellas con la parroquia Stella Maris, principalmente de Elisa Bordaberry, promovió la participación de voluntarios que conformaron el movimiento Juntos Podemos. Se trataba de católicos que, motivados por el párroco Antonio Ramírez, vinculado a la zona de Aparicio Saravia por haber estado diez años en la parroquia de Possolo (Clara, 2017: 120) y alineado con las posturas de la Iglesia con respecto a la opción por los pobres, promueve desde una zona de Montevideo donde residen sectores de clase alta el enrolamiento de voluntarios para donar horas de trabajo en cantegriles. En esa articulación eclesial, la figura del padre Cacho y su opción radical por lo pobres, yéndose a vivir al cantegril como uno de ellos, fue clave para que los vecinos junto con la ayuda de estos grupos hicieran posible el surgimiento de la organización. Es decir, como señala María José Álvarez, Cacho representó las tensiones de la Iglesia católica con respecto a la opción radical por los pobres y la persona que permitió a través de sus vínculos conseguir información sobre el terreno, recursos financieros y voluntarios de los barrios más pudientes de la ciudad (Álvarez, 2017: 92-93).

El segundo factor que promovió el surgimiento de San Vicente, y que la hizo parte de un movimiento más amplio de cantegriles montevideanos en el período dictatorial, fue el nuevo contexto político a partir del plebiscito del ochenta y las elecciones internas de los partidos en 1982. La osv fue una de las iniciadoras, junto con La Calera⁵ del Movimiento pro Vida Decorosa (Movide), una organización de cantegriles que movilizó a nueve barrios que vivían la posibilidad del desalojo o ya habían sido desalojados de terrenos o edificios urbanos por la especulación inmobiliaria o las construcciones públicas.⁶ Como veremos, el Movide fue uno de los objetivos de la osv, que llevó la participación y movilización de los habitantes de cantegriles a una dimensión mayor que la territorial-barrial, al incluir su participación en la Comisión Nacional Programática

5 Primera cooperativa de viviendas nacida de un cantegril a partir de un desalojo en 1980, organizada por la Iglesia Católica y la ONG CIDC localizada en La Teja y apoyada por la Federación Uruguaya de Viviendas por Ayuda Mutua (Fucvam) (Álvarez, 2017: 91).

6 Algunos eran barrios del oeste donde se estaban construyendo las rutas de acceso a Montevideo, otros desalojados de los conventillos y casas del centro.

(Conapro) en 1985 (Álvarez, 2017: 94-95). Pero esa movilización decayó a partir de esa fecha, con la apertura democrática, por diversos factores, y desapareció el Movide, pero se mantuvo San Vicente como ONG.

Esa desmovilización así como la permanencia de una organización son parte de lo que buscamos explicar. Historiar San Vicente es conocer el origen de una de las tantas organizaciones religiosas y católicas de los años ochenta que buscaban satisfacer necesidades básicas como salud, vivienda, alimentación (Filgueira, 1985: 25),⁷ pero que a diferencia de otras sobrevivió y se transformó en ONG, adaptándose a los cambios institucionales a partir de 1985.

En 1979, 68 familias que vivían en el cantegril ubicado en bulevar Aparicio Saravia y Timbúes recibieron un cedulón de desalojo porque los terrenos que ocupaban pertenecían a un banco en liquidación, pasando su propiedad al Banco Central del Uruguay (BCU), institución que iba a rematarlo.

El cantegril formaba parte de la zona número 9 de la pastoral social de la Iglesia católica. En ella trabajaba una trabajadora social, Alicia Martirena,⁸ rentada por la institución, y el padre Cacho que coordinaba un grupo de jóvenes en el barrio Plácido Ellauri (complejo de viviendas de emergencia construido en los años cincuenta y cercano al cantegril que estaba por ser desalojado). Ambos acompañaron la formación de la cooperativa de viviendas que pasó a autodenominarse Comunidad San Vicente, buscando reconocer, con este nombre, la importancia de lo colectivo en la construcción comunitaria, el origen de la compra del terreno y sus dueños, la obra social de San Vicente de Paul.

Desde el presente, Alicia Martirena recuerda el proceso de conformación de aquello que desde un principio Cacho y ella se habían propuesto que fuera una comunidad autogestionada, buscando la dignificación de la vida del cantegril y la autopercepción en los vecinos como protagonistas del cambio. Para ello, una vez logrado adquirir el terreno a través de las Damas Vicentinas y el movimiento Juntos Podemos de la parroquia Stella Maris de Carrasco, comenzaron a realizarse asambleas semanales con los vecinos que deseaban seguir viviendo en el lugar y construir sus casas. Así recuerda Alicia Martirena sus inicios: «Fue muy conversado entre Cacho y yo cómo queríamos llevar ese proceso, hacia dónde apuntábamos; coincidíamos bastante en lo que queríamos, [...] la participación de los vecinos como elemento fundamental en el proceso [...] decidiendo juntos los objetivos».⁹ Alicia y Cacho planificaron su trabajo en la zona en el marco de la educación popular de Paulo Freire.¹⁰ Buscaban la problematización y concientización; para ello, Alicia grababa las asambleas y las transcribía con autorización de los participantes, para ir conversando y discutiendo con los vecinos las ideas y planteos que surgían cada semana. En varias de esas situaciones surgían, recuerda Alicia, conflictos con las Damas Vicentinas, el movimiento Juntos Podemos y el padre Cacho. Así, según las actas publicadas por Mary Larrosa y Viviana Basanta en 1998, entre abril y agosto de 1980 llegó a las asambleas la noticia de que se habían asignado viviendas a dos familias sin consultar a los vecinos, lo que implicaba el incumplimiento de un acuerdo establecido. En la asamblea del 31 de octubre un vecino decía: «¿Qué unión ni unión? Los dueños hacen lo que quieren [...] nos hacen creer que participamos y no

7 Se calcula que en 1985 un 62,5 % de los «movimientos sociales orientados a la satisfacción de necesidades básicas» estaban promovidos, cubiertos y orientados por comunidades religiosas (Filgueira, 1985: 25).

8 Alicia Martirena es trabajadora social. Egresó de la Escuela de Servicio Social Universitario Católico en 1978.

9 Entrevista realizada el 19 de octubre de 2018.

10 Paulo Freire (1921-1997), pedagogo brasileño que desarrolló las bases teóricas de la educación popular, cuya influencia en movimientos sociales de los años sesenta hasta los noventa en América Latina y África fue muy importante.

participamos nada». En la reunión siguiente se hizo presente Cacho y pidió disculpas por el error que habían cometido. Hacia noviembre y diciembre, dos familias desalojadas pidieron el ingreso a la comunidad. Frente a ello consideraron la posibilidad de consultar a quienes habían comprado el terreno, y allí un vecino planteó: «Ya tenemos un grupo que hace y deshace, no tiene sentido hablar de vuelta con Marta»¹¹ (Basanta y Larrosa, 1998: 57-58).

El conflicto suscitado a partir de la toma de decisiones de los «dueños» del terreno nos habla de una situación de subordinación de los ocupantes con respecto a la nueva institución propietaria del terreno, representada por las Damas Vicentinas. Los habitantes del cantegril habían logrado quedarse al amparo de una organización religiosa. Si bien ya no corrían riesgo de desalojo, se generaban nuevos conflictos en la toma de decisiones, en las perspectivas sobre cómo construir el nuevo espacio y el futuro del lugar ocupado. La comunidad nacía promovida por Cacho y Alicia, con la perspectiva de la educación popular, la concientización para la liberación y la participación comunitaria, pero la situación de vulnerabilidad y dependencia de estos pobladores con respecto a los recursos económicos y humanos generaba tensiones y conflictos entre los diversos actores que confluían en ese espacio con distintas concepciones sobre la pobreza y los pobres dentro de la Iglesia católica. Así, Alicia Martirena recuerda lo difícil que era articular el proceso de organización de los vecinos con el «aluvión» de voluntarios que llegaban a ofrecer su trabajo al padre Cacho, a quienes había que explicarles qué hacer y qué no, de forma de no interrumpir el proceso de los vecinos y vecinas: «El tema era más que nada cuando los vecinos se estaban organizando para algo y, de golpe, eso que ellos estaban armando se desarmaba rápidamente porque venía pronto», porque era resuelto por los voluntarios.

Al igual que el espacio de las asambleas para la participación, se elaboró un boletín barrial, *Nueva Esperanza*, que salió periódicamente, creado por vecinos y dos voluntarias, se construyó un salón comunal como espacio de formación, recreación, participación, y para que brindara servicios a los vecinos. En él, además de cocina y baños para uso común de las familias, el padre Cacho y Dora Paredes¹² instalaron un comedor para los jóvenes que estaban sin trabajo, con autorización de los vecinos y financiamiento de una fundación valdense en Alemania, denominada Pan para el Mundo. Ambos siguieron la línea de trabajo que venían desarrollando con Alicia Martirena, buscando la concientización y dignificación de los habitantes del cantegril y denominaron al comedor Comedor Obrero (Basanta y Larrosa, 1998: 45).

Por su parte, el resto de los integrantes de la comunidad decidió establecer un equipo que se hiciera cargo del salón comunal, integrado por delegados elegidos anualmente en votación secreta el 1.º de mayo. La fecha elegida, según testimonia una vecina, fue «por ser el día de los trabajadores, y nosotros llevamos una lucha dura» (Basanta y Larrosa, 1998: 64).

La presencia del gobierno dictatorial y la política estatal en esos años se basaba en la represión a través de razias¹³ y la ausencia absoluta de servicios. Luego de la compra del terreno, los vecinos consiguieron que OSE¹⁴ pusiera una canilla pública en la zona, realizando ellos el zanjado para su instalación. El testimonio de Alicia Martirena destaca la presencia de las instituciones religiosas, especialmente de la Iglesia católica, y el de J. R. recuerda: «Si uno no se movía, el Estado no hacía

11 Integrente de las Damas Vicentinas.

12 Dora Paredes era vecina de las viviendas Plácido Ellauri y había gestionado la ayuda del padre Cacho y Alicia para evitar el desalojo de los vecinos en 1979.

13 Práctica de represión militar en dictadura, y policial en los primeros años de la democracia, que consistía en llevar a los vecinos, hombres principalmente, en forma indiscriminada, por una noche o varios días a la comisaría. La misma forma de control y represión se realizaba en toda la ciudad hacia grupos de personas que se encontraran reunidos en espacios públicos, dentro de locales o domicilios.

14 Obras Sanitarias del Estado, empresa estatal encargada del abastecimiento de agua potable.

nada».¹⁵ De esta forma, el movimiento de la parroquia Stella Maris además de la ayuda material brindaba, a través de sus voluntarios, servicios profesionales, arquitecto, abogado, escribano, etc., contactos con las autoridades de distintos organismos, como el Ministerio de Transporte y Obras Públicas (MTOF), y la protección contra las razias. En la reunión del 16 de mayo de 1980 se hizo presente el arquitecto Gregorio Martigani, de Juntos Podemos, y comunicó a los vecinos que habían logrado un convenio con el MTOF: este aportaría un arquitecto, que sería él mismo, un maestro de obras y dos obreros, además de materiales del antiguo hotel Nogaró demolido (Basanta y Larrosa, 1998: 42). Por su parte, J. R. recuerda que varias veces tuvo «que ir a sacar de la comisaría a Cacho y a otros vecinos», y Luis Álvarez, un integrante de la comunidad, recordaba en 1996: «Después de que empezó a hacerse el comunal y se puso el cartel del Ministerio, hubo muy pocas razias. Nos llevaban, sí, pero era una pasada. Empezaron a intervenir el arquitecto, Elisa Bordaberry, el escribano, el padre Cacho...» (Basanta y Larrosa, 1998: 55). Más allá de las protecciones institucionales frente al atropello militar, los vecinos también firmaron una carta elaborada por todos en una reunión y dirigida a las seccionales de Policía n.º 17 y 12. En ella planteaban varios puntos que describían su situación y solicitaban que no se efectuaran «los procedimientos en forma indiscriminada» ni que llegaran a estar en la comisaría varias horas incomunicados, generando problemas en su vida personal y laboral (Basanta y Larrosa, 1998: 54).

El desalojo, la cercanía y la protección de la Iglesia católica a través de organizaciones y actores, la coyuntura de debilidad política de la dictadura luego del plebiscito de 1980 y de la crisis financiera de 1982 constituyeron para los vecinos del cantegril de Aparicio Saravia y Timbúes una oportunidad para organizarse. A partir de allí y desde la perspectiva de sus promotores —el padre Cacho, Alicia Martirena, Américo Medici,¹⁶ Dora Paredes—, la red de acción y su dimensión política debían extenderse más allá del territorio barrial y de la cuestión habitacional. La toma de conciencia de la explotación no pasaba solo por la vivienda, sino también por el trabajo, y la principal ocupación de sus habitantes era la recolección de basura en carros. Desde esta perspectiva, se promovió la participación en el Movide, cuya reunión inaugural se realizó con representantes de nueve barrios con problemas de vivienda y desalojo, en el Centro Comunal de San Vicente, donde también en 1984 elaboraron la plataforma del movimiento para ser llevada por sus delegados a la Conapro. En ella exigían terreno y vivienda, trabajo y salario, salud, alimentación y educación. Desde ese movimiento se denunciaban, a través de la prensa, los desalojos compulsivos practicados por las autoridades. Junto con otras organizaciones sociales como la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (Fucvam) conmemoraron el Día Internacional de los Sin Techo el 6 de octubre desde 1987 hasta 1989, con marchas en las que se identificaban los barrios integrantes del movimiento y participaban de actos organizados por la Coordinadora de Vivienda Popular (Álvarez, 2017: capítulo 4).

Finalizada la dictadura, durante el primer gobierno constitucional del Partido Colorado, la organización barrial se institucionalizó como ONG San Vicente. Ese proceso se dio entre 1985 y 1987, cuando se le presentó a la organización la posibilidad de financiamiento municipal para realizar cooperativas de viviendas que estaban proyectadas y tenían el terreno, pero no podían concretarse. En 1992 Medici recordaba:

... instaurado ya el gobierno democrático, la Intendencia hace un llamado a ONG que quieran presentarse para trabajar en el Plan de Vivienda Aquiles Lanza [...]. Entonces los que estábamos acompañando el proceso de estas comunidades decidi-

15 Escribano jubilado, integró el movimiento Juntos Podemos de la Parroquia Stella Maris. Colaborador de la osv. Entrevista realizada el 7 de marzo de 2018.

16 Arquitecto, conocido como Meco Medici, que se integró a la organización en 1982, invitado por Cacho, para continuar la construcción de las viviendas y formó parte de ella hasta 1994.

mos presentarnos, y lo hicimos con el nombre de Organización San Vicente. Fue la primera vez que usamos ese nombre... (Basanta y Larrosa, 1998: 104).

De esta forma, en noviembre de 1987 se instituía la asociación civil sin fines de lucro San Vicente, que establecía como objetivo de la organización «la promoción social integral en los sectores de población urbana del Uruguay en situación de extrema pobreza (cantegriles) [...] a los fines de constituir un movimiento nacional».¹⁷ Los órganos instituidos como la asamblea y la directiva elegida estaban integrados por colaboradores y vecinos.

La organización El Abrojo (1985-1988)

Contemporáneamente al inicio de la Organización San Vicente como asociación civil sin fines de lucro, un grupo de jóvenes militantes integrantes del Frente Juvenil del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) comenzó a militar en actividades sociales fuera del marco institucional del partido que estaba armándose luego de la dictadura. Así, para militantes políticos que habían vivido la cárcel como Alba Antúnez¹⁸ o la resistencia a la dictadura desde ámbitos como la Asociación Cristiana de Jóvenes (ACJ), como Julio Calzada,¹⁹ El Abrojo significó en su origen un espacio de militancia social abierto desde el Frente Juvenil del MLN-T. En él confluyeron militantes que resistieron la dictadura y el terrorismo de Estado y portaban en su experiencia la cultura de lo político como espacio público de discusión y transformación, y a fines de los ochenta se encontraron con jóvenes viviendo la transición a la democracia. Así, Alba Antúnez, quien había salido de la cárcel en 1985, luego de 14 años, integraba el MLN-T y coordinaba el Frente Juvenil, recuerda: «Había muchos compañeros de diferentes ámbitos [...] no venían de la cárcel [sino de los] lugares donde habían podido resistir».²⁰ Uno de esos lugares había sido la ACJ desde el área de Extensión, donde, según Julio Calzada —quien se integra al MLN-T en 1985 y coordina junto a Alba Antúnez el Frente Juvenil—, podían «hacer una cantidad de cosas que prácticamente era imposible hacerlas afuera».²¹ Las formas de resistir y seguir militando habían sido el apoyo a las cooperativas de ayuda mutua, las ollas populares, la música popular como la murga, la recreación, y el trabajo social y cultural en los barrios.

En el contexto democrático, las formas de militancia que encontraron los fueron apartando del encuadre del partido político. El nuevo espacio denominado El Abrojo fue apoyado, según recuerda Julio Calzada, por otras instituciones. Desde Conventuales, el hermano Pedro Frondisi²² les consiguió un lugar para las reuniones en el Servicio Ecuménico Solidario. También se sumó a la organización José Luis Rebellato,²³ con quien reflexionaban desde la visión de la educación popular la sistematización de sus prácticas en los diferentes espacios de militancia social.

17 Artículos 2 y 3 de los estatutos, Acta de asamblea, p. 1, 1987.

18 Fundadora de El Abrojo. Actualmente integra la Secretaría de Cultura de la Intendencia de Montevideo.

19 Sociólogo, fundador de El Abrojo. Actualmente integra la Secretaría de Cultura de la Intendencia de Montevideo.

20 Entrevista realizada el 19 de setiembre de 2018.

21 Ídem.

22 Hermano de la congregación católica Conventuales Franciscanos, vinculada a la difusión de la educación popular y fundadora de la Multiversidad Franciscana de América Latina (1989-2009).

23 José Luis Rebellato (1946-1999), filósofo uruguayo, docente universitario, fundador de El Abrojo y la Multiversidad Franciscana. Sus trabajos se centraron en la ética, el sujeto, los conceptos de *praxis* y *liberación*, y fueron claves en el desarrollo de la educación popular en Uruguay, siguiendo las líneas del pensamiento de Paulo Freire.

En la memoria de los militantes de estos primeros años, como Paula Baleato,²⁴ Julio Calzada y Alba Antúnez, permanece la idea de haber buscado ser motores de movilización, reflexión, participación y concientización para los movimientos juveniles de fines de los ochenta, acompañando espacios sociales y culturales, y luchando contra las razias durante el primer gobierno democrático. Así, recuerda Paula Baleato, «... se trabajaba con talleres de teatro, con grupos de base, con grupos comunitarios, en talleres de educación popular, de teatro, de revistas, [...] formamos el Surme, que era el Sindicato Único Revolucionario de Muchachos de la Esquina...»,²⁵ en la Ciudad Vieja. También recuerda que integraron la Coordinadora Anti-razias y participaron intensamente de la campaña por el Voto Verde para el plebiscito de 1989 contra la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado. Esa participación se hacía como El Abrojo, pero también en forma individual, porque se trataba de jóvenes que transitaban por diversos espacios de militancia: gremios estudiantiles, Frente Juvenil del MLN-T, intervenciones artísticas callejeras (teatro, circo, murga), trabajo en policlínicas, cooperativas, cantegriles, apoyo a ocupaciones de tierras y viviendas. En ese mundo de militancia juvenil, «eran todos conocidos», según Paula Baleato, y se invitaban a participar de diversos espacios.

Los años 1989 y 1990 son recordados como momentos claves para los militantes que originaron El Abrojo por dos hechos. En primer lugar, la derrota del Voto Verde en 1989, que significó la no derogación de la Ley de Caducidad aprobada por el Parlamento uruguayo en 1986 y, por tanto, el no juzgamiento a los crímenes cometidos por policías y militares en la dictadura. Para los militantes de El Abrojo eso significó una gran desilusión y desesperanza con respecto a la apertura democrática y el avance en el proceso de democratización del país. En su memoria, ello fue uno de los factores que fortaleció la búsqueda de otros caminos de transformación social que no pasaban por las estructuras de los partidos políticos. Julio Calzada recuerda: «Esto fue una discusión [...] durante todo el 89, tener una acción de masas más abierta o tener una acción política en el marco de lo político partidario». Este proceso culminó con el alejamiento de muchos jóvenes del Frente Juvenil del MLN-T, entre ellos los fundadores de El Abrojo. En segundo lugar, el triunfo en el gobierno departamental de Montevideo del Frente Amplio (FA), lo que significaba que además de los vínculos con organizaciones y organismos extranjeros para el financiamiento de proyectos surgía la posibilidad de convenios con la Intendencia. Eso llevó a una crisis dentro de la organización, que Paula Baleato recuerda de la siguiente manera:

... internamente de 1990 a 1994-1995 tuvimos un proceso fuerte, interno, de discusión de hacia dónde vamos, si hacemos convenios o no hacemos convenios, si trabajamos o no trabajamos con el gobierno local, departamental, que en ese momento era la Intendencia, las empresas, si trabajamos o no trabajamos con las empresas...

Este proceso era parte de los cambios que desde 1985 venía generando el gobierno nacional y departamental a través del llamado a ONG para realizar convenios que financiaran proyectos sociales para satisfacer necesidades básicas de sectores sociales muy pobres. Así como el Plan Aquiles Lanza había realizado un llamado que le generó a la osv la necesidad de institucionalizarse, El Abrojo, como organización de militantes políticos y sociales, se vio en la misma situación, y respondió de la misma manera, adecuándose a la nueva realidad de la relación entre Estado y sociedad civil. Paula Baleato recuerda que «cuando el FA gana la Intendencia en el noventa [...] el Estado como tal deja de ser el Estado enemigo de la dictadura...».

Para adaptarse a esa nueva realidad El Abrojo se institucionaliza como asociación civil sin fines de lucro y el trabajo voluntario comienza a dejar de ser la base de la organización, como

24 Socióloga, fundadora de El Abrojo que continúa trabajando allí.

25 Entrevista realizada el 15 de febrero de 2018.

militancia, para pasar a responder a las nuevas exigencias de profesionalización que exigían los convenios con el Estado o con organismos multilaterales de financiamiento. Ya no se trataba, según Gustavo Leal, «de discutir con base en consignas o pancartas», sino de proponer de allí la necesidad de pensar «la relación de la sociedad civil con el Estado [y] la coordinación de las políticas sociales».²⁶

Tanto la Organización San Vicente como El Abrojo cierran la década del ochenta conformando una asociación civil sin fines de lucro como mecanismo de adaptabilidad a la nueva coyuntura de los años noventa.

El Estado posdictadura y la sociedad civil organizada

Es a fines de los años ochenta que comienza a configurarse una nueva forma de relacionamiento entre el Estado y la sociedad uruguaya. El Estado benefactor desarrollado a mediados del siglo xx, que no había alcanzado a todos los sectores de la población ni resuelto las desigualdades generadas por diversos factores como el género, la raza, había entrado en crisis a mediados de los cincuenta y comenzó a ser desmantelado a través de un magro presupuesto dedicado a los servicios públicos desde los años sesenta en adelante, agravándose esta situación en dictadura, junto con el endeudamiento externo. Las consecuencias de ese desmantelamiento van a continuar en los años noventa, a través de escasos recursos estatales y de reformas liberales: suspensión de la negociación colectiva en el ámbito laboral y retiro del Estado, liberalización del comercio exterior, disminución del número de funcionarios públicos, instalando nuevos mecanismos de contratación y tercerización de funciones públicas, creación de un régimen mixto (público y privado) de seguridad social y privatización de empresas públicas detenida a fines de 1992 a través de un referéndum que derogó esa ley.

En ese nuevo marco de reducción del Estado y tercerización, las organizaciones sociales convertidas en ONG buscaban mantener espacios de autonomía y participación, pero para sobrevivir necesitaban recursos económicos que van a comenzar a venir de la ayuda europea y de convenios con un Estado en transformación, que buscaba descentralizar y privatizar políticas públicas. Este proceso, que comienza con la apertura democrática y se configura claramente en los años noventa, provocó la profesionalización e institucionalización de las ONG en cuestión.

Entre 1985 y 1999, durante los gobiernos del Partido Colorado y del Partido Nacional en el ámbito nacional y el primer gobierno de izquierda en la Intendencia de Montevideo, las políticas gubernamentales ensamblaron con el discurso, y la práctica de organizaciones sociales que buscaban la participación en el diseño de políticas públicas, a través de la descentralización y el financiamiento el Estado, controló y dirigió las prácticas de las organizaciones, cooptando los espacios de autonomía y gestionando lo social. Ese proceso tuvo dos mecanismos, que en algún momento se superpusieron, pero en general uno antecedió al otro. Primero, la cooperación internacional a través de ONG europeas que financiaban proyectos en países en desarrollo con presupuesto de la Comunidad Europea, como parte de su política exterior. El otro mecanismo, que fue el más extendido, consistió en el financiamiento estatal, con dinero del Estado o de organismos internacionales (Banco Interamericano de Desarrollo, Fondo de las Américas) a través de convenios.

El camino de la profesionalización y la institucionalización de las organizaciones sociales de los ochenta se abría a fines de esa década, al mismo tiempo que el Estado nacional, endeudado con organismos multilaterales, se insertaba en el orden internacional instalado a partir del

26 Gustavo Leal es sociólogo, fundador de El Abrojo. El testimonio fue obtenido del video «25 años. El Abrojo», <<https://www.elabrojo.org.uy>>.

Consenso de Washington de 1990²⁷ y la reducción de la pobreza de manera sostenible comenzaba a preocupar al Banco Mundial, que coincidía con las Naciones Unidas en el paradigma del desarrollo humano (Coraggio, 2004: 81).

Para las organizaciones sociales estudiadas, que buscaban arraigarse en el poder popular para transformar la sociedad a través de una democracia participativa, los partidos políticos no constituían ese único espacio de representatividad y participación. Así, la osv procuraba mantenerse al margen de cualquier vínculo con un partido político determinado, buscando profundizar la participación comunitaria y vecinal. Para El Abrojo, la concientización social a través de la educación popular emancipadora profundizaba la transformación y la democracia, esa era la nueva forma de militancia política, fuera de la estructura de los partidos. Para la ideología neoliberal, la sociedad debe regirse por el mercado, la esfera de lo público debe reducirse a la iniciativa privada y local, donde el Estado es un actor más. Por lo tanto, la sociedad civil constituyó el lugar de encuentro para resolver los problemas que generaban el desmantelamiento del Estado benefactor, el desempleo y la pobreza. A principio de los noventa, parecía confluír, con tensiones, la descentralización participativa promovida por las organizaciones y la racionalidad neoliberal de privatización de lo público a través de prácticas gubernamentales con las que ciertos servicios que el Estado benefactor debía brindar o derechos que debía garantizar ahora podían satisfacerse a través de organizaciones de la sociedad civil.

Estas tensiones no fueron ajenas a los sectores liberales, que observaban a fines de los noventa la crisis de los partidos políticos y el aumento de una sociedad civil organizada en ONG. En 1998, en el diario *El Observador* un artículo señalaba «el creciente protagonismo de las organizaciones de la sociedad civil y su amplia incidencia en la vida social» como un elemento que atraía «la óptica de la sociedad política». Se describía una reunión de la fundación Círculo de Montevideo, fundada en 1996 por Julio María Sanguinetti, los participantes habían reivindicado «el papel de los gobiernos y de los dirigentes políticos en la conducción de los asuntos públicos» y señalaban la importancia del «derecho de asociación para sumar los esfuerzos privados», aunque «no es bueno que el protagonismo de las ONG se deba al debilitamiento de los partidos políticos». Las causas de ese «protagonismo», según los participantes, eran que se había «depositado en el Estado una gran carga de expectativas» producto del «legado marxista y populista», por lo tanto, el desafío en ese momento era «concretarlas». Se establecían como cometidos esenciales del Estado «el resguardo de las libertades y la defensa de personas e instituciones» siendo las ONG «un acicate para una reforma política. De última generación».²⁸ El liberalismo republicano ensamblaba así con el neoliberalismo en la separación entre «ciudadanía civil» y «ciudadanía social» (Fraser y Gordon, 1992), es decir, en el rol de defensor de libertades individuales y políticas, pero no el garante de derechos sociales como el empleo, la vivienda, la alimentación, la salud, la educación que hacía posible la participación de los ciudadanos en los intereses del bien común desde una concepción de bienestar social. Para estos actores políticos eran los intereses privados organizados en la sociedad civil los que debían garantizar aquellos servicios que el Estado no podía ni necesariamente debía brindar.

27 El sintagma *Consenso de Washington* fue acuñado en 1990 por el economista John Williamson, quien señaló los elementos comunes de las políticas económicas recomendadas por el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y el Tesoro de Estados Unidos para las economías latinoamericanas: liberalizar el comercio, privatizar, tasas de cambio que favorezcan la competitividad, favorecer el ingreso de capitales extranjeros, garantizar la propiedad privada, realizar reformas fiscales para mayor recaudación y concentrar el gasto público en salud y educación (Zanatta, 2012: 233-234).

28 Blanco, J. C. (1998). «De última generación». *El Observador*, 11 de diciembre de 1998, Tribuna, p. 14.

Analizaremos cómo San Vicente y El Abrojo, denunciando los límites de un Estado benefactor que estaba muy lejos de haber llegado a todos los habitantes de Uruguay, van a institucionalizarse a través de los requerimientos de la cooperación internacional y el Estado, estableciendo proyectos y programas en áreas que organizaban y gestionaban políticas sociales y educativas con técnicos, profesionales a cargo y trabajadores rentados, pasando a ocupar un espacio minoritario en la organización, el voluntariado y la militancia. Tomamos en cada caso algunos ejemplos que consideramos que dan cuenta de ese proceso.

La Organización San Vicente: club de niños, empleados y núcleos básicos evolutivos (1987-1999)

La historia de la osv a fines de los ochenta y durante la década del noventa muestra el proceso de institucionalización y tecnificación de la gestión de la pobreza en Montevideo. Aquello que en el contexto de dictadura y en la primavera de los movimientos sociales consistió en la organización de los pobres de un cantegril bajo el amparo de la Iglesia católica y el liderazgo del padre Cacho se transformó en una institución de servicios enmarcada en las políticas públicas del Estado uruguayo a partir de la instalación de la democracia.

En el salón comunal de la comunidad San Vicente funcionaba un espacio de apoyo escolar para los niños, niñas y adolescentes del barrio. En 1988 la comisión directiva de la ONG, integrada por colaboradores y vecinos, planteó la posibilidad de recibir apoyo del entonces Instituto Nacional del Menor (Iname) a través de los centros que esta institución estaba abriendo con organizaciones de la sociedad civil. Allí se resolvió que una comisión de vecinos acompañados por dos maestras de la organización se pusieran en contacto con las autoridades del Iname, «ofreciendo el local comunal de San Vicente y de Casa de Todos».²⁹ En octubre de 1989, se firmó el convenio por el cual el Iname instaló un Club de Niños, suministrando personal y materiales para su funcionamiento y haciéndose cargo de los gastos del local, así como de su mantenimiento. Por su parte, la osv otorgaba, según el convenio, el uso del Centro Comunal que «tiene como finalidad las actividades comunales [...] de la población de la zona» al Iname, aunque establecía que «fuera de los días y horarios indicados, la comunidad [...] hará uso del local para sus fines propios».³⁰ Con el paso del tiempo, este último aspecto del comodato se diluyó por requerimientos del servicio, ya que las políticas de infancia fueron delimitando cómo realizarlo y estableciendo el uso del espacio. Así, en ese lugar que tenía diversos servicios comunitarios (policlínica, comedor, apoyo escolar, talleres de formación) y que se usaba para asambleas y festejos comunitarios, se establece, hasta el presente, un espacio educativo administrado por el Estado.

Por lo tanto, a partir de los años noventa y hasta el presente, un espacio construido por los vecinos y de uso comunitario es utilizado por el Estado como centro educativo. Es interesante observar cómo la interacción entre Estado y comunidad generó la posibilidad de un servicio demandado por los vecinos y la pérdida de un espacio comunitario. Aquello que para el Estado de bienestar sería un derecho —la educación—, que debe ser brindado por el Estado en forma universal, se convierte en una necesidad satisfecha a partir de un acuerdo entre lo local y las instituciones gubernamentales, donde sectores pobres deben ceder parte de lo suyo para conquistar derechos que se convierten en «beneficios».³¹

29 Acta 7, 30 de mayo de 1988, reunión directiva, p. 5. Archivo de la osv.

30 Documento del comodato, 17 de octubre de 1989. Archivo de la osv.

31 Otro ejemplo de este tipo fue la obtención de una ambulancia para trasladar enfermos desde la policlínica barrial. En 1990, la osv solicita una ambulancia a los Amigos de Luxemburgo Pro Niños Pobres, que se la donan.

Mientras se negociaba el convenio con el Iname para establecer un Club de Niños, se planteaba en la comisión directiva la conveniencia o no de contratar vecinos para trabajar en ese espacio, resolviendo que «no es conveniente [...] se prefiere que el personal contratado no sea del barrio».³² Es difícil, porque no consta en el acta, reconstruir los motivos y argumentos para esta decisión. Podemos deducirlo a través de algunos elementos. En las actas de las reuniones de la directiva hasta 1990 aparece una preocupación constante por la participación en el Movide, en la Coordinadora de la Vivienda Popular, «la importancia de trabajar en las bases», de participar en las marchas de los Sin Techo, la formación de los vecinos «en encuentros sobre educación popular y vivienda», la importancia de la integración de equipos de trabajo por vecinos y un técnico.³³ Hacia mediados de los noventa se observa la importancia del financiamiento para sostener los «programas», la buena «administración» para «rendir cuentas a las agencias» que colaboraban y el aumento de los convenios con el Estado: Iname, Intendencia de Montevideo (IM), Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (MVOTMA). En 1996, en la Memoria presentada a la asamblea de la organización, el equipo socioeducativo valoraba «la mejora en la infraestructura y equipamiento del área» y los tres convenios para planes de viviendas que permitían un «trabajo pos obra» de las trabajadoras sociales con las comunidades barriales realojadas, y planteaba la preocupación «por la necesidad de ir formalizando el marco de relaciones institucionales», reconociendo «un gran avance de los vecinos en el sostenimiento de los proyectos y en la autogestión, a la vez que se afirma cada vez más el trabajo interdisciplinario».³⁴ Hasta 1994 la organización había establecido que en los proyectos no debían trabajar vecinos, sin embargo, a partir de ese año comienzan a contratarse para trabajar en los servicios de la institución, porque los nuevos convenios de Iname a través de la Dirección de Convenios establecían que el local y el personal eran puestos por las organizaciones, mientras el Iname controlaba su cumplimiento a través de inspecciones y pagaba por niño/niña «beneficiaria».³⁵ El hecho de que los vecinos comenzaran a ser empleados de la institución implicó que no pudieran ser electos para la comisión directiva, ya que, en las reglamentaciones sobre asociaciones civiles, los empleados dependientes y sus familiares directos no pueden integrar ese espacio, pero sí elegir a las autoridades y participar de la asamblea. Esta transformación vinculada a la cuestión del trabajo rentado dentro de su institución y su sostenibilidad llevó a la importancia del trabajo técnico en la toma de decisiones y a la configuración de la organización como gestor de políticas públicas a través de planes, proyectos y programas producto de convenios con el Estado, garantizando la libre contratación dentro de la institución. Así, en 2001 la osv tenía convenios con: Iname, Instituto Nacional de Alimentación (INDA), Plan de Centros de Atención a la Infancia y la Familia (CAIF), IM, MVOTMA, Ministerio de Salud Pública (MSP).³⁶ Algunos de los vecinos integrantes de la comunidad San Vicente en los ochenta, que habían dado origen a la organización, a mediados de los noventa pasaban a tener una relación laboral como empleados de los servicios que ahora brinda la institución.

En 1992, la organización logra un convenio con el Centro Comunal n.º 11 dentro del proyecto Casavalle: la osv pone a disposición la ambulancia para el uso de la zona y la Intendencia de Montevideo un chofer y el pago de la nafta.

32 Acta 18, 27 de agosto de 1989, reunión directiva, p. 12. Archivo de la osv.

33 Actas 9 de julio de 1988; 12 de octubre de 1988; 13 de diciembre de 1988, reuniones de directiva, pp. 7-9. Archivo de la osv.

34 Acta 6, Asamblea, 29 de agosto de 1996, pp. 27-28. Archivo de la osv.

35 Documento del convenio Iname-Organización San Vicente, 21 de julio de 1994. Archivo de la osv.

36 Acta 7, Asamblea, 3 de setiembre de 2001, p. 30. Archivo de la osv.

Por último, la cuestión de la vivienda, que había sido un elemento clave de la conformación de la organización y su participación en otros ámbitos como el Movide en los años ochenta, fue desapareciendo. El último proyecto que se llevó a cabo fue en 1994 a través del MVOTMA dentro del plan del Sistema Integral de Acceso a la Vivienda (SIAV), por el cual se construyó un complejo de viviendas, que según Ana Scarenzio,³⁷ una de las trabajadoras sociales que trabajó en el proyecto, medían 33 m², eran denominados *núcleos básicos evolutivos* (NBE), incluían un salón comunal y el acompañamiento de las trabajadoras sociales. El dinero lo otorgaba en calidad de préstamo a las familias el ministerio a través de la ONG, que era la encargada de adjudicar la vivienda, realizar el acompañamiento, administrar el dinero y hacer cumplir el reglamento.³⁸ La construcción de las pequeñas viviendas con materiales livianos quedaba a cargo de una empresa constructora contratada por el SIAV. La Organización San Vicente logró que la mayoría de los vecinos adjudicatarios fueran del barrio, aunque también vinieron familias de realojos desde otros lugares, como la fábrica Martínez Reina.³⁹

La descentralización y privatización de servicios del Estado se hacía a muy bajos costos financieros y de personal; de alguna manera se cumplía con los ajustes presupuestales del Estado. Por su parte, la estructura de la organización era cooptada por el Estado, generando una institución rentada con técnicos y con empleados que eran también beneficiarios pobres de los servicios.

Instituto de Educación Popular El Abrojo: maestros comunitarios, el ómnibus, juventud seguridad ciudadana (1990-1999)

El Abrojo fue una organización cuyo desarrollo institucional fue más rápido que el de San Vicente, ya que surgió a partir de 1988, en 1990 se conformó como ONG y a partir de allí comenzó a conseguir financiamiento externo primero y estatal después. La inserción de los militantes con niños y niñas en situación de calle, cantegriles y la lucha antirrazias los acercó a ciertas problemáticas como la niñez, la pobreza y el consumo de drogas, que junto con el financiamiento y la profesionalización de la organización fueron delineando áreas, programas de trabajo y buscando generar redes de intercambio y formación técnico profesional entre organismos gubernamentales y ONG.

A través de la memoria de los testimonios y de la documentación pueden observarse dos etapas en la institucionalización. Una de 1990 a 1995, que estuvo marcada por el financiamiento externo, a través principalmente de ONG europeas. En ese sentido, Julio Calzada y Adriana Briozzo⁴⁰ recuerdan la venta de ropa enviada por una organización belga para financiar campañas audiovisuales sobre familias que ocupaban viviendas en la zona de Verdisol y del Palacio Legislativo, a manera de apoyo y denuncia de su situación; también actividades recreativas y de animación en Martínez Reina, donde vivían familias desalojadas de los conventillos Medio Mundo y Ansina. Algunas de ellas fueron trasladadas a Casavalle en 1994, al mismo complejo de núcleos básicos evolutivos coordinado entre MVOTMA y San Vicente. A través de fotografías y folletos guardados en el archivo de El Abrojo podemos observar las actividades que se realizaban. El documento titulado *Historias del Paso Molino* planteaba:

37 Licenciada en Trabajo Social. Trabaja en la organización desde 1994, actualmente es su coordinadora general. Entrevista realizada el 20 de febrero de 2018.

38 *Fondo Rotatorio de Mejoras del MVOTMA*, 20 de julio de 1994. Archivo de la osv.

39 Fábrica convertida en hogar municipal transitorio desde 1980 para familias desalojadas de viviendas ruinosas y conventillos del Centro y Ciudad Vieja de Montevideo.

40 Maestra. Trabaja desde 1992 en El Abrojo.

... proyecto de trabajo con niños que juegan, piden, trabajan y roban en las calles del Paso Molino. A través de una propuesta recreativa buscamos crear un espacio en el que el niño se exprese, comparta y participe en actividades en un clima diferente al de la violencia callejera diaria.

Y debajo agregaba: «Nos pueden encontrar en [...] o llamarnos al...»; se anunciaba la jornada de títeres en Martínez Reina y actividades en el Prado.⁴¹

A partir de 1995, la institución consiguió el primer financiamiento formal de una organización suiza, Terres de Hommes. Esta establecía la posibilidad de un «cofinanciamiento por una o varias agencias [...] locales o extranjeras», exigía un proyecto con objetivos, indicadores cualitativos y cuantitativos y los resultados esperados, la descripción de la estructura organizacional, una lista de empleados y sus funciones, el desarrollo de actividades a realizar y la descripción de «la participación de los beneficiarios», así como su «opinión» sobre las actividades del proyecto. La organización suiza financió hasta 1998 varios proyectos: los ya existentes, como Remolino y Casa Abierta, donde funcionaba un centro socioeducativo, y dos que comenzaban a funcionar recientemente: Cachavache y Ómnibus Itinerante. En estos últimos nos concentraremos para observar la institucionalización, la llegada del Estado a la organización y el afianzamiento del trabajo profesional y rentado. A su vez, acompañó este proceso una crisis interna, manifestada en el «Documento del 18 de marzo», escrito en 1994, donde se planteaba como problema «la metamorfosis de El Abrojo y la necesidad de revisar su proyecto institucional».⁴²

Cachavache consistió en un proyecto de alfabetización con maestros comunitarios, que partió del trabajo voluntario de recreadores y de una maestra, Adriana Briozzo, en los núcleos básicos evolutivos ubicados en Casavalle, a donde habían sido trasladadas parte de las familias de la fábrica Martínez Reina. A partir de la detección del analfabetismo de las mujeres madres y de su historia escolar, que parecía repetirse en los niños y niñas del barrio que abandonaban la escuela, ella planteó la posibilidad de trabajar con los niños y las madres en sus casas, integrando al ambiente doméstico el trabajo escolar y alfabetizando a esas mujeres para fortalecerlas y lograr que sus hijos e hijas no abandonaran la escuela. Fue financiado, en gran parte, por Terres de Hommes. Adriana Briozzo recuerda: «Ahí empiezo a trabajar [...] con buena parte de participación rentada, pero la mayoría de las horas eran como voluntaria».⁴³ Para ello, tuvo que realizar un concurso con prueba escrita y quedó como responsable del proyecto, que duró hasta 2002 financiado por Terres de Hommes y por donaciones puntuales como la embajada británica.⁴⁴ En 1998 se otorga al proyecto el premio anual de alfabetización de la Unesco. En las entrevistas realizadas, Paula Baleato, Adriana Briozzo y Julio Calzada coinciden en el recuerdo del conflicto que generó la entrega del premio con el presidente de ese momento, Julio María Sanguinetti, y plantean desde su óptica que para el gobierno era reconocer la existencia de analfabetismo en Uruguay.

Sin embargo, la propuesta pedagógica fue considerada por la Gerencia de Programas Especiales de la Administración Nacional de Educación Pública (ANEP) para extenderla a otras escuelas con altos índices de repetición a partir de 1998. Luego fue tomada por el gobierno del FA a partir de 2005 para su extensión a nivel nacional.

Esta experiencia demuestra los límites del Estado benefactor uruguayo a través del analfabetismo, escasamente conocido y reconocido, así como los problemas de la educación pública y su incapacidad de llegar a todos los sectores de la población. La situación de precariedad de familias

41 *Historias del Paso Molino*, Año 1, n.º 1, 1992, ediciones El Remolino. Archivo de El Abrojo.

42 Documentos del archivo de El Abrojo.

43 Entrevista realizada el 22 de marzo de 2018.

44 Documentos del archivo de El Abrojo.

que fueron desalojadas de conventillos, alojadas en una fábrica abandonada y realojadas en NBE de 33 m², en una zona alejada de sus lugares de referencia (Centro, Barrio Sur, Paso Molino), así como la historia de analfabetismo que atravesaba diversas generaciones parecían no ser visibilizadas desde el Estado, que compulsivamente las había desalojado y realojado. La ausencia del Estado como característica en la garantía de los derechos de ciertas poblaciones, sobre todo pobres y muchas de ellas afrodescendientes, fue visibilizada a través de un proyecto de alfabetización local, de una ONG y de un organismo internacional, lo que también demostraba el escaso interés gubernamental por garantizar derechos sociales a la población.

La modalidad con la que Adriana Briozzo había adquirido la coordinación del proyecto y la realidad de ampliación del trabajo rentado en la organización sobre el voluntariado, así como la exigencia de formación profesional para ocupar cargos en los proyectos, generó una crisis institucional que llevó al alejamiento de algunos de sus integrantes, para los cuales El Abrojo era un lugar de militancia, no de trabajo rentado. Al respecto recuerda Alba Antúnez, una de sus fundadoras:

... en aquel momento también sostenía que [...] importaba que siguiera teniendo un fuerte sostén de militancia, y no de profesionales [...], de gente rentada [...] yo le tenía en aquel momento mucho temor a esto de profesionalizarlos y que todo pasara por la necesidad de conseguir fondos, y de agrandarnos demasiado y de tener una cabeza más empresarial para conseguir esos fondos...

El problema que recuerda Alba Antúnez fue expresado en un documento escrito presentado a la asamblea de la organización para ser discutido, momento recordado por todos los entrevistados como un punto de inflexión de la institución. Allí se planteaba la forma en que se estaban conformando los «equipos de trabajo». Consideraban que la organización estaba viviendo una «metamorfosis» y que se había «desdibujado» el «proyecto institucional», los redactores del documento, cuyos nombres desconocemos porque no aparecen en él, percibían que no estaba claro «entre los integrantes [...] que seamos promotores de una propuesta educativa revolucionaria y alternativa al modelo de sociedad imperante». Las «mutaciones» señaladas por este grupo eran: la extinción del carácter militante, el «crudo pragmatismo» de «nuestra práctica», «la elaboración de un modelo organizacional y una estructura de decisiones jerárquica». Y concluían: «Para este modelo de institución decididamente no estamos dispuestos a trabajar».⁴⁵

Estas rupturas y mutaciones que visualizaban los integrantes fundadores de la organización eran parte de las transformaciones que generaba el proceso de institucionalización y el aumento dentro de esta del trabajo rentado. Ello provocaba conflictos con los principios que le habían dado origen en otro contexto histórico y con la transformación de organizaciones sociales basadas en la acción colectiva a instituciones con coordinadores de programas y proyectos, responsables laboral y económicamente ante organismos estatales o internacionales.

Reflexiones finales

A través del recorrido histórico de dos organizaciones sociales muy diferentes en su origen y composición, pero que culminaron con formatos institucionales similares a fines de los noventa, adecuándose a las políticas de un Estado benefactor en desmantelamiento a través de escasos recursos presupuestales e instalando políticas públicas que respondían a una racionalidad neoliberal, se observan dos transformaciones. Primero, organizaciones que surgieron para resistir y transformar la realidad social y económica de sectores sociales muy pobres en la coyuntura de la dictadura o la reciente apertura democrática —en la que aún había prácticas autoritarias como las

45 «Documento del 18 de marzo». Sus autores no aparecen en él. Archivo de El Abrojo.

razias, los partidos políticos se estaban reorganizando y la cuestión de la justicia con respecto al terrorismo de Estado comenzaba a ser demandada por diversos actores sociales— se convirtieron en ONG una vez instalada la democracia política, haciendo posible su supervivencia. Esto implicó para las organizaciones la posibilidad de continuar con sus proyectos, pero aceptando y adaptándose a las nuevas reglas de juego, que les provocaron rupturas internas y la adopción de una racionalidad que venía establecida por fuera de su organización. Segundo, un Estado con escasos recursos financieros destinados a los servicios que garantizaban derechos a la población comienza a desarrollar institucionalmente prácticas neoliberales a través de la descentralización, la privatización de políticas públicas y las expectativas de los organismos de financiamiento internacional. Se rompía la centralidad del Estado como benefactor de bienes sociales para todos los ciudadanos más allá de su condición social, planteada por el Estado de bienestar, donde este era el representante de toda la ciudadanía, para librar su intervención a la demanda local o territorial, es decir, a lo que la sociedad civil organizada demanda desde tal sector social, barrio, comunidad, grupo, sometiendo la posibilidad de cumplir con ello a organismos de financiamiento internacional, no necesariamente al presupuesto estatal.

El análisis planteado permite visibilizar aspectos del período de la transición que explican el final de la llamada *primavera* de la movilización social que siguió al plebiscito de 1980 y finalizó en 1985. La centralidad de los partidos políticos en la vida democrática uruguaya ha sido la explicación predominante para la desmovilización social que caracterizó el final de la dictadura. Las organizaciones estudiadas permiten observar otros mecanismos que fueron parte de esa evolución: el desarrollo de las ONG. Estas fueron parte de un proceso de confluencia conflictivo y tenso entre los proyectos de educación popular basados en la participación directa y en la promoción de actores excluidos socialmente, y las racionalidades neoliberales que buscaban la descentralización y la privatización de políticas públicas, en el marco de un proceso de inserción del Estado uruguayo en las políticas de organismos internacionales.

De esta forma, la institucionalización de ciertas organizaciones sociales fue parte de la transición a la democracia y de los nuevos formatos que adquirirían muchos movimientos sociales para poder sobrevivir en el capitalismo global neoliberal de los años noventa. El establecimiento de la democracia implicó el retorno de los partidos como centro de la vida política y la conformación de un Estado que identificó un nuevo actor social como interlocutor en la implementación de las políticas públicas: la sociedad civil organizada en ONG.

Bibliografía y fuentes

Bibliografía consultada

- ÁLVAREZ, M. J. (2017). *Squatters and the politics of marginality in Uruguay*. Ginebra: Macmillan.
- ÁLVAREZ, E. S. (2001). «El boom de organizaciones feministas no gubernamentales en América Latina», en HELFRICH, S. (dir.). *Género, feminismo y masculinidad en América Latina*. San Salvador: Böll.
- APARICIO, A. y otros (2018). *El Abrojo 30 años 30 historias 1988-2018*. Montevideo: IMPO.
- BARREIRO, F. y CRUZ, A. (1991). *Entre diversidades y desafíos. Organizaciones no gubernamentales de Uruguay. Análisis y repertorio*. Montevideo: ICD-AECI-Comisión de las Comunidades Europeas, 2.ª ed.
- BASANTA, V. y LARROSA, M. (1998). *Haciendo memoria con los vecinos de San Vicente y el padre Cacbo*. Montevideo: CIPFE.
- BENTON, L. (1986). *La demolición de los conventillos: la política de la vivienda en el Uruguay autoritario*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CASTAGNOLA, J. L. y PÉREZ, R. (1987). «Movimientos sociales. Revista Uruguaya de Ciencias Sociales». *Cuadernos del Claeb*. n.º 42, pp. 153-168.
- CLARA, M. (2017). *Cuando el otro quema adentro. Padre Cacbo*. Montevideo: Planeta.
- CORAGGIO, J. L. (2004). *De la emergencia a la estrategia. Más allá del «alivio de la pobreza»*. Buenos Aires: Espacio.
- DE GIORGI, Á. y DEMASI, C. (2016). *El retorno a la democracia. Otras miradas*. Montevideo: Fin de Siglo.
- FILGUEIRA, H. C. (comp.) (1985). *Movimientos sociales en el Uruguay de hoy*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- FRASER, N. y GORDON, L. (1992). «Contrato vs caridad: una reconsideración de la relación entre ciudadanía civil y ciudadanía social». *Revista Isegoría*, n.º 6, pp. 65-82. Traducido del idioma original por Pedro Francés Gómez. doi: 10.3989/isegoria.1992.i6.324
- FREGA, A. y otros (2008). *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- GAGO, V. (2015). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Colección Nociones Comunes.
- HARVEY, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- MAX-NEEF, M. y otros (1990). *Sociedad civil y cultura democrática. Mensajes y paradojas*. Montevideo: Nordan Comunidad-Cepaur.
- MENÉNDEZ-CARRIÓN, A. (2015). *Los avatares de una polis golpeada. La experiencia uruguaya*, tomos I, II y III. Montevideo: Fin de Siglo.
- O'DONNELL, G. y SCHMITTER, PH. (1988). *Transiciones desde un gobierno autoritario*, vol. 4. Buenos Aires: Paidós.
- REBELLATO, J. L. (2008). *Ética de la Liberación*. Montevideo: Nordan.
- RICO, Á. (2005). *Cómo nos domina la clase gobernante. Orden político y obediencia social en la democracia posdictadura. Uruguay 1985-2005*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- SÁNCHEZ, G. (2010). «La esperanza del Concilio...». Disponible en: <<http://www.redescristianas.net/la-esperanza-del-concilio-gabriel-sanchez-montevideo-uruguay/>> [Consultado el 1.º de julio de 2019].
- SMITH, A. y otros (2017). *The Revolution will not be funded. Beyond the Non-Profit Industrial Complex*. Durham: Duke University Press.
- TARROW, S. (1998). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales. La acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza. Traducción de Francisco Muñoz de Bustillo.
- TILLY, CH. y WOOD, L. (2009). *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica. Traducción al español de Ferran Esteve.
- TROVARELLI, C. A. (dir.) (2000). «Edición Homenaje a José Luis Rebellato». *Revista de la Multiversidad Franciscana de América Latina*, n.º 10.
- UBILLA, P. (1998). *El ómnibus de El Abrojo. Un recorrido con l@s guris@s en situación de calle*. Montevideo: Multiversidad Franciscana de América Latina.
- VEGA, D. (1988). «Condiciones de vida y participación social en la restauración democrática». *Revista de Ciencias Sociales*, n.º 3, pp. 141-150.
- ZANATTA, L. (2012). «La edad neoliberal», en *Historia de América Latina. De la colonia al siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Fuentes

Archivos

Archivo de El Abrojo

Archivo de la Organización San Vicente

Audiovisuales

El Abrojo (2013). *25 años de El Abrojo*. Audiovisual disponible en <<https://www.elabrojo.org.uy/quienes-somos/>> [Consultado el 30 de julio de 2019].

Prensa

El Observador

El País

Opinar

Entrevistas

ANTÚNEZ, ALBA, 19 de setiembre de 2018.

BALEATO, PAULA, 15 de febrero de 2018.

BRIOZZO, ADRIANA, 22 de marzo de 2018.

CALZADA, JULIO, 7 de marzo de 2018.

MARTIRENA, ALICIA, 19 de octubre de 2018.

R., J., 19 de octubre de 2018.

SCARENZIO, ANA, 20 de febrero de 2018.

Recibido: 26/2/2019. Aceptado: 17/4/2019

Entre Teatro Abierto y el under porteño. Conflictos estéticos y políticos del teatro independiente durante la transición argentina

Florencia Dansilio¹

Resumen

El presente artículo tiene por objeto analizar el conflicto entre dos posiciones artísticas que se configuran en el campo teatral argentino durante la década del ochenta y la influencia de este en la actualización de las formas de pensar y de hacer teatro en Argentina. Por un lado, se abordará el festival Teatro Abierto, organizado por artistas herederos del movimiento de teatros independientes, entre los años 1981 y 1985. Por otro lado, se indagará en el teatro que emerge en el circuito *underground* de la ciudad de Buenos Aires entre los años 1982 y 1989. Analizar de forma comparada los conflictos estéticos y políticos que sustentaron la oposición de estos dos fenómenos teatrales permite dar cuenta de las diferentes estrategias para abordar la transición política desde la actividad teatral. Por último, el artículo propone la hipótesis de que los términos del conflicto serán posteriormente recuperados para la formulación de una nueva praxis de creación teatral en Argentina.

Palabras clave: teatro independiente, underground, Buenos Aires, posdictadura

Abstract

The current article seeks to analyze the conflict between two artistic positions that consolidate in the Argentine theater during the 80's. It also seeks to examine how this conflict influenced the incorporation of updated ways of conceptualizing and doing theater in Argentina. On the one hand, it will cover the Teatro Abierto festival organized by artists influenced by the independent theaters movement, between the years 1981 and 1985. On the other hand, it will explore the theater that emerges in the underground circles of the city of Buenos Aires between the years 1982 and 1989. Analyzing from a comparative perspective the political and aesthetic conflicts that sustained the antagonism between these two phenomena allows to assess the different strategies that actors from the theater used to represent the political transition on stage. Finally, the article hypothesizes that the terms that marked this conflict are later recovered in future formulations leading to a new praxis of theater creation in Argentina.

Keywords: independent theater, underground, Buenos Aires, post-dictatorship

¹ Doctora en Sociología del arte por la Universidad Paris 3 - Sorbonne Nouvelle. Post-doctorante « Labex Création Arts Patrimoine » en el Centre de Recherches sur les Arts et le Langage, École des hautes études en sciences sociales.

Introducción

... la situación del teatro en el país es realmente crítica. Hay mucha censura, hay mucha autocensura, hay gente prohibida, gente que no puede trabajar [...] Y de pronto, en el último tiempo, [...] nos hemos vuelto a reunir, a juntar, a ver qué cosa podemos hacer para movilizar un ambiente que está inmovilizado. [...] Porque alguna vez el teatro argentino, en la época de los teatros independientes, fue casi como un movimiento que en un momento dado dictó su propia política cultural a contramano de la política cultura oficial.

Oswaldo Dragún en 1981²

El Parakultural canaliza y activa todo aquello que Teatro Abierto no puede canalizar ni activar. Teatro Abierto es como la expresión de la reapertura democrática dentro del teatro, pero lo que hace es recuperar el teatro independiente de los años sesenta... Lo que hace el Parakultural es no recuperar, sino abrir la posibilidad de un concepto que es la fiesta, una expresión que no está controlada, que no está normalizada. De ahí salieron muchas cosas muy interesantes y otras que no, pero la fiesta era esa, generar un caldo de cultivo.

Emilio García Wehbi³

Los años de transición democrática en Argentina fueron el escenario de una tensión entre dos posiciones artísticas dentro del campo teatral independiente. Si bien una misma necesidad de recuperar espacios de creación y de socialización artística movilizaba a una gran parte del teatro durante este período, se evidencia también una profunda divergencia pragmática y epistémica sobre cómo y por qué hacerlo, delimitando diferentes frentes de acción. Revitalizar un antiguo *movimiento* teatral o renovar el teatro en clave de *fiesta* fueron las estrategias antagónicas con las que se suele identificar a ambas posiciones. En efecto, el conflicto entre artistas que se situaron en continuidad ideológica y estética con el movimiento de teatros independientes y artistas que dieron sus primeros pasos en los albores de la democracia en los círculos asociados al *underground* porteño se manifiesta como una imposibilidad dialógica entre dos paradigmas que definen diferentes formas de hacer y de concebir teatro. Un teatro de herencia realista, con un eje textual estructurador, con personajes identificables y con una puesta en escena que prioriza la coherencia del relato era celebrado por los primeros. Un teatro basado en la actuación, situado en la frontera de lo que tradicionalmente separa al actor del personaje y la generación de ficción con la relación social de expectación era el que defendían los segundos. De esta forma, durante los años ochenta, un teatro «serio», de sala teatral, que reactualizaba el ideal de la responsabilidad social del teatro y que se involucraba directamente en las políticas culturales de la nueva democracia, se oponía a un teatro donde primaba el elemento lúdico y paródico, que era presentado generalmente en espacios no convencionales y que convocaba a la fiesta como elemento aglutinante de una nueva comunidad de artistas y de espectadores.

2 Oswaldo Dragún en 1981 en Giella (1991: 38)

3 Entrevista a Emilio García Wehbi realizada por la autora. Buenos Aires, 2014.

Si bien la distancia histórica permite relativizar la radicalidad de esta batalla, observando cómo estos dos grupos sociales se asemejan más de lo que parece en el intento de ponerse de acuerdo colectivamente para producir teatro en un contexto de transición, a través del enfoque sociológico es posible identificar los mecanismos mediante los cuales se elaboraron ambas posiciones. Estas posiciones artísticas se configuraron en torno a trayectorias sociales divergentes (en lo que refiere a la edad, al estilo de vida, a los intereses, a las formas de socialización e incluso al origen social de los artistas), pero también a partir de la elaboración colectiva de una oposición estética y política entre ellas. Por un lado, un desacuerdo sobre cuáles eran las formas teatrales legítimas, tolerables, necesarias o deseadas por los artistas en el contexto sociopolítico del retorno a la democracia. Por otro lado, una diferencia en torno a cómo se organizaba la actividad teatral independiente y al sentido político que a esta se le otorgaba. Dicha oposición puede resultar reductora de la complejidad en la que se manifiesta cada posición y de los múltiples cruces entre ellas. Sin embargo, tanto la idea de movimiento como la de fiesta han sido útiles para analizar las diferentes formas de conjugar las prácticas políticas y las prácticas artísticas que se generaron en el teatro independiente al finalizar la dictadura militar.⁴ Su utilización, como sinéctico de una posición artística, es un indicador, además, de la manera en que la comunidad teatral ha recuperado y elaborado en los años posteriores el relato de su propia reinención posdictadura.

Este artículo se propone analizar desde una perspectiva comparada las ideas principales que decantan, primero, del ciclo Teatro Abierto (TA), realizado por primera vez en 1981 (y que se reeditó en 1982, 1983 y 1985), y, segundo, del teatro que emergió del *underground* porteño (que suele situarse aproximadamente entre los años 1982 y 1989). La noción sociológica de «posición artística» (Bourdieu, [1992] 1998) nos permite analizar el conflicto estético y político producto del enfrentamiento de ambas corrientes desde un punto de vista relacional, es decir, como la consecuencia de posturas coyunturales (en función de las tradiciones teatrales locales, de las tendencias internacionales y de las distancias o cercanías con otras posiciones) y no como un antagonismo irreconciliable. Por otra parte, sostenemos la hipótesis, y este artículo intenta ser una contribución a su demostración, de que de este conflicto entre dos posiciones teatrales en los primeros años posdictadura surgirán praxis teatrales renovadoras, como es el «teatro de estados» de Ricardo Bartís, en la medida en que proponen una práctica de creación teatral en coherencia con un discurso refundador del teatro y que lograrán imponerse en el campo teatral como una síntesis actualizada de las posiciones anteriores.⁵

Teatro Abierto: tesis de un teatro político

Teatro Abierto fue un festival de obras de teatro inéditas que reunió a partir de su primera edición, en 1981, a un vasto grupo de artistas cercanos al movimiento de teatros independientes, circuito particularmente desarticulado durante los años de dictadura militar.⁶ Es a partir de la ini-

4 La literatura sobre el tema aborda generalmente ambas posiciones por separado, y dentro de ella escasean los trabajos comparativos. En lo relativo a los estudios sobre los artistas herederos del movimiento de teatros independientes, nos referimos en este artículo a los trabajos de Miguel Ángel Giella sobre Teatro Abierto (1991), así como a los ya clásicos trabajos de Jorge Pellettieri (1994). En lo que refiere al teatro *underground* y a su oposición estético-política a la tradición independiente, véase por ejemplo Dubatti (2006) o bien los trabajos sobre la movida *underground* de Daniela Lucena (2013).

5 Por un estudio detallado de la recomposición del campo teatral argentino durante los años ochenta y noventa véase Dansilio (2017).

6 El llamado movimiento de teatros independientes toma como fecha de nacimiento simbólica la apertura del Teatro del Pueblo por Leónidas Barletta en 1930, precursor de un gran número de compañías independientes que se formarán durante las décadas siguientes, como el Teatro Proletario, el Teatro J. B. Justo en 1932, el

ciativa de los dramaturgos Osvaldo Dragún y Roberto Cossa, desde el café situado en el subsuelo de la sede de la Sociedad General de Autores de la Argentina (Argentores) que se materializó la idea de solicitarle a una serie de dramaturgos la escritura de piezas teatrales breves. Además, se conformaron listas de artistas para participar de los diferentes rubros (dirección, actuación, escenografía) y, en función de estas, se forman equipos de trabajo que aseguraran la puesta en escena de los textos elegidos. El éxito de la convocatoria fue inmediato, por la cantidad de artistas que respondieron favorablemente, por el público entusiasta que llenó las butacas del teatro durante el festival y, finalmente, por las repercusiones que tuvo en la opinión pública y en las posteriores políticas culturales de la *primavera democrática* durante el gobierno de Raúl Alfonsín.

El festival tenía como objetivo manifiesto resistir artísticamente al régimen de facto, en un momento donde los militares en el poder perdían legitimidad (Novaro y Palermo, 2011) y diferentes manifestaciones culturales comenzaban a salir tímidamente de las catacumbas.⁷ «La triste realidad política exigía que, de alguna manera, el teatro como actividad estético-social se incorporara a la lucha por la libertad democrática» afirma Giella en su libro sobre la primera edición del TA (1991: 25). Esta resistencia era por supuesto ideológica (de hecho, muchas de las obras que se presentaron en el primer ciclo hablan directa o indirectamente del autoritarismo, de la represión, de la censura, entre otros temas que referían a la actualidad política), pero también pragmática. Muchos de sus protagonistas afirman que una de las motivaciones iniciales era la necesidad de reconstituir una red de artistas que estaban completamente dispersos: muchos artistas se encontraban en el extranjero o volvían del exilio, otros trabajaban en empleos alejados del teatro o estaban desempleados, otros escribían o enseñaban en solitario. Había que resistir, pero imperaba también la necesidad de generar nuevas condiciones de producción de la actividad teatral. La intuición de Dragún y Cossa se confirmó, y superaron incluso las expectativas iniciales al reunir en

Teatro La Máscara en 1939, el Teatro IFT Asociación Israelita en 1940, por mencionar solo algunas de las decenas de compañías que se forman por estos años. En tensión con la dictadura de José Onganía en sus comienzos, lo que después se configurará como un movimiento nucleado en torno de la Federación Argentina de Teatros Independientes (FATI) también se opondrá a las políticas culturales del plan quinquenal del gobierno de Juan Domingo Perón. Contra el «teatro oficial», ya sea en su versión elitista o popular, el teatro independiente, próximo a agrupaciones de izquierda y anarquistas y teniendo al francés Romain Rolland como referencia, defenderá un arte teatral de calidad en función de las necesidades de la Argentina, donde no prime ni el interés mercantil (como en los grandes teatros privados que desde los años veinte se aglutinaban en torno a la avenida Corrientes) ni las voluntades politicoideológicas del poder estatal. En los años 1950, aparece una nueva ola de compañías teatrales independientes como Nuevo Teatro en 1950, Teatro Popular Fray Mocho en 1951, Teatro de los Independientes en 1952, con una preocupación por renovar el lenguaje teatral y la profesionalización de los artistas, donde se formarán una gran parte de los que participarán posteriormente en el ciclo Teatro Abierto. A partir de finales de los años sesenta y fundamentalmente a partir de la última dictadura militar, la actividad independiente se desarticuló progresivamente, dado el exilio o la censura de artistas, la disolución de compañías y el cierre de numerosas salas. Por una historia del primer momento del teatro independiente (1930-1955) por intelectuales contemporáneos al movimiento véanse Marial (1955) u Ordaz (1957). Por un análisis desde una perspectiva histórica véase Pellettieri (2006).

7 Durante la dictadura militar se generaron diferentes intersticios de consumo e intercambio cultural que escaparon a una censura sistemática o clausura. Algunos bares o pubs dedicados a una programación musical profesional como Music Up en 1978 o La Trastienda en 1978 son nichos de «resistencia» cultural a los embates del régimen. Ciertos centros culturales extranjeros (como el Instituto Goethe) o cinematecas (como la del Teatro San Martín) y algunas librerías de la avenida Corrientes también ofrecían un espacio de «excepción» de la socialización cultural durante el régimen. Por otro lado, ya desde la dictadura de José Onganía (1966-1969) los cursos particulares, talleres de formación artística o de creación literaria habían confinado a la esfera privada la formación y la socialización artística, pero fueron un nicho de intercambio que se mantuvo «a los márgenes de lo permitido» (López, 2017) durante el régimen dictatorial, oficiando de antesala de la cultura *underground* que se reivindicara a partir de los años ochenta (véase Brocato, 1993).

poco tiempo a casi doscientos artistas que, de forma honoraria, se pusieron a trabajar en las obras, para dar lugar a un programa de 21 piezas inéditas de autores como Griselda Gambaro, Eduardo Pavlovsky, Carlos Gorostiza, Pacho O'Donnell, Ricardo Monti, dirigidas por Omar Grasso, Jorge Petraglia, Raúl Serrano, Alberto Ure, Villanueva Cosse, entre otros.

La referencia explícita al antiguo movimiento de teatros independientes en los testimonios de los participantes y en el texto de inauguración del festival intenta reavivar un imaginario colectivo predictadura que conecta estrechamente la actividad artística con un posicionamiento en el campo político. Esta revitalización del imaginario independiente se manifiesta además en otros tres elementos centrales de la primera edición: 1) la articulación del trabajo individual con una configuración colectiva mayor; 2) la identificación de un enemigo común (la dictadura militar y sus políticas represivas); 3) la elaboración de una causa que trasciende el trabajo estrictamente estético. La declaración de principios, redactada por Carlos Somigliana y leída por el presidente de Argentores Jorge Rivera López el 28 de julio de 1981, día de la inauguración de la primera edición de TA, es ilustrativa de ello y explícita además el puente entre la épica del movimiento de teatros independientes de la primera mitad del siglo xx y la afirmación de una nueva posición de los artistas independientes hacia el final de la dictadura militar:

¿Por qué hacemos Teatro Abierto? Porque queremos demostrar la existencia y vitalidad del teatro argentino tantas veces negada; porque siendo el teatro un fenómeno cultural eminentemente social y comunitario, intentamos mediante la alta calidad de los espectáculos y el bajo precio de las localidades recuperar a un público masivo; porque sentimos que todos juntos somos más que la suma de cada uno de nosotros; porque pretendemos ejercitar en forma adulta y responsable nuestro derecho a la libertad de opinión; porque necesitamos encontrar nuevas formas de expresión que nos liberen de esquemas chatamente mercantilistas; porque anhelamos que nuestra fraternal solidaridad sea más importante que nuestras individualidades competitivas; porque amamos dolorosamente a nuestro país y este es el único homenaje que sabemos hacerle; y porque por encima de todas las razones nos sentimos felices de estar juntos (cit. en Giella, 1991: 39-40).

Esta celebración de la gesta colectiva se verá amplificada luego del incendio intencional que destruye el Teatro El Picadero, donde se llevaba a cabo el festival, a una semana de su inauguración. La inmediata reacción de la comunidad teatral (más de 17 teatros privados ofrecieron sus salas) permitió que el festival continuara en el Teatro Tabarís y las manifestaciones de apoyo de conocidos intelectuales (como Adolfo Pérez Esquivel, Jorge Luis Borges o Ernesto Sábato) otorgaron una notoriedad inesperada al evento. «Teatro Abierto, hoy, pertenece a todo el país» afirmaron enfáticamente los organizadores en un comunicado de prensa luego del incendio. TA se erigió entonces como una metáfora de las libertades socavadas por el proceso militar y se volvió un emblema del combate cultural de la inminente apertura democrática.⁸ «Teatro Abierto fue más un fenómeno político que estético, una respuesta masiva de rechazo al régimen imperante que llevó a la gente a los teatros para agruparla alrededor del tema de la libertad», afirmaba en una entrevista Roberto Cossa, una vez finalizado el ciclo en 1986.⁹ La recepción y las repercusiones de Teatro Abierto 1981, como se le llamó a la primera edición, mostraron que si bien el movimiento de teatros independientes no existía más como actor cultural y político unificado, sus principios eran aún movilizados en un contexto de transición, convocando en un nuevo formato, el ideal de un teatro colectivo, desinteresado y comprometido con la realidad nacional.

8 Luego del suceso de la primera edición, se realizaron tres ediciones más, se creó la *Revista de Teatro Abierto*, cuya dirección editorial se le delegó al dramaturgo Ricardo Monti, y el festival se replicó en otras disciplinas artísticas (Tango Abierto, Folclore Abierto, Danza Abierta).

9 Entrevista a Roberto Cossa, *Revista Clarín*, 22/2/1986, n.º 14.387.

Las obras de la primera edición, si bien heterogéneas entre sí en cuando a los temas y a los estilos, se sitúan en continuidad con las tendencias dramáticas que se habían configurado en la prolífica década del sesenta y en los primeros años de la década del setenta: entre el realismo costumbrista y el absurdo, y un género híbrido consecuencia de la fusión de ambos —que Néstor Tirri llamara «realismo artaudiano» (1973: 12)— o bien «grotesco metafórico» (Pellettieri, 1989). Por otra parte, el elemento estructurador de la pieza es el texto escrito, además de la persistencia de una clara distinción (y a veces una asumida jerarquía) entre quién escribe, quién dirige, quién actúa y quién se ocupa de los dispositivos técnicos (si bien hay una apuesta importante al trabajo en equipo, en todo caso más que en los otros circuitos de ese momento).

La obra *Decir sí* de Griselda Gambaro, que abrió el festival, es un ejemplo de la tendencia absurdista, reivindicada por el teatro de vanguardia en la década del sesenta, con derivas hacia el grotesco. La obra se sitúa en una peluquería, donde dos hombres, el peluquero y el cliente, mantienen un intercambio completamente inesperado en un espacio común y cotidiano. El peluquero, silencioso y taciturno, se rehúsa atender al cliente, proponiéndole un intercambio de roles: el peluquero pasa a ser cliente y viceversa. El cliente, contrariado, obedece. Según Beatriz Trastoy, este intercambio plantea diferentes metáforas: «Por una parte, el que corresponde a la relación víctima-victimario [...]. Por otra parte, el que transgrede el anterior, es decir, que subvierte la posición discursiva convencional de la víctima, al presentarla como legitimadora del discurso del victimario» (1990). El cliente opta constantemente por volver a la palabra como un intento de restaurar cierta coherencia interactiva, para terminar, al final, por ser decapitado a manos del peluquero. «La imposibilidad de decir “no” lleva a la tragedia», afirma Nora Parola-Leconte (1997), quien inscribe la pieza en lo que podría llamarse una «parábola política» a través de la relación entre opresor y dominado y de la banalidad cotidiana que esconde una crueldad latente. Este procedimiento dramático de inyectar un elemento terrorífico o perturbador en una situación familiar y conocida es un recurso que se repite en muchos de los textos dramáticos de esa generación y en varios de los que se muestran en Teatro Abierto 1981, como *Tercero incluido* de Eduardo Pavlovsky. En cambio, la obra *Gris de ausencia* de Roberto Cossa, también presentada en el ciclo, es un ejemplo del realismo reflexivo de los años setenta,¹⁰ ya que retoma los códigos del costumbrismo local.¹¹ Ejemplo paradigmático del «teatro serio», que dialoga con los dilemas de la clase media argentina, la obra tiene como eje temático el desarraigo y la melancolía de una familia argentina instalada en Roma tras el exilio y las complejidades se presentan a la hora de volver al país de origen.

El éxito de la primera edición motivó la realización de un nuevo ciclo al año siguiente. Para la segunda edición de TA, en 1982, se implementó una convocatoria abierta y anónima y se recibieron más de trescientos textos teatrales, de los cuales fueron elegidos treinta para su realización. De esta forma, nuevas generaciones se incorporaron al programa y presentaron también diferentes temas (que fueron sin embargo considerados como «menos comprometidos») y una apertura hacia formas de creación colectiva que comenzaban a adoptar por ese entonces los más jóvenes (por lo que el festival fue criticado por lo heterogéneo e irregular en la calidad de las obras). Las tensiones en torno a la programación de esta segunda edición son sintomáticas del conflicto

10 Según Osvaldo Pellettieri (1997) el realismo reflexivo es un tipo de realismo que emerge en Argentina los años setenta. Se trata de un teatro de tesis en el que las réplicas se supeditaban a lo que se intentaba demostrar, un género serio, donde generalmente el humor estaba excluido de la entonación.

11 La idea de local o nacional de este tipo de teatro viene del propio Cossa, que se refiere a una matriz ideológica propia del contexto sociopolítico de la Argentina presente en diferentes discursos de la época, como por ejemplo en ciertos enunciados políticos, periodísticos o literarios. Según Pellettieri (1990) el «ideologema» de este tipo de teatro era «la joven clase media vive la búsqueda de su identidad como una utopía».

que este artículo intenta demostrar: el desfase entre los códigos de una generación artística en proceso de afirmación y de recuperación de espacios perdidos durante la dictadura y los intereses de la generación entrante.¹² Si bien la crítica teatral de la época manifestó su malestar frente a esta apertura en la convocatoria, Jorge Dubatti afirma en cambio que es necesario remarcar la «importancia de esta puerta abierta por Teatro Abierto 1982 a las prácticas teatrales colectivas y especialmente a las manifestaciones del “nuevo teatro”, llamado también “teatro joven”», apuesta que se profundizaría en las ediciones siguientes con la inclusión en Teatro Abierto 1983 —cuyo lema fue «ganar la calle»— de manifestaciones de teatro callejero y de murgas (Dubatti, 1991: 84). Los cambios identificados en la programación entre la primera edición y las subsiguientes, así como las resistencias que estos cambios generaron, dejan en evidencia dos aspectos: primero, que, pese a la desarticulación teatral diagnosticada, nuevas generaciones estaban produciendo teatro, y, segundo, que estas priorizaban otros lenguajes escénicos, menos fieles a las formas convencionales del teatro argentino o a sus opciones vanguardistas.

La repercusión de TA en un campo artístico en pleno restablecimiento y los discursos de celebración de una crítica intelectual y teatral también en recomposición hicieron de este evento un paradigma de la reapertura democrática, así como la afirmación de un ideal de teatro político y comprometido. Si bien no todas las obras tenían un contenido político explícitamente transmisible bajo forma de mensaje, una gran mayoría hacían referencia explícita o bien implícita a través de procedimientos metafóricos o desdoblamientos absurdos a los avatares de un régimen *de facto* y a los desafíos de la recuperación democrática. Por otra parte, su recuperación posterior por las políticas culturales del gobierno de Raúl Alfonsín supuso el reconocimiento de muchos de los artistas del teatro independiente que habían participado en la iniciativa de Teatro Abierto. La incorporación de algunas de estas figuras a la cabeza de las instituciones culturales durante los primeros años de la democracia¹³ generó, por un lado, la incorporación de los principios ético-políticos y de las formas estéticas de esta generación de teatro independiente en el teatro oficial, y, por otro, cierto malestar dentro de sus filas frente a lo que se veía como una posible institucionalización del teatro independiente e incluso la posible consolidación de una nueva *doxa* teatral.

La emergencia de una posición antitética desde el under teatral

La denominación *teatro under* hace referencia a una serie heterogénea de espectáculos teatrales y performáticos, de tendencia experimental, presentados en el marco del circuito *underground* porteño de los años ochenta, más tarde rebautizado por la prensa cultural como *movida under*, en referencia a la *movida* madrileña posfranquista. Se trata de una serie de bares, pubs, discotecas y salas teatrales, ubicados en barrios céntricos y adyacentes de la ciudad de Buenos Aires, que durante los años ochenta nuclearon a ciertos sectores de la juventud porteña en torno a una oferta cultural rupturista y a prácticas nocturnas que desafiaban los códigos morales del orden, la discreción y la

12 Las críticas a la edición 1982 por los puristas de la edición anterior fueron múltiples. Además de considerar que las obras eran «menos comprometidas» que en la primera edición y «heterogéneas» en calidad, se criticó duramente el hecho de que autores de gran talla como Pavlovsky, O'Donnell o Gambaro hubieran quedado fuera de la selección, lo que condujo a los organizadores a volver a la modalidad aplicada en 1981.

13 Carlos Gorostiza, miembro de la comisión directiva de TA y dramaturgo en 1981 fue nombrado ministro de Cultura por el presidente Raúl Alfonsín, cargo que sin embargo abandonó en 1986. Mario Pachó O'Donnell, escritor y psiquiatra que volvió del exilio para participar como dramaturgo en TA 1981 fue nombrado secretario de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires durante el gobierno de Alfonsín y fue uno de los propulsores, ya bajo el gobierno de Carlos Menem, del Instituto Nacional del Teatro, que se creó finalmente en 1996. Roberto Perinelli, dramaturgo en TA 1981 fue designado por O'Donnell para dirigir la Escuela Municipal de Arte Dramático.

disciplina heredados de la dictadura militar (Lucena, 2012: 35-46). Estos lugares nocturnos ofrecían, además de venta de alcohol y de *sets* musicales bailables, una programación informal de espectáculos teatrales, de conciertos en vivo, de performances, de exposiciones y otras propuestas ligadas a la difusión de nuevas tendencias artísticas y culturales. De acuerdo con la hipótesis de Soledad López, en su documentada tesis sobre los lugares que configuraron el *underground* porteño, la periodización de este circuito se sitúa entre 1982, con la apertura del Café Einstein, lugar pionero de la combinación característica del *under* de socialización nocturna e incipiente experimentación artística, y 1989, momento en que el circuito se profesionaliza y se diversifica, y que marca el cierre del primer Centro Parakultural y de Medio Mundo Varieté, dos epicentros de la programación teatral alternativa (López, 2017). A través de la elaboración de una cartografía del *under*, el estudio de López da cuenta de al menos 63 lugares que funcionaron con regularidad durante este período, entre bares y pubs, discotecas y salas teatrales, en un eje norte-sur de la ciudad de Buenos Aires que conectaba los barrios Palermo y San Telmo (2017: 30).

Al analizar de forma comparada el ciclo TA y la aparición del *under*, dos elementos resultan de interés. En primer lugar, la relación compleja con el poder político en el pasaje de la dictadura a la democracia. Teatro Abierto se concibió como una forma de reconstituir una red de artistas desarticulada, fundamentalmente debido a la censura dictatorial y al exilio de los artistas durante los setenta. El *under* porteño, en cambio, continuó y profundizó una actividad cultural intersticial¹⁴ que había sobrevivido a la censura, tal vez por estar menos asociada al fantasma de la subversión o que se había generado a espaldas del oscurantismo militar durante el régimen *de facto*.¹⁵ Sin embargo, luego del incendio en 1981 y ya recuperada la democracia, TA establece un nuevo pacto con los poderes públicos y es celebrado y promovido por las políticas culturales del nuevo gobierno democrático, mientras que los lugares del *under* son uno de los objetivos de las *razzias* policiales características de los años posdictadura y de reiteradas clausuras y controles municipales a lo largo de toda la década del ochenta y del noventa. En segundo lugar, la relativa antinomia en la gestación de ambos fenómenos culturales: si bien TA y el *under* porteño suelen presentarse como extremos opuestos de la respuesta cultural a la dictadura y de la forma de reapropiarse del espacio público por parte de los artistas, comparten sin embargo una misma temporalidad, así como una similar «necesidad de juntarse».¹⁶

En 1981, inspirados por la primera edición de TA, una serie de lugares se animaron a abrir sus puertas bajo el impulso de crear nuevas condiciones de encuentro y de intercambio cultural. El Café Nexus, El Corralón o el Auditorio Buenos Aires, fueron nuevos espacios que, si bien

14 Según la Sociología urbana y la Geografía cultural, los intersticios definen *territorios* que se escapan a la especulación y que suelen estar en un importante estado de abandono y de deterioro, por lo que son susceptibles de transformarse *territorios culturales*, en paralelo a las prácticas existentes en la ciudad. Estos lugares de carácter *intersticial*, como pueden ser múltiples lugares del *under* porteño, aparecen de forma improvisada y sin una planificación previa, escapan a veces al ordenamiento territorial de la ciudad y las actividades que allí se desarrollan se inscriben generalmente en el sector de la economía informal. Asimismo, su existencia suele ser efímera, ya que esta situación de marginalidad atenta contra su perennidad. La aparición de estas ofertas culturales en intersticios urbanos ha sido identificada en ciudades que experimentan un proceso de transición, como, por ejemplo, el caso de Berlín luego de la reunificación. Véase, por ejemplo, Grésillon (2002a) o también Grésillon (2002b).

15 Por un estudio detallado sobre la actividad teatral durante la dictadura militar véase Verzero (2009).

16 La expresión «necesidad de juntarse» es propuesta por Irene Villagra (2011). Esta misma idea, bajo diferentes formulaciones se encuentra en una gran parte de los testimonios de los protagonistas del *under* teatral, tal como lo evidencia el ya citado trabajo de López (2017: 59).

endogámicos, oficiaron de antesala de lo que luego serían los lugares del *under*.¹⁷ El desfase entre estas dos tendencias se vuelve evidente luego de recuperada la democracia: mientras que TA mostraba rápidamente signos de agotamiento y perdía sentido una vez finalizada la dictadura militar (la última edición se realizó en 1985), el circuito *underground* no dejó de crecer hasta finales de la década del ochenta (de hecho, en 1985, se identifica el máximo número de locales abiertos), inspirando además a diferentes fenómenos que se desarrollaron durante la década siguiente: el auge de las discotecas y la configuración de lo que más tarde se llamaría el circuito teatral *off-Corrientes*.

De la multiplicidad de lugares que conformaron el circuito *underground*, el teatro tenía sus epicentros. El lugar pionero fue sin dudas el Café Einstein (1982-1984), abierto en un apartamento diminuto sobre avenida Córdoba por Omar Chabán, gestor cultural y estudiante de teatro, un lugar que, por su corta vida y su propuesta precursora, se volvió rápidamente un mito *under* dentro del propio *under*.¹⁸ La programación alternaba conciertos de rock en vivo con números teatrales originales, como los *sketches* de la artista Vivi Tellas. La discoteca Cemento y el Centro Parakultural son otros dos lugares que aparecen regularmente en los discursos de los protagonistas de la movida o bien en los de las generaciones teatrales posteriores que se nutrieron de la épica *under*. Cemento fue abierto en 1985 también por Omar Chabán y su pareja Katja Alemann en un gran local del barrio Constitución que podía albergar más de mil personas, e introdujo así una práctica, que no haría más que reproducirse en los años posteriores, de reconversión de antiguos galpones o talleres industriales en desuso en lugares con ofertas culturales.¹⁹ Este lugar ofrecía además una propuesta musical alternativa (con énfasis en el *rock* y en la *new wave*) a la de las otras discotecas que comenzaron a abrir a partir de esos años y también una variada programación performática que, al menos durante los primeros años, intervenía el espacio de formas no convencionales, mezclando artistas y espectadores. Omar Viola, docente de la Escuela Argentina de Mimo de Ángel Elizondo, programaba allí el *Subdesarrowshow*, una variedad a partir de números teatrales cómicos cercanos al *sketch*; Katja Alemann presentaba todas las semanas su espectáculo *Puma* y

17 Soledad López afirma en su trabajo lo siguiente: «Aunque no existió una conexión causal, el movimiento Teatro Abierto generó tangencialmente las condiciones de posibilidad para la formación y multiplicación de nuevas experiencias expresivas y para el surgimiento de lugares que las acogieran. Con el correr de los meses, en diversos puntos de la ciudad, en restaurantes y en casas particulares, comenzaron a gestarse nuevas coordenadas de encuentro que, con diferentes propuestas destinadas a públicos también diferentes, compartían una misma voluntad: crear espacios para atender esa acuciante «necesidad de juntarse». La autora hace referencia a lugares como el Café Nexos, abierto por el pintor Rafael Bueno en su casa, donde concurrían entre otras personalidades artísticas Omar Chabán y Katja Alemann, que posteriormente abrirán el Café Einstein y la Discoteca Cemento, o bien a El Chevalet, El Corralón o el Auditorio Buenos Aires, concurridos por grupos de artistas de diferentes disciplinas (pintores como Juan José Cambre, Guillermo Kuitca o bien músicos como Daniel Melingo, bandas como Los Violadores, Trixy, Diana Nylon o el clown Geniol, bohemia de «clase alta» y otros personajes que luego frecuentaran el *under* (López, 2017: 60).

18 En una entrevista del suplemento *Cerdos & Peces*, Omar Chabán decía que el Café Einstein era «un lugar en el que aquello que estaba dormido, se despertó» («El desopilante Café Einstein», *Cerdos & Peces*, n.º 1, agosto 1983, p. 13, cit. en López, 2017).

19 Beatriz Sarlo analiza en su libro *La ciudad vista* la emergencia de emprendimientos como La Fábrica Centro Cultural —ex-IMPA— o bien el Ciudad Cultural Konex —una antigua fábrica de aceite—, dos lugares abiertos en el barrio Almagro en edificios industriales en desuso durante los primeros años del siglo XXI. El primer proyecto formó parte de un proceso de recuperación de la fábrica luego de su quiebra en 1998. El segundo fue pensado ya como un emprendimiento cultural con fondos públicos y privados. La autora analiza esta reconversión de las ruinas del pasado industrial de la Argentina en emprendimientos culturales o lugares de esparcimiento que se acentúa en los años noventa y principios del siglo XXI. «La cultura ¿repara?», se pregunta Sarlo (2009: 203).

espuma, inspirado del *café concert*; la banda de rock Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota se presentaba a menudo, mezclando canciones con recitado de poesía o intervenciones de artistas como las Bay Biscuits, grupo creado por Vivi Tellas, o bien Walter *Batato* Barea presentaba sus performances, interactuando directamente con los presentes, tal vez una de las experiencias que más alimentó el posterior mito del teatro *under*.²⁰

El Centro Parakultural, abierto en 1986 por los actores Omar Viola y Horacio Gabin en un sótano del barrio Montserrat y clausurado en 1989, es sin dudas el que se lleva el mote de *epicentro* del teatro *under*. Por su configuración bajo tierra y sus condiciones edilicias al límite de la legalidad, pero también por una programación deliberadamente en contra de los cánones y de la solemnidad del teatro legítimo, el Parakultural se volvió uno de los nichos más importantes del llamado teatro *under*. Aquí tendrán lugar presentaciones de las ya mencionadas Bay Biscuits y el primer Festival de Teatro Malo en 1986, otra invención de la multifacética Vivi Tellas;²¹ múltiples performances del también ya mencionado Walter *Batato* Barea, en solitario o junto con sus acólitos Humberto Tortonese y Alejandro Urdapilleta; las presentaciones del dúo Los Melli conformado por Carlos Belloso y Damián Dreizik, y el plato fuerte de la programación del Parakultural, el espectáculo de Las Gambas al Ajillo, cuarteto femenino conformado por María José Gabin, Verónica Llinás, Alejandra Flechner y Laura Market, que combinaba danza, música y actuación en clave paródica. «Para entrar al Parakultural había que bajar una escalera y sumergirse en la nada sin pensar. Aun pasados los años seguíamos conviviendo con las ratas oriundas de San Telmo y la humedad típica de los barrios del sur», cuenta María José Gabin sobre la precariedad del lugar (Gabin, 2001: 51-52), condiciones edilicias que, según su fundador Omar Viola, contribuían a amplificar lo que se quería decir.²² Según Viola: «El Parakultural estaba integrado por actores en plena rebeldía, al contrario del teatro habitual, tipo testimonial o psicológico. Nosotros tratábamos de romper con eso de algún modo. No existía la famosa cuarta pared. Se laburaba con el público» (Omar Viola en Noy, 2006: 93).

Estos lugares pioneros del *under* teatral tuvieron una influencia fundamental en la aparición o la readecuación de otros más convencionales, menos intersticiales, especializados en una oferta cultural específica o, incluso, en la orientación que adquirirán ciertas instituciones públicas. En esta línea, Medio Mundo Varieté (1988-1990) fue un lugar abierto especialmente para albergar espectáculos y contaba con ciertas comodidades para el público y un mejor equipamiento técni-

20 Así describe Omar Chabán las intervenciones de Walter *Batato* Barea en la discoteca Cemento: «Me encantaba que viniera a hacer sus performances. Cada semana imaginaba algo nuevo. Rifaba sombreros, hacía leer poemas inventados en una maquinita, se ponía walkmans con otra persona y bailaban juntos su propia música. Regalaba papelitos, con poemas, frases y su número de teléfono. Eran cosas simples, pero de mucha acción. [...] Llegaba, dejaba sus bolsos y me anunciaba sus entrenamientos, sus futuros juegos, sus inmediatas maravillas. Sacaba de la bolsa frutas, flores o verduras. Yo a la vez le daba plata para cotillón o lo que fuera necesario. Él era quien más pegaba entre los jóvenes. Otras veces hacía pis en escena y se instalaba en una cama y le decía secretos a los que se metían. Todo tenía que resultar divertido y lo conseguía. Para hacerlo mandaba acciones alegres desde algún lugar que sorprendía a los aburridos. En esa época no estaba todo tan definido, no se sabían ciertas cosas. Fue lo nuevo de Cemento» (cit. en Noy, 2006: 80).

21 Festival de Teatro Malo se llamó el ciclo teatral organizado por la artista Vivi Tellas, compuesto de una trilogía de textos de Orfeo Andrade encontrados en la biblioteca del escenógrafo Saulo Benavente, textos que habían sido descartado justamente por su mala calidad. Los diferentes ciclos fueron presentados en el Centro Parakultural, en Cemento, en el Teatro Santa María, en el Goethe Institut y en el Centro Cultural Recoleta.

22 «Como la no existencia puede transformarse en existencia [...] esa falta de confort estaba a favor y no en contra de lo que se quería decir», afirma Omar Viola en una entrevista en Lucena (2012: 40).

co, combinando, como lo hizo luego Babilonia, con sala de espectáculos y discoteca.²³ En lo que respecta a espacios en instituciones públicas, hay que destacar la importancia del Centro Cultural Ricardo Rojas, perteneciente a la Secretaría de Cultura de la Universidad de Buenos Aires. El Rojas, fundamentalmente durante la gestión de Leopoldo Sosa Pujato, a partir de 1986, se nutrió de espectáculos provenientes del *under* y se erigió como una de las «previas» privilegiadas de la deriva nocturna y uno de los lugares de legitimación del teatro *under* por fuera de lo estrictamente *under* (Cerviño, 2016). Otro lugar que ofició de plataforma para la visibilidad de los artistas emergentes fue el Centro Cultural Ciudad de Buenos Aires donde se llevó a cabo, también en 1986, un evento llamado *La Kermesse: El Paraíso de las Bestias*,²⁴ así como el Centro Cultural San Martín, donde se programaron espectáculos de Walter *Batato* Barea y del Clú del Claun, compañía de *clowns* que alternaba espectáculos dirigidos por figuras confirmadas del teatro y presentaciones improvisadas en el *Parakultural*.²⁵

La dimensión artística del teatro *under*, durante mucho tiempo subestimada por la academia y mistificada en los cenáculos artísticos, ha sido recuperada en los últimos años como un objeto de estudio legítimo y revalorizada por la crítica cultural.²⁶ Los trabajos de Daniela Lucena y de Gisela Laboureau sobre las nuevas formas de socialización y de posicionamiento político del *under* (Laboureau y Lucena, 2016), de Malala González sobre las performances urbanas de la Organización Negra (González, 2015), de Mariana Cerviño sobre los artistas visuales del circuito *under* (Cerviño, 2012) o el ya citado estudio de Soledad López sobre la cartografía urbana de estos espacios durante los ochenta (López, 2017), entre otros, así lo confirman. En lo que concierne estrictamente a los estudios teatrales, el teatro *under* fue prácticamente ignorado durante largo tiempo, salvo por algunas excepciones como el estudio de Dubatti sobre la figura de Walter *Batato* Barea (1995) o de Beatriz Trastoy sobre los unipersonales en los ochenta (2002). Evidentemente, estas experiencias teatrales ofrecían claros desafíos a los enfoques a través de los cuales se analiza e interpretaba el teatro en Argentina, priorizando la dimensión textual.

¿Qué características sobresalen de este teatro *under* que se distancian del teatro valorizado por TA? Hay que resaltar que, al igual que el efecto de TA en sus contemporáneos se entiende a través del contexto particular de producción,²⁷ las obras del *under* teatral y su carácter rupturista

23 Tanto Medio Mundo Varieté, ubicada cerca de Congreso, como la posterior Babilonia (1989-2001), en el corazón del Abasto, oficiaron de pasaje entre el *under* de los ochenta a lo que posteriormente se configuró como un circuito teatral *off*. Ambos lugares fueron abiertos con una idea previa de los objetivos del proyecto, apostando a la conformación de una programación artística menos improvisada y, al menos en el caso de Babilonia, estableciéndose como emprendimientos culturales económicamente rentables.

24 *La Kermesse* fue un evento pensado por Liliana Maresca, Daniel Riga y Ezequiel Furgiuele, donde participaron espectáculos de Walter *Batato* Barea, Vivi Tellas, Helena Tritek, Omar Viola, junto a artistas visuales y grupos musicales, así como stands del suplemento *Cerdos & Peces*. Véase Usubiaga (2012).

25 Los miembros estables eran Hernán Gené, Walter *Batato* Barea, Cristina Martí, Gabriel Chamé Buendía y Guillermo Angelelli. Se conocieron en la escuela de clown que Cristina Moreira formó luego de que volvió de Francia, donde estudió con Jacques Lecoq. Entre sus espectáculos cuentan *Arturo* (1985), *Escuela de Payasos* (1986), *¡Esta me la vas a pagar!* (1986), *El burlador de Sevilla* (1988), dirigidos por la propia Moreira, Juan Carlos Gené o Roberto Villanueva.

26 Dos grandes exposiciones mostraron múltiples artistas del *under*. En 2003 se realizó *Escenas de los 80. Los primeros años en la Fundación PROA*, curada por Ana María Battistozzi. En 2012 se realizó *Perder la forma humana. Una imagen sísmica de los años 80 en América Latina*, en el Museo Reina Sofía de Madrid, a cargo del grupo Red Conceptualismos del Sur. Además, otras retrospectivas y exposiciones fotográficas que ponen el foco en los lugares o los artistas del *under* se han realizado en la ciudad de Buenos Aires.

27 Según Federico Irazábal, «... el fenómeno Teatro Abierto excede claramente las obras e ideal puntuales que se desprenden de ellas, puesto que creemos que la politicidad radica en el fenómeno en sí», a lo que agrega

deben analizarse en el marco de un circuito específico de producción y socialización, frecuentado por un sector de la juventud porteña, con necesidades de elaborar un discurso artístico propio y de afirmar ciertas identidades disidentes.²⁸ Una movida cultural que supo mezclar distintas disciplinas artísticas, intereses estéticos y políticos divergentes y trayectorias sociales heterogéneas, atrayendo a nuevos públicos, artistas novatos y críticos incipientes.²⁹ Una combinación de elementos teatrales (el gusto por lenguajes, técnicas y géneros subestimados u olvidados) y de elementos extrateatrales (como la necesidad de generar nuevas dinámicas de creación y de recepción artísticas) alimentaron las propuestas estéticas del *under*. En el prólogo de una biografía del colectivo Gambas al Ajillo, el actor y *performer* Alejandro Urdapilleta sintetiza de esta forma la confrontación del *under* y la tradición teatral independiente, que, según él, miraba con ojos desconfiados la ebullición del *under*:

El panorama teatral del momento, aparte de ofrecer enormes dificultades para la realización, con esa suerte de realismo simbólico aburridísimo que imperaba como estilo, ahuyentaba al público que no fuese indicado. «El teatro es un plomazo», se oía decir a los jóvenes. No había centros culturales y, si los había, no tenían relevancia alguna ni convocaban a nadie. La prensa no estaba acostumbrada a acompañar esfuerzos ignotos, las promociones debían pagarse a precios altísimos [...] «¿Que es lo que pretenden hacer con ese lugar?», preguntaban refiriéndose al Parakultural los respetables teatreros ya establecidos, los vejetes prejuiciosos, envidiosos, traicionando sus propios dictámenes de juventud. Y la respuesta arrasó con todas las dudas. Los teatreros de esos años felices hicieron la tarea renovadora (Urdapilleta en Gabin, 2001).

Efectivamente, el teatro *under* se reivindicó como posición antitética a todo aquello que valoraba y promovía el teatro que consideraban hegemónico:³⁰ ese que comenzaba a verse en las grandes salas, ese que era celebrado por la naciente crítica universitaria, ese que había sido sublimado por TA y que se convertiría poco a poco en el canon del teatro local. En primer lugar, la idea de *obra teatral* convencional era desafiada a través de la incorporación de formatos más cortos (tipo *sketches* o números) o menos codificadas (improvisaciones, interacciones con el público, diálogos con otras disciplinas como las artes visuales o la música). A su vez, algunos de los pilares

más adelante: «El contexto de producción y de recepción era único, y estaba además centrado en un universo ideológico también en común: la necesidad de abrir el juego social a la democracia» (2004: 123 y 127).

- 28 Es importante la presencia en el *under* de ciertos grupos identificados por un estilo de vida o por afinidades estéticas. También aquí encontraron un lugar de socialización los incipientes grupos de activismo gay. Por un análisis específico de la presencia de estos activismos y su importancia en el *under* de los ochenta véanse: Rosa (2015) y Cerviño (2013).
- 29 Según Mariana Cerviño, dadas las obturaciones de los circuitos de arte existentes, el *under* se gestó en función de dos valores preponderantes: «libertad y novedad», que posibilitaron, entre otros fenómenos que grupos *outsiders* se volvieran «autoridades alternativas» (2016: 44). Por otra parte, Enrique Symns, periodista cultural y creador del suplemento *Cerdos & Peces*, que entre 1983 y 1998 acompañó a la revista *El Porteño*, fue un participante activo de esta efervescencia marginal que en cierta forma retrataba en las páginas del suplemento predilecto del público *under*. Osvaldo Baigorria, redactor de *El Porteño* afirmaba: «La revista la leían las minorías, lo minoritario, no hablábamos de *under*, eran los márgenes de la sociedad: *dealers*, gays, punks, anarcos, presos, la gente del rock, cuando el rock todavía era rock, la gente que iba a Cemento, al Parakultural, todo ese tipo de gente» (Frontera, s/f).
- 30 Roberto Perinelli, uno de los autores de Teatro Abierto 1981 y posterior director de la Escuela Municipal de Arte Dramático, afirma: «... el teatro independiente padeció mucho en la vuelta a la democracia, ciertas fórmulas del teatro independiente fueron desdeñadas, hubo una gran producción de lo que podríamos llamar en términos muy genéricos del “teatro lúdico”, un teatro muy apoyado en la actuación, en la sátira, en la parodia, en el carisma de los actores, las Gambas al Ajillo, el famoso *Batato* Barea, Los Melli, individuos que desde el principio desdeñaban el texto o por lo menos desdeñaban el texto que podríamos llamar tradicional, hubo un gran apagón sobre todo de la literatura dramática» (Entrevista realizada por la autora en Buenos Aires, 2014).

del teatro realista eran muchas veces descartados y otras satirizados explícitamente: la profanación del texto teatral (generando pastiches de textos de diferente naturaleza), la parodia de las temáticas predilectas del teatro de tesis, de la intriga, de la importancia del mensaje, o incluso de ciertas técnicas como la construcción psicológica de los personajes, fueron elementos recurrentes en los espectáculos del *under*. Por otra parte, en las diferentes propuestas de este nuevo tipo de teatro existe una fuerte apuesta a la fusión de géneros, profanando la frontera que separa lo que era considerado *teatro de arte* y las formas populares e incluyendo géneros no habituales dentro del teatro de arte o incluso formatos derivados de la televisión. Así, los *sketches*, la murga, el *café concert*, el *music hall*, el «teatro malo» se mezclaban con la performance, la danza-teatro, la poesía, las técnicas de *clown* o de circo.

Para evitar el «mito de la ruptura radical» (Bourdieu, 2013) de los artistas del *under*, es necesario señalar dos aspectos. Primero, el carácter relativo de la novedad estética del *under*, ya que algunas de las rupturas reivindicadas se encuentran ya en el teatro experimental de los años sesenta, en lugares como el Centro de Experimentación Audiovisual del Instituto Di Tella (Pinta, 2013). Segundo, la postura antitética de teatro *under* no fue forjada solamente en «contra» de una tradición o de un canon teatral existente. De estas experiencias emergen también elementos afirmativos que luego se integrarán a la práctica teatral en otras esferas. Así, un poco en «contra» del teatro «serio» y retomando elementos del teatro experimental, un poco como resultado de la adaptación a las precarias condiciones materiales y las particularidades de los espacios de representación (presentaciones tarde en la noche, en lugares con otras funcionalidades que la expectación y en condiciones edilicias no del todo propicias) y también un poco a través de la afirmación del imaginario cultural de las nuevas generaciones de artistas, el teatro *under* reivindica dos elementos que fueron retomados posteriormente por el teatro alternativo en los años noventa y comienzos del siglo XXI. Por un lado, el cuestionamiento de la separación habitual, propia del teatro *a la italiana*, entre la sala y la escena, es decir, entre artistas y público. «No había límites precisos. Tanto el actor como el espectador estaban en lo mismo», afirma Omar Viola sobre las performances en el Parakultural (cit. en Noy, 2006: 93). Por otra parte, el abandono de los métodos clásicos de construcción de personaje y una valorización de la improvisación que ponía en cuestión la distinción clásica entre el actor y el personaje en escena (Dansilio, 2014). Esto dejaba a veces a los actores en una zona de riesgo, por lo que debían gestionar en escena los términos y los límites de su relación con el público. «Los actores estábamos expuestos en mente y cuerpo, porque nunca sabíamos qué podía pasar con nuestra integridad física», recuerda María José Gabin (2001: 52). Un ejemplo paradigmático de esta propuesta es la obra del actor, *performer*, «clown travesti» como él mismo se definió, Batato Barea.³¹ «Si existió alguien que no tenía esa división entre su arte y su vida, ese era Batato. Actuaba cuando vivía y vivía cuando actuaba», afirma Jorge Gumier Maier, artista plástico, director artístico del Centro Cultural Ricardo Rojas (cit. en Noy, 2006:

31 Walter Batato Barea nació el 30 de abril de 1961 en Junín (provincia de Buenos Aires). Desde joven comienza cursos de teatro y aprende las técnicas de *clown* que traían desde Europa las profesoras Cristina Moreira y Raquel Sokolowicz. En estos talleres conoce a los miembros de la compañía El Clu del Claun con la que ganará reputación en el ámbito teatral. Su trayectoria es sin embargo ecléctica: participa como travesti en diferentes agrupaciones como Los Peinados Yoli, con quienes realizaban shows de varieté humorística y punk-rock, o desfila junto a las murgas barriales El Pescado de San Telmo y Los Viciosos de Almagro. Además de estas participaciones en colectivos se destacan sus múltiples performances e intervenciones en bares y discotecas, así como sus espectáculos teatrales (ya sean monólogos o acompañado de Urdapilleta y Tortonese) que presentaba tanto en los lugares del *under* como en salas del circuito oficial como el Centro Cultural Ricardo Rojas o el Centro Cultural San Martín. Batato Barea murió de VIH-Sida el 6 de diciembre de 1991, luego de una presentación de su espectáculo *La Carancha. Una dama sin límites* en el Festival de Teatro Off realizado en Montevideo, Uruguay.

96). Cristina Banegas, reputada actriz del teatro independiente, celebra también la peculiaridad del artista, al situarlo en un limbo entre la actuación y la performance de sí mismo: «Dentro de lo que es habitualmente “El Teatro”, solamente hay ráfagas en las que aparece un verdadero cambio. Alguien está arriba del escenario e inexplicablemente deja de ser un actor interpretando y logra volverse ficción, sueño, fantasma. Como B[atato]» (cit. en Noy, 2006: 141).

El espectáculo *Los perros comen huesos* fue presentado por Batato Barea en 1985 en el Centro Cultural San Martín y luego en el Centro Parakultural. Se trataba de un espectáculo creado a partir de una selección de textos de Alejandra Pizarnik, con agregados del propio Barea,³² en el que presentaba una serie de imágenes que evocaban la muerte y la desintegración del cuerpo. Sin intriga ni historia, a través de secuencias de acciones, de monólogos recitados y de interacción con los objetos escenográficos (que contenían varios símbolos nacionales y religiosos, como la bandera argentina, hostias y vestimentas de obispo), se establecía una relación indirecta entre lo moribundo del poema de Pizarnik y las muertes de la reciente dictadura militar. Pese a la gravedad del tema, lo paródico nunca abandonaba la performance, como cuando de una caja de pizza, Batato sacaba y comenzaba a engullir una hostia gigante, donde se leían los nombres de los responsables de los crímenes de la dictadura militar. Por este gesto y por la utilización de símbolos patrios y religiosos el espectáculo fue censurado el día de su estreno, consiguiendo en cambio la simpatía y el apoyo de la entonces presidenta de la Asociación de Madres de la Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini.

Por su carácter fundamentalmente festivo y su rechazo a asociar la práctica teatral con una causa política explícita, pero también por desarrollarse generalmente en circuitos considerados esnobs, elitistas o poco politizados, las experiencias del *under* han sido poco estudiadas en lo que refiere a su alcance político. El ejemplo anterior, al igual que numerosas experiencias asociadas al *under*, nos muestra sin embargo lo contrario. Más allá de su carácter lúdico o paródico, el teatro *under* elabora a su manera un discurso político frente a los desafíos que presenta la transición democrática. Esto implica modificar la forma en que se entendía, al menos desde los años sesenta, la dimensión política del teatro, en coherencia con un posicionamiento político extrateatral. Los trabajos recientes de Laboureau y Lucena proponen reconsiderar las prácticas artísticas y formas de socialización festivas del *under* porteño como prácticas también políticas: liberación de los cuerpos, desafío a las convenciones morales en lo que concierne a las orientaciones y prácticas sexuales, códigos vestimentarios y estilos de vida, son algunas de los actos políticos que se materializaron en estos lugares según las autoras (Laboureau y Lucena, 2016). Siguiendo a Lucena: «La fiesta constituyó durante aquellos años un significativo espacio marginal (o anti-institucional, o autogestionado) de producción y circulación artística, surgido como expresión de nuevos modos de agrupamiento y reivindicación donde confluyeron discursos críticos frente al proceso de recuperación democrática, junto a nuevos itinerarios subjetivos, exploración estética de la corporalidad y sexualidades alternativas» (2012: 38). De esta forma, la fiesta, como forma de resistencia política y de defensa de identidades y de prácticas sexuales disidentes, así como una crítica implícita, fundamentalmente en clave de parodia, a ciertos elementos de la cultura argentina, configuran el mayor gesto político de la movida *under*, también presente en los espectáculos teatrales que la habitan.

32 Otros espectáculos de Barea mezclaban performance con textos poéticos provenientes de sus escritoras fetiches, como por ejemplo *Los papeles heridos de... tinta* (1987) a partir de textos de su amigo Fernando Noy y de la poeta uruguaya Marosa di Giorgio; *El puré de Alejandra* (1987) sobre textos de Alejandra Pizarnik o *El Método Juana* (1990) en referencia a textos de la también uruguaya Juana de Ibarbourou.

Al igual que la mitificación posterior de TA, el mito del *under* teatral constituye un sustrato común de referencias en el teatro argentino actual. Alejandro Catalán, director, docente y actor de teatro, joven espectador de los últimos momentos del Parakultural, afirma que ver a Batato, a Los Melli, a Pompeyo Audivert y a tantos otros en ese escenario definió un camino de exploración teatral: «escuché ruidos en mi cabeza y en mi cuerpo que decían: ¡Es esto lo que quiero!».³³ Analia Couceyro, directora, docente y actriz, también joven público del último Parakultural, piensa que lo que sucedió en el teatro argentino de los años noventa y comienzos del siglo XXI está directamente relacionado con lo sucedido en esa época de «irreverencia e imprudencia»³⁴ de la cual personas como Batato eran sintomáticas. «Era una explosión energética... con cuerpos muy solicitados, muy drogados, borrachos, operados, en plena mutación.»³⁵ De toda esta heterogeneidad de formas y de experiencias, dos elementos trascienden el *under* y se instalan como ejes centrales que van a guiar la experimentación teatral posterior: el primero es la reintroducción del humor a través de derivas irónicas y paródicas de la realidad, influyendo profundamente en las formas de conceptualizar la dimensión política del teatro, y, el segundo, la centralidad del trabajo de actuación como punto inicial del hecho escénico y como elemento prioritario en la comunicación que establecen los actores con el espectador

Le teatro de Ricardo Bartís o la síntesis de una nueva praxis teatral independiente

El teatro *under* es hoy objeto de múltiples relecturas que lo erigen como una de las manifestaciones más emblemáticas de una suerte de frenesí rupturista que sacudió las artes en la transición a la democracia en Argentina. Las evocaciones que celebran las hazañas de sus principales protagonistas y lo novedoso de sus presentaciones aparecen de forma recurrente en los discursos de artistas. El carácter efímero de la movida y su rápida desaparición profundizan esta exaltación de la excepción. «No hay que mitificar», advierte sin embargo Ricardo Bartís y recuerda que la calidad de los espectáculos que se venían en los escenarios *under* era muy heterogénea.³⁶ También reconoce que lo que sucedió en ese circuito abrió caminos para un nuevo paradigma teatral basado en una actuación que se distingue no tanto por su virtuosismo como por su capacidad de generar lenguaje escénico de forma autónoma. «A la irrupción de este actor [el del *under*] le sigue la de un director capaz de trabajar con él», afirma Alejandro Catalán en referencia al trabajo que Bartís desarrolla desde la segunda mitad de los años ochenta (Catalán, 2001: 18). En ese sentido, lo que el teatro recuperó del *under* y posteriormente formalizó en una praxis creativa no fue un estilo o un formato específico, sino más bien una manera de abordar la teatralidad a través del cuerpo, del imaginario y de la presencia escénica de actores y actrices. Las estructuras cortas del *under* desafiaron los modelos teatrales de la escena tradicional a través de una relativización del texto: «los textos eran atravesados por la actuación», afirma Bartís.³⁷ Cualquier texto era susceptible de transformarse en un texto teatral, prueba de que la teatralidad no radicaba en la escritura dramática, sino en lo que de esta hacían los actores:

Se empezó a pulverizar la relación con el texto teatral. Me acuerdo de Humberto Tortonese con el pelo por la cintura, en una malla enteriza y un pescado en la mano diciendo textos de

33 Entrevista a Alejandro Catalán realizada por la autora en Buenos Aires, 2014.

34 Entrevista a Analia Couceyro realizada por la autora en Buenos Aires, 2014.

35 Ídem.

36 Entrevista a Ricardo Bartís realizada por la autora en Buenos Aires, 2014.

37 Ricardo Bartís en Noy (2015: 173).

Alfonsina Storni. No estabas escuchando lo mismo que habías escuchado siempre. Todo quedaba resignificado. Como en un monólogo de Urdapilleta donde hacía de Saturno antes de sacar un pebete y comérselo como si fueran sus hijos. Era asociar mundos muy elevados con otros muy bizarros. Eso daba como resultado un lenguaje muy singular.³⁸

La obra de Ricardo Bartís logra afirmar una praxis de creación teatral a finales de los años ochenta que se instala como paradigma de una nueva forma de hacer teatro en la Argentina posdictadura. Retomando la hipótesis inicial de este artículo, sostenemos que Bartís consigue elaborar una forma de creación teatral que se posiciona por fuera del *under* y también en contra de los métodos tradicionales del teatro independiente,³⁹ pero que, sin embargo, recupera elementos tanto del *under* (fundamentalmente a través de sus actores) como de la herencia vanguardista del teatro independiente de los años sesenta y setenta que reaparece en la escena argentina en TA (Eduardo Pavlovsky y Alberto Ure se encuentran dentro de sus referencias directas).⁴⁰ La idea de la autonomía creativa del actor es lo que resulta de esta síntesis, materializado en el proyecto artístico que Bartís desarrolla junto con sus artistas y estudiantes del Sportivo Teatral bajo el nombre de «teatro de estados» durante las décadas siguientes (Bartís, 2006).

Por un lado, Ricardo Bartís se había formado en los talleres de actuación que resistieron abiertos durante la dictadura militar. En tensión con las metodologías de actuación imperantes, abrió en 1983 su taller de investigación y de creación teatral, que años después se denominará el Sportivo Teatral. Aquí desarrolló un trabajo de investigación y de creación reivindicando un lenguaje teatral basado principalmente en la actuación. De esta forma, hizo sus primeras incursiones en la dirección de actores, como por ejemplo en la puesta en escena de *Punto muerto* para el ciclo Teatro Abierto 1985 y, luego, de *Telarañas* de Eduardo Pavlovsky, hasta lanzarse en la creación de *Postales Argentinas*, que se estrenó en 1988 y que le garantizó su consagración. «*Postales argentinas* es —afirma Alejandro Catalán— la primera obra teatral que sintetiza la actuación característica de los años ochenta.»⁴¹ Para esta obra, Bartís convocó a dos actores paradigmáticos del circuito *under* porteño: Pompeyo Audivert, quien actuaba regularmente en los escenarios del Parakultural y de Medio Mundo Varieté, y María José Gabin, integrante del ya mencionado colectivo Gambas al Ajillo.⁴² Ciertos códigos de la actuación característicos del *under* basados en la intensidad performática y en una relación de proximidad con el espectador (que erosiona la cuarta pared e incorpora el contacto visual con el público), así como una interpretación que se aleja de la construcción psicológica del personaje para incorporar elementos grotescos y absurdos van a estar puestos al servicio de esta creación colectiva, considerada el punto de partida del teatro *bartisiano*.⁴³

38 Ricardo Bartís en Noy (2015: 173).

39 «Nosotros trabajamos para encontrar un hilo conductor entre lo que sería el grotesco y el absurdo profano. Hemos querido escaparnos de dos peligros: uno, la solemnidad, que da un nivel de artificio y de convencionalidad; el otro, un cierto tipo de teatro que se ve en los lugares *underground*, donde la sola cosa que importa es la ironía con relación a las convenciones.» (Bartís, 2006: 62)

40 Por un análisis de las continuidades y reconfiguraciones en la dramaturgia de los setenta, ochenta y noventa, véase Ferreyra (2019).

41 Entrevista a Alejandro Catalán realizada por la autora. Buenos Aires, 2014.

42 El recurso a actores y actrices del *under* teatral lo encontramos también en las creaciones ulteriores. Por ejemplo, para la siguiente obra, estrenada en 1991, una versión de *Hamlet* de Shakespeare llamada *Hamlet o la guerra de los teatros*, convocó nuevamente a Audivert para el personaje de Hamlet, a Alejandro Urdapilleta, otro de los grandes actores del *under*, para un memorable rol como Polonio y también a Julio Suarez, *performer* en el *under*, hoy reputado vestuarista de cine y teatro.

43 «La actuación está en relación con la pasión, de una forma física impone la presencia del cuerpo como un campo teórico, como una situación definitiva... El actor actual la obra y otras cosas intervienen en ese

La obra *Postales argentinas*, presentada como un «sainete de ciencia ficción», propone una historia distópica de una Argentina del futuro arruinada, donde Héctor Girardi (Pompeyo Audivert), empleado del correo, trata de cumplir su frustrada pasión de ser escritor, bajo la tutela obsesiva de su madre (María José Gabin), que se transforma por momentos en su enamorada Pamela Watson. La escritura que intenta Girardi pretende elaborar un relato sobre el ya extinto país, pero esas páginas, pastiche garabateado de palabras de otros, no hace más que reeditar la perpetua frustración del personaje y lo empuja a poner fin a sus días sumergiéndose en las aguas contaminadas del Riachuelo. Según Bartís, la obra surge de la frustración frente a la situación de la Argentina de finales de los ochenta compartida por los miembros del equipo: «la sensación clara de querer decir algo y al mismo tiempo sentirse vacío» (2006: 62). Girardi es así la personificación ficcional de esta frustración generacional al final de la transición democrática y de la antesala al menemismo.

Analizar la obra teatral de Ricardo Bartís así como su actividad pedagógica en el marco del Sportivo Teatral de Buenos Aires en relación con los desafíos del contexto social de producción teatral en la posdictadura excede los alcances de este artículo. Las peculiaridades de su posición en el campo teatral argentino no se reducen a una síntesis de las formas teatrales anteriormente expuestas y tampoco son una simple fusión de ambas. Sin embargo, en el proyecto artístico que desarrolla a lo largo de su obra es posible identificar cómo se resignifican, en una praxis original, elementos de ambas corrientes. La propuesta de Bartís, al igual que otras que aparecen durante estos años, muestra cómo el conflicto entre posiciones antitéticas no es parte de un antagonismo estético-político irreconciliable, sino que es a través de estas luchas internas que el campo teatral argentino autonomiza sus propios debates y logra actualizarse.

A modo de conclusión

El conflicto entre diferentes maneras de abordar los desafíos que presenta el teatro a la salida de la dictadura y las síntesis que de ello resultará son clave para entender la inédita recomposición (en lo que concierne a la aparición de nuevos circuitos de producción) y la actualización (de formas y de discursos estéticos) que experimenta, en los años que siguen a la transición, el campo teatral argentino. Lo que a través de este artículo se trató de demostrar es que si bien las posiciones estéticas y políticas de Teatro Abierto y del teatro *under* se construyen como formas antagónicas de enfrentar el fin de la dictadura y la recuperación democrática en los primeros ochenta, estas contribuyen, en diferente medida, incluso a través de su contraposición, a la emergencia de nuevas praxis teatrales que refundan la interacción entre la dimensión política y la dimensión estética de la actividad teatral. La propuesta de Ricardo Bartís, que se materializa con *Postales argentinas* en 1988, es una de estas, seguramente una de las más importante del período, tanto por la repercusión que tuvieron sus obras en el campo teatral argentino como por la influencia en las nuevas generaciones de artistas que incorporarán, progresivamente, un paradigma de creación teatral basado en la actuación.

momento: la percepción de la sala, su propia historia persona, las asociaciones, los ritmos, las texturas. Él multiplica el sentido de la acción en el mismo momento en el que la hace» (Bartís, 2006: 32).

Bibliografía y fuentes

Referencias bibliográficas

- BARTÍS, R. (2006). *Cancha con niebla. Teatro perdido: fragmentos*. Buenos Aires: Atuel.
- BOURDIEU, P. ([1992] 1998) *Les regles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*. París: Seuil.
- BOURDIEU, P. (2013). *Manet, une révolution symbolique*. París: Seuil.
- BROCATO, C. A. (1993). «Cultura y mitos argentinos». *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 517-519: «La cultura argentina. De la dictadura a la democracia», pp. 465-469. Disponible en: <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=162154>> [Consultado el 1.º de julio de 2019].
- Catalán, A. (2001). «Producción de sentido actoral». *Teatro XXI*, año VII, n.º 12.
- Cerviño, M. (2012). «La herejía del Rojas. Ethos disidentes e innovación artística en Buenos Aires, en la post-dictadura», en Wortman, A. (comp.). *Mi Buenos Aires querido. Entre la democratización cultural y la desigualdad educativa*. Buenos Aires: Prometeo.
- CERVIÑO, M. (2013). «Jorge Gumier Maier y Marcelo Pombo. Activistas gays en el campo artístico de Buenos Aires». *Sexualidad, Salud y Sociedad. Revista Latinoamericana*, n.º 14, pp. 91-113. Disponible en: <<https://www.redalyc.org/pdf/2933/293328000005.pdf>> [Consultado el 25 de julio de 2019].
- CERVIÑO, M. (2016). «El Under, el Rojas y sus batallas», en BAEZA, F. y otros. *Oasis. Afinidades conocidas e inspechadas en un recorrido por la producción artística de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Fundación arteBA. Disponible en: <<https://issuu.com/arteba/docs/oasis-2>> [Consultado el 30 de marzo de 2019].
- DANSILIO, F. (2014). «Éroder les limites de la representation. Scènes du politique dans le théâtre argentin de l'après-dictature». *Revue Tumultes*, 2014/1, n.º 42. Disponible en: <<https://www.cairn.info/revue-tumultes-2014-1.htm>> [Consultado el 25 de julio de 2019].
- DANSILIO, F. (2017). *La théâtralité retrouvée. Étude socio-esthétique du théâtre indépendant argentin à Buenos Aires (1983-2003)*. Tesis de doctorado en Sociología. París: Université Paris 3-Sorbonne Nouvelle [mimeo].
- DUBATTI, J. (1991). «Teatro Abierto después de 1981». *Latin American Theatre Review*, vol. 24.2. Disponible en: <https://scholar.google.com/scholar_url?url=https://journals.ku.edu/latr/article/download/876/851&hl=en&sa=T&oi=gsb-ggp&ct=res&cd=o&cd=6160623758044310019&ei=2Pc8Xa2EF8GomQGV9ZzYBQ&scisig=AAGBfmoG5whOj19oKZDKfEB4VAMD9ahByw> [Consultado el 25 de julio de 2019].
- DUBATTI, J. (1995). *Batato Barea y el nuevo teatro argentino*. Buenos Aires: Ediciones Temas de Hoy.
- DUBATTI, J. (2006). *Teatro y producción de sentido político en la postdictadura: micropoéticas III*. Buenos Aires: Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos del Centro Cultural de la Cooperación.
- FERREYRA, S. (2019). *Estética de lo inefable: hacia una genealogía materialista del teatro argentino*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- FRONTERA, A. (s/f). «Enrique Symns. Under para siempre». *Revista Anfibia*. Disponible en: <<http://www.revistaanfibia.com/cronica/under-para-siempre/>> [Consultado el 30 de marzo de 2019]
- GABIN, M. J. (2001). *Las indecibles del Parakultural. Biografía no autorizada de Gambas al Ajillo*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- GIELLA, M. Á. (1991). *Teatro Abierto 1981. Teatro argentino bajo vigilancia*. Buenos Aires: Corregidor.
- GONZÁLEZ, M. (2015). *La organización negra. Performances urbanas entre la vanguardia y el espectáculo*. Buenos Aires: Interzona.
- GRÉSILLON, B. (2002a). «Ville et création artistique. Pour une autre approche de la géographie culturelle». *Annales de Géographie*, n.º 660-661, pp. 179-198. doi: 10.3917/ag.660.0179
- GRÉSILLON, Boris (2002b). *Berlin, métropole culturelle*. París: Belin.
- IRAZÁBAL, F. (2004). *El giro político. Una introducción al teatro político en el marco de las teorías débiles (debilitadas)*. Buenos Aires: Biblos.
- LABOUREAU, G. y LUCENA, D. (2016). *Modo mata moda. Arte cuerpo y (micro) política en los 80*. La Plata: Edulp.
- LÓPEZ, V. S. (2017). *Itinerarios del underground porteño de los 80. Una cartografía cultural de lugares de socialización nocturna y experimentación artística de la Ciudad de Buenos Aires (1982-1989)*. Tesis de Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural. Buenos Aires: Idaes-Unsam [mimeo].
- LUCENA, D. (2012). «Estéticas y políticas festivas durante la última dictadura militar y los años 80». *Estudios Avanzados*, n.º 18, pp. 35-46. Disponible en: <<https://www.redalyc.org/pdf/4355/435541648003.pdf>> [Consultado el 25 de julio de 2019].
- LUCENA, D. (2013). «Guaridas underground para Dionisios: prácticas estético-políticas durante la última dictadura militar y los años 80 en Buenos Aires». *Arte y Sociedad. Revista de Investigación*, n.º 4. Disponible en: <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4288132>> [Consultado el 25 de julio de 2019].

- MARIAL, J. (1955). *El teatro independiente*. Buenos Aires: Alpe.
- NOVARO, M. y PALERMO, V. (2011). *La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- NOY, F. (2006). *Tè lo juro por Batato*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- ORDAZ, L. (1957). *El teatro en el Río de la Plata. Desde sus orígenes hasta nuestros días*. Buenos Aires: Ediciones Leviatán.
- PAROLA-LECONTE, N. (1997). «Contenidos implícitos en Decir sí de Griselda Gámbaro». *América: Cahiers du CRICCAL*, n.º 18, tome 2: Les Formes brèves de l'expression culturelle en Amérique Latine de 1850 à nos jours : Poésie, Théâtre, Chanson, Chronique, Essai. pp. 461-468.
- PELLETTIERI, O. (1989). *Teatro argentino de los '60: polémica, continuidad y ruptura*. Buenos Aires: Corregidor.
- PELLETTIERI, O. (1990). *Palabra e ideología en el realismo rioplatense (1960-1989)*. Disponible en: <<http://www.teatrodelpueblo.org.ar/dramaturgia/pellettierioo2.htm>> [Consultado el 1.º de agosto de 2019].
- PELLETTIERI, O. (1991). La puesta en escena de los 80: Realismo, estilización y parodia. *Latin American Theater Review*, vol. 24, n.º 2, p. 117-132. Disponible en: <<https://jbi.nhm.ku.edu/index.php/latr/article/download/882/857>> [Consultado el 25 de julio de 2019].
- PELLETTIERI, O. (1994) *Teatro argentino contemporáneo: 1980-1990. Crisis, transición y ruptura*. Buenos Aires: Galerna.
- PELLETTIERI, O. (1997). *Una historia interrumpida. Teatro argentino moderno (1949-1976)*. Buenos Aires: Galerna.
- PELLETTIERI, O. (2006). *Teatro del Pueblo: Una utopía concretada*. Buenos Aires: Galerna-Fundación Somigliana.
- PINTA, M. F. (2013). *Teatro expandido en el Di Tella. La escena experimental argentina en los años 60*. Buenos Aires: Biblos.
- ROSA, M. L. (2015). «Trasgrediendo los géneros. Activismos, performances y contracultura en la Buenos Aires de la posdictadura». *Artelogie*, n.º 8. Disponible en: <<http://cral.in2p3.fr/artelogie/spip.php?article379>> [Consultado el 30 de marzo de 2019].
- SARLO, B. (2009). *La ciudad vista: mercancías y cultura urbana*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- TIRRI, N. (1973). *Realismo y teatro argentino*. Buenos Aires: Ediciones La Bastilla.
- TRASTOY, B. (1990) «La oclusión de la palabra en Griselda Gámbaro». Disponible en: <<http://www.teatrodelpueblo.org.ar/dramaturgia/trastoyoo1.htm>> [Consultado el 30 de marzo de 2019]
- TRASTOY, B. (2002). *Teatro autobiográfico. Los unipersonales de los 80 y 90 en la escena argentina*. Buenos Aires: Nueva Generación.
- USUBIAGA, V. (2012). *Imágenes inestables. Artes visuales, dictadura y democracia en Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa.
- VERZERO, L. (2009). *Teatro militante. Radicalización artística y política en los años 70*. Buenos Aires: Biblos.
- VILLAGRA, I. (2011). *Teatro Abierto 1981: Teatología e Historia*. Primer Premio del II Concurso Nacional de Ensayos Teatrales «Alfredo de la Guardia», publicado por INT-FIBA [mimeo].

Fuentes

- Entrevista a Emilio García Wehbi realizada por la autora Buenos Aires, 2014.
- Entrevista a Roberto Cossa en Revista Clarín, 22/02/1986, n.º 14.387.
- Entrevista a Roberto Perinelli realizada por la autora en Buenos Aires, 2014.
- Entrevista a Alejandro Catalán realizada por la autora en Buenos Aires, 2014.
- Entrevista a Analia Couceyro realizada por la autora en Buenos Aires, 2014.
- Entrevista a Ricardo Bartís realizada por la autora en Buenos Aires, 2014.

Recibido: 7/3/2019. Aceptado: 15/4/2019

Cultura rock, política y derechos humanos en la transición argentina

Ana Sánchez Trolliet¹

Resumen

En este trabajo se analiza el lugar del rock en el proceso de transición a la democracia en Argentina. A partir del análisis de registros de recitales, crónicas periodísticas y entrevistas de televisión, se aspira a reconstruir y analizar las disposiciones, actitudes e imaginarios en torno a los valores democráticos como también las interpretaciones sobre el pasado vinculadas a la represión, la violencia y los derechos humanos. Se plantea que los artistas, los mediadores culturales y el público de rock participaron activamente del refluorecimiento de la vida pública que inauguró el nuevo clima democrático y se consideraron promotores de la transformación cultural que supuso el fin del autoritarismo militar.

Palabras clave: Argentina, cultura rock, transición democrática, política, derechos humanos

Abstract

This paper analyzes the place of rock in the process of transition to democracy in Argentina. Through the analysis of recital recordings, journalistic chronicles and interviews with rock musicians on television, the aim is to reconstruct and analyze the dispositions, attitudes and collective imaginations around democratic values and the interpretations about the past linked to repression, violence and human rights. It is argued that artists, cultural mediators and rock public actively participated in the re-emergence of public life inaugurated by the new democratic climate and that they were considered promoters of the cultural transformation that the end of military authoritarianism carried out.

Keywords: Argentina, rock culture, democratic transition, politics, human rights

¹ Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín.

Introducción

Durante los años ochenta, la cultura rock, es decir, la constelación de prácticas sociales y producciones artísticas e intelectuales construidas en torno a este género musical desde mediados de los sesenta, devino en un factor central del cambio cultural que acompañó la transición a la democracia en la Argentina. Durante esos años, artistas, mediadores culturales y público de rock participaron activamente del reflorecimiento de la vida pública que inauguró el nuevo clima democrático y se consideraron promotores de la transformación cultural que supuso el fin del autoritarismo militar. Los recitales funcionaron como espacios de congregación social con una enorme potencia simbólica para sus participantes y esto, en términos prácticos, permitió experimentar los alcances y los límites de la vida democrática. Por otra parte, el rock, que había logrado un enorme poder de convocatoria, fue reconocido como un género musical nacional e incluso fue convocado a participar en eventos que formaban parte de las políticas culturales de gobierno. Convertido en la banda sonora de los primeros años de la década del ochenta, el rock se instaló en la vida cotidiana: se crearon estaciones de radio dedicadas exclusivamente a este género, los principales diarios crearon suplementos de rock, la edición de discos del género creció exponencialmente, en la televisión se transmitieron recitales en vivo y hasta las publicidades comerciales fueron musicalizadas con canciones de rock. Además sus artistas, devenidos en estrellas del espectáculo, utilizaron su figuración pública para intervenir en los debates acerca del pasado inmediato, en temas tales como la violencia política, la lucha armada y los derechos humanos.

En este artículo se analiza el lugar del rock en la conformación de una cultura democrática en la Argentina durante el fin de la última dictadura militar y el gobierno de Alfonsín. El objetivo es comprender cómo los principales artistas del género, su público y algunos intelectuales vinculados a la contracultura participaron del nuevo clima cultural que acompañó la transición democrática. A partir del análisis de las críticas de recitales en los grandes diarios como *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*, de las declaraciones de los músicos en revistas del género como *Pelo* y *Cerdos & Peces*, en revistas culturales como *Humor* y *El Porteño* y de las entrevistas a los músicos transmitidas por televisión, se propone reconstruir el modo en que el rock fue visto como una plataforma para modelar una nueva sociabilidad y construir una cultura democrática. Este análisis permitirá también mostrar cómo la relevancia pública de la cultura rock local impulsó a que sus principales referentes revisaran su propia experiencia durante los tiempos militares.

Durante la transición democrática se produjo un cambio cultural múltiple y difícil de interpretar que fue analizado desde distintas perspectivas. Hubo quienes ya desde ese mismo momento insistieron en la necesidad de llenar lo que veían como un vacío cultural legado por la dictadura militar. La llegada del gobierno democrático fue interpretada por sus contemporáneos como un momento de refundación social que suponía la construcción de un nuevo programa cultural. El escritor Julio Cortázar, al volver a Argentina poco después de las elecciones de 1983, constataba los estragos que las «alambradas culturales» del gobierno militar, a través de «la censura, y la información deformada y deformante, había operado en el pensamiento de millones de ciudadanos» (Cortázar, 1984). El politólogo Oscar Landi también aludía a la «penuria de sentido», es decir, al empobrecimiento y a la crisis de la vida cultural impuesta por el autoritarismo militar a través de la censura y por la sustantiva reducción de la oferta de bienes de consumo culturales como revistas, libros y discos. Esta crisis de la cultura, para Landi, era la expresión de una crisis del Estado más amplia, que requería de un acto fundacional y transformador. Entendida en sentido amplio (y desencorsetada de las «bellas artes»), la cultura era vista como el mecanismo privilegiado para reconstruir las identidades colectivas escindidas, para habilitar la reconstrucción nacional y para

forjar los consensos necesarios para vivir en una democracia vista como un espacio de diversidad, pluralismo y participación de las mayorías (Landi, 1984).

Uno de los dilemas clave del fin del ciclo militar fue la necesidad de superar el autoritarismo. Si, como explicaba el politólogo Guillermo O'Donnell, la sociedad durante los años setenta se había vuelto más opresiva que nunca, el fin de este ciclo suponía la consolidación de nuevos valores que permitieran tramitar pacíficamente la diversidad (O'Donnell, 1984). Hacia 1984, la reconocida intelectual Beatriz Sarlo alegaba que resultaba imperioso construir una cultura que superara el autoritarismo que había caracterizado tanto al gobierno militar como también a las «utopías culturales» de los años sesenta y setenta promovidas por la izquierda y el peronismo revolucionario. Para ella, la reconstrucción de la escena cultural posdictatorial, que había quedado fragmentada por el exilio, por la represión y por la desaparición física de intelectuales y artistas, suponía inaugurar un debate sobre el lugar de las culturas (ahora en plural) en la nueva esfera pública en el «marco de la libertad de discursos y circulación de bienes simbólicos» y, al mismo tiempo, advertía que resultaba necesario construir la memoria colectiva sobre los episodios de violencia y el terrorismo de Estado (Sarlo, 1984). Como ha mostrado Sylvia Saítta en su estudio sobre el mundo literario, el retorno democrático fue un momento de intenso debate acerca de lugar que le cabía a la cultura y a los intelectuales en la construcción de una nueva vida democrática. Esto implicó la reconfiguración de los espacios de consagración y la consolidación de nuevos esquemas para interpretar el canon literario local que, en líneas generales, supuso una nueva visión del valor de lo político en la literatura que ya no estuvo centrada en las apuestas revolucionarias sino en la reivindicación de una cultura democrática, plural y subordinada a la ética (Saítta, 2004).

En este escenario, el rock pareció encarnar como ninguna otra producción cultural los valores necesarios para la tarea de reconstrucción cultural democrática. La trayectoria de la cultura rock durante el pasado inmediato fue recuperada como un referente legítimo para consolidar valores como la tolerancia, la sensibilidad social y la moderación política. El carácter inconformista del rock, su falta de involucramiento con la militancia radicalizada, su crítica al autoritarismo, la construcción de una imagen como agente de la resistencia a la dictadura y un poder de convocatoria en ascenso, contribuyeron a que se perfilara como una cultura que salía relativamente inmune del pasado.

Al intervenir en los debates públicos y participar activamente de la tarea de reactivación ciudadana que supuso el fin del gobierno militar, la escena del rock constituye un prisma privilegiado para indagar en la transición a la democracia en Argentina desde una perspectiva cultural. Como han planteado investigaciones recientes, hacer foco en detalle durante los años de la transición, es decir en los años comprendidos entre el fin del gobierno militar y los primeros años del gobierno constitucional, permite dar cuenta de un itinerario de transformación complejo que no estuvo reglado exclusivamente por el recambio institucional sino por un clima más englobante vinculado a los cambios paulatinos en las conductas, las expectativas y los imaginarios (Franco, 2017).

Aunque a poco de iniciado el gobierno constitucional el estado del campo cultural y sus relaciones con la política fueron objeto de atención entre diversos intelectuales que aspiraron a encontrar en la cultura las fuentes de la vida democrática, en las investigaciones posteriores esta perspectiva no fue retomada.² El momento transicional fue particularmente productivo para las

2 Además de los escritos ya mencionados, se destaca el análisis del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (Pehesa) sobre el espacio público desde una lectura vinculada a los planteos de Jürgen Habermas. A principios de los años ochenta, este grupo de investigación formado por Hilda Sabato, Leandro Gutiérrez, Luis Alberto Romero y Juan Carlos Korol revisó la historia argentina desde una clave democrática y encontró en el asociacionismo barrial de entreguerras espacios de transmisión de una cultura democrática (Pehesa, 1982).

ciencias políticas, que desplegaron diversos modelos explicativos para comprender el desarrollo y las posibilidades que planteaba el pasaje de un gobierno autoritario a otro democrático.³ Por otra parte, el período de transición política fue también analizado como una instancia clave para indagar en la consolidación de las demandas sobre los derechos humanos y para desandar el camino de la militancia humanitaria (Franco, 2018). En efecto, esta última vertiente fue la más indagada entre los historiadores del llamado tiempo presente, mientras que los temas culturales tendieron a quedar por fuera de los debates planteados por este tipo de bibliografía.

Los análisis sobre la cultura en la transición fueron promovidos por investigadores interesados en la literatura, las artes visuales y el teatro desde miradas centradas en los dilemas de cada campo disciplinario y, a la hora de construir periodizaciones, estas privilegiaron los tiempos de la política institucional. Esto condujo a la producción de trabajos centrados en, por un lado, la censura cultural y el carácter político del arte como modo de denuncia e impugnación a la represión durante los tiempos dictatoriales, y, por otro, en las transformaciones inauguradas por la vuelta a la democracia, ya sea para analizar las reconfiguraciones del campo cultural en el nuevo contexto (teniendo en cuenta, entre otros factores, la vuelta de los artistas exiliados y los nuevos espacios de consagración artística), como también para entender a la democracia como una *posdictadura* y recuperar las producciones culturales con las cuales se procesaron las marcas traumáticas legadas del terrorismo de Estado.⁴

Sin embargo, algunos trabajos recientes han indicado un camino alternativo de investigación al analizar el clima cultural de transición atendiendo a las transformaciones artísticas, los cambios en las sensibilidades, las sociabilidades cotidianas y su vínculo con los debates políticos vinculados al autoritarismo y a la democracia (Manzano, 2018; Eckerman, 2018). En esta dirección, este artículo aspira a vincular dimensiones de análisis que el campo de la llamada historia reciente suele mantener en forma separada. El carácter de frontera del rock, entre la vanguardia artística y la cultura masiva y popular, ofrece un prisma de lectura que permite poner en relación los debates artísticos, políticos e intelectuales locales con los «modos de ser en el mundo» que el rock propone como experiencia de vida (Frith, 2001). Por su potente capacidad de interpelación afectiva, el rock permite vincular los sentimientos individuales con los sociales. Así, desde la perspectiva del rock resulta posible indagar cómo durante el momento transicional se enlazaron las formas de sociabilidad cultural y las prácticas artísticas con los debates políticos del momento en torno al autoritarismo, los derechos humanos, la violencia política y la institucionalidad democrática.

Si bien las investigaciones académicas sobre la cultura rock asisten a un creciente auge, el cambio cultural inaugurado por la vida institucional, la adhesión a los valores democráticos y las intervenciones de los músicos en los debates sobre el pasado reciente no han sido suficientemente explorados. Las investigaciones centradas en el rock se han concentrado en los años del gobierno militar y, como ha advertido Esteban Buch recientemente sobre estos trabajos, campea la oposición entre la leyenda blanca y la leyenda negra (Buch, 2016).⁵ Mientras que la primera explora la dimensión crítica, rebelde y resistente del rock durante la dictadura, la otra desenmascara los lazos entre el poder y el Estado. En este artículo, antes que atribuirle valores intrínsecos al rock o indagar su derrotero desde la mirada de los «fans» o sus productores, se aspira a comprender cómo

3 Entre los trabajos escritos durante el momento transicional se destacan: Lechner (1987); O'Donnell, Schmitter y Whitehead (1988); Nun y Portantiero (1987).

4 En este marco, se destacan los trabajos de Burkart (2017); Dubatti (2011); Fortuny (2014); Longoni y Bruzzone (2008); Saitta (2004) y Usubiaga (2012).

5 Sobre los distintos estudios centrados en las relaciones entre rock y dictadura consultar: Alabarces (1993); Delgado (2015); Di Cione (2015); Pujol (2007); Vila (1985).

el rock se imbricó en el contexto cultural y político y, a su vez, cómo fue visto por otros actores sociales de su tiempo.

El artículo se organiza en dos apartados. En el primero estudio cómo el creciente poder de convocatoria de los recitales desde los últimos años del gobierno militar acercó al rock a la política nacional y participó del proceso de transformaciones culturales de la transición política. En el segundo apartado, me detengo en las interpretaciones sobre las marcas más traumáticas del pasado que ensayó la primera plana del rock en los primeros años del gobierno democrático y analizo sus posiciones ante los desaparecidos como también sus lecturas sobre las organizaciones de derechos humanos.

Los recitales como laboratorios de experimentación democrática

Como han mostrado las investigaciones sobre el rock en dictadura, los recitales en aquellos años no fueron suspendidos. Si bien desde que las Fuerzas Armadas tomaron el control del gobierno nacional el 24 de marzo de 1976 se instaló un rígido control sobre el uso de las calles a través de la multiplicación de efectivos militares y policiales, la prohibición de reuniones de grupos de personas en las calles y la «recomendación» a toda la población de abstenerse de transitar por la vía pública durante las horas de la noche, algunos encuentros populares como los convocados por el fútbol, el rock y las discotecas fueron permitidos e incluso, recurrentes.⁶

Las investigaciones disponibles han remarcado que asistir a un recital en estos tiempos era una aventura peligrosa. Si bien el público de rock no estuvo entre los principales objetivos del plan de represión clandestina destinado a exterminar a la subversión, Sergio Pujol ha demostrado que el rock también fue objeto de supervisión policial y de abusos (Pujol, 2007). Era recurrente que los recitales estuvieran infiltrados por espías vinculados a la Policía o que uniformados irrumpieran durante un concierto o a su salida para llevarse a decenas de personas en camionetas a la comisaría para averiguar sus antecedentes penales. Al fin y al cabo, su rechazo a las disciplinas, su desprecio por la autoridad y sus raíces internacionales ponían a los rockeros en las antípodas de los valores católicos castrenses de la nación y la familia con los cuales aspiraban a reorganizar a la sociedad.⁷

Con todo, hacia el fin de 1979, el multitudinario recital de la vuelta de Almendra (uno de los primeros grupos del rock local de la década del sesenta) inició una saga de recitales de gran formato que ubicaron a la escena rock en una nueva esfera pública. Recitales de artistas que volvían del exilio (como Moris y Manal en abril de 1980) y diversos espectáculos locales e internacionales (como Queen y The Police) convocaron a decenas de miles de personas de la Ciudad de Buenos Aires y otras ciudades de provincia como La Plata, Mendoza o Mar del Plata durante los últimos años del régimen. Estos encuentros tuvieron una gran publicidad y en su mayoría fueron televisados por los canales oficiales y transmitidos por la radio, por lo que alcanzaron a un público todavía más vasto.

Los estudios sobre el rock en dictadura han interpretado esta masividad como una manifestación del carácter resistente del rock frente al autoritarismo. Trabajos como los de Pablo Vila y Pablo Alabarces han coincidido en señalar que, en un escenario signado por la represión y el repliegue hacia el mundo privado, el rock funcionó como un ámbito excepcional de sociabilidad juvenil. Estas investigaciones pioneras han consolidado una imagen del rock local como

6 Para el caso del fútbol y las imágenes de país que aspiró a mostrar al mundo, remito a Gilbert y Vitagliano (1998). En cuanto al auge de la música disco en la Argentina de los setenta y ochenta consultar Pujol (1999).

7 A propósito del lugar de la familia durante los años del gobierno militar consultar File (1997).

un movimiento social antiautoritario y esta hipótesis se constituyó en una fuerte clave de lectura para investigaciones siguientes.⁸ Por otra parte, este auge de recitales de gran formato también ha sido vinculado con las dinámicas internas de la estética y la industria del rock de cara a la incorporación de formatos de canción más amigables al público (Delgado, 2015). Esta sección, en cambio, se propone enfatizar que estos recitales se convirtieron en laboratorios de ensayo para la vida en democracia y que sus experimentos comenzaron a ser gestados desde los últimos años del gobierno militar.

En este sentido, es importante señalar que este auge de recitales (realizados principalmente en estadios de fútbol) coincide con una nueva etapa dentro del proyecto militar que, después de haber dado por terminada la «guerra contra la subversión», aspiraba a alcanzar sus planes políticos de más largo plazo destinados a transformar la cultura política del país y consolidar la presencia del partido militar como tutor de la vida política nacional (Canelo, 2016; Quiroga, 2005). En 1979, Jorge Rafael Videla pasó a retiro y el general Roberto Eduardo Viola asumió la jefatura del Ejército. Las aspiraciones políticas de este general, rechazado por algunos camaradas por «político» y «populista», hacen probable que el acercamiento a los jóvenes a través del rock fuera parte de su proyecto político (Novaro, 2010). Viola expresaba un sector del gobierno que alertaba sobre el peligro de descansar en la *lucha antisubversiva* como único recurso de legitimación, y proponía un mayor acercamiento a los partidos políticos y a las organizaciones sindicales. En marzo de 1981, asumió la presidencia y tuvo lugar un «ablandamiento» de la dictadura que se manifestó en las diversas marchas que se organizaron (aunque siguieron siendo severamente reprimidas), en la revitalización de la vida política partidaria, en la politización de algunas revistas culturales que iban perdiendo el temor a criticar al gobierno militar como también en la emergencia de los desaparecidos como problema público.

Entonces, como parte de una apuesta militar que confiaba en abrir el diálogo con algunos sectores políticos y sociales y que propiciaba una vida pública menos controlada y más plural, un sector del gobierno permitió y asumió la responsabilidad por la realización de encuentros masivos de rock desde 1979. Con todo, la permisividad hacia este tipo de encuentros no supuso el fin de los recelos militares. Jim Beach, manager de Queen, recuerda haber negociado con el mismísimo Roberto Viola las condiciones para que se pudiera organizar el recital en la cancha de Vélez:

En esos días había una dictadura en Argentina, estábamos negociando con el comandante del ejército y él me dijo: ¿Cómo puedo permitir que cincuenta mil jóvenes vayan a un estadio donde no puedo controlarlos? ¿Qué pasa si alguien grita «Viva Perón» en el medio de un concierto de Queen y se arma un verdadero escándalo? Traté de explicarle que, como en las peleas de gladiadores en Roma, esto era una panacea para el pueblo, que nunca habían tenido algo así antes y que eso sería una experiencia extraordinaria.⁹

Se temían los cantos políticos. Tal vez Viola estuviera al tanto de lo que había sucedido un año antes durante un recital de Serú Girán cuando desde del público comenzaron a saltar y a gritar con gran efusividad «Se va a acabar la dictadura militar», o bien temiera que sucediera lo mismo que con algunas hinchadas de fútbol que recibían la llegada de Viola al estadio con la marcha peronista.¹⁰ Sin embargo, si se piensa en los patrones de consumo cultural de los jóvenes

8 Una de las líneas de investigación más fructíferas en este sentido es el trabajo de Lucena y Laboreau (2016).

9 Declaraciones de Jim Beach, manager de Queen. En *The days of our lives*, Episodio 2, BBC, 2011. En este documental la reunión de los músicos de Queen con el general Roberto Viola está documentada fotográficamente.

10 Como ejemplo de los cantos contra la dictadura militar, visualizar Serú Girán en Obras. *Serú Girán en Vivo, Estadio Obras*, video completo: <<https://www.youtube.com/watch?v=NatzmHps5-A>>. Los episodios de los cantos de la marcha peronista en los estadios de fútbol son narrados por Alabarces (1993: 75).

peronistas de la década previa, el temor de Viola resulta algo inverosímil. Resulta poco probable que los peronistas de izquierda fueran en masa a escuchar a un conjunto británico como Queen, izaran de buena gana las banderas de Argentina y de Gran Bretaña, una al lado de la otra, como se hizo antes del evento y coronaran ese ritual entonando la marcha peronista. El traspíe demuestra hasta qué punto el rock era un fenómeno difícil de descifrar para los sectores castrenses.

Durante la presidencia de Viola, en 1981, de la permisividad para la realización de grandes recitales se pasó a una novedosa interpelación a las figuras y atributos de la cultura rock en tanto representación legítima de la juventud argentina. Frente a la mirada que veía en el joven hippie o rockero un paso previo a la degeneración sexual y a la perversión ideológica, había otra mucho más pragmática: el rock era una práctica juvenil con un creciente poder de convocatoria (que llegaba a algo inédito hasta entonces como llenar estadios de fútbol) que se mantenía ajena a la politización y repudiaba la violencia organizada. Así se explica que miembros del Poder Ejecutivo hayan propiciado conversaciones sobre «asuntos de la juventud» con miembros de Serú Girán, tal como confesaron los músicos al periódico *Tiempo Argentino* en diciembre de 1981.¹¹ En el mismo sentido se puede leer la presencia de la figura del joven rockero en una propaganda oficial. En el aviso de la compañía estatal de teléfonos de marzo de 1981, se representaba a un joven de barba, pelo largo y pantalones con anchas botamangas que conversaba extensamente con un amigo sobre la escuela, el pub y el último disco de The Police. Si bien el mensaje era restrictivo y desalentaba la comunicación fluida entre pares («Dígaselo en pocas palabras o en horarios más económicos», decía el anuncio), las imágenes y el carácter de la publicación mostraban un nuevo estilo de interpelación a la juventud que se alejaba de las más fervientes asociaciones entre jóvenes, subversión y rock que habían primado durante los primeros años de la dictadura (Manzano, 2017).

Como es sabido, la guerra terminó por consolidar este acercamiento. La anglofobia que despertó el nacionalismo bélico generó una creciente demanda de música no anglosajona que lanzó a la masividad al rock local, le borró los prejuicios negativos que cargaba y lo legitimó como «nacional». En este marco, la edición de títulos por año duplicó a la de la década anterior: entre 1970 y 1981 se habían editado en promedio unos treinta discos por año mientras que, a partir de 1982, el número ascendió a más de 65. Esto favoreció la profesionalización de músicos y despuntó a la industria del rock con la multiplicación de los estudios de grabación y de las agencias productoras.

En paralelo, los músicos se fueron convirtiendo en nuevas estrellas del espectáculo que trascendieron su área de influencia, movilizaron modelos de conducta y forjaron estilos de opinión, sobre todo, entre los más jóvenes. Como ha explicado el filósofo Edgar Morin, estas estrellas sin poder político ni autoridad tienen, sin embargo, la capacidad de ser vistas, escuchadas y sentidas como sujetos a admirar y como modelos a imitar. Una «doble sustancia» los legitima, pues estos personajes poseen un destino excepcional, son portadores de una inédita originalidad creativa y a la vez son reconocidos como personas comunes (Morin, 1965). Charly García fue el más mediático de todos: daba entrevistas en la televisión y las revistas de la farándula se interesaban por él. Su temprana aparición en el programa de Mirtha Legrand y su continua presencia en los medios de comunicación despertaron resquemores entre los defensores más fervientes de los ideales del rock «rebelde».

En este contexto, el inicio de la década del ochenta encontró a la cultura del rock con un rol activo en la vida política del país. Al constatar el enorme poder de convocatoria de jóvenes en los recitales, los gobiernos aspiraron a acercarse a sus músicos y volverlos instrumento de comu-

11 Los músicos hablaban de las aspiraciones oficiales de crear un ministerio destinado a las nuevas generaciones. «El sueño efectivo. Serú Girán», *Expreso Imaginario*, n.º 65, diciembre de 1981, p. 22.

nicación. El recital por la Solidaridad Latinoamericana realizado durante la Guerra de Malvinas y enmarcado dentro de las campañas de recolección para el «fondo patriótico», es un ejemplo contundente del acercamiento del rock a la política estatal que, en los años siguientes, sería retomado con otros objetivos. Por otra parte, esta masificación de los recitales también fue apreciada desde diferentes campos de la cultura como un espacio político. En este caso, se trató de lecturas que proyectaron un vínculo entre jóvenes y democracia definido en torno al antiautoritarismo y la libertad.

La politicidad del rock fue un tema de reflexión para los intelectuales de su tiempo. En 1984, el politólogo marxista Oscar Landi afirmaba que su valencia cultural durante los años de plomo se había gestado en torno a lo que llamaba un «acto de realización», es decir, a sus prácticas concretas de producción y consumo más que en relación con la música o la valoración de su nivel artístico (Landi, 1984: 114). En una dirección similar, el periodista y escritor Roberto Mero planteaba que el rock se había convertido en «la única vía de participación» y ello había hecho posible que «un género popular se convirtiera por sí en un hecho político», en «una respuesta al silencio».¹² Finalmente, el sociólogo Pablo Vila publicó en 1985 su investigación sobre el rock en dictadura. Allí identificaba la relevancia del rock en términos de movimiento social y, a partir de entrevistas al público de los recitales, desplegaba una lectura de la cultura rock como un ámbito de «resistencia» a la dictadura militar (Vila, 1985).

Hasta cierto punto, esta interpretación resistente del rock en dictadura buscaba sobreponerse a opiniones extendidas en los años previos, pero que se mostraban en retroceso. La voz de Nicolás Casullo es un ejemplo de ello. Casullo había sido un importante dirigente montonero y había estado a cargo durante el gobierno de Héctor Cámpora de una secretaría dedicada a la educación y la difusión de la cultura nacional y popular. En un número dedicado a la música en la prestigiosa revista mexicana de debate intelectual *Comunicación y Cultura*, Casullo afirmaba que la potencia política del rock estaba sobrevalorada. Para él, «la alta capacidad de convocatoria del rock para nuclear a sectores juveniles en una proporción comparativamente mayor que la de los partidos políticos» se contrarrestaba con su «concepción despolitizadora [...] ya verificada en otras etapas históricas», donde se apreciaba la «ausencia de propuestas concretas», la «incapacidad de liderazgos», «la decrepitud de buena parte del lenguaje político» y, sobre todo, «la falta de propuestas y motivaciones».¹³

Aquello que Nicolás Casullo impugnaba era, justamente, lo que en el nuevo contexto de los años ochenta era visto como un valor positivo: ajeno a los «excesos» de la izquierda y la derecha, el rock promovía una imagen de diversidad cultural, tolerancia y, sobre todo, moderación política. Fueron las trayectorias personales de los principales músicos las que otorgaron legitimidad a la escena rock. Charly García, Miguel Abuelo o Luis Alberto Spinetta habían sido veinteañeros en la década previa, se habían mantenido al margen de la lucha armada, habían sufrido la persecución policial y en torno a ellos sobrevolaba una imagen crítica hacia el gobierno militar. Esto les otorgó un lugar de enunciación con una autoridad moral distintiva que les permitió percibirse como legítimos voceros en los nuevos tiempos que se avecinaban.

Ante el nuevo contexto democrático, la «actitud resistente» del rock se imbricó con nuevos modelos de conducta que aspiraban a educar en la vida democrática. Miguel Abuelo que había vuelto al país en 1980 después de haber partido a Europa en plena explosión de las acciones guerrilleras, habló de la necesidad de cambiar de actitud:

12 Roberto Mero. «Música rock ¿Pasión o ideología?». *El Porteño*, n.º 14, febrero de 1983, pp. 17-19.

13 Nicolás Casullo, «Argentina: el rock en la sociedad política», *Comunicación y Cultura*, n.º 12, agosto de 1984, p. 42. Agradezco a Leandro Donozo haberme dado a conocer esta fuente.

Somos libres, ¿y ahora qué hacemos? La «contestación» en la música es cosa del pasado. Ahora hay que ponerse a favor y agarrar cada uno su barco y no delirar demasiado. No es que el rock deje de ser delirio, pero ahora debe ocupar su verdadero rol dentro de un país democrático. Una realidad en un país con apertura y eclosión artística, ya sin histerias ni historias personales...¹⁴

En la prensa y en la televisión se multiplicaron las declaraciones de los músicos sobre sus consideraciones acerca del futuro democrático. En *Badía & Compañía*, un exitoso programa musical de televisión que daba gran espacio al rock, el conductor preguntó a Spinetta si creía que la democracia traería paz y justicia para el país: «Yo pienso —respondió— que como pueblo debemos adquirir la cultura democrática y política que nos ha faltado durante mucho tiempo».¹⁵ Interpelados por el cambio cultural que implicó la vuelta a la democracia, los músicos tuvieron un lugar privilegiado en la transmisión y el compromiso de los valores institucionales, el respeto por la libertad y el rechazo al autoritarismo.

Por otra parte, esta nueva sensibilidad hacia la democracia acercó nuevamente el rock al Estado. Para algunos músicos esta cercanía con el poder oficial era un asunto incómodo. En 1982, Raúl Porchetto en su canción «Che pibe, vení votá», todavía denunciaba los «usos políticos» que manipulaban a los músicos y al público tanto «para guerras o elecciones».¹⁶ Y en setiembre de 1983, durante la campaña electoral, David Lebón hablaba también en forma distante de la dirigencia política al declarar: «Ahora me llaman de todos los partidos por teléfono: todos me aman, me llaman los peronistas, los radicales, todos para hacer conciertos y les contesto que si ellos nunca me dieron una mano yo no tengo ninguna razón para dársela a ellos».¹⁷

Sin embargo, desde que Raúl Alfonsín asumió la presidencia en diciembre de 1983, la escena del rock se sumó a la fiesta democrática y participó de las actividades oficiales que poblaban la ciudad con el objetivo de erradicar el «miedo a la participación», regenerar el «tejido solidario», y hacer funcionar a la democracia «desde la base de la pirámide».¹⁸ Esta nueva etapa se vivió como un momento de refundación y el partido en gobierno (la Unión Cívica Radical) le otorgó a la cultura el papel edificante de contribuir con la unificación nacional y consolidar la democracia.¹⁹

En la Ciudad de Buenos Aires, la Secretaría de Cultura de la Municipalidad pobló las plazas y los parques de obras de teatro, conciertos de música académica y popular, actividades para niños, espectáculos de magia, bailes populares y corsos.²⁰ Se aspiraba a volver a hacer converger la ciudad con el espacio público con el fin de hacer que se encontraran los desconocidos (tan temidos durante los años del «proceso»), de habilitar el diálogo político y de transformar la imagen del Estado (Gorelik, 2008; Winocur, 1993).

14 Gloria Guerrero, «1984: unirse para demostrar la vida», *Humor*, n.º 119, diciembre de 1983.

15 La entrevista está disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=EFaAMJmRsqo&t=335s>>.

16 Raúl Porchetto, «Che Pibe» en *Che Pibe*, Sazam Records, 1982.

17 Marcelo Fernández Bitar y Eduardo Berti, «David Lebón, El segundo dios es el dinero», *Cerdos & Peces*, n.º 2, 1983, p. 12.

18 Alejandro Margulis, «Acción comunitaria. Por amor al barrio», *Clarín Revista*, domingo 2 de febrero de 1986, p. 5.

19 «La cultura como factor de unión» (entrevista a Osvaldo Giesso), *Clarín*, 28 de enero de 1984, p. 24; José María Castiñeira de Dios, «Por dónde pasa la cultura», *Clarín*, 21 de febrero de 1984, p. 16; Ollier (2009).

20 «Música al aire libre», *La Prensa*, 18 de enero de 1984, p. 5; «Baile en pleno centro», *Clarín*, 8 de enero de 2014, p. 25; Fermín Fèvre, «Arte en la calle», *Clarín*, 11 de febrero de 1984, p. 24; «Cultura popular al aire libre», *La Razón*, 22 de enero de 1984, p. 4; «Una de las calles más serias de la ciudad es escenario de cortes, quebradas y gatos», *La Razón*, 8 de enero de 1984, p. 4; «Comenzó el corso en la metrópoli. Carnaval en la Avenida de Mayo», *Clarín*, 27 de febrero de 1984, p. 20.

El ciclo Música al Aire Libre se inició en el verano de 1984 y fue el programa estrella del gobierno radical de la Municipalidad de Buenos Aires. En este evento participaron artistas vinculados a distintos géneros musicales: clásica, folclórica, tango y rock, incluido en la lista —según afirmaba el folclorista Ariel Ramírez, organizador del ciclo— porque «son parte del país y los muchachos son argentinos».²¹ Cada género se alojó en un parque distinto de la ciudad y Barrancas de Belgrano, un área verde ubicada en un gran desnivel que daba la ilusión de estar situado en un anfiteatro natural, fue el escenario del rock.

En cada fecha, el público se ubicó con libertad en las laderas de la barranca sentado en lonas o en sillas plegables. Desde allí se pudieron ver a Los Twist, Dúo Fantasía, Hermes, Luis Alberto Spinetta, Juan Carlos Baglietto, David Lebón, Fito Páez, Alejandro Lerner, Miguel Cantilo y Nito Mestre, entre otros. Como remarcó el secretario de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires, Mario *Pacho* O'Donnell, estos recitales tenían el fin de otorgar a los jóvenes un papel central en «la instancia democrática que vive el país» y reconocer, al mismo tiempo, la «importancia artística del rock como expresión cultural argentina».²² Según testimoniaba *Pelo*, probablemente la más importante revista de crítica de rock en ese momento, esta unión entre rock y democracia había sido disfrutada por miles de personas sin haber tenido que lamentar incidentes o perturbación alguna. Por esta razón, se advertía que era una inmejorable oportunidad para que también los padres, que habían concurrido al recital, pudieran comprobar «por qué sus hijos apoyan el rock».²³ Muchos de los músicos ya habían pasado la treintena y el género comenzaba a ser una cultura compartida entre padres e hijos.

Este festival se volvió a editar hasta 1986 aunque ese año el rock fue desprogramado porque el nuevo secretario de Cultura de la ciudad, el historiador y folclorista Félix Luna, temía por los actos de violencia que se estaban volviendo recurrentes en los recitales (Berti, 1994: 15). Si bien los recitales de Barrancas habían transcurrido sin conflictos, otros encuentros, sobre todo el Festival de La Falda en la provincia de Córdoba, se habían convertido en un barómetro de la «violencia contenida» del público de rock. Este festival, que convocó a jóvenes oriundos de distintos puntos del país, atrajo la atención de los medios por las recurrentes situaciones de violencia, la presencia de las «patotas juveniles», las peleas con piedras y botellas de vidrio, asesinatos nunca confirmados y lanzamiento de objetos contundentes a los artistas para manifestar disconformidad con sus actuaciones.²⁴

Con todo, la violencia en el público tendió a pasarse por alto en aras de valorizar una imagen del rock como una zona de diversidad y tolerancia. En 1988 la Secretaría de Cultura de la Nación junto con la Subsecretaría de la Juventud de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires y la nueva Subsecretaría de Derechos Humanos del Ministerio del Interior organizaron un festival, de clara proyección nacional, con el objetivo de celebrar la continuidad, aunque todavía frágil, de la democracia. La inestable institucionalidad en la que se vivía quedó evidenciada en los preparativos del evento. Proyectado para el 8 de diciembre, el festejo tuvo que ser postergado poco más de dos semanas a causa del alzamiento carapintada en Villa Martelli, conducido por militares que pugnaban por extender la amnistía por las violaciones a los derechos humanos ya obtenida con las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida, sancionadas en 1986 y 1987 respectivamente.²⁵

21 Aníbal Juárez, «Música abierta», *Clarín*, Espectáculos, 9 de febrero de 1984, p. 1.

22 «El rock popular. Recitales en Barrancas de Belgrano», *Pelo*, n.º 206, febrero de 1984, p. 36.

23 Ídem.

24 «Cuatro jóvenes habrían muerto en el festival de La Falda», *Clarín*, 14 de febrero de 1984, p. 28.

25 «Llega un festival postergado», *Página/12*, 24 de diciembre de 1988, p. 16.

Finalmente, el 26, 27 y 28 de diciembre de 1988 sobre la avenida 9 de Julio, el festival Tres Días por la Democracia convocó multitudes. Esta vez, desde un solo escenario, se aspiraba a ofrecer todas las manifestaciones musicales del país. El encuentro tuvo éxito, pero el poder de convocatoria del rock resultó contundente: mientras que a la primera fecha, dedicada al ballet, concurrieron unas cincuenta mil personas y a la jornada de folclore unas veinte mil, en el día dedicado al rock las contabilizaciones del público ofrecidas por los diarios oscilaban entre las cien mil y las ciento cincuenta mil personas.²⁶ Estos números, impresionantes para la época, no lo eran tanto si se piensa en los multitudinarios eventos del peronismo en los años previos al golpe militar. Pero en 1988, la sorpresa con la que se reciben las noticias de unas cien mil personas en un evento organizado por el gobierno evidencia el nivel de desmovilización social que al que se había llegado en Argentina.

El tono oficialista de los Tres Días por la Democracia era insoslayable, aunque la falta de distintivos políticos durante el evento fue celebrada como un valor.²⁷ Las diferenciaciones de cualquier tipo parecían atentar contra la estabilidad democrática y eran interpretadas como sinónimo de intolerancia antes que como parte constitutiva del intercambio democrático. En esta línea, el presidente Raúl Alfonsín alabó a los músicos porque

Realmente hemos tenido oportunidad de apreciar de qué manera el pueblo de Buenos Aires se consustancia con las distintas manifestaciones de la música que ha tenido la posibilidad de escuchar y aplaudir por la gentileza que ustedes (los músicos) han tenido. Todas estas manifestaciones musicales son nuestras, son argentinas, y todos juntos hemos sabido, sin distinciones políticas de ninguna naturaleza, rendir sencillamente nuestro homenaje a la democracia.²⁸

Desde el escenario se lanzaron consignas amplias que defendían la cultura democrática. Juane, de Los Ratones Paranoicos, afirmaba que el rock aspiraba a «demostrar que con educación y convivencia podemos vivir en democracia». Un mensaje similar vino de parte de Juan Carlos Baglietto, quien alegó que este festival significaba estar «a favor de la vida y en contra del autoritarismo». ²⁹ Con todo, el encuentro convocó a un muestrario diverso de subculturas juveniles reñidas entre sí por sus gustos musicales. Entre el público reinaba una actitud menos pacífica expresada en violentos botellazos que se lanzaban hacia el escenario y en gritos misóginos hacia las artistas mujeres que comenzaban a ganar terreno en la escena local. En el diario *Página/12* se describía que cuando Hilda Lizarazu, la cantante de Man Ray, subió al escenario, «solo se salvó del abucheo gracias al bretel izquierdo de su minivestido colorado, que, por fin, luego de esforzadas contorsiones se había deslizado». ³⁰ Estos desaciertos quedaban sin embargo en un segundo plano ante la fiesta democrática y la comunión colectiva en torno al canto «El que no salta es militar».

Los diarios remarcaran lo diáfana que se veía la multitud sin referencias políticas que la dividiera. La única bandera visible en la marea de gente era la del club de fútbol Boca Juniors y esto constituía todo un símbolo de la desafiliación a la política de partidos característica de los seguidores de rock, pero, sobre todo, de la creciente futbolización del género que se había

26 «Cierre con raíces telúricas. Festival por la democracia», *Página/12*, 29 de diciembre de 1988, p. 11; «El arte festeja cinco años de democracia», *Clarín*, 27 de diciembre de 1988; «Toda una noche de rock para 150.000 personas», *Clarín*, 28 de diciembre de 1988.

27 Al recital concurrieron el intendente municipal Suárez Lastra junto a sus hijos y el diputado Jesús Rodríguez, miembros de la Unión Cívica Radical, el partido en el gobierno.

28 «Raúl Alfonsín, nueva banda presidencial», *Página/12*, 30 de diciembre de 1988, p. 10.

29 «Llega un festival postergado», *Página/12*, 24 de diciembre de 1988, p. 16; «Toda una noche de rock para 150.000 personas», *Clarín*, 28 de diciembre de 1988, p. 30.

30 «Festival por la democracia. La sensación térmica del rock», *Página/12*, 28 de diciembre de 1988, p. 19.

venido gestando desde fines de 1979 y que, en la década del noventa, se convertiría en su marca más distintiva.

Las zonas del periodismo cultural más inconformista reaccionaron contra la multiplicación de recitales vinculados al gobierno en lo que veían una repudiable subordinación al poder oficial. Desde las páginas de *Cerdos & Peces*, Enrique Symns fue uno de los principales promotores de esta campaña. Symns había formado parte de la sociabilidad *underground* que se había gestado en Buenos Aires y en la ciudad vecina de La Plata durante los años de la dictadura. Con sus monólogos en los vanguardistas recitales de Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota había logrado cierta fama y su desempeño como jefe de redacción del mensual *Cerdos & Peces* desde agosto de 1983 le ofreció una plataforma de opinión para convertirse en una voz contestataria y plebeya dentro de la escena del rock. *Cerdos & Peces*, surgió primero como suplemento del magazine *El Porteño*, una publicación clave de la transición democrática y, a partir de abril de 1984, se independizó y comenzó a editarse por separado. En el contexto de destape cultural que se vivía en Argentina durante los primeros años del gobierno de Alfonsín, la marca más distintiva de *Cerdos & Peces* estuvo dada por su transgresora búsqueda de expandir las fronteras de lo decible en temas vinculados al sexo, la familia, la homosexualidad y las drogas.

Este interés por correr la frontera de lo moralmente aceptable convirtió al plantel de redacción de esta revista en uno de los actores sociales más comprometidos con los reclamos sobre el presente y el futuro, pues a poco de iniciarse el gobierno constitucional aspiró a mostrar que los alcances de la liberación cultural y el «destape» eran más que limitados. En el contexto de consagración del rock como género nacional, las zonas más iconoclastas aspiraban a convertirlo en «la más grande confabulación antiargentina» que debía contraponerse a «las momias [que] nos quieren limpios y bellos boy-scouts que no perturben el normal desarrollo del accionar de los desestabilizadores profesionales».³¹

La impugnación al oficialismo del rock se emparentaba con los cuestionamientos que el escritor y sociólogo Rodolfo Fogwill planteaba a propósito del uso de la cultura como proyecto político de la Unión Cívica Radical. Fogwill identificaba una promoción «cholula» de la cultura difundida mediante estrellas y eventos, vinculada al negocio del espectáculo y consumida durante el «tiempo libre». Para él, este esquema *middleclass*, separaba a la cultura de la vida real y no era suficiente «para transformar la cultura política de la sociedad: desde la familia hasta los militares».³²

Por su parte, *Cerdos & Peces* aspiraba a reasignar un valor transformador a la contracultura. La vuelta a la democracia no era el punto de llegada. Todavía quedaba combatir contra «las pequeñas dictaduras de todos aquellos que han asimilado un mandato moral y existencial rígido, estructurado según pautas militarizadas y autoritarias».³³ Desde estas páginas se incitaba a crear un «nuevo proyecto existencial» y un «espacio de lucha por las reivindicaciones de todas las minorías marginadas ya sea por su modo de sentir, pensar o desear este mundo que compartimos».³⁴ El ser minoría, reforzado por la experiencia del calabozo que destinaba este estilo de vida, permitía situar al rock como una más entre las diferentes figuras marginadas socialmente (los homosexuales, las prostitutas, las travestis, los locos y los linyeras).

31 Martín Visuara, «Saben lo que pueden hacer con Luján...», *Twist y Gritos*, n.º 11, agosto de 1984, p. 4.

32 Rodolfo Fogwill «La política cultural del gobierno democrático», *El Porteño*, n.º 25, enero de 1984, pp. 41-42.

33 Enrique Symns, «Señor Intolerancia», *Cerdos & Peces. Suplemento marginal de El Porteño*, n.º 6, enero de 1984, p. 2.

34 «La página gay. El derecho a ser», *Cerdos & Peces*, n.º 1, agosto de 1983, p. 11.

Para la escena contracultural, representada a través de la voz de la revista *Cerdos & Peces*, la redemocratización de Argentina era un nuevo fraude.³⁵ Sus páginas mostraron que el cambio de régimen no supuso el fin de la represión policial y denunciaron la continuidad de funcionarios —y métodos— heredados del pasado militar. Además, para la revista los sentidos de la democracia todavía no estaban delineados y por ello aspiraba a expandir las posibilidades de la democracia hacia los terrenos del deseo, la sexualidad libre, la despenalización del consumo de drogas y la legalización del aborto. Con todo, se trataba de debates posmaterialistas que todavía estaban muy alejados de los grandes temas nacionales del momento.

Visiones del pasado: el rock ante los derechos humanos

En pleno debate sobre si Argentina debería tener su propio Núremberg para juzgar a la Junta Militar, *Cerdos & Peces*, en un ficticio «Proceso al rock», puso en el banquillo de los acusados a la primera plana de sus músicos. Las acusaciones provenían de distintos periodistas culturales como Enrique Symns, Marcelo Fernández Bitar, Gloria Guerrero, Eduardo Berti y Juan Carlos Insúa, quienes miraban retrospectivamente e impugnaban al *establishment* del rock por haber servido para «tapar ciertas cosas» y por no haber sido lo suficientemente directos en las denuncias al gobierno militar.³⁶

Se les impugnaba el poco vuelo poético de las canciones, sus temáticas banales, cotidianas y desideologizadas aunque estas referencias a la vida cotidiana y a sus espacios singulares hubiera sido para muchos una forma de denuncia a la sensación de encierro provocada por la mano militar.³⁷ Otro de los cargos se vinculaba con la masificación y el ingreso al «mundo del espectáculo», sobre todo por su presencia en la televisión. Considerada como uno de los medios con mayor capacidad de adoctrinamiento durante los años militares, los acusaban de haber hecho un uso meramente instrumental de los medios de comunicación sin haber promovido desde allí ningún gesto ni actitud disruptiva.³⁸

En definitiva, se echaba un manto de sospecha colaboracionista sobre los músicos más consagrados de la escena local que ponía en entredicho las lecturas de la escena rock como una arena de «resistencia» al gobierno militar que circulaban por la prensa y el mundo intelectual. Cuestionamientos similares se observaron en otras esferas de la cultura. El hecho de haber permanecido en el país resultaba sospechoso y era motivo para ser acusado de «elemento distractor» a favor de las represivas políticas militares.³⁹ Un mes después del llamado a elecciones, la nota «El rock y los derechos humanos» ya había planteado este tema en noviembre de 1983, y era lapidaria:

Algún historiador quizá diga alguna vez que Bob Dylan paró la guerra de Vietnam o que John Lennon modificó las costumbres de un siglo. En la Argentina, el rock nació como una llamarada de rebeldía para luego hundirse en una especie de anonimato no

35 Otras revistas como *Tren de Carga* y *Twist y Gritos* también dialogaron con este proyecto aunque se trataron de empresas editoriales con poca continuidad.

36 «Proceso al rock argentino», *Cerdos & Peces*, n.º 3, junio de 1984, pp. 43-46.

37 Para el campo de las artes plásticas, las investigaciones de Andrea Giunta y el trabajo ya citado de Viviana Usubiaga han demostrado que el interés por lo cotidiano y su búsqueda por representarlo figurativamente en los artistas plásticos fueron estrategias de denuncia a la sensación de encierro social (Giunta, 1993). A propósito de la utilización de las metáforas y alegorías en el rock local consultar Favoretto (2013). Sobre las representaciones de los espacios privados en el rock remito también a Sánchez Trolliet (2017).

38 «Proceso al rock argentino», *Cerdos & Peces*, n.º 3, junio de 1984, p. 44.

39 Este tipo de disputas culturales que ya se habían conocido durante los años de la dictadura cuando los intelectuales y artistas exiliados confrontaron con los que se quedaron. Cfr. Saitta (2004); Jensen (2005).

contestatario. Nunca hubo claras declaraciones contra la guerra de las Malvinas, ni contra la represión genocida ejercida durante el Proceso.⁴⁰

En un contexto en el que el tema de los desaparecidos contaba con gran resonancia pública, el rock inició su propio proceso de elaboración del pasado inmediato. Esto supuso una revisión del desempeño de las estrellas del rock durante los años de plomo. Para esto, *Cerdos & Peces* propuso una encuesta a diversos artistas con preguntas como «¿Qué son, para vos, los derechos humanos?», «¿El rock se mantuvo al margen del problema de la violación a los derechos humanos?», «¿Cuál es tu opinión sobre el tema de los desaparecidos?», «¿Cuál es la posición con respecto a las Madres de Plaza de Mayo?».⁴¹

Muchas de las respuestas permiten apreciar cómo la fuerza de algunos consensos sociales que legitimaban la represión militar permearon sus lecturas del pasado (Franco, 2018). Sus visiones de los organismos de derechos humanos fueron ambiguas. Por un lado, la identificación con su causa había sido inmediata. Spinetta, en la canción «Resumen porteño» de *Bajo Belgrano* (1983), alude a cuerpos flotando, a la colimba y a la muerte. Miguel Abuelo organizó en 1982 un recital en el Parque Chacabuco para apoyar la candidatura de Augusto Conte, fundador del Centro de Estudios Legales y Sociales para que el tema de los desaparecidos fuera tratado en el Parlamento. Por su parte, Charly García incluyó en la portada de su exitoso disco *Clics Modernos* de 1983 una silueta con un corazón que —aunque no estuvo planeado desde el diseño— fue resignificado en favor de un vínculo con los derechos humanos.⁴²

Para Miguel Abuelo el rock fue un espacio de protección: «ahora que lo pienso, el rock por su actitud vitalista tal vez salvó a muchos de que se metieran en la guerrilla o del otro lado. Una buena viola te puede llevar a mejores sueños...».⁴³ Al igual que muchos en su tiempo, Abuelo se sentía ajeno al conflicto político de los años setenta como también de sus consecuencias y rechazaba a unos y otros por igual (Carassai, 2013). En su discurso asociaba directamente a los desaparecidos con los militantes guerrilleros e impugnaba a cualquier tipo de muerte, sin diferenciar ideologías: «si bien me parece muy importante que se aclare el tema de los desaparecidos, no dejo de lado que los que hacen la guerra desde cualquier bando son deplorables».⁴⁴ El hecho de asumir que Argentina había salido de una guerra, lo llevaba a afirmar que, como en cualquier guerra «siempre habrá desaparecidos». Más que centrarse en las condiciones de la desaparición, sus opiniones se englobaban en un rechazo más general a la violencia: «ni fósforo llevo conmigo, por lo que ves que las armas no me interesan y evito a los hombres con armas porque tienen una especie de vibración medio funesta que va contra mis sentidos».⁴⁵

La visión de Luis Alberto Spinetta sobre los desaparecidos también se asocia con quienes habían participado de la lucha armada. Por ello su sensibilidad ante los reclamos de las Madres

40 Marcelo Fernández Bitar y Eduardo Berti, «El rock y los derechos humanos», *Cerdos & Peces*, n.º 1, pp. 10-11.

41 Ídem.

42 A propósito de esto, Charly García declaró: «Una cosa que me alucinó fue ver que la tapa de mi disco es la sombra negra con un corazón blanco y me encuentro con toda la ciudad llena de figuras blancas con un corazón. Yo puse esta tapa por la sombra del negro en Nueva York, el oprimido con toda la polenta del negro. Acá es la presencia de la muerte. Mató que los pusieran, las Madres de Plaza de Mayo me parecen alucinantes, que vayan y machaquen [insistan], es la única. No caer en una mano venganza», Enrique Symns, «Charly García y La pared», *El Porteño*, n.º 25, enero de 1984, p. 49.

43 Tom Lupo, «Miguel Abuelo: el arte arriba de la política, la musa sin cadenas», *Twist y Gritos*, n.º 16, enero-febrero de 1985, p. 22.

44 Marcelo Fernández Bitar y Eduardo Berti, «El rock y los derechos humanos» en *Cerdos & Peces. Suplemento Marginal de El Porteño* (*El Porteño*, n.º 23), noviembre de 1983, p. 11.

45 Ídem.

de Plaza de Mayo no era impedimento para desmitificar la figura de sus hijos. Para Spinetta el reclamo por los desaparecidos no podía dejar de mencionar su pasado militante y no precisamente para reivindicarlo:

Las Madres de Plaza de Mayo merecen mi mayor adhesión y mi mayor respeto; [...] quizás, no sé si es justo que sus hijos aparezcan como héroes... pretender reivindicarlos como mártires... Como madres, ellas saben por qué están luchando y me parece perfecto. Pero muchos de los hijos de las Madres de Plaza de Mayo fueron tipos que hicieron miles de cagadas por otro lado. Claro que a una madre pedirle que invierta su proceso de madre y que condene a su hijo es imposible, pero también es imposible que consideren que sus hijos, que hicieron muchas cagadas, sean mártires inmolados a favor de la paz mundial. Eso por otro lado, sin exagerar.⁴⁶

En sus declaraciones, Spinetta rechaza al autoritarismo de los militares y al mismo tiempo diferencia entre torturados inocentes y culpables, lo que muestra hasta qué punto el «consenso antisubversivo» y la legitimidad a la represión de la guerrilla había permeado entre sectores de la vanguardia cultural (Franco, 2014).

Una persona muy amiga mía, que era el pelado Hidalgo Boragno, que hizo la tapa de *Alma de diamante* y *A 18' del sol*. Desapareció durante nueve meses, lo encapucharon y lo torturaron incansables veces y después lo soltaron porque era inocente. Tengo el testimonio de su palabra... Él ahora murió y todo lo que le hicieron aceleró el proceso de su muerte porque él ya estaba enfermo. Tengo amigos que fueron torturados en una comisaría por tener un fasito de yerba en el bolsillo... y no porque fueran raptos de un dirigente cipayo de los intereses argentinos.⁴⁷

Charly García, con una actitud menos solemne, decía que no le parecía tan mal que el rock hubiera sido un elemento distractor: «¿cómo lo ven los pibes que necesitaban distraerse?», se defendía.⁴⁸ Antes que mirar hacia el pasado, advertía sobre la creciente violencia que se vivía entre el público durante los recitales y aspiraba a romper con la imagen oficial de que en el rock «todos somos buenos». Su referencia no aspiraba a censurar esta violencia sino que, en línea con lo planteado en *Cerdos & Peces*, valoraba a los «cadenazos» y «botellazos» en los recitales como una manera de rebelarse a la estrategia militar de pretender encauzar a los jóvenes hacia los valores nacionalistas: «a partir de los militares todos teníamos familias, éramos pobres, éramos argentinos».⁴⁹

Una imagen muy diferente en la historia de las relaciones entre rock y derechos humanos durante la década del ochenta la ofrece el cierre de la gira internacional de Amnistía Internacional en Buenos Aires. El 15 de octubre de 1988, el festival *Human Rights Now!*, que se había iniciado en Londres un mes antes y había recorrido veinte ciudades en todos los continentes, recaló en Buenos Aires. El objetivo de la gira era concientizar a escala global sobre los derechos humanos, divulgar la Declaración Universal adoptada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y denunciar las torturas y la represión a activistas y opositores políticos a ambos lados de la cortina de hierro. Sin embargo, dentro del bloque soviético solo se presentaron en Budapest. La gira, además, fue financiada por la fundación de la empresa multinacional de deportes Reebok, que tenía el objetivo de ofrecer a la marca un perfil progresista.

En Argentina, a las consignas internacionales se sumó la impugnación a las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Bruce Springsteen, Peter Gabriel y Sting, junto con Tracy Chapman y el senegalés Youssou N'Dour, reconocidos internacionalmente como músicos ac-

46 Marcelo Fernández Bitar y Eduardo Berti, cit., 1983, p. 13.

47 *Ibidem*, p. 12.

48 Enrique Symns, «Charly García y La pared», *El Porteño*, n.º 25, enero de 1984, p. 49.

49 *Ídem*.

tivistas, desembarcaron en Buenos Aires. La organización de la gira se había iniciado un año atrás y hubiera querido que el recital tuviera una edición en Chile, pero no fue posible. Por ello, Argentina fue el único país con una presentación doble. El día previo al recital en Buenos Aires, los músicos se presentaron en la ciudad de Mendoza, limítrofe con el país transcordillerano. Este recital revivía la experiencia de muchos chilenos que, al ser derrocado Salvador Allende en 1973, cruzaron la cordillera para exiliarse en Argentina. En 1988, el objetivo del viaje era menos dramático pero ayudaba a recordar este itinerario. Unos doce mil chilenos viajaron a Mendoza para asistir al recital y también para festejar los primeros pasos de la transición democrática en su país luego de que a principios de octubre hubiera ganado el No en el plebiscito por la prolongación del mandato del general Augusto Pinochet.⁵⁰

Charly García y León Gieco fueron los invitados locales para la edición porteña en el estadio de River. La presencia de estos músicos fue indiscutida porque, según los periódicos, su música «quizá como ninguna otra encarna la resistencia juvenil a la dictadura».⁵¹ Traducido como «¡Derechos humanos ya!», el festival de Amnistía asoció la imagen de compromiso en el rock con los valores universales de la lucha contra el hambre, la pobreza, el racismo, la justicia y el ecologismo. Mientras que en San Pablo, la escala previa del festival, el énfasis estuvo puesto en la defensa de la reserva natural amazónica y se invitó al escenario al líder indígena Raoni Metuktire, en Argentina, en cambio, el espíritu del festival se imbricó con las demandas de las Madres de Plaza de Mayo. Mientras Sting y Peter Gabriel cantaban «They dance alone. La cueca sola», en un guiño también a las mujeres chilenas, algunas activistas del movimiento Madres de Plaza de Mayo subieron al escenario al tiempo que unos grandes carteles con siluetas eran colgados detrás de ellas. Al escenario también subieron quince niños restituidos para que «conocieran a las personas que, en todo el mundo, trabajan para que nunca más pase lo que les pasó a ellos».⁵² No era la primera vez que Sting interactuaba con las Madres. Ya en su primera visita a Argentina en 1980 se había reunido y conmovido por ellas, por lo que la denuncia a la violación a los derechos humanos que hizo desde el escenario guardó sintonía con su estilo de reclamo. En la parte instrumental de «La cueca sola», Sting preguntó al público por qué «la Junta Militar pensó que Chile, que Argentina podría crecer sin estas bellezas».⁵³

Para varios de los cronistas de aquel momento, esta combinación entre derechos humanos y transnacionalización del rock resultó polémica. Para *Pelo*, por ejemplo, el festival fue una mezcla complicada. Se indignaban no solo porque una empresa multinacional se inmiscuyera en temas políticos, sino también por la ligereza con la que se combinó al rock con los montoneros, las Malvinas y los desaparecidos. «Toda esta descomunal confusión no hace más que confirmar —decían— la superficialidad y la falta de información que tienen los músicos del Primer Mundo respecto de lo que ocurre en el Tercero».⁵⁴ Para los editores de *Pelo*, la presencia de un cartel en la parte más alta de la tribuna y frente al escenario que reclamaba por la libertad del dirigente montonero Mario Firmenich ponía en suspenso la legitimidad del reclamo: «es un disparate

50 «En Mendoza, mirando a Chile», *Clarín*, 14 de octubre de 1988, p. 7; «El superconcierto hizo vibrar la cordillera», *Clarín*, 15 de octubre de 1988, p. 30.

51 «García apuesta a los milagros», *Página/12*, 11 de octubre de 1988, p. 19.

52 Declaraciones de María Isabel Mariani, presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo en Adriana Bruno, «Ecos políticos. El tiempo pasa», *El Periodista*, n.º 213, 27 de octubre de 1988, p. 8.

53 Las declaraciones de Sting durante el festival de Amnistía pueden verse en: <<https://www.youtube.com/watch?v=-P9m-3mrflo>>.

54 «Festival de Amnesty», *Pelo*, n.º 329, noviembre de 1988.

asociar a un terrorista condenado con los derechos humanos».⁵⁵ Por otra parte, el suplemento juvenil del diario *Página/12* remarcaba la variopinta convocatoria política del festival que suponía al Partido Comunista, al Partido Comunista Revolucionario, al Movimiento al Socialismo y a la agrupación universitaria Franja Morada (vinculada al partido Radical).⁵⁶ En relación con esto, el magazine *El Periodista* destacaba que los partidos políticos, ávidos de atraer a la población del rock, habían concentrado su actividad solo en las puertas de acceso al estadio, lo que constituía todo un símbolo de los límites que estas agrupaciones tenían en convocar al público de rock. Una vez más, el rock reeditaba su histórica autopercepción como una fuerza política potente pero alejada de los partidos políticos. Con todo, este encuentro dejó trazado un camino de asociación e identificación entre el rock local y el movimiento de derechos humanos, en especial con las Madres de Plaza de Mayo, que constituyó toda una novedad y que en los años siguientes se iría consolidando cada vez más.⁵⁷

A modo de cierre

Por su particular pregnancia entre los jóvenes y por la masividad que alcanzó el género en los primeros años de la década del ochenta, el rock constituye un factor clave del proceso de redemocratización del país. Entendido como un escenario complejo de prácticas sociales y producciones artísticas e intelectuales que, organizadas en torno a un género musical, dan paso a la construcción de una identidad colectiva, la cultura rock aportó a los debates políticos y culturales de su tiempo. Fue objeto de atención para los poderes públicos y este interés no se circunscribió a prácticas represivas. Su caudal de convocatoria fue visto como una poderosa fuerza de atracción política que intentó ser reencauzada desde el Estado. Por otra parte, mientras los prejuicios sobre el rock como algo extraño o peligroso se fueron trocando por una visión positiva del lugar del rockero en la sociedad, la primera plana del rock, devenida en estrella del espectáculo, se convirtió en vocera del cambio cultural democrático. Su desafiliación a la política revolucionaria de los años setenta y su imagen de resistencia al gobierno militar —consolidada en los primeros años de la década del ochenta— dieron a los músicos de rock una legitimidad moral que escaseaba entre los referentes políticos. Aunque tuvieron que sortear las críticas a su desempeño durante la última dictadura fueron llamados a construir relatos sobre los nuevos tiempos democráticos como también sobre los desaparecidos y los derechos humanos.

La nacionalización llevada a cabo en el período transicional dio paso a un compromiso y una toma de posición con la realidad concreta del país que revirtió la tendencia cosmopolita de los años sesenta vinculada al ideario hippie y a las consignas humanistas de la contracultura. Al mismo tiempo, la nueva aceptación social hacia el rock se dio en paralelo a un cambio en su actitud más rebelde. La película *Los chicos de la Guerra* de Bebe Kamin (1984) condensa una imagen ajustada del modo en que la sociedad percibía a los chicos y chicas que escuchaban rock: eran jóvenes típicos de clase media, tenían ideales críticos pero moderados, iban a la escuela con cierta dedicación y esperaban integrarse a la vida adulta sin demasiadas diferencias a lo que habían hecho sus padres. Aunque las versiones más iconoclastas estallaran ante esta imagen, fue desde

55 «Festival de Amnesty», cit.

56 «Pizzas, volantes, petitorios», *Página/12*, 16 de octubre de 1988, p. 3.

57 En 1997 se realizó un festival en homenaje a los veinte años de la fundación de Madres de Plaza de Mayo y, a propósito de este encuentro, Hebe de Bonafini reconoció que en el rock «encontré a los hijos que perdí» («Somos unas viejas rebeldes», *Clarín*, 3 de octubre de 1997, p. 5).

este lugar que los principales voceros del rock contribuyeron a forjar una toma de posición sobre el pasado reciente con relación al gobierno militar y la represión.

Al evocar el pasado inmediato, diferentes voces del rock revisaron sus propias acciones y aportaron al debate sobre la desaparición de personas y las organizaciones de derechos humanos. Muchas de las visiones estuvieron permeadas por los marcos de interpretación hegemónicos. Al igual que muchos en su tiempo, aludieron a la idea de una guerra entre dos bandos, diferenciaron entre culpables e inocentes y cuestionaron el modo en que se presentaba el pasado de los desaparecidos (como eran asociados exclusivamente con los guerrilleros, se impugnaba que no se evidenciaran sus antecedentes militantes). Con todo, esto no impidió que apoyaran a las organizaciones de derechos humanos, organizaran recitales a su favor o las aludieran en sus obras.

Referencias bibliográficas

- ALABARCES, P. (1993). *Entre gatos y violadores*. Buenos Aires: Colihue.
- BERTI, E. (1994). *Rockología. Documentos de los '80*. Buenos Aires: Beas Ediciones.
- BUCH, E. (2016). «Variaciones sobre Alicia, el rock y los niños muertos», en *Música, dictadura, resistencia. La orquesta de París en Buenos Aires*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BURKART, M. (2017). *De Satiricón a Humor. Risa, cultura y política en los años setenta*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- CANELO, P. (2016). *Historia secreta de la última dictadura militar argentina (1976-1983)*. Buenos Aires: Edhasa.
- CARASSAI, S. (2013). *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- CASULLO, N. (1984) «Argentina: el rock en la sociedad política», *Comunicación y Cultura*, n.º 12, agosto.
- CORTÁZAR, J. (1984). *Argentina: años de alambradas culturales*. Madrid: Muchnick Editores.
- DELGADO, J. (2015). «No se banca más»: Serú Girán y las transformaciones musicales del rock en la Argentina dictatorial». *Revista Afuera. Estudios de Crítica Cultural*, año 10, n.º 15.
- DI CIONE, L. (2015). «Rock y dictadura en Argentina: reflexiones sobre una relación contradictoria». *Revista Afuera. Estudios de Crítica Cultural*, año 10, n.º 15.
- DUBATTI, J. (2011). «El teatro argentino en la posdictadura (1983-2010): época de oro, destotalización y subjetividad». *Stichomythia*, n.º 11-12, pp. 71-80. Disponible en: <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3677493>> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- ECKERMAN, M. (2018). «Entre la distensión y la apertura: la censura cinematográfica argentina en el tránsito de la dictadura a la democracia (1981-1986)», ponencia presentada en *Reunión Plenaria Anual del centro de Estudios de Historia e Historia del Arte (CEHHA)*, Buenos Aires, Unsam, noviembre.
- FAVORETTO, M. (2013). *Charly en el país de alegorías. Un viaje por las letras de Charly García*. Buenos Aires: Gourmet Musical.
- FILC, J. (1997). *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires: Biblos.
- FORTUNY, N. (2014). *Memorias fotográficas. Imagen y dictadura en la fotografía argentina contemporánea*. Buenos Aires: La Luminosa.
- FRANCO, M. (2014). «La teoría de los dos demonios. Un símbolo de la posdictadura argentina». *A contracorriente. Una revista de historia social y literatura en América Latina*, vol. 11, n.º 2, pp. 22-52.
- FRANCO, M. (2017). «La “transición” en Argentina como objeto historiográfico y como problema histórico». *Revista Ayer. Historia Contemporánea*, vol. 107, n.º 3, pp. 125-152.
- FRANCO, M. (2018). *El final del silencio: dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FRITH, S. (2001). «Hacia una estética de la música popular», en *Las culturas musicales. Lecturas en etnomusicología*. Madrid: Trotta.
- GILBERT, A. y VITAGLIANO, D. (1998). *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- GIUNTA, A. (1993). «Pintura en los 70: inventario y realidad», en *Arte y Poder*, CAIA. Disponible en: <http://www.caia.org.ar/docs/23_Giunta.pdf> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- GORELIK, A. (2008). «El romance del espacio público». *Alteridades*, vol. 18, n.º 36, pp. 33-45. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188-70172008000200004&script=sci_arttext&tlng=en> [Consultado el 5 de julio de 2019].

- JENSEN, S. (2005). «Vientos de polémica en dictadura: los debates entre “los de adentro” y “los de afuera” de la Argentina durante la última dictadura militar». *Revista Hmi. Historia moderna y contemporánea*, n.º 3, pp. 189-210. Disponible en: <<https://www.raco.cat/index.php/HMiC/article/viewFile/22069/21903>> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- LANDI, O. (1984). «Cultura y política en la transición democrática», en OSZLAK, O. (comp.). *«Proceso», crisis y transición democrática*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- LECHNER, N. (1987). *Cultura política y democratización*. Santiago de Chile: Flasco-Clasco-ICI.
- LONGONI, A. y BRUZZONE, G. (2008). *El siluetazo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- LUCENA, D. y LABOREAU, G. (2016). *Modo Mata Moda. Arte, cuerpo y (micro)política en los 80s*. La Plata: UNLP.
- MANZANO, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MANZANO, V. (2018). «Sexo y política en la Argentina de los ochenta: del “destape” a la llegada del sida», ponencia presentada en las *Jornadas Hacia una historia de los ochenta: nuevos problemas, actores y escalas de análisis*. Buenos Aires, Idaes, Unsam-UNGS, octubre.
- MORIN, E. (1965). «Los ídolos modernos». *Diálogos: Artes, letras, Ciencias Humanas*, vol. 2, n.º 1, pp. 25-27. Disponible en: <<https://www.jstor.org/stable/27932174>> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- NOVARO, M. (2010). *Historia de la Argentina. 1955-2010*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- NUN, J. y PORTANTIERO, J. C. (eds.) (1987). *Ensayos sobre la transición a la democracia en Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- O'DONNELL, G. (1984). «Democracia en la Argentina. Micro y Macro», en OSZLAK, O. (comp.). *«Proceso», crisis y transición democrática*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- O'DONNELL, G.; SCHMITTER, PH. y WHITEHEAD, L. (1988). *Transiciones desde un gobierno autoritario. América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- OLLIER, M. M. (2009). *De la revolución a la democracia*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- OSZLAK, O. (comp.) (1984). *«Proceso», crisis y transición democrática*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- PROGRAMA DE ESTUDIOS DE HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL AMERICANA (PEHESA) (1982). «¿Dónde anida la democracia?». *Punto de Vista*, n.º 15, pp. 6-10.
- PUJOL, S. (1999). *Historia del baile. De la milonga a la disco*. Buenos Aires: Emecé.
- PUJOL, S. (2007). *Rock y dictadura. Crónica de una generación (1976-1983)*. Buenos Aires: Booklet.
- QUIROGA, H. (2005). «El tiempo del Proceso», en Suriano, J. *Nueva Historia Argentina Tomo X. Dictadura y Democracia (1976-2001)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SAÍTTA, S. (2004). «La narrativa argentina entre la innovación y el mercado», en NOVARO, M. y PALERMO, V. *La historia reciente. Argentina en democracia*. Buenos Aires: Edhasa.
- SÁNCHEZ TROLLIET, A. (2017). «Haciendo el amor en la cocina. Mujeres, espacio doméstico y cultura rock en los tempranos ochenta». *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas*, vol. 1, n.º 1, pp. 100-116. doi: 10.11144/javeriana.mavae13-1.mecdc
- SARLO, B. (1984). «Argentina: 1984. La cultura en el proceso democrático». *Nueva Sociedad*, n.º 73, pp. 78-84. Disponible en: <https://nuso.org/media/articles/downloads/1192_1.pdf> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- USUBIAGA, V. (2012). *Imágenes inestables. Artes visuales, dictadura y democracia en Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa.
- VILA, P. (1985). «Rock Nacional. Crónicas de la resistencia juvenil», en JELIN, E. *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- WINOCUR, R. (1993). «Políticas culturales y participación popular en Argentina. La experiencia del Programa Cultural en Barrios (1984-1989)». *Perfiles Latinoamericanos*, pp. 97-118. Disponible en: <<https://www.redalyc.org/pdf/115/11500306.pdf>> [Consultado el 5 de julio de 2019].

Fuentes consultadas

Registros fílmicos

- Entrevista a Luis Alberto Spinetta en el programa *Badía y Compañía*, 1983. Disponible en <<https://www.youtube.com/watch?v=EFaAMjMRSqo&t=335s>> [Consultado el 23 de julio de 2019].
- Serú Girán en Obras. *Serú Girán en Vivo, Estadio Obras*, video completo: <<https://www.youtube.com/watch?v=Nat2mHps5-A>> [Consultado el 25 de abril de 2019].
- Sting durante el festival de Amnistía pueden verse en: <<https://www.youtube.com/watch?v=-P9m-3mrfflo>> [Consultado el 21 de abril de 2019].
- The days of our lives*, Episodio 2, BBC, 2011.

Canciones

Raúl Porchetto, «Che Pibe» en *Che Pibe*, Sazam Records, 1982.

Diarios y publicaciones periódicas

Clarín

El Periodista

La Prensa

La Razón

Página/12

Revistas culturales

Cerdos & Peces

Clarín Revista

Comunicación y Cultura

El Porteño

Expreso Imaginario

Humor

Pelo

Twist y Gritos

Recibido 30/4/2019. Aceptado 24/5/2019

Una conmemoración polémica: Malvinas, nación e identidad en los discursos de Néstor Kirchner

Paula Salerno¹

Resumen

En este artículo analizamos los discursos conmemorativos pronunciados por Néstor Kirchner durante su presidencia (2003-2007) en homenaje a los combatientes de Malvinas. Para ello, adoptamos la perspectiva del análisis del discurso, concebido como práctica interpretativa y campo interdisciplinario, y abordamos la interrelación entre las dimensiones conmemorativa y polémica. El propósito del trabajo es indagar en los mecanismos discursivos mediante los cuales el ejercicio memorial sobre Malvinas configura un «deber de memoria» (Jelin, 2018) que se torna deber de nación. De este modo, mostramos cómo se configura una conmemoración problemática que, en sus diferentes tensiones, habilita la afirmación de una identidad política kirchnerista.

Palabras clave: Malvinas; Néstor Kirchner; análisis del discurso; discurso conmemorativo

Abstract

This paper aims to analyse Néstor Kirchner's commemorative speeches about Malvinas, delivered during his tenure as Argentinian President (2003-2007). By adopting Discourse Analysis as an interpretative practice and an interdisciplinary approach, we will enquire into the relations between commemorative and polemical speech. Specifically, we will study discourse strategies with which memorial practices towards Malvinas conflict construct a «memorial duty» [deber de memoria] (Jelin, 2018) that results in what we call «national duty». By doing so, we show how a problematic homage, composed of different tensions, makes possible the strengthening of a 'kirchnerism' political identity.

Keywords: Malvinas/Falklands; Néstor Kirchner; discourse analysis; commemorative speech

¹ Universidad de Buenos Aires.

Introducción

El ejercicio memorial se ha vuelto una práctica habitual en las sociedades latinoamericanas en sus etapas posdictatoriales. Si la práctica memorial persiste, eso no indica, sin embargo, la continuidad de *una* memoria. Más bien, persiste *en y por* la conflictiva relación entre los sentidos disputados en la prácticas rememorativas. Es decir, permanece en forma de *memorias*, como aclara Elizabeth Jelin (2018), en plural, en tanto los discursos sobre el pasado son arena de lucha por las interpretaciones de la historia. Si entendemos los enunciados de conmemoración como ápice de la relación entre el futuro de la memoria, el pasado recuperado en el enunciado y el presente desde el cual se interpreta y se configura ese pasado, no es sesgado comprender estos discursos como productores de hegemonía. Es por eso que resulta particularmente enriquecedor indagar en los enunciados sobre el pasado producidos por un presidente que, tras un ascenso «accidental» (Cheresky, 2008),² logró una legitimidad imprevisible y arrasadora. Durante el gobierno de Néstor Kirchner (en adelante NK) se produjo una resignificación de la memoria mediante el pasaje «de la negación de la ausencia a la presencia de lo ausente» (Canoni, 2007). Lo que antes no se nombraba ahora se hizo patente, tanto por su nueva presencia como por su relación con un pasado de ocultamiento. Nos referimos, especialmente, a los crímenes de lesa humanidad, a los desaparecidos de la dictadura militar (1976-1983) y también a los combatientes de la guerra de Malvinas, en la que se enfrentaron Argentina y Gran Bretaña entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982. Este abandono de la negación en beneficio de la exposición de la ausencia implicó dos cuestiones. Por un lado, la memoria ha sido un ejercicio rememorativo que ha dado lugar a un viraje o «quiebre» con respecto a discursos previos sobre el pasado proferidos desde el espacio gubernamental. Por otro lado, el cambio *en el significante memoria* se vincula con la emergencia de elementos, sucesos, sentidos que antes se encontraban solapados o, incluso, negados: la justicia, el carácter conflictivo del pasado reciente y la memoria en sí misma. Con ese *antes* remitimos a un momento cuya referencia en los discursos de NK se encuadra en el doble pasado identificado por Gerardo Aboy Carlés (2005): el cercano, del período neoliberal que precedió al kirchnerismo y predominó durante la década del noventa, y el más lejano, pero que sigue formando parte del pasado reciente, identificado con la última dictadura militar.

Adoptando el análisis del discurso como práctica interpretativa y como campo interdisciplinario (Arnoux, 2006), en este artículo analizaremos específicamente los discursos pronunciados por NK como presidente de Argentina cada 2 de abril, en ocasión de conmemoración por el Día de los Veteranos y los Caídos en la Guerra de Malvinas.³ Entendemos por discurso la articulación entre un texto y un lugar social (Maingueneau, 1999) y, sobre todo, un espacio que expone los rastros del uso del lenguaje por parte de los sujetos (Arnoux, 2006). Desde esta mirada, analizar la materialidad discursiva atendiendo a sus relaciones con la historia y con la ideología nos permitirá abordar los discursos de conmemoración y considerar la relación entre, por un lado, el presente en general y las instancias de enunciación en particular y, por otro, la historia nacional que es interpretada desde esas instancias. Esta relación, retomando a Fiorella Canoni (2007), se inscribe

2 Néstor Kirchner no solo asumió a la presidencia en un contexto marcado por la crisis de 2001 y en el marco de una amplia crisis de la representación política, sino que además lo hizo con el escaso porcentaje de votos —solo el 22 %—. Carlos Menem era el candidato con el que competía en las elecciones y había obtenido el 24 % en la primera vuelta, pero se retiró del ballotage.

3 Los discursos que pronunció NK en estas ocasiones corresponden a los años 2004, 2005 y 2006. En 2007 el acto oficial fue presidido por el entonces vicepresidente Daniel Scioli, por lo cual escapa a los fines de nuestra investigación.

en las disputas por la hegemonía y da lugar a «una nueva identidad del pueblo» y, agregamos, a una nueva identidad política.

A continuación, expondremos brevemente el lugar que ocupó la cuestión Malvinas en el gobierno kirchnerista, para luego proceder al análisis discursivo considerando las facetas polémica y conmemorativa del homenaje a los combatientes en los enunciados de NK. En cuanto a la polémica, observaremos el contraste entre pasado y presente y, específicamente, el tratamiento de la desmalvinización. La dimensión conmemorativa considerará el recuerdo de los combatientes mediante la figura del héroe y la exaltación de los propios logros en el marco de un deber memorial. Atenderemos a las estrategias⁴ enunciativas y argumentativas con las cuales el enunciador traza su propio posicionamiento sobre el conflicto angloargentino y a la vez propone una doble recuperación de las islas, en tanto redención del pasado y afirmación política, en el marco de lo que llamaremos un *deber de nación*.

Néstor Kirchner y las Malvinas: una aproximación

Todos los presidentes del período democrático iniciado en 1983 prestaron atención en sus discursos, con mayor o menor grado, a la situación de las Malvinas. El presidente Raúl Alfonsín (1983-1989) se refirió a la guerra en reiteradas ocasiones:⁵ expresó su interés sobre Malvinas en el inicio de su mandato y habló *in extenso* de la recuperación de las islas en su primer discurso pronunciado en la Organización de Naciones Unidas (ONU) el 24 de septiembre de 1984. Carlos Menem (1989-1999) encabezó distintos actos en homenaje a los combatientes, indicó la voluntad de recuperación de las islas⁶ y llevó a cabo diferentes negociaciones con Gran Bretaña desde su asunción como presidente en 1989.⁷ Por su parte, Fernando de la Rúa (1999-2001) también incluyó la cuestión Malvinas en su discurso de asunción presidencial en diciembre de 1999 y en discursos de conmemoración; mientras Eduardo Duhalde, en su corta presidencia, participó en 2002 del acto por el vigésimo aniversario de la guerra. Si bien los presidentes posbélicos tuvieron en su agenda la cuestión Malvinas, no siempre lo hicieron con la bandera de la soberanía nacional que adoptó NK, prueba de lo cual es el «paraguas protector» impulsado durante el gobierno de Alfonsín en 1989 y la seductora política exterior de Menem, y el hecho de que en la corta duración de los gobiernos de De la Rúa y Duhalde no se evidenció una postura definida sobre el conflicto internacional.

La asunción de NK a la presidencia en mayo de 2003 inauguró una etapa política que se presentaba como paliativo no solo de la crisis de 2001 sino también de las falencias de los períodos gubernamentales anteriores que derivaron en una crisis de representación. En un marco de cuestionamiento a los partidos políticos tradicionales, surgió una nueva forma de liderazgo, que Isidoro Cheresky (2008) denomina «de popularidad», protagonizada por líderes personales

4 Nos referiremos a *estrategias, mecanismos y recursos* indistintamente para aludir a las opciones que se plasman en la materialidad lingüística y que, si bien exponen posicionamientos ideológicos, muchas veces resultan opacas para el sujeto hablante (Pêcheux, 1984).

5 Algunos ejemplos son el discurso del 2 de abril de 1982, el de cierre de campaña del 27 de octubre de 1983 y el de Semana Santa de 1987.

6 Sobre todo en los discursos de apertura de sesiones legislativas en el Congreso de la Nación.

7 Entre ellas, encontramos los dos tratados angloargentinos de 1990 en los que se acordó el uso compartido de los recursos ictícolas, se eliminó la zona de protección alrededor de las islas, se estableció un sistema de información recíproca ante movimientos militares, se pactó un régimen de inversiones y transferencia de ganancias. El 27/9/1995 se firmó en Nueva York la *Declaración Conjunta de Cooperación sobre actividades costa afuera en el Atlántico Sudoccidental* entre Argentina y Gran Bretaña para pautar las exploraciones y explotaciones hidrocarburíferas en la región de las Malvinas.

y mediáticos que establecen estrechos y efímeros vínculos con la ciudadanía. Junto a esta nueva forma de representación política personalizada que encuentra sustento en la opinión pública, la presidencia de NK dio lugar a una recomposición institucional y política que se basó en una indiscutible diferenciación con respecto a la política económica de la década del noventa (Martínez, 2013). En este marco, cobra un sentido particular el auge de la cuestión Malvinas, que fue creciendo en el transcurso del gobierno kirchnerista.

La importancia que NK asignó a las Malvinas comenzó junto con su mandato presidencial. En su discurso de toma de posesión expresó: «Venimos desde el sur de la Patria, de la tierra de la cultura malvinera y de los hielos continentales y sostendremos ineludiblemente nuestro reclamo de soberanía sobre las Islas Malvinas».⁸ La asociación entre el propio origen y las islas, traducida en una *cultura malvinera*, tiende una identidad política basada no solo en la firme posición por la recuperación de las islas sino también en una perspectiva que toma a la soberanía como eje del reclamo. Es en este marco que comprendemos las políticas en torno a Malvinas implementadas a partir de 2003,⁹ la celebración de actos oficiales en homenaje a los combatientes y, particularmente, los discursos conmemorativos ofrecidos por NK.

Desde el inicio de su presidencia, NK expresó un particular interés hacia los derechos populares y encausó una renacionalización de la cuestión Malvinas, basada en una nueva postura que valoró tanto la posesión argentina previa a la invasión británica de 1833 como el intento de restitución del territorio en la guerra de fines del siglo XX, el rol de los combatientes y veteranos de 1982 y el derecho de soberanía argentina sobre las islas. Asimismo, la cuestión Malvinas adquirió un nuevo rol en la articulación entre lo nacional y la lucha por la memoria, la verdad y la justicia. Los discursos de conmemoración han formado parte de un ejercicio memorial que tomó como foco la causa de los derechos humanos y que, de este modo, se despojó del cariz nacionalista que otrora tuvo a la vez que estableció una diferencia con los gobiernos anteriores, tanto dictatoriales como democráticos.

Dimensión polémica

Si en el gobierno de NK Malvinas se configuró como causa por la democracia, esto no solo actualizó el conflicto angloargentino sino que también implicó una resemantización del término *democracia* con respecto al período gubernamental iniciado en 1983. Según Fernando Chávez Solca (2013), el «desplazamiento en el significado de democracia» operado durante el kirchnerismo radicó en que este sistema de representación se entendiera como *conflicto*. En otras palabras, en este nuevo período, la democracia era inherente a la pervivencia de posicionamientos políticos. La idea menemista de que la política es un obstáculo para el desarrollo de la sociedad fue reemplazada por una concepción de la política como campo de lucha. Esto se plasmó en la novedosa dimensión adversativa del discurso kirchnerista, en el cual «el género de la polémica emerge con frecuencia» (Martínez, 2013: 55).

8 El discurso completo puede leerse en <<https://www.cfkargentina.com/discursos-de-asuncion-del-presidente-nestor-kirchner-a-la-asamblea-legislativa-el-25-de-mayo-del-2003/>>.

9 El inicio de reuniones con representantes de Malvinas en el Comité de Descolonización de Naciones Unidas, el rechazo a los tratados angloargentinos firmados en 1990, el fin de la declaración firmada conjuntamente por Argentina y Gran Bretaña en 1995 para explorar y explotar yacimientos hidrocarbúricos en las islas, la suspensión de los vuelos chárter que debían partir de Chile para llegar a Malvinas y el ofrecimiento de vuelos regulares desde Argentina hacia las islas, el aumento de la pensión honorífica a los combatientes y la extensión del beneficio a civiles, suboficiales y oficiales, la declaración del 2 de abril como feriado inamovible a partir de 2006, la reapropiación en 2004 del espacio de la ex-Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), donde en 2014 se inauguraría el Museo Malvinas.

La polémica es una dimensión que, concebida aquí dentro del espectro de discurso argumentativo (Amossy, 2016), permite comprender los discursos de NK como parte de una disputa por los sentidos en torno a la cuestión Malvinas y al pasado reciente argentino. Ante la crisis de partidos y la consecuente ausencia de opositores contemporáneos fuertes, y dada la necesidad de generar una amplia convocatoria con el fin de obtener legitimidad y asegurar la gobernabilidad, la diferenciación adversativa en los discursos de NK se articuló no en la distinción entre el partido propio y los otros sino en el contraste entre pasado y presente. Si comprendemos la polémica como inscrita en un espacio dialógico que no se propone llegar a un acuerdo sino desacreditar al adversario (Kerbrat-Orecchioni, 1980), veremos que la configuración del posicionamiento presidencial sobre Malvinas es depositaria de un desdoblamiento tajante de la Argentina, que distinga claramente entre un país viejo y uno nuevo, con valores y lógicas inconciliables.

Pasado reciente: dictadura y oportunismo

Uno de los mecanismos recurrentes en los discursos de NK es la polarización (Amossy, 2016) que traza un agrupamiento de tipo social, con la consecuente distinción entre *nosotros* y *ellos*. Esto se logró mediante la caracterización negativa del adversario, que en el fragmento que sigue se presenta como quien decide la guerra de Malvinas conducido por intereses personales:

En esta ocasión nos encontramos frente a una de las grandes causas nacionales [...]

La triste circunstancia de que la dictadura haya pretendido ponerla al servicio de un subterfugio ideado para sobrevivir una coyuntura política que le era adversa no debe obnubilarnos en el análisis.

En 1982 estuvo la decisión equivocada de una dictadura que para salvarse planeó y ejecutó una guerra mintiendo sobre sus verdaderas intenciones, pero estuvo también la lealtad, el valor, el patriotismo y el sacrificio generoso de nuestro pueblo y el de miles de soldados —miles de soldados— que no dudaron en responder al llamado de la patria.¹⁰

La personificación de «la dictadura» es acompañada de verbos que indican el móvil estratégico del conflicto bélico, visto como una oportunidad de perpetuarse en el poder: la dictadura «pretende», quiere «sobrevivir» y «salvarse» y toma una «decisión equivocada». Este tratamiento de la etapa histórica configura un pasado amenazante que, según Aboy Carlés (2005), es constitutivo del «ánimo fundacional» de todo discurso político y contraparte de un futuro venturoso. De este modo, se traza una frontera política. Por un lado, el adversario posee fines maliciosos (Angenot, 1982) plasmados en los verbos volitivos *planear* y *ejecutar* y en la dicotomización (Amossy, 2016) entre *mentir* y *decir la verdad*. La dicotomización también es recurrente a lo largo del *corpus* estudiado y, veremos, es una operación axial en el trazado de las dimensiones polémica y conmemorativa. Se trata de un mecanismo que extrema la diferencia entre dos nociones al punto de hacerlas incompatibles, pero además señala cuál de los dos polos es positivo y cuál rechazado. La mentira, en el contraste observado, es elemento nodal en la dinámica del ocultamiento que caracteriza al enemigo en todo el discurso kirchnerista. Pero aquí, además, tiene su contrapunto en la configuración de un *nosotros* iluminado, a quien la «triste circunstancia» de la guerra no puede engeuecer. En el pasaje citado, el *ellos* y el *nosotros* se distinguen claramente. La humanidad es rasgo exclusivo del *nosotros* pueblo y de los combatientes de Malvinas. Además, la primera persona del plural remite a quienes conmemoran a los combatientes y al conjunto del pueblo argentino y se asocia a los valores de la lealtad, del patriotismo y del sacrificio. Nuria Yabkowski (2010) ha señalado que la importancia del conflicto en el gobierno de NK no consiste en el conflicto en sí mismo sino en tanto componente necesario de la *comunidad*. Dada la coyuntura crítica en que NK

10 NK, 2/4/2006. El discurso completo de 2006 puede leerse en <<https://www.casariosada.gob.ar/informacion/archivo/11505>>.

comienza su presidencia, debe construir un *nosotros* que ampare su propia posición institucional. Es por esto, pensamos, que su identidad se asocia a valores reconocidos por la sociedad y a un intento de modificar el estado de situación sobre Malvinas, que consiste en rechazar la lógica dictatorial del ocultamiento.

La dicotomización en que se enmarca la claridad del enunciador sobre la cuestión Malvinas se expone desde el primer discurso conmemorativo: «No se puede confundir lo que significó esa lucha con la coyuntura o con las cuestiones mundanas de la política cotidiana».¹¹ Como aquí la expresión «no se puede confundir», en el fragmento antes citado el sintagma «no debe obnubilar-nos el análisis» indica un mandato memorial, plasmado en el verbo deóntico «[no] debe» (y «no se puede»). El recuerdo de Malvinas es, entonces, un «análisis» sobre los acontecimientos, cuya transparencia radica en la consideración de Malvinas como «una de las grandes causas nacionales» y de los combatientes como patriotas. Emerge aquí la «presencia de lo ausente» (Canoni, 2007), plasmada en los mecanismos de énfasis de la aserción (Angenot, 1982), que amplifican tanto el rechazo al adversario como la exaltación polarizada de los soldados y que, veremos, se encuentran tanto en función de la polémica como de la conmemoración. Entre estos mecanismos encontramos la enumeración de rasgos laudatorios, la repetición «miles de soldados» y la metáfora «responder al llamado de la Patria», que enfatiza el patriotismo. El contrapunto entre el rechazo al adversario y la valoración hacia los combatientes es recurrente:

Malvinas fue, en un sentido, otro de los crímenes dictatoriales y una gran frustración; la decisión irresponsable de emprender una guerra puso de manifiesto las muchas limitaciones que los técnicos del horror tenían para las verdaderas batallas. Pero Malvinas también es, en otro sentido, un altar de la Patria al heroísmo de su pueblo.¹²

El adversario es referido mediante la metáfora «los técnicos del horror» que, nuevamente, enfatiza sus fines maliciosos. El sintagma «las verdaderas batallas» habilita una dicotomización entre batallas verdaderas y falsas, de modo que nuevamente el enunciador se ubica en el lugar de la verdad y atribuye al adversario una incapacidad para estar a la altura de las circunstancias y, sobre todo, para llevar adelante una guerra legítima. A su vez, ese sintagma se conjuga con otro: «entramos a defender *esta historia*».¹³ La disputa por los sentidos del pasado adquiere la forma de enfrentamiento entre dos historias: esta y aquella, la verdadera y la falsa. El nexos adversativo que encabeza el «otro sentido» de Malvinas («Pero Malvinas también es...») ubica al enunciador en una discusión en torno a la interpretación de la guerra de 1982. La concesión acepta el perfil condenable de la contienda, acorde con una perspectiva que hace de ella un crimen más en la serie del pasado denostado. Al mismo tiempo, al rechazar seguidamente esa postura, se tiende una nueva disputa: no solo con el pasado dictatorial sino también con el período posbélico que implementó la política de desmalvinización (véase el apartado «Desmalvinización»). En otras palabras, la interpretación heroica y patriótica de la guerra, entendida como causa nacional, contrasta con la configuración del acontecimiento como guerra dictatorial:

Hermanos y hermanas, combatientes de Tierra del Fuego presentes aquí: *la lucha del 2 de abril no significó, como algunos quieren decir, la decisión loca, atolondrada o suicida de algún general de la Nación*, más allá de lo que podría significar. Bajo ningún aspecto se puede emparentar la lucha de los combatientes de Malvinas, de los oficiales dignos

11 NK, 2/4/2004. El discurso completo de 2004 puede leerse en: <<https://www.cfkargentina.com/homenaje-de-nestor-a-los-caidos-en-malvinas-2004/>>.

12 NK, 2/4/2006, cit.

13 NK, 2/4/2006, cit. *Cursivas nuestras.*

de nuestras tres Fuerzas Armadas que combatieron en Malvinas, con aquellos que miraron con la nuca al pueblo argentino y cometieron atropellos.¹⁴

La negación inicial rechaza el punto de vista que identifica la guerra con un error producto de la decisión dictatorial, pero además niega el discurso que sostiene esa postura: «como algunos quieren decir» implica que hay una voluntad pero no hay un decir consumado. De este modo, se está rechazando el hecho de que en efecto ya se dijo —y es uno de los discursos circulantes— que la guerra de Malvinas fue la voluntad de un militar alcohólico interesado por conservar su poder. Aquí, el adversario no es mencionado sino aludido y su caracterización negativa se hace no solo mediante metáforas sino también con el tópico del actor por el acto, que califica a la persona a partir de la consideración de sus acciones. En cambio, los sujetos admirados son mencionados, calificados positivamente y presentados como responsables de actos honorables. La repetición del nombre «Malvinas» y de vocablos asociados al combate, el subjetivema «dignos» y el pronombre «nuestros» indican una clara adhesión del enunciador a los hechos ocurridos y una posición acorde a la situación de conmemoración. Los contrastes entre *decisión loca* y *guerra digna*, entre *guerra oportunista* y *causa nacional*, afianzan esta última opción, que enmarca el homenaje en la polémica: «El tiempo transcurrido permite distinguir con claridad entre el gesto imprudente e irracional de una dictadura en retirada, que intentaba retener el poder de cualquier modo, y el sentimiento de patria que moviliza a los argentinos para recuperar lo que es propio».¹⁵ El adversario es calificado nuevamente por sus actos, basados en la irracionalidad y el afán de poder.

Por otro lado, la valoración hacia la dimensión emocional, contenida en «el sentimiento de patria», habilita una dicotomización que se sustenta en el contraste dóxico entre el afecto y lo material: es aquella entre velar por el bien común —la patria— y actuar en beneficio propio —el poder—. Se desprende, entonces, un razonamiento entimemático consistente en que la dictadura está en contra de la patria. La tensión entre *causa dictatorial* y *causa nacional* se resuelve en una voluntad colectiva («moviliza a los argentinos») gracias a la comprensión de los ciudadanos sobre los acontecimientos pasados. Este entendimiento guía la distinción entre *nosotros* y *ellos*:

Entremos a hablar las cosas con toda claridad porque es la única manera de poner la historia en claro y lo que es blanco es blanco y lo que es negro es negro definitivamente. Y tampoco vimos, porque si bien el Estado tiene responsabilidades, a los grupos económicos y a aquellos que apoyaron a la dictadura salir a respaldar a nuestros soldados cuando vinieron después de dar su batalla.

Era el Estado irresponsable, ¿y quién sostuvo ese Estado? Por eso en la Argentina, hermanos y hermanas, tenemos que hablar con absoluta claridad, desde la verdad relativa pero sin miedos.¹⁶

La claridad y la verdad construyen un *ethos* analítico que legitima la posición del enunciador con respecto a la conmemoración y, además, habilita un ordenamiento, un *poner las cosas en su lugar* en que resuena la voluntad de recomposición de la nación. La claridad con respecto a la historia nacional es una traspolación del orden que pone el primer gobierno kirchnerista en una Argentina de poscrisis. Se expone acá la articulación entre comprensión del pasado y decisión política que, según señala Yabkowski (2010), junto con el mandato popular conforma una tríada axial en las formas de legitimación política que adopta NK. En el enunciado citado, NK se auto-proclama factor ordenador y clarificador y se diferencia no solo de los dictadores, calificados de

14 NK, 2/4/2004, cit. *Cursivas nuestras*.

15 NK, 2/4/2005. El discurso completo de 2005 puede leerse en <<https://www.casarosada.gob.ar/informacion/archivo/24360>>.

16 NK, 2/4/2006, cit.

mentirosos y oscuros, sino también de la política que se propuso esconder a los combatientes una vez terminada la guerra.

Desmalvinización

Entre los hechos del pasado, el período posbélico ocupa un lugar central debido a las tensiones que desde entonces reinaron en torno a la interpretación de la contienda y del rol de los combatientes. Hemos mencionado que la guerra de Malvinas en el discurso de NK adopta dos aristas: causa nacional y, a la vez, decisión de un gobierno *de facto* oportunista. La posición presidencial ante esta convivencia problemática rige la situación conmemorativa: Malvinas fue una lucha digna, *más allá de la coyuntura* en que se desarrolló.

El contraste entre *patria* y *oportunismo* se plasma en la figura del combatiente:

Vergüenza fue cuando los trajeron de vuelta al continente, que los querían traer escondidos.

¡Oh, Dios, pobre Argentina, qué cosas nos han pasado cuando los tendríamos que haber recibido como héroes nacionales! No importa la derrota contra la potencia, importaba la dignidad de aquellos que fueron a dejar todo.¹⁷

Terminada la guerra el 14 de junio de 1982 con la rendición argentina, los combatientes volvieron al continente en circunstancias que nada tuvieron que ver con un homenaje por la defensa de un territorio nacional. Al contrario, su regreso fue cauteloso, disimulado, las autoridades de facto se ocuparon de no despertar atención, abrumados por el peso de la derrota. Se trataba del comienzo de la desmalvinización, durante la cual la guerra como causa nacional fue silenciada y los combatientes fueron ocultados y presionados por los militares «para que no testimoniaran acerca de sus experiencias» (Lorenz, 2013). Esta postura persistió una vez finalizada la dictadura y se instaló durante el gobierno de Alfonsín por temor a que la reivindicación de la guerra volviera a fortalecer a las Fuerzas Armadas. Como corolario, se forjó una representación de los combatientes como *chicos de la guerra* que los despojó de toda conducta loable y de toda vinculación con los valores nacionales. Para Julio Cardoso (2011), que entiende la desmalvinización como una «gramática de época», las posiciones desmalvinizadoras, adoptadas por un amplio sector político pero también por los medios de comunicación y las instituciones educativas, producen un discurso «introvertido» que evita la configuración de una mirada heroica sobre los combatientes. Es «el punto de vista del loco» el que guía la posguerra y le niega a la contienda de 1982 su dimensión histórica, social y política, haciendo «desaparecer al combatiente» (Cardoso, 2011: 200). En el fragmento citado, el rechazo a esa política se observa en el contraste axial entre «vergüenza» y «dignidad», acompañado por mecanismos de amplificación, como el desplazamiento sintáctico que llama la atención sobre el lexema «vergüenza», la interjección, la modalidad exclamativa y la metáfora «dejar todo». La gravedad de la desmalvinización se manifiesta con insistencia:

Los argentinos debemos recuperar nuestra autoestima. Fue duro lo que sufrimos y dimos y la batalla que tuvimos en 1982, *pero queridos argentinos, fue vergonzante lo que pasó después de la derrota dolorosa*, cómo cada uno quería esconderse en su madriguera dejando a los que lucharon solos. Los que conducían a la Argentina demostraron una vez más su cobardía y cuando tenían que poner la cara escapaban como podían. Ya lo habían hecho años antes y lo volvieron a hacer ese día.

Con todo respeto y cariño por nuestros queridos jefes de las Fuerzas y nuestros soldados y oficiales actuales, fueron generales cobardes que llenaron de deshonor a nuestro Ejército y a nuestro pueblo argentino.¹⁸

17 NK, 2/4/2006, cit.

18 NK, 2/4/2006, cit. *Cursivas nuestras.*

La concesión indica que el período posbélico fue más grave que el sufrido durante la guerra. El paralelismo sintáctico entre «fue duro» y «fue vergonzante» genera una gradación en la cual «vergonzante» tiene una connotación negativa mayor en tanto se asocia al «deshonor» asignado a los militares del pasado y, a la vez, contrasta con la honra atribuida a los combatientes. La deshonra hace de la conducta desmalvinizadora una herramienta que socava el «sentimiento de patria», el cual aparece bajo el mandato de recuperación: «Los argentinos debemos recuperar nuestra autoestima». La caracterización negativa de los dictadores radica en la falta de heroísmo, trazada con los lexemas «cobardía» y «cobardes», la animalización «escondese en su madriguera» y la acusación «se escapaban como podían» que contrasta con la metáfora «poner la cara». La iteración «lo volvieron a hacer» indica que la falta de valentía es una actitud recurrente del adversario, lo cual permite una descalificación basada en la máxima argumentativa del acto. Esa cobardía funciona, a la vez, como elemento contrastivo con respecto a la heroicidad de los combatientes.

Es llamativa la distinción final entre los actuales responsables de las Fuerzas Armadas y quienes ocupaban su lugar durante la guerra de 1982. El «cariño» que equipara a los militares actuales con el conjunto de los «queridos argentinos» se vincula con un intento de reconstrucción nacional basado en una recomposición institucional. El Ejército como institución es presentado, entonces, como víctima junto al «pueblo argentino». El enunciador omite matices entre los militares que combatieron en Malvinas: entre quienes cumplieron un rol legítimo y actuaron de forma heroica y quienes se comportaron ilegítimamente y desatendieron los intereses colectivos. Esta homologación entre los distintos integrantes del Ejército de Malvinas responde, pensamos, a la dificultad de posicionarse ante una problemática compleja que además está signada por el peso de la conmemoración.

Veamos, por otro lado, las formas en que son representados quienes se guían por intereses económicos:

Hay que tener memoria, porque muchos de esos intereses [económicos] siguen actuando en la Argentina, muchos de esos intereses se renuevan, cambian o toman distintas formas. Pero el pueblo argentino tiene que tener una gran memoria, porque va a ser la forma de consolidar definitivamente un nuevo país.¹⁹

[Rindamos homenaje] A aquellos que dieron su vida por la Patria y que mientras había argentinos de buena voluntad que juntaban distintos elementos para apoyarlos cuando estaban allí, otros, civiles y de charreteras se robaban el esfuerzo y lo que juntaban para apoyar a nuestros combatientes en Malvinas.²⁰

Si el enunciador hace una distinción dicotómica entre los militares de antaño y los actuales, en cambio, establece un puente entre los intereses económicos del pasado y los de hoy: «siguen actuando», «se renuevan» e incluso se camuflan. Por eso la memoria se presenta como mandato y como conmemoración colectiva que permitirá componer un «nuevo país», despojado de aquellos intereses. Yabkowski (2010) señala que esta perspectiva sobre los intereses económicos se vincula con «la recuperación de una idea de nación unida a la idea de dignidad, independencia, orgullo». En esta línea, es significativa la atribución de robo a un *otro* movido por intereses monetarios que abarca a los ciudadanos («civiles») y los militares, referidos metonímicamente («de charreteras»). El contraste reiterado entre la Argentina del pasado y la actual es, entonces, axiológico: no se vincula tanto con sus representantes como con los valores que ellos encarnan.

Así, la desmalvinización se opone a —y es corregida por— el recuerdo que valora a los combatientes:

19 NK, 2/4/2006, cit. Cursivas nuestras.

20 NK, 2/4/2006, cit.

Recordemos, reflexionemos, no podemos permitir que el deseo de olvidar culpa vaya llevándose la memoria dejando de la historia solamente un borrón. Terminemos con esta historia de algunos que creían que se podía saldar la responsabilidad con nuestra propia conciencia desmalvinizando la Argentina.

Rindamos homenaje a quienes cayeron en nuestro suelo y aguas malvinenses, a quienes por el olvido ingrato de varios años se sienten aún en la trinchera y no logran regresar de su exilio interior.²¹

Los verbos en modalidad imperativa, recurrentes en el *corpus*, enmarcan el homenaje en un «deber de memoria» (Jelin, 2018) que rechaza el olvido a la vez que se propone como un esfuerzo ante el «deseo de olvidar culpa». El hipérbaton («dejando de la historia solamente un borrón», «quienes por el olvido ingrato de varios años se sienten aún en la trinchera») genera emoción y acentúa el rechazo a la postura desmalvinizadora.

La dicotomización entre *recordar* y *olvidar* encuentra su correspondencia también en aquella entre héroes y víctimas:

La tarea que tenemos que emprender los argentinos frente a las luces y sombras que plantea el tema que recordamos es la de evitar que nuestros héroes resulten ser hoy las víctimas de aquellos claroscuros. Se los hace víctimas cuando se los olvida, se los convierte en víctimas cuando se los esconde, como se los escondió después que terminó la batalla. Son víctimas cuando no se les reconoce en hechos concretos su lucha en defensa de nuestros derechos nacionales.²²

Nuevamente, el mandato memorial establecido como deber colectivo y específicamente nacional se construye sobre el rechazo a la noción de «víctima». La asociación entre víctima y ocultamiento es enfatizada mediante la enumeración, pero además es asociada a los derechos de soberanía nacional. Es por ello que NK configura una contraimagen de los combatientes, a quienes despoja del rasgo victimal en función de una constitución heroica.

Dimensión conmemorativa

Los héroes contemporáneos

En tanto la conmemoración es contracara del olvido desmalvinizador y, a la vez, rechazo al pasado dictatorial, los discursos de NK sobre Malvinas están inscritos en lo que Jelin (2018) llama «deber de memoria». Los períodos de transición posdictatorial que signaron la Latinoamérica de los años ochenta han mostrado el afincamiento de una idea de «normalidad» en torno a la confrontación con el pasado: se tornó regla que los gobiernos latinoamericanos rechazaran el pasado reciente y promovieran medidas dirigidas a esclarecer la verdad y conseguir justicia. En los enunciados aquí estudiados, se observa este mandato memorial:

Los argentinos de toda condición debemos encender en nuestros corazones una llama de homenaje a nuestros 649 caídos y a los muchachos que día tras día se fueron quitando la vida por el olvido de quienes nunca debieron olvidarlos, a los que se sintieron en soledad, a los que les dieron vuelta la puerta, a los que para algunos son una carga y para otros son unos hermanos que nos honran, a los que para algunos solamente existen el 2 de abril y a los que para la mayoría de los argentinos existen y deben existir todos los días, porque son el reflejo claro de nuestra memoria.²³

El imperativo «debemos» contrasta con la tercera persona en «nunca debieron olvidarlos» y hace del deber de memoria un mandato nacional basado en la interpretación de los aconteci-

21 NK, 2/4/2006, cit.

22 NK, 2/4/2006, cit.

23 NK, 2/4/2006, cit.

mientos pasados. Los sintagmas «para algunos» y «para otros» construyen una polarización que distingue entre el grupo reducido que desmerece a los combatientes y el grupo de «la mayoría de los argentinos» que los honra. De este modo, el homenaje y el posicionamiento en cuanto a la figura de los combatientes se tornan componentes tan nacionales como la historia que se celebra. El discurso conmemorativo que NK pronuncia es un «soporte de la memoria» entramada desde el presente, un «marco material» (Vezzetti, 2012) en que se asienta el recuerdo colectivo sobre Malvinas. Este rasgo físico de la conmemoración es contrapunto de una temporalidad problemática y múltiple que rige la disputa por los sentidos del pasado. De ahí la repetición, a lo largo del *corpus*, de lexemas que enfatizan la relación entre los sujetos homenajeados y un *nosotros* nacional: los combatientes son «nuestros», igual que «nuestros corazones» y «nuestra memoria». Se activa, así, la función didáctica de la conmemoración (Wodak y De Cilia, 2007), que vehiculiza valores para generar y afianzar una identidad que exalta el sentido de comunidad a partir de una relación emotiva con lo acontecido. Es recurrente, entonces, el despliegue de recursos que generan emoción.

La emoción, en el pasaje citado, no es dicha de manera explícita sino generada mediante metáforas que evocan emociones tanto positivas relativas a la práctica conmemorativa y a la comunidad como negativas que condenan las acciones del adversario en torno a los combatientes. De este modo, NK señala acciones loables, concentradas en el homenaje por él encabezado, como contracara de las acciones denostadas de quienes encarnaron la desmalvinización. Las conductas de los combatientes son consideradas atendiendo especialmente a las secuelas de la guerra de 1982: son «caídos» y «se fueron quitando la vida». Paralelamente, la exaltación de los sentimientos orienta una interpretación del período posbélico en que el propio enunciador es puesto en consideración, aunque indirectamente, mediante la valoración hacia los soldados de Malvinas. Según Christian Plantin (2011), el *ethos* tiene una «estructura pathémica» en tanto las emociones desplegadas en el discurso repercuten sobre la imagen del enunciador. Al mismo tiempo, la presentación de virtudes morales del enunciador puede despertar pasiones en el auditorio. Reveamos:

Malvinas fue, en un sentido, otro de los crímenes dictatoriales [...] Pero Malvinas también es, en otro sentido, un altar de la Patria al heroísmo de su pueblo que, como en los orígenes de nuestra corta historia, supo forjar hombres capaces como nuestros Veteranos de Guerra de dar la vida por los demás, de inmolarsse por la patria, aún ante el error estratégico y político de quienes la conducían ilegítimamente en ese momento.²⁴

En consonancia con la noción de recomposición, se presenta aquí un paralelismo entre Malvinas y la conformación de Argentina como Estado independiente, relación habilitada por la comparación entre presente y pasado decimonónico. NK ubica en la guerra de 1982 un segundo origen nacional, con héroes forjados por el pueblo. La concesión desplaza una vez más a los dictadores: la inmolación por la patria se realizó *a pesar de* quienes dirigían el país. Los combatientes son personajes ejemplares, que por su patriotismo pasaron a la eternidad y cuyas virtudes son el componente esencial de la conmemoración. La configuración de personajes modélicos se sustenta en el tópico de *morir por la patria*, de modo que homenajear a los soldados de Malvinas es, al mismo tiempo, homenajear al país. Por eso, la activación de la memoria fundacional decimonónica ubica a Malvinas en una nueva genealogía patriótica que, mediante el rechazo a los dirigentes de 1982, se traslada al presente kirchnerista. Es la gesta de los combatientes la que da sentido a la refundación nacional presente, y viceversa: aquella gesta cobra sentido patriótico desde el presente refundacional. Así, la conmemoración que realiza NK se inscribe en una identidad política en que el deber de memoria es análogo a lo que consideramos un *deber de nación*. La secuencia

narrativa que resalta la lucha por la defensa de la nación, el heroísmo, la voluntad del pueblo y la convicción de dar la vida por la patria es una escena que puede entenderse como un guión prototípico (Micheli, 2014) que genera una emoción que aquí entendemos como patriótica. Se trata de una emoción «apuntalada», que puede ser inferida a partir de la representación discursiva de una situación a la que está convencionalmente asociada; en este caso, la lucha bélica en defensa de un territorio nacional genera la admiración de los soldados concebidos como héroes. El componente epidíctico inscribe la guerra de Malvinas en el relato de las grandes gestas nacionales asociado a las luchas independentistas. Las metáforas «altar de la Patria» y «dar la vida», la personificación del pueblo («heroísmo de su pueblo»), la sinonimia acumulativa («dar la vida por los demás», «inmolarse por la patria») son, nuevamente, recursos de amplificación que se dirigen a enfatizar valores y, con ello, trazar una conducta modélica que exalta los sentidos de comunidad. Así, se construye tanto un modelo a seguir como un antimodelo: mientras el adversario es erróneo e ilegítimo, los combatientes son figuras ejemplares y el enunciador que los homenajea se identifica con el acierto. En esta línea entendemos la apelación a la justicia:

Por eso, que se hayan cometido las cosas que hemos dicho y demás, jamás podrán invalidar el justo reclamo y es justo decir que las Malvinas son nuestras y argentinas y que estos hermanos que lucharon allá fueron por esos valores, fueron a poner la cara por todos los argentinos, fueron a luchar en desigualdad pero no lloraron, tuvieron la bandera levantada de pie con honor y orgullo.²⁵

La negación polémica (Ducrot, 1986) «no lloraron» rechaza la victimización y la debilidad de los combatientes. En contraste, el enunciador recurre a metáforas para exaltar la valoración de lo nacional y del coraje que requiere defender al país. A su vez, en tanto el deber de memoria se asocia a la búsqueda de justicia, el sintagma «justo reclamo» hace de Malvinas una causa por la defensa de los derechos humanos. Mercedes Barros (2009) sostiene que el kirchnerismo ha sabido presentarse discursivamente «como la única fuerza política capaz de encarnar finalmente la lucha por los derechos humanos en la Argentina democrática». En este sentido, entendemos la memoria pública concerniente a Malvinas como otro entramado en la configuración de una identidad colectiva nacional y política. Cabe señalar que el predominio de la dimensión conmemorativa en el discurso de 2006 está en consonancia con la constitución de la fecha de 2 de abril como feriado nacional inamovible por disposición de la Ley 25370²⁶ implementada ese mismo año. Esto se vincula con la polarización ya mencionada entre quienes desoyeron a los combatientes y quienes los honran, dualidad que demanda una consideración clara y constante de la historia nacional:

... en primer lugar quería estar como presidente de la nación aquí el 2 de abril para definir y asumir con claridad la adhesión a la conducta, a la defensa de la soberanía nacional, a la dignidad, a la calidad de héroes y mártires nacionales que deben ser honrados sin excusas en todo el ámbito de nuestra patria.²⁷

La afirmación enfática y la negación «sin excusas» no solo consolidan el homenaje sino que retoman la polémica en torno a si es adecuado o no conmemorar a los combatientes. Según Ruth Wodak y Rudolf de Cilia (2007), además de la didáctica, el discurso conmemorativo tiene una función rememorativa que consiste en recuperar el pasado para legitimar o deslegitimar el presente. NK deslegitima el período posbélico y legitima el presente mediante un ejercicio memorial regido por el contraste con el pasado. Al inscribir su discurso en esta disyuntiva, asienta y afianza su propia posición sobre el carácter heroico de los combatientes. Su misma presencia

25 NK, 2/4/2006, cit.

26 Ley del Día del Veterano de Malvinas, en: <<http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/verNorma.do?id=65442>>.

27 NK, 2/4/2004, cit.

en la conmemoración se propone diluir las confusiones en torno al pasado o, parafraseando sus palabras, *poner la historia en claro*: los dirigentes de facto y los soldados de Malvinas son personas distintas, con distintos móviles. NK erige «héroes contemporáneos» e indiscutibles, a la vez que activa la memoria de la formación de los Estados nación dado que construir un país es un proceso que requiere próceres:

Mirando atrás, luego de estos veintitrés años del hecho que conmemoramos, recordamos conmovidos los gestos de valor y heroísmo de los soldados, suboficiales y oficiales de nuestras Fuerzas Armadas cuando defendían con dignidad la soberanía nacional en el campo de batalla, en las aguas del mar y en los cielos de la patria.²⁸

Los elementos propios del discurso conmemorativo en este fragmento rigen la presentación heroica de los combatientes. En primer lugar, los recursos que despiertan emoción contribuyen al engrandecimiento de la figura homenajead. Entre ellos, encontramos la enunciación explícita de la emoción mediante la calificación «conmovidos», la evocación del sufrimiento pasado y la alusión a sus causas y la presentación del vínculo afectivo mediante el subjetivema «hermanos» que refiere a los combatientes. La heroicidad se despliega mediante el tópico de *amor a la patria*, plasmado en los sintagmas «nuestra soberanía», «los cielos de la patria», «la bandera levantada», «los más altos objetivos nacionales» y los lexemas de connotación positiva «valor», «heroísmo», «dignidad», «honor», «orgullo». Los combatientes hacen resonar los relatos ejemplares de próceres nacionales, de modo que la memoria independentista se hace patente en estrecha relación con el discurso hegemónico de la historia nacional. El pasaje citado activa la memoria de la historiografía escolar y de la defensa nacional en el período bélico, por su apelación al «campo de batalla» que asigna un tono épico y que habilita la identificación entre nación y territorio, acompañada por las referencias al cielo y el mar de Argentina. Recordemos la estrofa que encabeza la *Marcha de las Malvinas* impartida hasta el día de hoy en las escuelas del país:

Tras su manto de neblinas,
no las hemos de olvidar.
«¡Las Malvinas argentinas!»,
clama el viento y ruge el mar.²⁹

La negación polémica «no las hemos de olvidar» se alinea con el posicionamiento de NK en la ya señalada distinción entre *olvidar* y *recordar*. Pero además la soberanía argentina sobre las islas se vincula con la noción territorial de nación, que abona en la idea de pertenencia *natural* de las islas a Argentina y la reproducción de un discurso consagrado en la historiografía oficial, que entiende la guerra de 1982 como una gesta patriótica. Esto es recurrente en el discurso presidencial:

En este nuevo tiempo de la patria pongamos las cosas en su lugar; sigamos comprometidos a cumplir con nuestros queridos Veteranos para tratar de compensar todo lo que han ofrendado en aquellos días inolvidables para lograr que tengan el bienestar que les debemos dar por haber defendido la dignidad de la soberanía nacional en el campo de batalla, en las aguas del mar y en nuestros cielos. Tienen nombres y son seres de carne y hueso, sufrieron angustias y necesidades, son nuestros héroes contemporáneos.³⁰

En contraste con el pasado reciente, rechazado, en «este nuevo tiempo de la patria» las cosas están «en su lugar», los veteranos son «queridos» y reciben una redención. El nuevo país es posible

28 NK, 2/4/2005, cit.

29 La marcha fue compuesta en 1940 por José Tieri y Carlos Obligado, en el marco de un concurso musical impulsado por la Junta de Recuperación de las Malvinas, creada el 9/7/1939, y tuvo gran difusión durante la guerra de 1982. Actualmente, en la provincia de Tierra del Fuego es transmitida todos los días por los canales de radio y televisión, por Decreto 719/15.

30 NK, 2/4/2006, cit.

gracias a la nueva gesta que justifica el recuerdo de Malvinas, muestra de lo cual es el sintagma «aquellos días inolvidables» —que, por otra parte, replica la negación señalada en la *Marcha de Malvinas*— y la conmemoración misma. El *pathos* se articula, esta vez, en la humanización de los héroes: «seres de carne y hueso» que tienen sentimientos y que han sufrido. Quizás en este rasgo humanitario se asienta el carácter actual de los próceres malvineros, «nuestros héroes contemporáneos», comprensible en la coyuntura de poscrisis en la cual NK expone una preocupación social. La reivindicación de los combatientes es parte de la recomposición de Argentina en un «nuevo tiempo» que es exaltado insistentemente con la inscripción del acontecimiento en una serie de hazañas nacionales. Esto explica la semejanza entre los combatientes y otros próceres nacionales:

Se encuentran sus nombres grabados en el cenotafio erigido en la Plaza San Martín; no basta con los nombres grabados, no basta con hacer un acto por año. Pero no solamente el Estado, reitero, sino toda la sociedad argentina debe replantearse una actitud mancomunada y solidaria respecto a la actitud de acompañar a quienes estuvieron allí, oficiales y suboficiales de la patria, soldados argentinos luchando por *nuestra tierra*.

Es la misma llama que alumbra la memoria de San Martín, de Belgrano, de Brown, de Moreno y de tantos próceres que fomentaron el coraje y sabiduría para defender la patria, *debemos rendirle justo homenaje a los Veteranos de esta guerra* que supieron dar ejemplo de valor, disposición para defender *nuestro suelo*, espíritu solidario y que tuvieron que «bancarse» muchas veces casi en soledad, cuando los que los acompañábamos éramos muy pocos, reitero, cuando vivimos aquel proceso que se dio en llamar «el proceso de desmalvinización».³¹

Rindamos homenaje a quienes cayeron en nuestro suelo y aguas malvinenses, a quienes por el olvido ingrato de varios años se sienten aún en la trinchera y no logran regresar de su exilio interior.³²

El «olvido ingrato» es compensado por el imperativo «rindamos homenaje» que se sustenta en el deber de nación ligado a la conmemoración: los combatientes son «nuestros», como el «suelo» y la «tierra», y el imperativo abarca a un *nosotros*-argentinos. «Cayeron» y «no lograron regresar de su exilio interior» también exponen una faceta débil de los combatientes, ligada a un «exilio» que encuentra su causa en el «olvido ingrato» referente al gobierno dictatorial y a aquellos que por este perseguidos tuvieron que exiliarse de hecho. De este modo, los combatientes comparten un rasgo con los perseguidos políticos de la dictadura iniciada en 1976 y, por lo tanto, son también sujetos que representan la lucha por los derechos humanos. En el gesto de rendir homenaje, NK los saca del olvido y, con ello, les ayuda a volver del exilio. En esta línea, el enunciador se encarga de enumerar sus propios logros, que consisten en medidas políticas tendientes a resarcir a los combatientes.

Los propios logros

Si los soldados de Malvinas fueron olvidados en el pasado, NK deja en claro que eso no ocurre bajo su propio mandato. Así como califica a los dictadores por sus actos condenables, construye su propio *ethos* a partir de la mención y enumeración de acciones valoradas positivamente:

Los veteranos de esa lucha han pasado en este tiempo por distintas circunstancias. Hemos visto cuánta ingratitud se les ha prodigado. Gracias a Dios hemos tenido la oportunidad de ir cumpliendo paulatinamente con ellos en estos tiempos en nombre de todos los argentinos, poniendo paso a paso y en la medida de lo posible, las cosas en su lugar.³³

31 NK, 2/4/2006, cit. *Cursivas nuestras*.

32 NK, 2/4/2006, cit.

33 NK, 2/4/2005, cit.

El contraste entre la forma impersonal («se les ha prodigado») y el *nosotros* («hemos tenido la oportunidad de ir cumpliendo») enfatiza la dicotomización entre la «ingratitude» y la valoración hacia los combatientes, plasmada en la recurrente metáfora «poner las cosas en su lugar». La expresión de una postura autocrítica («en la medida de lo posible») legitima el alarde sobre los propios logros de un *nosotros* político. La apelación a Dios y a la «oportunidad» de resarcir a los combatientes enfatiza la posición representativa de quien actúa en función de un legado que es, en suma, un mandato popular. Así, la especificación con que comienza el fragmento que sigue («me toca presidir») indica que el enunciador cumple con un deber más que una voluntad individual:

El Gobierno que me toca presidir, paso a paso, en la medida de las posibilidades pero con una firme decisión, seguirá trabajando junto a quienes combatieron en Malvinas para seguir ese paso de recuperación y terminar el olvido al que fueron sometidos durante tantos años.

Nuestro compromiso no es la promesa hipócrita, nuestro compromiso es el de trabajar cotidianamente para que el pueblo argentino, a través de este pueblo temporal de la historia, siga los pasos reivindicativos para que quienes fueron a dar todo a Malvinas y no pidieron nada, tengan el reconocimiento paulatino del Estado nacional. Eso que quede absolutamente claro.³⁴

El mandato que cumple Kirchner se plasma en la presentación del propio comportamiento como un reconocimiento a los combatientes por parte «del Estado nacional», que se presenta como «reparador de los derechos lesionados» (Yabkowski, 2010) no solo durante la dictadura sino también en los gobiernos que la sucedieron. Es el propio gobierno quien actúa en nombre del «pueblo argentino», el cual gracias a las medidas políticas de NK podrá redimir a los veteranos de Malvinas. A su vez, mientras el enunciador es instrumento del pueblo argentino, este último es instrumento de la Historia: es, más precisamente, un «pueblo temporal» en la historia argentina. Poner «la historia en claro» es reivindicar otra institución, la Historia con mayúscula, y hacer justicia.³⁵

Por otro lado, la valoración del trabajo («nuestro compromiso es el de trabajar cotidianamente»), con un fuerte anclaje dóxico por su referencia implícita a la relación entre trabajo y dignidad, se traduce en una recuperación de los combatientes. Se los recupera porque se los saca del olvido y, con ello, se los libra de la posición de sometimiento. El lexema «sometidos» es importante si consideramos que NK propone refundar la patria en términos de gobernar para el pueblo y de reivindicar a los excluidos sociales, entre los que se encuentran los combatientes. Según Yabkowski (2010), «desde el discurso de asunción Kirchner articula democracia y bienestar, o lo que en otro lenguaje (teórico-político) podría llamarse la articulación de las instituciones y el (bienestar del) pueblo». En esta línea, pensamos, las políticas en torno a los combatientes de Malvinas son entendidas también como medidas de inclusión social. La «recuperación» a la que refiere NK es doble: la recuperación de las islas como territorio, en el sentido de volver a poseer, y la recuperación en el sentido reflexivo que implica salir de un estado negativo anterior, recuperarse de un malestar. NK anuncia las políticas que contribuyen a esta recuperación:

No solo se trata de conocer sus necesidades, saber qué les pasa y qué hacen hoy gracias al primer censo nacional de veteranos de guerra. Se trata de que realicemos acciones concretas para que vivan mejor y puedan ver en vida ellos y sus familiares que la nación y el pueblo los valoran, los cuidan y les agradecen todo lo que hicieron.

34 NK, 2/4/2005, cit.

35 Cabe recordar que este mismo año, el 14/6/2005, la Corte Suprema de Justicia consumó la anulación de las leyes de Obediencia Debida (23521) y de Punto Final (23492), lo que permitió la reapertura de causas por violaciones de los derechos humanos.

El fuerte aumento de las pensiones, el pago de las asignaciones familiares, la inclusión de los padres como derechohabientes con un reconocimiento del 100 % para los padres de los caídos en combate, la compatibilidad con otros beneficios previsionales permanentes, la atención al veterano y su familia, las nuevas prestaciones en salud, las líneas de préstamos personales y la incorporación a los programas de vivienda, son actos concretos que confirman el agradecimiento permanente de este Gobierno y del pueblo argentino hacia quienes combatieron heroica y dignamente en Malvinas.³⁶

Para comprender el rol de las medidas sociales enumeradas por NK, es necesario considerar el discurso kirchnerista a partir de un exterior constitutivo representado por el menemismo. Fabiana Martínez (2013) señala que el discurso de Kirchner supo diferenciarse del neoliberal y, para ello, fue central el papel que ocupó el Estado en la nueva etapa política. El proceso de «inversión de la creencia» al que se refiere la autora consiste en dejar de considerar la política como un obstáculo para el desarrollo social y, en cambio, hacer del conflicto un motor en el accionar político. Así, si mientras el menemismo ubicaba como eje de articulación social al mercado, con Kirchner ese lugar lo cumplía el Estado. El pasaje del «modelo de la economía financiera» al «modelo de la patria» (Martínez, 2013: 54) se observa ya desde la campaña electoral de 2003, en la que el kirchnerismo presentó una serie de parejas axiológicas entre las cuales el rol del Estado menemista se oponía a uno nuevo, activo y reorientado según valoraciones del mundo social, como la inclusión. A partir de NK, entonces, se estabilizó una nueva relación entre política y economía, según la cual el Estado debe garantizar la plenitud social «a través de una serie de promesas de reparación social, inclusión universal, democracia real» y de una serie de acciones que «lo reubican como agente de control y promoción económica» (Martínez, 2013: 59). Esta función estatal se observa también a continuación:

Juntos los argentinos estamos obteniendo resultados que nos hacen recuperar un país que actúa coherentemente en pleno respeto del derecho y las instituciones propias e internacionales. Miembro digno de la comunidad de naciones, contribuimos al mantenimiento de la paz, la democracia y la seguridad.

Juntos en democracia y en paz, hacemos crecer nuestra economía a un ritmo realmente importante. Hemos logrado disminuir la pobreza en más de 24 puntos y la indigencia la hemos pasado del 26 al 12 por ciento; creamos millones de puestos de trabajo; exportamos por 40.000 millones; crece nuestra recaudación tributaria; se controla la inflación; disminuimos la deuda externa en una inédita reestructuración; se fortalece el poder adquisitivo, los trabajos formales y quebramos la tendencia de incrementar la desigualdad.

Juntos en democracia y en paz fortalecemos las instituciones, aunque todavía no salimos del infierno al que nos sometieron y, a pesar de cierta prensa que no nos quiere mostrar, estamos y vamos a estar mucho mejor.³⁷

La retórica numérica legitima la enumeración de actos concretos, que se presentan como logro conjunto del gobierno del enunciador y el «pueblo argentino». La cuestión Malvinas deja espacio a medidas que dan lugar a una recuperación del país y, en este marco, las políticas sobre Malvinas son parte de la reconstrucción nacional. En este sentido, la apelación a las instituciones es central como elemento que configura un Estado democrático, «en paz», que valora el derecho y el respeto, pero además la valoración por lo institucional es indicadora de una «axiología teleológica de la política» (Martínez, 2013: 57), según la cual «las instituciones políticas y públicas desplazan a los actores privados» que protagonizaron el escenario menemista, vinculada implícitamente con «cierta prensa». El viraje fundamental con respecto al pasado se plasma en el fragmento que sigue:

36 NK, 2/4/2005, cit.

37 NK, 2/4/2006, cit.

Yo, ante nuestros héroes y nuestros combatientes de Malvinas, que juntos estamos avanzando en soluciones y faltan muchas más ciertamente y hacemos hasta donde podemos, les quiero decir que en este tiempo que me toca gobernar la Argentina, no vine a pactar con el pasado ni vine creyendo que la unidad nacional es posible tapando las miserias que los argentinos podemos tener atrás. Eso fue lo que no nos permitió construir una Nación. Les puedo asegurar que con los errores y los aciertos que podamos tener y que pueda tener estoy dispuesto a avanzar, avanzar y avanzar y Dios quiera que el pueblo argentino me acompañe para construir una Patria con todos, para todos y que nos podamos mirar a los ojos los argentinos unos a los otros y nos podamos decir: ¡Por fin nos sentimos argentinos y entramos a defender esta historia, esta patria, este suelo, esta bandera, esta tierra que nos honra a todos y el sentir de nuestros héroes y de nuestros próceres!

Combatientes de Malvinas, señores oficiales, suboficiales y soldados: perdón y muchas gracias por lo que hicieron por la patria.³⁸

El uso de la primera persona singular ubica al enunciador en el centro de la escena y remarca nuevamente los propios logros. Se genera aquí un «autoelogio» (Olave, 2015) entendido como un mecanismo que consiste en que el enunciador se alaba a sí mismo mediante dos operaciones posibles: o bien se responsabiliza por hechos pasados beneficiosos o bien acude a la idea de nación para conformar un colectivo de identificación. En el fragmento citado, tanto la referencia a hechos beneficiosos como la apelación a lo nacional están presentes y, en este caso, interrelacionadas. Las propias acciones posibilitan la conformación de una nación nueva. El eje para la configuración de un *ethos* loable es el énfasis en las propias convicciones ideológicas que se basa en un contraste con un pasado negativo sobre el cual Kirchner asegura que no va a pactar ni olvidar. Al contrario, el enunciador aclara «estamos avanzando», repite el lexema «avanzar» y propone como resultado «construir patria». Como indica Martínez, el adversario neoliberal en los discursos del mandatario está asociado a la «política de la destrucción» (2013: 51), en palabras de NK: «fue lo que no nos permitió construir una nación». La expresión exclamativa «por fin» indica la consumación de un proceso de recomposición del país que se basa en el sentimiento nacional, pero también en la defensa de una serie de elementos: historia, Patria, suelo, bandera, tierra y «el sentir de nuestros héroes y de nuestros próceres». La recuperación del valor heroico de los combatientes de Malvinas es parte de la construcción de la nación, coronada con el pedido de perdón y el agradecimiento que redimen y devuelven a los combatientes a su estatus de próceres patrios.

Recapitulación

La novedad del tratamiento de Néstor Kirchner sobre Malvinas se basa en una configuración conflictiva de la conmemoración, que responde a la concepción de democracia como imposibilidad de consenso. A nivel discursivo, esto se plasma, por un lado, en la recurrencia de mecanismos de la polémica tanto en la dimensión polémica como en la conmemorativa y, por otro lado, en la omnipresencia de mecanismos de la epidixis, propios de la conmemoración, a lo largo del *corpus*. En cuanto a lo primero, son predominantes la polarización, la dicotomización y la caracterización negativa del adversario. En los discursos del 2 de abril, el enunciador expone una dimensión polémica que se articula en un desdoblamiento entre una Argentina nueva y una vieja. Observamos, al respecto, la configuración de un pasado reciente rechazado, identificado con el gobierno militar y con los mandatos democráticos posbélicos en que se desarrolló la desmalvinización y se afianzó la política neoliberal. Con ello, la polarización discursiva tiene su correspondencia en una serie de dicotomizaciones que permiten distinguir entre *nosotros* y *ellos*: *verdad/mentira*, *claridad/ocul-*

tamiento, héroes/víctimas, principalmente. A su vez, la polémica se genera en torno a las interpretaciones de la guerra y de la figura del combatiente y habilita una distinción entre guerra como causa nacional y como causa dictatorial, mediante distintos mecanismos discursivos entre los que es central la amplificación propia del discurso epidíctico.

Además, los recursos epidícticos como énfasis de la aserción y exaltación de las emociones delimitan los componentes pathémicos del *ethos* presidencial. En esta línea, las políticas kirchneristas en torno a Malvinas hallan su paralelismo en las políticas más amplias vinculadas con la inclusión social, según lo cual los combatientes son *héroes contemporáneos* cuyos daños del pasado es necesario reparar. Paralelamente, la valoración de la causa nacional inscribe la guerra en la historia patria decimonónica y hace de los combatientes de Malvinas nuevos próceres nacionales. El enunciador, mediante el autoelogio y la apelación a valores vinculados a lo nacional, propone ordenar la historia en un gesto análogo al de ordenar la nación en una coyuntura de poscrisis. A partir de la asociación entre la cuestión Malvinas y la identidad política kirchnerista sustentada en el mandato popular y en la refundación nacional, el ejercicio memorial se torna un deber de nación, que hace de la recuperación de las islas un gesto análogo a la recuperación de la patria.

Referencias bibliográficas

- ABOY CARLÉS, G. (2005). «Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación». *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semanal*, vol. 28, n.º 1.
- AMOSY, R. (2016). «Por una retórica del *dissensus*: las funciones de la polémica», en MONTERO, A. S. (comp.). *El análisis del discurso polémico. Disputas, querellas y controversias*. Buenos Aires: Prometeo.
- ANGENOT, M. (1982). *La parole pamphlétaire. Typologie des discours modernes*. París: Payot.
- ARNOUX, E. (2006). *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- BARROS, M. (2009). «El discurso de los derechos humanos en la Argentina de la pos-transición: un análisis discursivo de Alfonsín a Kirchner». Ponencia dictada durante el *V Coloquio Internacional de Investigadores de Análisis del Discurso*, Córdoba, 16 de abril.
- CANONI, F. (2007). «El pueblo kirchnerista performado por la memoria», en BIGLIERI, P. y PERELLÓ, G. (eds.). *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*. Buenos Aires: Unsam Edita.
- CARDOSO, J. (2011). «La posguerra como campo de batalla», en CARDOSO, J. y otros. *Primer Congreso Latinoamericano «Malvinas, una causa de la Patria Grande»*. Remedios de Escalada: Universidad Nacional de Lanús.
- CHÁVEZ SOLCA, F. (2013). «Kirchnerismo. La disputa por el sentido de la democracia (2003-2011)». *Revista Izquierdas*, n.º 17, p. 106-133. Disponible en: <<http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2013/11/Chavez-Solca-7.pdf>> [Consultado el 5 de julio de 2019].
- CHERESKY, I. (2008). *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: Manantial.
- DUCROT, O. (1986). *El decir y lo dicho: polifonía de la enunciación*. Buenos Aires: Edicial.
- JELIN, E. (2018). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- KERBRAT-ORECCHIONI, C. (1980). «La polémique et ses définitions», en GELAS, N. y KERBRAT-ORECCHIONI, C. (eds.). *Le discours polémique*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon.
- LORENZ, F. (2013). *Unas islas demasiado famosas. Malvinas, historia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- MAINGUENEAU, D. (1999). «Peut-on assigner des limites à l'analyse du discours?». *Modèles linguistiques*, vol. XX, n.º 2, pp. 61-70. doi: 10.4000/ml.1409
- MARTÍNEZ, F. (2013). «Aproximación a algunos tópicos del "discurso kirchnerista"», en Balsa, J. (comp.). *Discurso, política y acumulación en el kirchnerismo*. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación.
- MICHELI, R. (2014). *Les émotions dans les discours. Modèle d'analyse, perspectives empiriques*. Louvain-la-Neuve: De Boeck & Duculot.
- OLAVE, G. (2015). «Elogio político y argumentación en los discursos presidenciales de Juan Manuel Santos», en ARNOUX, E. y ZACCARI, V. (eds.). *Discurso y política en Sudamérica*. Buenos Aires: Biblos.
- PÊCHEUX, M. (1984). «Sur les contextes épistémologiques de l'AD». *Mots*, vol. 9.
- PLANTIN, Ch. (2011). *Les bonnes raisons des émotions. Principes et méthode pour l'étude du discours émotionné*. Berne: Peter Lang.

- VEZZETTI, H. (2012). *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- WODAK, R. y DE CILIA, R. (2007). «Commemorating the past: the discursive construction of official narratives about the Rebirth of the Second Austrian Republic». *Discourse & Communication*, vol. 1, n.º 3, pp. 337-363.
- YABKOWSKI, N. (2010). «La construcción de la identidad kirchnerista: Pueblo, instituciones y política». *Actas de VI Jornadas de Sociología de la UNLP*, 9 y 10 de diciembre de 2010, La Plata: FAHCE, UNLP.

Recibido: 31/3/2019. Aceptado: 17/6/2019

The Power of History: an interview with Lorraine Daston

Antonio Augusto Passos Videira¹

Juan Andrés Queijo Olano²

Lorraine Daston arrived in Montevideo in the last carnival holidays. Although it was her first time not only in this city but in Latin America, her books are well known among historians and philosophers of science from this part of the world. In her visit, she gave a Seminar about Historical Epistemology – the historical practice that she develops in the Max Planck Institute for the History of Science, in Berlin –, a way to understand scientific past in order to comprehend the science of the present. She also offered a lecture at the National Museum of Arts named “Big Calculation and the History of Intelligence”, where she presented – for a big audience – what the roots of nowadays fashioned studies in machine learning and artificial intelligence are. Finally, she participated in the reunion of the General Archive of the Universidad de la República de Uruguay [the academic Department of the archive was the main responsible for her visit to Uruguay], and discussed the role of archives in the constitution of future science.

In-between those activities, she made the time for this interview. We were mostly interested about the kind of thoughts that she beholds behind the program of Historical Epistemology, and what was the History (her story) that made possible the kind of research she develops. The result, therefore, is a combination of personal life, historical moments, situations and institutions, and – of course, how could it be otherwise – scientific ideas.

In other interview you have said that you wanted to be an astronomer but then you changed to History of Science, during your student years. Could you recognize when exactly that happened?

I cannot point out exactly when it happened but I certainly know when I was first exposed to the history of science. Like most students who go to college I had no idea that such a discipline existed. I wanted to study astronomy for really rather foolish reasons. My Greek family had named me after the muse of astronomy, Urania. So I took Harvard’s introductory astronomy class, which was taught by an astrophysicist named Owen Gingerich, who was also a very distinguished historian of astronomy. I think that I speak for many students in his class in saying that, forty years later, if there’s anything we remember from our undergraduate studies, are Owen’s class. He was a magnificent teacher, and he presented astronomy through the history of astronomy. It was an absolutely thrilling story as he told it... unforgettable! I learned from that course that Harvard

1 Universidade do Estado de Rio de Janeiro. National Council of Scientific and Technological Development (CNPq, Brazil).

2 Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

had, quite unusually among American universities at that time, a Department of the History of Science. You couldn't major in it as an undergraduate, but there was a combined major in History and Science, with coursework in the sciences, history, and the history of science. I took classes in mathematics and Astronomy, as well as in mostly European history and intellectual history and the philosophy of science. After I graduated from college I went to Cambridge, England with a fellowship to study philosophy of science with Mary Hesse [who had written a remarkable book called *Models and Analogies in Science*.³ When I arrived at the Cambridge Department of History and Philosophy of Science, first of all, I discovered that it was a war going on between the historians and the philosophers. And secondly, I discovered that my idea of philosophy, which was something that would be perhaps have been suited to the seventeenth century, something like Leibniz's *Monadologie* but was certainly not the kind of philosophy that was done in Cambridge at that time. After a year I returned to Harvard and completed my PhD in history of science. But I remembered thinking the very day I received my doctorate: "Well, If this doesn't work out, I could study something else"... and remembered thinking about Egyptology or something like that. I think that's quite typical for historians of science of my generation who come from many different fields, who are fascinated by the history of science but do not see it as a discipline of the same established variety as philosophy or history. I think I was probably around forty-five or fifty before I realized that I probably wasn't going to study Egyptology after all...

You talked about a war going on in Cambridge between historians and philosophers of science, but the sixties at Harvard seems that was also a place of confrontations... Did you feel that way when you were studying there in those years?

Not at Harvard, in part because in a sense the war had already concluded. I took courses from Hillary Putnam and Israel Scheffler. The philosophers did not speak with the historians of science, and the historians of science did not speak with the philosophers. At Cambridge they were still together in one Department, and the colloquium was a battlefield. Particularly among the historians of Medicine, Robert Young and Karl Figlio, a Marxist approach was dominant, which was anathema to the philosophers. That was the early seventies, when the battle lines were political, and to some extent I think also national. Both Karl Figlio and Bob Young, that made their careers in Cambridge, were Americans. Among the philosophers, Mary Hesse was British and Gerd Buchdahl was German. It was in part a clash of different national, intellectual traditions and formations. I certainly never regretted the work that I did with Mary Hesse nor what I learned about Kant and Goethe's *Naturphilosophie* from Gerd Buchdahl. However, it was quite clear that a reconciliation among the warring parties was not in the offing, and for the graduate students who were there at the time it was like being in the midst of divorcing parents: you had to declare which side you were on. It was at that point that I decided that I was not going to continue my PhD at Cambridge.

How do you feel about the idea that "every historian of science is a converted scientist"?

I think it was once true. Perhaps forty or fifty years ago, the majority of historians of science did indeed come from a scientific background and wanted to use the history of science as a way to reflect about their science. There were people who understood that the current state of science was to some extent not an inevitability. They were curious and perhaps also subversive in their interest in using history of science, not in a textbook fashion to reaffirm the science of the present, but

3 Hesse, M. B. (1970). *Models and analogies in science*. Paris: University of Norte Dame Press.

perhaps to unsettle some of its certainties. And they were also scientists, especially in the 1960's in the United States, who were politically active. Someone like Everett Mendelsohn, a historian of biology at Harvard, was very active in the protest against the war in Vietnam. History of science in those days played an important role in helping scientists reflect politically about their role. But I think it is no longer as true, although many historians of science still have a formation in the sciences. When I now see the people that come to the Max Planck Institute for the History of Science in Berlin (MPIWG), at all stages in their careers and, coming from all parts of the world, some of them are indeed scientists, but others have backgrounds in philosophy, history, sociology, anthropology, art history, and general history., I think that's an enormous enrichment for the field of the history of science. The history of science has, in the past two decades, become much more like a regular discipline, become much more professionalized, and in many ways this has contributed to raising standards. But we still profit greatly from the stimuli provided by colleagues with other disciplinary backgrounds.

But do you defend this kind of nature of History of Science? Because in 2009 you wrote an article in Critical Inquiry

Yes, *Science Studies and the History of Science...*⁴ I'm ambivalent about it. I must say: I think the graduate students who are now trained in History of Science are so much better trained that I was. For example, it was quite common for dissertations to be written without any archival research, which is now unthinkable. So in that sense I think is a very positive development. I have absolutely no objections to this kind of professionalization in the history of science; quite the contrary, I applaud it. But on the other hand, the openness that we've always had toward other disciplines, that any of you – who may have very different formations – can be welcomed at an institute like the MPIWG, seems to me equally valuable.. Such diversity, including that contributed by science studies and also philosophical perspectives, has made the history of science theoretically sophisticated, and I will be very sorry if we lost the kind of fermentation that that such interactions make possible. The kind of probing questions that we get, especially from people who are coming from, say, psychology or anthropology, take us by surprise in a salutary way. No historian of science would willingly answer questions about the scientific creativity. The psychologist insists on posing those kind of questions, a salutary challenge. Without the anthropologist we would probably not be talking about botany, the study of flora and fauna, as a pan-human cultural phenomenon; we will be still talking only about Linnaeus, a quite parochial view.

There is always a question surrounding the formation of historians of science... how much the historians have to know about the science they decided to study to be a proper historian of science?

It is a very serious question. My motto is: more knowledge is always much better than less knowledge. Always try to learn as much as possible. In my own case, for example, it was certainly very useful for me to study modern probability theory. But only up to a point; eventually I had to understand the science of the time in its own terms. And in many ways, although at the beginning knowing modern probability theory was a great help, in the end it was an obstacle because I continued to try to translate what I was reading in seventeenth and eighteenth century texts into the modern language, and thereby of course losing the distinctive content. I think you need to know as much as possible about the science of the time. And that could be extremely technical and extremely difficult.

4 Daston, L. (2009). "Science studies and the history of science". *Critical Inquiry*, vol. 35, No. 4, pp. 798-813.

Do you agree that History of Science had reached a specialized situation – almost based on works of study cases – that threatens any general perspective?

I think in general that is true, but I think that the more important point is why it is true. In part is because of the professionalization that we were talking about a moment ago. History of science has become more like history, and the standards of historians for deep research are considerably more rigorous than those of the historians of science used to be. It's understandable that people attempting to meet those rigorous standards therefore address narrower problems. But I also think it's because historians of science have increasingly lost contact with the other fields that pushed them to ask big questions. In the 1980s, when science studies and the history of science were interacting on a regular basis, some excellent work emerged. I'll mention emblematically, *Leviathan and the Air-Pump*⁵ by Steven Shapin and Simon Schaffer, as an example of such cross-fertilization. However, such interactions have almost ceased for any field in the history of science except contemporary science. Historians of contemporary science, i.e. late 20th century and 21st century science, are still in lively and fruitful dialogue with their colleagues in science studies. But this is no longer the case for those who work on the 17th and 18th centuries, much less on the 12th century.

So yes, I do think that individual articles in the history of science have become more specialized. However, I think that the field taken as a whole has become much broader. When I look, for example, at the research that is published by all of the visiting graduate students and the post docs who come to the MPIWG in Berlin, I am impressed by the broad spectrum of topics: from Mesopotamian divination and the astrometeorological sciences to the use of film in modern biology, and everything in between. If you survey the entire field of History of Science, we've become much broader, but the individual studies have indeed become more focused.

But then, who could be responsible for assuming that broader view represented in the field?

That's a question that I ask myself a lot. At the MPIWG I have been in a very fortunate position and was able to form this working groups – teams of scholars – to take a broader view of a big question: for example, *Does scientific observation has a history?* No one scholar could write that history but a collective of scholars can at least make a start. At least for me, such working groups have been enormously stimulating. It's hugely enlarged my own intellectual horizons to be working with people who are experts on everything from natural philosophy in Ancient Greece to psychoanalysis in the twentieth century. And for all of us, the collective challenge of making sense not just of this or that case study but of all of them together.

We know for certain that you are read among philosophers, historians, anthropologists, and studies of the image... but what about scientists? Do you have an idea if they use your work?

I think that intellectual traditions really make the difference in this case. What is interesting to me is how much more interested scientists are in the history and philosophy of their fields in France, in Germany, and I suspect that here in Uruguay – judging from the people I've met so far – than their counterparts in the anglosphere generally are.

I remember during the 1990's, during the so-called Science Wars – perhaps you will remember this episode – in which some scientists, especially in the United States, felt that developments in the history of science, and science studies concerning social constructionism,, threatened to

5 Shapin, S. and Schaffer, S. (1985). *Leviathan and the Air-Pump: Hobbes, Boyle, and the Experimental Life*. New Jersey: Princeton University Press. Spanish translation: *El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

undermine sciences. In the United States, some physicists actually believed that somehow the history of science and science studies were responsible for Congress cancelling the superconducting supercollider. The idea of an American congressman reading Bruno Latour is hilarious. I recall conversations with German physicists who were quite perplexed by the idea that physics was not as much a part of culture as Bach or Mozart.

I think that there are real national differences here, in intellectual traditions, due in part to the fact that elite education in France or Germany still includes mandatory philosophy in the last years of *lycée* or *Gymnasium*.

Do you think the kind of formation that History of Science could offer is truly relevant to a scientist?

I believe that the history of science has a responsibility to scientists, quite a few of whom visit the MPIWG. Many are coming from molecular biology or genetics, often very advanced in their studies, with every prospect of success in their chosen fields. But they say over and over again: “We have no idea why we are working on the problems we are working on, and moreover, we have no idea where this is going”. That is, they have turned to the history of science not because they want to know about the past, but rather about present research. They feel that they have an ant’s eye-view, and they want to have the bird’s eye view on their fields. The history of science can provide that kind of orientation. The history of science can also provide a sense of intellectual possibility. It’s very important especially for younger scientists to realize that the current reigning orthodoxy in science is not without alternatives. We did not always think the way we do now and in all probability will think differently in the future. Finally the history of science can help scientists reflect on their social and political responsibility by providing case studies of how even the best of intentions have sometimes resulted in terrible human tragedies. Few scientists have any tools whatsoever for thinking about the implications of their research; their training has rarely equipped them to think about making choices – often terrible choices – about whether or not they should continue in the line of research they are pursuing. Such systematic reflection is particularly important in research on ideologically laden topics such as race and gender. Historians of science have shown that scientists often take their own categories from the colloquial categories of the society in which they were raised, – how could it be otherwise? – without further critical reflection. Philosopher of science, Helen Longino, at Stanford, has provided strong arguments about why for just that reason is important that the researchers themselves have a diversity of identities. It makes a difference whether or not someone who is doing research on race is not white, and has some sense of the construction of those categories. Or that those doing research on gender are not exclusively male or female. I don’t mean in any way to blame the scientists. The curriculum that has trained them has no place for reflection on those kinds of issues. Here the history of science could also play a helpful role.

Could you tell us what did involve the reconstruction of the German conditions of scientific research, not only from the Max Planck, but almost for the entire period that began after World War II?

It is a very interesting question about the possible parallels between the continuities and discontinuities in a country that had been divided for over forty years. I should explain a little bit about the nature of the Max Planck Society: It is a research consortium of approximately eighty research institutes, most in the natural sciences, dispersed throughout Germany, with a few extra-territorial institutes and centers. After German reunification, the Max Planck Society established new institutes in the former East Germany. Incorporating East Germany into the Federal Republic of Germany also meant to incorporate them scientifically. It was moreover an

opportunity for the Max Planck Society to establish institutes in new field. There were certain fields, such as ethnography and demography, which had previously been tabu, because they had been politically disgraced by their participation in Nazi political projects. Amongst the new Max Planck institutes was one on ethnographic research in Halle, and one on demography in Rostock to re-introduce the latest developments in these fields back into Germany. The MPIWG was one of these new institutes and was originally located in East Berlin. We had an unusual history because there was a department of the East German Academy of Sciences that had been dedicated to the history and philosophy of science, and as part of the foundation of our institute we took over some of the members of the East German Academy. Discussions with these colleagues were a kind of shock treatment for those of us who had come from the anglophone world – and vice versa – think it was good for both sides.

When now you are talking about the ideological and political aspects involved in research institutions, we would like to know how do you manage this dimension. It doesn't seem that the political aspects of your historical epistemology are explicitly present in your research, is that right?

I think that's largely true. One criticism sometimes made of my kind of historical epistemology is that is 'tone deaf' to power. I think it's some justice in that, but I think it also depends on a very narrow idea of what power is. This may sound naïve, but I believe that ideas are powerful. I believe in the causal efficacy of ideas. They make things happen in the world. I think there's no power greater than the power to make something unthinkable or thinkable, and that is what historical epistemology is about. However, the critics are right to say: it is not about power in the conventional political sense.

Baconian thoughts: "knowledge is power"...

Yes, but I mean something more specific than that. Knowledge is power, I agreed with that, but the most powerful form of knowledge is not this particular fact or that particular fact, but a whole structure of knowledge. Think of the difference that the great critical movements, starting in the Enlightenment and continuing through Marxism and feminism, have made. Marx's insight was that what had been propounded as a universal truth was in fact a truth for one class; or Simone de Beauvoir's insight, that what had been propounded as a universal standard, was in fact a male standard. I can't think of knowledge more powerful than those shifts in perspective. When I think now about what's happening in my own country, the United States, I think you can't understand the election of Donald Trump without the intellectual tools of gender studies. It's that critical knowledge that constitutes true power.

Bibliográficas

Después de la violencia. El presente político de las dictaduras pasadas

José López Mazz, Elisabeth Anstett y Denis Merklen (eds.). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2017, 159 pp.

En mayo de 2014 se realizó en Montevideo una conferencia internacional convocada bajo el título *Después de la violencia*. Allí, numerosos especialistas en el estudio de las distintas formas que asumió la violencia política durante el siglo XX expusieron en torno a la cuestión siguiente: *¿Cómo procesan las democracias del presente las herencias de la violencia del pasado?*

Bajo la recuperación democrática, la violencia del pasado ha sido presentada como negación de esa institucionalidad. Este trabajo propone establecer una estrecha relación entre pasado, presente y futuro: ¿Podemos comprender la violencia del presente sin resolver cómo nuestras sociedades salieron de la violencia del pasado?; ¿cuál es el vínculo entre aquella violencia del pasado y la violencia de «derecho común» de hoy? El libro compila artículos en clave pluridisciplinaria que ponen en paralelo experiencias europeas y sudamericanas, analiza los diferentes dispositivos de salida de la violencia e interroga los límites y contribuciones de cada caso. El estudio comparativo y diacrónico de esas experiencias puede aportar a nuevas estrategias de superación de la violencia.

Repasemos algunos de los principales contenidos de la obra.

El libro comienza con el trabajo de Tassin, a quien le preocupan las verbalizaciones de la violencia, es decir, lo que la violencia *dice*, su manera de decirlo, y los *discursos* a los que da lugar, con énfasis en la reflexión sobre conmemoraciones y políticas de memoria, planteando la compleja relación entre memorias divergentes, cuya rivalidad puede renovar la división nacida de la violencia inicial.

Dreyfuss indaga en la construcción de los relatos en torno a la Shoá, anotando que dicha

historiografía ha sido ejemplar por la variedad de problemas que planteó, y porque se desarrolló en múltiples espacios intelectuales y académicos. Su abordaje registra tres dimensiones: la de la tensión entre la historia «por lo alto» (el estudio de las políticas de persecución y exterminio del Estado alemán) y las historias de las víctimas; la de la compleja institucionalización de esa historiografía; y la del impacto que los estudios de la Shoá pueden tener para abordar otros genocidios y violencias de masa.

De Giorgi, en tanto, propone seguir las representaciones de la violencia en el Uruguay posdictadura a partir del discurso del expresidente Sanguinetti. De su análisis se desprenden tres proposiciones básicas. Primero, el presunto «esencialismo democrático» del país: la violencia solo pudo ser engendrada por agentes externos, ajenos a la natural tolerancia del ser nacional. En segundo término, la representación bipolar de las violencias: dos agentes fueron los responsables de esa violencia (militares y guerrilleros), en un juego de simetría (son equivalentes), pero también de asimetría (recae mayor responsabilidad a la violencia izquierdista por haber provocado la dictatorial). El tercer axioma de esta «ideología sanguinettista» consiste en enaltecer a las elites politicopartidarias al aportar la «solución a la uruguaya», o sea, la impunidad. El artículo repasa los avances en materia de revisión de esos crímenes y concluye que, de todos modos, ciertos resortes discursivos no desaparecieron con los gobiernos frenteampistas.

El artículo de Merklen compara las formas que adoptó la violencia en la posdictadura argentina y en Francia en las últimas décadas. El interés que lo mueve es el de desentrañar las fronteras entre la violencia política (la del pasado) y las formas que adopta la violencia social reciente: saqueos, estallidos, piquetes en Argentina, *émeutes*, *casseurs* y otras formas de violencia juveniles de los suburbios en Francia. La idea es que esa violencia social no es por ello menos política: sus orígenes remiten al desempleo, pobreza y marginalidad, frente a lo cual el

Estado replica de manera violenta, reproduciendo segregación y exclusión, desde una matriz también política.

Gatti transita por la compleja trama de la política reparatoria y su impacto en las víctimas del terrorismo de Estado. Primero destaca los efectos positivos que trae esta legislación, suerte de «clausura que quiere cerrar heridas», reconociendo el daño infligido y asumiendo la existencia de un sujeto a reparar. Pero el autor advierte sobre los efectos negativos de la banalización del dolor y de la constitución de «políticas de cuidado de la víctima» que pueden operar como encierros.

Martín recorre la relación entre sentidos de justicia y de política a lo largo de tres momentos de la historia reciente argentina: el Juicio a las Juntas (1985), el reconocimiento de los «vuelos de la muerte» (la confesión de Scilingo en 1995), y la declaración de inconstitucionalidad de las «leyes del perdón» de los años noventa. Indaga en la naturaleza de los lazos políticos entre los victimarios y el resto de la sociedad, y en las particularidades políticas de cada uno de esos momentos.

Guianze reseña el proceso que va de la impunidad de 1985 a los juicios desarrollados a partir de 2002 contra represores en Uruguay, instancias en las que tuvo protagonismo. Su aporte, que nace desde adentro del propio sistema judicial, señala que Uruguay carece de una política de Estado en materia de crímenes de lesa humanidad, lo que explica los resultados erráticos e insuficientes en la búsqueda de verdad y justicia.

López Mazz recorre el proceso de excavaciones en busca de desaparecidos en Uruguay y sus múltiples significados, entre otros, el de desenmascarar mentiras urdidas desde la transición democrática. En esa misma tónica, Marín Suárez relata pesquisas similares practicadas en España en relación con las víctimas de la guerra civil y del franquismo. Anstett propone pensar el lugar de la museología de la violencia como «representaciones colectivas de la historia», a través de múltiples expresiones del horror vivido en Europa.

Garibian recorre el sinuoso proceso argentino en el tratamiento de los crímenes de la dictadura, atendiendo a los virajes relacionados con los cambios de paradigma en la interpretación de esos crímenes. Resalta así como, en momentos en que la impunidad parecía consolidarse, el «derecho a la verdad» se vio impulsado por una sociedad civil que intensificó su movilización, amparada en un encuadre internacional favorable.

Fournet recorre dos procesos emblemáticos de genocidios de los años noventa: el de la ex-Yugoslavia y el de Ruanda, y subraya las dificultades en estos juicios. La multiplicidad de derechos aplicables dificulta el proceso y favorece la preeminencia de imperativos políticos y lo lleva a preguntarse: «¿Puede existir una justicia imparcial que realmente ponga fin a la impunidad de los responsables?».

Gabriel Bucheli
Universidad de la República

La educación superior entre el reclamo localista y la ofensiva derechista. El movimiento pro-Universidad del Norte de Salto (1968-1973)

María Eugenia Jung Garibaldi. Montevideo: CSIC, Universidad de la República, 2018, 174 pp.

El libro es una versión de una tesis de Maestría en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, aprobada en diciembre de 2014. Su motivación original fue analizar las distintas facetas que adoptaron las derechas, en particular sus representantes más radicales, y el papel que jugaron estos sectores en la polarización política de fines de la década del sesenta. El trabajo se concentra en la trayectoria del Movimiento pro-Universidad del Norte (MUN), creado en Salto en 1968 para promover la instalación de una nueva universidad en el norte del país.

La autora adopta la perspectiva de la historia intelectual que considera que es adecuada para entender el papel de universidades, intelectuales y técnicos en el marco de los procesos de modernización económica y social. Propone, a diferencia de otros estudios, prestar atención a diferentes visiones sobre la enseñanza superior que trascienden el papel de los intelectuales de izquierda y los proyectos reformistas que se pusieron en práctica en la educación superior en Uruguay.

Como marco espacial eligió la ciudad de Salto. Asume que la «pequeña escala» le permite analizar las demandas derechistas relacionadas con la educación y sus articulaciones. Las fuentes con las que trabaja son diversas y originales: medios de prensa; documentación del gobierno departamental, nacional y universitario; boletines estudiantiles, y diversa documentación de personas que participaron en aquellos procesos. Utiliza como fuentes secundarias producciones de cronistas e historiadores salteños y diagnósticos sobre la universidad realizados por la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (cide). Llevó a cabo entrevistas, pero no las analiza de forma sistemática ya que, aduce, no apunta a reconstruir percepciones y vivencias de los actores.

El libro tiene cuatro capítulos, conclusiones generales y un anexo con las iniciativas para diversificar la educación superior entre 1942 y 1971. El primero, «Los orígenes de la Universidad del Norte en Salto. Itinerarios de una antigua aspiración local», se remonta a la década del cuarenta, cuando

comenzaron las demandas por la instalación de una universidad. En sus inicios, los planteos fueron de corte local y no respondían a una orientación policopartidaria específica. Cuando lograron la instalación de cursos liceales nocturnos se plantearon la necesidad de contar con centros de educación superior. Las iniciativas eran promovidas por organizaciones civiles, de profesionales, grupos de padres, docentes y estudiantes, con el apoyo de autoridades municipales. La denuncia a la centralización y la necesidad de desarrollo fueron fundamentos para sus reclamos, como queda explicitado en la obra.

Para la dirigencia universitaria instalar sedes en otras ciudades no era una prioridad. Sin embargo, la Facultad de Derecho resolvió, en diciembre de 1956, autorizar a sus docentes a viajar a Salto para dictar cursos, medida que el Consejo Directivo Central, con el apoyo decisivo de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (feuu), rechazó. Las críticas, que no solo fueron salteñas, hicieron que se cambiara de postura y, desde mayo de 1957, profesores titulares de Montevideo dictaron cursos de primer año de Sociología y de Derecho Romano.

El segundo capítulo, «El Movimiento Pro-Universidad del Norte de Salto. Del reclamo localista a las ofensivas de las derechas», indaga sobre la creación del mun, en setiembre de 1968, y sus acciones. La autora realiza una interesante descripción de la trayectoria de sus miembros destacados y analiza los diversos apoyos que recogió. La campaña del mun a favor de la Universidad del Norte (que nunca se concretó) estuvo asociada al combate contra la universidad: proponía la creación de una institución diferente, sobre todo en cuanto a su autonomía, cogobierno y lugar geográfico. El ministro de Cultura, Federico García Capurro, apoyó al movimiento al igual que el presidente, Jorge Pacheco, quien decretó, en octubre de 1969, la creación de la Junta Planificadora para la Universidad del Norte. A pesar de eso, en Salto, sectores vinculados a la educación rechazaban el proyecto y denunciaban la ofensiva derechista que suponía.

En ese contexto, a fines de 1969, la universidad oficializó los cursos e inauguró una casa en instalaciones de la Iglesia católica de Salto. El proyecto del mun perdió su apoyo principal en filas del gobierno cuando el ministro García Capurro renunció al año siguiente; su sustituto tuvo presiones de representantes nacionales y departamentales, pero ese y otros proyectos similares quedaron estancados.

El tercer capítulo, «De la Universidad del Norte a la Universidad para el Desarrollo. Las “derechas” y el futuro de la educación superior», da

cuenta de las propuestas que se proponían alcanzar el «desarrollo nacional». El punto central era la creación de otro modelo de universidad, distinto al vigente, con un control mayor del gobierno y con una idea de desarrollo que no era compartida por el conjunto de impulsores. La autora trabaja en detalle sobre los proyectos presentados, no solo por actores locales. A la vez, explica las ideas sobre la institucionalización de la ciencia y la tecnología que impulsaban los reformistas, que protagonizaron la elaboración del Plan Maggiolo.

El capítulo «La Universidad del Norte en la agenda de los grupos de derecha radical» estudia la creación de la Juventud Salteña de Pie, agrupación derechista creada en julio de 1969 por un grupo de estudiantes que buscaban acompañar los actos que se organizaron en el ámbito nacional como respuesta a diversos hechos «agravantes a los símbolos nacionales cometidos por el comunismo en los centros educativos de Montevideo» (p. 130). En lo local, se enfrentaron con estudiantes nucleados en la Federación de Estudiantes del Interior, que apoyaban las reivindicaciones de la feu, la Revolución Cubana y los cursos creados en Salto desde 1957 (y que la feu rechazaba).

Con gran apoyo de ciertos medios de comunicación, se sumaron diversas agrupaciones sociales, culturales, empresariales, políticas y la Intendencia. En tanto hubo otras, de peso en el ámbito local, que no lo hicieron y fueron duramente atacadas por el periódico Tribuna Salteña, medio que tiene un lugar preponderante en el trabajo. La autora reconstruye cómo un mes después, la Juventud Salteña de Pie (jsp) y el mun comenzaron a trabajar en conjunto, para crear la Universidad del Norte.

Al comenzar 1970, buscaron conseguir apoyos en departamentos vecinos, realizaron dos congresos, uno en Salto y otro en Tacuarembó, y crearon la Juventud Norsteña de Pie. Para Jung Garibaldi, la movilización convergió en la creación, el 25 de octubre de 1970, de la Juventud Uruguaya de Pie (jup), en Salto. El movimiento empezó a tener carácter nacional y se radicalizó, esos cambios provocaron desvinculaciones, que la autora describe sobre la base de entrevistas. Si bien la jup tuvo grandes movilizaciones, estimuladas y sobrevaloradas por ciertos medios de comunicación, la jsp y el mun perdieron presencia y su demanda original quedó marginada.

El libro reseñado constituye un aporte valioso. La autora parte de un conjunto de reivindicaciones de la ciudad de Salto vinculadas con el acceso a la educación pública, para analizar un contramovi-

miento que, ante las negativas de las autoridades universitarias y por la coyuntura radicalizada de los ámbitos educativos en el país, transformó aquellos reclamos en prácticas, discursos y acciones propios de los movimientos de derechas y anticomunistas que se reactivaron en Uruguay desde 1968. A partir de eso, trabaja con las alianzas en los ámbitos local y nacional que tejió el movimiento, las políticas universitarias, las distintas concepciones sobre el desarrollo y el auge y declive de un movimiento que no logró su objetivo principal, giró ideológicamente y perdió pie cuando parecía consolidarse.

Javier Correa Morales
Universidad de la República

Historia de la locura en Uruguay (1860-1911). Alienados, médicos y representaciones sobre la enfermedad mental

Nicolás Duffau. Montevideo: CSIC, Universidad de la República, 2019, 302 pp.

Este libro de Nicolás Duffau es una adaptación de su tesis doctoral (defendida en la Universidad de Buenos Aires en 2017) y como tal constituye una investigación profunda y minuciosa sobre un tema escasamente tratado por la historiografía local. En efecto, el estudio sobre los enfermos mentales, la psiquiatría, las instituciones vinculadas a esta y las políticas estatales al respecto ha quedado rezagado en los abordajes historiográficos de un período clave para la comprensión del Uruguay actual. De igual modo ha sucedido con el análisis del proceso de consolidación estatal desde una perspectiva que contemple los diversos mecanismos de control previstos por el Estado para disciplinar y «normalizar» la vida privada de los sujetos. De ahí la importancia y el valioso aporte que representa esta investigación de Duffau.

La obra se estructura en cuatro grandes partes. La primera refiere a las distintas etapas en la institucionalización de la reclusión de los enfermos psiquiátricos en el período, identificando los diversos fines que cada centro cumplió para la sociedad del momento. También es este proceso de institucionalización el que explica las cotas cronológicas de la investigación, pues se inicia en 1860 con el primer traslado de enfermos psiquiátricos del Hospital de Caridad al llamado Asilo de Dementes y se cierra en 1911 con el decreto del Poder Ejecutivo que pasó a denominar Hospital Vilardebó al Manicomio Nacional, como centro de reclusión estatal para enfermos psiquiátricos de bajos recursos. El estudio de este proceso permitió al autor dar cuenta de una de las facetas menos tratadas de la secularización que experimentó el país por esas décadas. La que corresponde al paulatino relevo que hizo el Estado del poder de las religiosas en el cuidado de los enfermos psiquiátricos al de los médicos y la apelación a la ciencia en las explicaciones sobre el porqué de los comportamientos «anormales». No obstante, el Estado se valió de instituciones religiosas ya existentes, aunque las haya dotado de la cuota de cientificidad que ofrecía el creciente poder médico en ellas, de modo que en sus funcionamientos continuaban preservando tradiciones del modelo religioso. Por ello el estudio permite evidenciar, como sostiene el autor, el «cruce entre religión, ciencia y estatalidad» (p. 278).

En la segunda parte, Duffau analiza el nacimiento y desarrollo de la psiquiatría como campo de estudio y especialización médica en Uruguay, área de estudio que no se puede comprender sin inmiscuirse en los debates médicos internacionales que la atravesaron. De ahí la minuciosa y rica descripción que realiza el autor sobre las corrientes de la psiquiatría y sus diferentes visiones respecto a la «herencia, la degeneración y la introducción de la criminología positiva» (p. 13). En este apartado también se prueba cómo fue emergiendo un poder médico que, paulatinamente y no sin resistencia, se impuso como el portavoz más legítimo sobre qué conductas eran social y moralmente aceptables.

Al estudio sobre los comienzos de la psiquiatría profesional le continúa un apartado sobre la enfermedad mental como problema social y las políticas públicas que se implementaron para evitarla. Esto supuso nuevamente para Duffau adentrarse en las discusiones de la psiquiatría para comprender cómo se fueron «psicopatologizando» ciertos «vicios sociales» en un contexto histórico signado por la promoción de la «higiene social». En la obra se tratan puntualmente algunas de las conductas sociales que con mayor frecuencia se vincularon a la enfermedad mental durante las décadas de estudio: el alcoholismo, la sexualidad, las opciones políticas que buscaban subvertir el orden establecido y por último la neurastenia, entendida como la enfermedad de los tiempos modernos.

La última parte del libro está dedicada a abordar la «represión y contención» que supuso la convivencia social con la enfermedad mental. Para ello se analiza la relación entre la medicina y el derecho en la legislación vigente y en el tratamiento jurídico de delitos que involucraron a enfermos psiquiátricos. En estos capítulos finales se constata cómo se fue generando una estructura legal que reglamentó el tratamiento y la internación de los «locos-delincuentes» y sus dificultades de aplicabilidad.

Es destacable en esta investigación la riqueza heurística. Nicolás Duffau construye un relato entrelazando diversas fuentes que nos permiten acercarnos al pasado que estudia a través de múltiples voces. En este sentido, en la obra se analizan historias clínicas de los pacientes ingresados al manicomio, informes administrativos y actas de sesiones de las instituciones que se estudian, expedientes judiciales de personas con patologías psiquiátricas acusadas de delinquir, publicaciones científicas de los médicos psiquiátricos protagonistas del período, legislación y normativas jurídicas referentes a los enfermos mentales, artículos de prensa, entre otros.

Este libro abre las puertas a futuras investigaciones por los múltiples temas que se abordan de un modo más colateral, así como y demuestra las posibilidades analíticas que ofrece el estudio minucioso de una institución puntual en el devenir del tiempo. En un claro juego de escalas, la obra nos permite, a un nivel macro, introducirnos en los debates teóricos y científicos sobre la psiquis y el comportamiento humano que atravesaron el mundo occidental del entresiglo. A una escala menor, en los distintos mecanismos de contralor que implementó el Estado uruguayo para consolidarse como tal y regular la vida pública y privada de sus ciudadanos. Por último, a un nivel «a ras del suelo»,

en el funcionamiento del Asilo para Dementes, primero, y en el Manicomio Nacional, después. Esta escala micro nos permite enfrentarnos a la vida de personas concretas —con sus historias, enfermedades, diagnósticos, represiones y tratamientos—, a la locura con nombre y apellido, y a los temores que esta provocaba en una sociedad que se negaba (y se niega) a mirarla a los ojos. Por eso, como bien dice el autor, «el manicomio fue un pretexto que [le] permitió estudiar a la sociedad uruguayo del período y algunos de sus temores colectivos» (p. 282).

Inés Cuadro Cawen
Universidad de la República

El pueblo. Auge y declive de la clase obrera (1910-2010)

Selina Todd. Madrid: Akal, 2018, 544 pp.

La noción de *clase obrera* es una de las categorías de análisis histórico más discutidas de los últimos dos siglos; distintos debates historiográficos sobre el rol de la experiencia de clase, las modalidades relacionadas con la organización política o el rol de los trabajadores como sujetos revolucionarios abrevan en la noción de *clase obrera*. La discusión sobre las características de la clase obrera ha legado algunos de los aportes más importantes en el desarrollo historiográfico contemporáneo y ha tenido un nodo muy fuerte de discusión entre los historiadores británicos. En lo mejor de esa tradición se podría insertar el trabajo de Selina Todd, quien se propuso demostrar de qué forma durante el siglo xx la mayor parte de los británicos llegaron a verse a sí mismos como integrantes de la clase obrera. La autora no se refiere estrictamente a la clase, sino que opta por un recorte metodológico más impreciso y se refiere a *el pueblo*.

El pueblo... avanza en dos direcciones: por un lado, es la historia a lo grande atravesada por distintas coyunturas que marcaron la historia británica —no solo inglesa—; por otro lado, recuerda abordajes más cercanos a la historia acontecimiento, con distintos personajes que recorren todo el libro (de hecho, la investigación se inició como la historia de su familia). Todd se basa en prensa, documentación de archivo y en testimonios preservados en repositorios británicos o en entrevistas realizadas por ella o sus colaboradores. La fuente oral tiene en este trabajo un rol predominante que facilita la mencionada complementariedad entre la mirada de conjunto y la recurrencia a algunos acontecimientos.

En línea con miradas cercanas a E. P. Thompson, Todd sostiene que nunca existió una clase obrera homogénea e intenta probar su afirmación con ejemplos en los que da cuenta de rupturas al interior de la clase, de posturas conservadoras o desprecio a otros trabajadores (inmigrantes, mujeres, etc.). Lo que hubo fueron coyunturas en la que la clase obrera actuó con mayores grados de unión, fortaleza o dispersión.

La autora establece una periodización que iría, en un primer momento, desde comienzos del siglo xx hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial. En esta etapa los integrantes de la clase trabajadora tenían pocos derechos y escasas oportunidades, una época marcada por las pocas prestaciones sociales y el alto desempleo.

La clase obrera estaba conformada por mano de obra poco calificada, pero la Primera Guerra Mundial desplazó hacia la industria a un importante número de trabajadores. El auge del trabajo industrial estuvo acompañado por un creciente proceso de sindicalización, distintos conflictos —algunos sonados y muy violentos— y la consecución de algunas reformas económicas y sociales, motivadas por grupos políticos conservadores que buscaron evitar un estallido social mayor. Los reclamos de la nueva clase obrera nacida con la guerra despertaron una discusión más general sobre las causas de la pobreza y motivaron la aparición de distintos diagnósticos e informes que mostraron que en algunos sectores sociales las condiciones materiales de vida eran paupérrimas. Serían los hijos de la primera generación de obreros del siglo xx quienes iniciarían las reformas necesarias para tratar de mejorar las condiciones de vida.

La aparición de esa generación coincide con el segundo momento de la periodización sugerida por Todd, que iría desde la Segunda Guerra hasta la década del setenta. La necesidad de contar con fuerza de trabajo para el conflicto bélico llevó a que la clase obrera adquiriera importancia en los discursos de todo el espectro político y que los valores de los *trabajadores* (a los que se asociaba con el ahorro, una suerte de estoicismo atribuido, etc.) pasaran a ser los de toda la nación.

Los sindicatos impulsaron al primer gobierno laborista con mayorías, electo en 1945, así como algunas de las reformas que posteriormente fueron identificadas con la construcción de un Estado de bienestar. Esta época vio nacer a *el pueblo* como una suerte de entelequia que supuestamente resumía lo mejor de los habitantes de Gran Bretaña. Según los contemporáneos, era gracias al pueblo que se había vencido al nazismo (no sin antes resistirlo en forma heroica).

Aunque, como se demuestra con numerosos ejemplos, lejos estuvo el Estado de bienestar de erradicar la pobreza, generar mayor igualdad o facilitar que los hijos de trabajadores pudieran acceder a la enseñanza. En los testimonios, pervive una reminiscencia a la época dorada del pueblo: facilidad de acceso al crédito, aparición de múltiples novedades para el hogar y el consumo personal, promovidos en especial por los sectores políticos conservadores que volvieron al gobierno —con un gran respaldo popular— en las elecciones de 1959. En un contexto de Guerra Fría, los conservadores se presentaron, en oposición al laborismo, como los únicos capaces de garantizar la estabilidad social y la bonanza económica, propuesta que un número considerable de

votantes consideró atractiva. Todd profundiza en los motivos de los trabajadores para apoyar a los conservadores, mientras da cuenta de que esa situación no generó una ruptura con la construcción de una identidad de clase obrera. Por el contrario, el apoyo a los conservadores fue visto como una forma de defender los intereses de clase.

El tercer momento de la periodización de Todd comienza con el auge del neoliberalismo, los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y las reformas sociales y laborales implementadas desde comienzos de la década del setenta por gobiernos laboristas. Este período, que tuvo su punto de inflexión en la elección de Margaret Thatcher en 1979, llega hasta nuestros días, en los cuales la existencia de la clase obrera es puesta en cuestión.

La autora evidencia el importante respaldo alcanzado por Thatcher entre distintos sectores trabajadores que veían en las prestaciones sociales o en el mantenimiento de algunos servicios sociales básicos un motivo para cuestionar a los grupos que supuestamente «vivían» del Estado. Esta época —en la que la brecha entre pobres y ricos se amplió rápidamente— inició el declive de la clase obrera como

fuerza económica y política, y el triunfo de distintas doctrinas conservadoras sobre la libertad individual. A partir de la década del noventa, todo el espectro político auguró la aparición de una sociedad sin clases o una sociedad de clases medias.

El libro de Todd no encierra una discusión terminológica sobre la idea de *pueblo* o *clase obrera*, pero sí es un abordaje conceptual, porque al realizar una reconstrucción minuciosa de la historia británica del siglo xx da cuenta de las contingencias que atravesó la clase obrera y las múltiples vertientes que la caracterizaron. Aunque suene pretencioso, probablemente los historiadores del futuro se referirán al trabajo de Todd como un clásico histórico de principios del siglo xxi. Sin dudas *El pueblo...* es un libro fundamental, que recuperó lo mejor de la historiografía británica de la clase obrera y a la vez alcanzó una nueva mirada capaz de poner en el centro la tensión entre las ideas de cambio social (y los sujetos sociales que las impulsaron) y el conservadurismo (muchas veces motivado por esos mismos sujetos).

Nicolás Duffau
Universidad de la República

Guatemala, la República española y el Gobierno vasco en el exilio (1944-1954)

Arturo Taracena Arriola. Ciudad de México: UNAM-El Colegio de Michoacán, 2017, 543 pp.

El historiador guatemalteco Arturo Taracena ha abierto un nuevo capítulo en la amplísima historiografía a que ha dado lugar la revolución guatemalteca de 1944-1954. En este caso se trata de la continuación de otros sendos estudios similares que le precedieron y se relacionan directamente con él. Ellos eran, por un lado, la selección de cartas entre figuras importantes de la denominada Primavera Democrática Guatemalteca recogidas en *El placer de corresponder* (2004) y en *La polémica entre el pintor Eugenio Fernández Granell, la agear y el grupo Saker-ti* (2015), donde el autor aborda algunos de los desencuentros ideológicos acaecidos durante el citado período.

Este nuevo trabajo publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio de Michoacán remonta sus inicios, como el mismo Taracena indica, a 1997, momento en que el autor fue informado por el entonces consejero político de la Embajada de Guatemala en Francia de la existencia de unos «documentos antiguos» en los «sótanos» de esa misión y que estuvieron a punto de ser «enviados a la basura por razones de espacio» (p. 13). Allí, entre aquellos «expedientes individuales» de republicanos españoles que solicitaban emigrar a Guatemala, estaba la punta del iceberg que habría de motivar la investigación ahora plasmada en este libro. Tras una primera etapa de relevamiento de las fuentes antedichas, esta fue completada recién en 2013. De la documentación surgió la existencia de una experiencia escasamente conocida: entre 1948 y 1952, los gobiernos revolucionarios guatemaltecos encabezados primero por Juan José Arévalo y más tarde por Jacobo Arbenz habían diseñado un «proyecto de acogida» que solidariamente estuvo destinado a salvar las vidas de un número nada menor de republicanos españoles que sobrevivían en Francia.

En los años siguientes, mientras el autor participaba de otros proyectos y publicaciones relevantes para la historiografía guatemalteca y centroamericana, nunca dejó a un lado la necesidad de escudriñar más a fondo en la historia que parecía advertirse en aquellos expedientes parisinos. Así, completó una labor de consulta de 22 archivos —públicos y privados—, centros de documentación y bibliotecas de seis países en nueve ciudades hasta 2017. A ello

le agregó 17 entrevistas, de las cuales recibió nueve comunicaciones o testimonios escritos. Sustentado en sólidas bases empíricas y mediando la ya probada habilidad del autor para entretejer un relato ordenadamente hilvanado, el trabajo ilustra acerca de un tema prácticamente desconocido en la historiografía latinoamericana. En la segunda parte del libro el autor lo reconoce y lo señala al momento de dialogar con la producción relativa al campo, y cuyos aportes más conocidos provienen fundamentalmente de México. En ese sentido se destaca notoriamente la imbricación del objeto de su investigación dentro de temáticas más amplias como son la historia diplomática, de las relaciones internacionales y de los exilios en América Latina, este último un terreno en notoria expansión durante los últimos años.

De cinco partes se compone el trabajo; la primera versa sobre las relaciones de Guatemala con el gobierno de la República española y el Gobierno vasco en el exilio. Taracena describe los intensos esfuerzos llevados adelante por cuatro dirigentes revolucionarios desde sus puestos de representación de Guatemala en el exterior, fundamentalmente en Francia y Portugal, para intentar echar a andar el «modesto» pero «sincero programa de inmigración» (p. 115). En la segunda parte del libro el autor prosigue en su esfuerzo y se adentra en las no pocas complejidades que implicó el programa guatemalteco, siempre teniendo como referencia el cercano y más masivo ejemplo mexicano. Para la tercera parte del libro, Taracena muestra las vicisitudes, esperanzas y también dificultades que supuso para unos 120 españoles el traslado y la vida en un país centroamericano que, más allá de su solidaridad, se encontraba asediado externamente tanto por Estados Unidos como por las dictaduras vecinas. El entorno hostil y la intensidad del intervencionismo estadounidense, convencido este último desde setiembre de 1953 en deponer a Arbenz del poder, implicaron nuevas tensiones para aquellos exiliados europeos residentes en la «tierra del quetzal» que debieron resistir las acusaciones del Departamento de Estado y de la CIA antes de emprender, tras el golpe de junio de 1954, un nuevo y doloroso destierro, cuyos desvelos y penurias son descritas en la cuarta parte. La quinta y última sección del trabajo amerita cierto detenimiento. En las casi cien páginas que la componen aparecen —y es de celebrar— cuidadosamente elaborados los rasgos biográficos de cuatro exiliados, aunque a la «memoria de todos ellos se han dedicado decenas de horas de trabajo invertidas en lograr una narración convincente» (p. 24). Previo a sus presentaciones, el autor discute en forma muy convincente las cuestiones relativas a las tensiones

entre la memoria y la historia. Lo hace de manera sólida en tanto necesita responder hasta qué punto los testimonios y correspondencia escrita que componen el abanico de fuentes primarias están condicionadas por el pasado político: «¿A cuántos de ellos su trágico pasado político les permitió rememorarlos sin alteraciones?» (p. 353). En ese sentido Taracena indica su deuda y acuerdo con la perspectiva asumida por el historiador español Chris Ealham, quien en su trabajo sobre la Guerra Civil Española asumió una reconstrucción del pasado desde una perspectiva metodológica que mantuviera «un sentido antropológico», es decir, que también incorporase críticamente biografías, autobiografías militantes y entrevistas (p. 15). Para finalizar, el libro también cuenta con un anexo documental y fotográfico de cuarenta páginas.

Si bien en términos comparativos es acertada la definición del autor en cuanto a que los 120 inmigrantes confirmados —cuya cifra puede ascender hasta 180— constituyen una «modesta cifra» (p. 21), no debe dejar de señalarse la relevancia de una iniciativa solidaria, altamente sensible ante los difíciles avatares de un momento particularmente trágico en la historia de la humanidad y sobre el cual existe un «profundo desconocimiento» en la historiografía internacional (p. 21). Por todo lo expuesto y mucho más por el resultado del trabajo, el libro de Taracena contribuye a llenar un importante vacío y, a la vez, como el autor subraya, viene acompañado del deseo de que se transforme en un fuerte acicate para las nuevas generaciones de historiadores centroamericanos.

Roberto García
Universidad de la República

Science in the Archives. Pasts, Presents, Futures

Lorraine Daston (ed.). Chicago: University of Chicago Press, 2017, 397 pp.

Lorraine Daston es historiadora de la ciencia y una de las directoras del Instituto Max Planck de Historia de la Ciencia en Berlín. Sus trabajos se enmarcan en un movimiento filosófico contemporáneo denominado *epistemología histórica*, bajo el cual se agrupan una serie de trabajos de historia y filosofía de la ciencia que comparten cierto espíritu común, aunque es difícil definirlo taxativamente.

La edición de este libro forma parte del objetivo de Daston de socavar las oposiciones habituales entre las humanidades, guardianas de la memoria, y las (supuestamente) amnésicas ciencias empíricas, al sostener que estas tienen sus propios archivos. A partir de contribuciones de varios autores, este volumen pretende revelar las afinidades y continuidades presentes en los archivos de las ciencias. Son las prácticas, no los usos o los usuarios, las que componen el *background* continuo de los archivos científicos. A pesar del extenso y cambiante repertorio de tecnologías y medios materiales utilizados para realizar y mantener los registros, muchas de las prácticas archivísticas han demostrado su durabilidad. En los diferentes ensayos que componen el texto se pone de manifiesto la utilidad de una perspectiva comparativa, que refiere a distintas disciplinas y épocas. Los ejemplos trabajados van desde la astronomía a la medicina, pasando por la paleontología y la filosofía, hasta la historia o la genética.

Los primeros tres ensayos analizan formas en que los científicos consultan los datos compilados por sus predecesores. Según Florence Hsia, la compilación exhaustiva de los fenómenos celestes observados es un desiderátum relativamente reciente. En su ensayo estudia su surgimiento a partir del enfoque de la investigación empírica, que dominó la práctica astronómica desde la Grecia clásica a través de la Era Moderna, y muestra una historia compleja de regímenes muy diferentes de organización y presentación de datos. David Sepkoski explora la construcción inicial de los archivos de fósiles que intentaban transcribir los principios de su disposición en los estratos de la tierra. Las conceptualizaciones de los archivos posteriores no se extrajeron directamente de ella, sino de las colecciones de especímenes y atlas precedentes. Por último, Andrew Mendelsohn se propone comprender qué y cómo es trabajar con y sobre lo que otros han

escrito, y qué consecuencias tiene ello en la forma de conocer lo físico.

La segunda sección refiere a intentos conscientes de los académicos de compilar registros útiles para investigadores posteriores. Así, Liba Taub explica cómo ciertos tipos de textos —doxográficos— cumplían una función archivística en el mundo antiguo, permitiéndoles la acumulación, organización y el uso de datos, información e ideas. Suzanne Marchand, por su parte, explora la relación entre la historia de los archivos y los archivos de la historia, más específicamente el papel desempeñado en los debates historiográficos por diferentes tipos de archivos, antiguos y modernos. Por último, Lorraine Daston se ocupa de dos proyectos archivísticos monumentales del siglo XIX que buscaron crear archivos de información para el futuro: el *Corpus Inscriptionum Latinarum* y la *Carte du Ciel*. Ambos definieron los objetos, métodos, organización y alcance de la investigación científica en sus respectivas disciplinas y sentaron las bases para el descubrimiento y el conocimiento futuro.

La tercera sección explora algunos de los peligros de la publicación de datos para uso general. Bruno Strasser pretende comprender cómo se crearon y mantuvieron los flujos de datos en las ciencias de la vida a fines del siglo XX. El aluvión de datos no fue simplemente producto de revoluciones tecnológicas en los modos de producción y el aumento en la cantidad de datos, sino resultado de dos transformaciones significativas: una redefinición de lo que cuenta como dato y las obligaciones vinculadas a su posesión. Cathy Gere, por su parte, examina las ramificaciones políticas del doble carácter archivístico (práctico y conceptual) de la genética evolutiva al aplicarse a las especies humanas, y hace visibles las asimetrías de poder inherentes a la práctica archivística de una ciencia humana. Vladimir Jankovic explora las dimensiones metodológicas, institucionales y económicas del archivo de datos climatológicos. La inversión de capital intelectual para abordar los problemas de recolección, procesamiento y difusión de datos climáticos afectó la conceptualización, el propósito, la práctica y el estado del archivo climatológico moderno.

La sección final analiza las prácticas de archivo en el siglo XXI. Así, Rebecca Lemov investiga la cuestión de cómo y en qué sentido el *self* se está convirtiendo cada vez más en un archivo compuesto por todos los momentos de la vida humana a través de los cuales se constituye. Daniel Rosenberg, por su parte, sostiene que la línea entre escritura y archivo se ha vuelto borrosa. Pretendidamente o no, nuestras comunicaciones están constantemente siendo

archivadas por entidades recolectoras de datos. La dificultad es qué hacer con esas palabras. Averiguar cómo archivar este archivo no es un asunto menor. Por último, Matthew Jones destaca la centralidad de la comunidad encargada de descubrir cómo proteger los archivos digitales en la creación de las ciencias de datos actuales. Dichos profesionales no pueden dejar de tener en cuenta la escala de estos datos, entendidos no como algo intangible, sino como algo físico existente en discos duros, que requiere tiempo para moverse de un lugar a otro y desde las unidades a los procesadores.

En su conjunto, los ensayos muestran cómo el empirismo científico convierte la primera naturaleza —indigerible— en segunda naturaleza —inteligible—, la cual, una vez que se desliza desde la ciencia presente hacia el pasado, resulta en una tercera naturaleza, la del repositorio de los hallazgos seleccionados de la segunda naturaleza: los archivos de las ciencias. Es decir, el repositorio de lo que una disciplina considera valioso conocer y preservar, y sus prácticas, incluidos el almacenamiento, la clasificación y la recuperación de información, que serán la condición previa de la investigación futura. El archivo es la expresión física de cómo la ciencia actual crea un pasado utilizable para la ciencia futura. Sin embargo, los archivos en las ciencias son en su mayoría invisibles en los relatos de sus prácticas.

Todos los archivos son selectivos, pero los científicos lo son aun más. Los datos permitidos en un archivo científico están *arreglados* y *seleccionados*. La recuperación total de datos tampoco es siempre un desiderátum. Los archivos científicos atraviesan las épocas y los medios y sobreviven a la transición solo si la disciplina logra transcribir los contenidos de un medio en otro. La transcripción no es mecánica: cada instancia es ocasión para la conmensuración de estándares disciplinarios antiguos y nuevos, pero también para la pérdida de metadatos, así como para la detección de errores antiguos o la insinuación de otros nuevos.

Aunque el archivo prototípico puede ser del tipo de una colección institucional de documentos, el trabajo reciente sobre la historia de los archivos ha revelado cuán anómala y anacrónica es esta imagen. La forma física de lo archivado y, por tanto, las

estrategias de almacenamiento y recuperación han sido tan variadas como los contenidos.

Dada esta heterogeneidad tiene poco sentido buscar una definición vinculada a la forma, ubicación, contenido o propietario de los archivos. Los límites entre archivos y colecciones han cambiado históricamente. Las funciones y el uso han variado. Sin embargo, los archivos científicos comparten dos propiedades: son oportunistas y abiertos. Estas dos características provienen de la misma raíz, el desarrollo impredecible de las agendas de investigación. Nadie sabe de antemano qué preguntas planteará el futuro y qué rastros del presente (y de lo que haya sido preservado del pasado) serán necesarios para responderlas.

El oportunismo implica que los archivos científicos deben reconfigurarse para servir a nuevas líneas de investigación. Nuevas hipótesis crean nuevos archivos. La exploración abierta, por su parte, cambia a menudo la línea divisoria entre las colecciones acumuladas accidentalmente e intencionalmente. El ADN y los fósiles incrustados en la estratigrafía de la tierra son archivos accidentales desde el punto de vista de la agencia humana. Análogamente, los archivos constituidos intencionalmente para un propósito, pero luego utilizados para otro completamente diferente, a menudo también se entienden como accidentales. Cada novedad requiere que el archivo sea reconcebido y, a menudo, rehecho para garantizar su integridad. El archivo no es y no puede ser inmutable. Su pasado se debe empalmar y volver a formar con un presente mutable para garantizar un futuro útil.

En resumen, se está en un momento de ansiedad archivística, compuesto de esperanza y miedo. El cauteloso conservadurismo de las prácticas archivísticas debe equilibrarse con el progresismo inquieto de la tecnología y la ciencia. El acto de equilibrio es delicado y precario. Los enlaces cuidadosamente elaborados que conectan el pasado, el presente y el futuro deberán ser reforzados. Los archivos de las ciencias (y las humanidades) están en el núcleo de esta cuestión.

María Laura Martínez
Universidad de la República

Pobreza y segregación urbana. Cantegriles montevideanos 1946-1973

María José Bolaña. Montevideo: Rumbo, 2019, 252 pp.

El libro surge como resultado de la adaptación de la tesis de maestría en Ciencias Humanas, mención Historia Rioplatense, defendida por la autora en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República.

El estudio se plantea abordar la problemática de los «cantegriles» montevideanos como un modo de acercamiento al surgimiento, desarrollo y decadencia del modelo de industrialización por sustitución de importaciones *a la uruguaya* en el marco del Estado neobatllista. Por ello, el estudio ubica su alcance temporal entre los años 1946 y 1973.

Si bien desde diversas disciplinas y enfoques de investigación la problemática de la pobreza urbana ha sido abordada en las ciencias sociales uruguayas desde mediados del siglo xx, es necesario destacar que en ningún caso el fenómeno del surgimiento y desarrollo de los cantegriles había sido tomado como objetivo específico y sistemático de estudios, estribando aquí la originalidad del trabajo producido por María José Bolaña.

Un elemento destacado del texto es su abordaje de la temática desde la revisión de tres perspectivas: académica, gubernamental y la de las propias personas que viven, o han vivido, en cantegriles. Para ello la autora trabaja con el análisis de fuentes académicas, documentos oficiales y entrevistas.

En lo que tiene que ver con el primer aspecto, el análisis de la producción académica, Bolaña propone dos ejes de abordaje: por una parte se ocupa de analizar el proceso a través del cual se fue generando en Uruguay un campo científico de estudios sobre lo social, particularmente a partir del desarrollo de estudios y procesos de formación desde la sociología. Distingue en este proceso tres grandes etapas: la primera, en la cual la producción tiene un carácter básicamente ensayístico (1946-1958), y en la que se desarrollan prácticas de enseñanza de la sociología con una escasa práctica de investigación empírica. La segunda, caracterizada por la institucionalización de la sociología en la Universidad y el comienzo de investigaciones empíricas (1958-1968), entre las que se destacan las promovidas por la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (cide); y una tercera etapa (1968-1973) marcada por el surgimiento de profesionales con formación específica y un proceso de transformación teórica influida por

los desarrollos de la teoría de la dependencia y del concepto de *marginalidad* para dar cuenta de los fenómenos de pobreza urbana.

Un segundo eje priorizado por Bolaña para presentar la producción académica en el período tiene que ver con la consideración que la temática de los cantegriles mereció en los estudios realizados desde las ciencias sociales. Según nos presenta la autora, el cantegril fue escasa y tardíamente visualizado como un fenómeno a investigar, ya que, en buena parte del período analizado, la base en la que se asentaban los estudios sociales descansaba en la dicotomía ciudad/campo como contradicción fundamental entre un polo moderno y uno atrasado de la sociedad uruguaya. En la década del sesenta, sobre la base de las teorías del desarrollo, comienzan a apreciarse los fenómenos de pobreza urbana como obstáculos para el desarrollo, desde lecturas que si bien los identificaron como poblados por migrantes rurales, también comenzaron a apreciar la existencia de trabajadores urbanos empobrecidos entre sus pobladores. Esta constatación muestra los límites de algunas lecturas que solamente habían tematizado la pobreza urbana como un fenómeno propio de las migraciones de sectores pobres del campo hacia las ciudades. Más allá de dicha constatación, los comienzos de la década de los setenta muestran, al decir de Aníbal Barrios Pintos citado por Bolaña, la ausencia de conocimiento en torno al fenómeno de los cantegriles basado en «estudios realizados en profundidad, individualmente y en conjunto» (Barrios, 1971: 59 cit. en p. 89).

En el segundo gran capítulo desde el cual Bolaña plantea su tema de investigación, su análisis nos muestra la influencia de los contextos políticos generales que atravesaba el país en los modos de abordaje del tema de los cantegriles por parte de las políticas gubernamentales. En la década del cincuenta, el Estado social neobatllista llevó a cabo su intervención desde una concepción del cantegril como «barrio malsano» que era necesario integrar a la vida de la comunidad. Para ello concibió políticas de vivienda definidas desde la noción de *unidades de recuperación* inspiradas en el panamericanismo en boga en la época. Se trataba, así, de recuperar a quienes habían quedado *al margen* del modelo económico y social de integración. Iniciada la década del sesenta, el auge de las políticas de planificación alcanzó el plano de la vivienda, y se aprobó el Plan Nacional de Vivienda propuesto por Juan Pablo Terra. De todos modos, Bolaña destaca cómo el plan no definía específicamente una forma de intervención particular ante la problemática de los cantegriles. En ese marco de escasa producción académica

que abordara el tema y funcionara como base para la elaboración de políticas, cobró relevancia la salida autoritaria, instalada en los diversos ámbitos de la sociedad uruguaya de principios de los setenta, basada en este caso en las nociones de *erradicación* y *realojamiento* con respecto a los «agrupamientos marginales urbanos» (p. 166).

Finalmente, el texto de Bolaña plantea la tercera gran línea de abordaje del tema, que es la que se define a partir de los testimonios de quienes habitaron (o habitan) los cantegriles, y también a través de los aportes de técnicos y militantes sociales que trabajaron con estos habitantes. Es muy interesante apreciar aquí cómo en la memoria de los entrevistados subsisten claramente percepciones acerca del carácter socialmente estigmatizador que se atribuía al término *cantegril*, construido desde los ámbitos modernos e integrados de la sociedad uruguaya. También es interesante apreciar las divergencias que subsisten en la memoria de los habitantes de estos territorios en cuanto a las diferencias entre quienes habitaban allí previamente a la construcción de la noción de *cantegril*, y quienes llegaron posteriormente. Sobre estos últimos pesaba particularmente la construcción estigmatizante de ser definidos

como «lo peor» o aquellos que viven en lugares que resulta peligroso visitar. En definitiva, se condensa en los relatos de quienes poblaron los cantegriles un modo de existencia «que se expresa a través de prácticas territoriales, laborales, discriminatorias y estigmatizadoras que estructuran socialmente la ciudad en un proceso histórico que caracterizó la segunda mitad del siglo xx montevideano» (p. 225).

En síntesis, el trabajo de María José Bolaña, además de abordar una temática escasamente visitada en los estudios historiográficos y sociales, presenta la virtud de permitirnos tres entradas diversas a la complejidad del fenómeno del cantegril. La superposición de estos tres planos de lectura permite tomar nota de cómo las carencias presentes en las lecturas académicas y su influencia en la elaboración de políticas, sumadas a la creciente práctica del autoritarismo que se fue instalando en la sociedad uruguaya, delimitaron un espacio de violaciones sistemáticas de derechos. Espacio definido por el cruel destino que implicó (¿implica?) vivir en el cantegril.

Pablo Martinis
Universidad de la República

Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales. Tomo II. 1930-1990

Magdalena Broquetas y Mauricio Bruno (coords.). Montevideo: Centro de Fotografía, 2018, 360 pp.

El libro materializa los resultados del equipo de investigadores del Centro de Fotografía (CDF) y del Departamento de Historia del Uruguay de la Universidad de la República, mostrando la continuidad del trabajo que el CDF impulsa hace 16 años. El nuevo tomo prolonga aspectos de su antecesor: analiza las formas de producción, circulación y apropiación social de la fotografía en diálogo con sus procesos de institucionalización, transformaciones técnicas y estéticas. Desde este enfoque es posible identificar algunas temáticas y tensiones persistentes, en mayor o menor medida, a lo largo del período de estudio: los vínculos entre los sectores comerciales, estatales y asociaciones civiles, la producción y circulación de imágenes en los espacios públicos y privados, las relaciones entre estéticas y funciones de la fotografía más legitimadas frente a otras emergentes, su papel respecto a los objetivos políticos de los gobiernos y los silencios de las imágenes invisibilizadas, los vínculos entre la fotografía local y regional.

El campo de estudio difuso e interdisciplinario en el que se inscribe el libro no atenta contra la claridad de su propuesta. Como admiten sus coordinadores, las imágenes son analizadas en sí mismas desde los estudios históricos, buscando proponer un modelo teórico-metodológico para su incorporación en el abordaje del pasado. Con todo, las temáticas desarrolladas y el enfoque adoptado exceden los límites disciplinares, aportando a la reflexión de las investigaciones audiovisuales, comunicacionales y sociales.

Los ocho capítulos que componen el libro se organizan cronológica y temáticamente superponiéndose en los períodos temporales, pero dialogando entre sí al presentar diferentes perspectivas, temáticas de estudio y fuentes primarias de análisis.

En «Uruguay para propios y extraños. Fotografía, propaganda e identidad nacional (1929-1972)» y «Esto es Uruguay». Fotografía y propaganda durante la dictadura cívico-militar (1973-1983)», Mauricio Bruno analiza las estrategias estatales —y su relación con los sectores privados— en la construcción de relatos sobre el país y su promoción turística mediante imágenes. En el primer período,

aborda la representación del Estado-nación ligado al progreso y al bienestar, las diferentes narrativas sobre el pasado en la fotografía conmemorativa y su uso en las políticas turísticas, ilustrando un país —sobre todo una ciudad, Punta del Este— cercano al Primer Mundo, juvenil, libre de convenciones y hedonista. En el segundo período, Bruno retoma la promoción turística de Uruguay, pero se focaliza en las estrategias de la dictadura para legitimar interna y externamente su régimen. El autor analiza los entramados institucionales privados y públicos para cumplir con este objetivo, centrándose en la Dirección Nacional de Relaciones Públicas y el Consejo Nacional de Turismo. Además de presentar algunas continuidades con el período anterior, las imágenes que estas instituciones generaron construyeron una narración de la crisis de los años sesenta y setenta como escenario de guerra, y buscaron promover una visión positiva del «nuevo Uruguay».

Alexandra Nóvoa, en «La fotografía en el terreno del arte. Amateurismo y modernidad (1930-1967)» y «Hacia una fotografía contemporánea. La renovación del Foto Club Uruguayo y el surgimiento de la fotografía “de autor” (1966-1990)», estudia las transformaciones estéticas, institucionales y técnicas de la fotografía artística en su proceso de legitimación dentro de las artes. En este recorrido, observa el pasaje de un estilo pictorialista hacia tendencias más modernas —como la fotografía abstracta, documental de corte social, expresionista, surrealista o íntima—, que generaron tensiones en las instituciones que nucleaban a los aficionados, especialmente Foto Club Uruguayo —cuyas actividades promovían la difusión de trabajos, formación, integración nacional e internacional—. En el segundo de sus capítulos, Nóvoa se centra en el proceso de consolidación de la fotografía contemporánea desde los años setenta, mostrando el espacio de refugio que significó Foto Club durante la dictadura y la búsqueda de sus integrantes por expresar la situación del país, no obstante la censura imperante. Hacia el período de transición, la expansión del campo fotográfico se manifestó en la creación de diversos grupos independientes, cambios en las concepciones de la fotografía, nueva vinculación con otros ámbitos artísticos y profesionales y el desarrollo de una crítica especializada.

En el capítulo «Entre la información y el entretenimiento. Fotografía y medios de comunicación en la sociedad de masas (1930-1966)», Bruno analiza el papel de las imágenes fijas y en movimiento en los medios masivos. Si bien aborda su uso en el cine y la televisión, se focaliza en la creciente importancia de la fotografía en los relatos periodísticos de diarios y

revistas, en el marco de su modernización técnica, estética y temática. El autor analiza las imágenes en la crónica roja, la representación que hacían de modelos dominantes y alternativos de la mujer, y su papel en las noticias internacionales, nutridas de fotografías transmitidas mediante el belinógrafo y las agencias internacionales de noticias.

Isabel Wschebor aborda los cambios en las imágenes al servicio de la actividad científica en «Capturar el conocimiento. Usos científicos de la fotografía y el cine en Uruguay (1945-1973)». Durante este período, el registro de las especies en los museos dio lugar a imágenes fuera del laboratorio, tanto fijas —impulsadas desde la geología, la arquitectura o la arqueología— como en movimiento, que incluyeron progresivamente nuevas temáticas ligadas a la investigación social. Wschebor muestra cómo este proceso estuvo permeado por las mejoras técnicas en las imágenes, su sincronización con el sonido, el traslado más cómodo de los equipos, la diversificación del campo científico y los debates en torno a la función de la imagen vinculada a la investigación científica.

Clara von Sanden, en «Fotografías y vida familiar en el siglo XX (1930-1990)», analiza la relación entre los diversos cambios tecnológicos que atravesó la fotografía social en el período —como el abaratamiento de las cámaras y sus materiales, la extensión del revelado a color y del *flash* electrónico—, con la extensión del sector empresarial vinculado a la fotografía —estudios de retrato, fabricantes de papel o fotógrafos «a domicilio»—, que impactaron en la organización gremial del sector. Este proceso se articuló con cambios en los

estilos de estas fotografías, progresivamente menos ornamentadas y más distendidas, y con sus formas de circulación en los espacios privados y públicos.

«La fotografía periodística en tiempos de movilización social, autoritarismo y dictadura (1959-1985)», de Magdalena Broquetas, analiza los usos de las imágenes de prensa y sus representaciones durante los años sesenta, la dictadura y la transición democrática. En este recorrido cronológico, la autora muestra las continuidades en el uso de la fotografía respecto a las décadas precedentes y sus novedades temáticas, especialmente en relación con los problemas sociales del país. Luego, se centra en la construcción de estereotipos sociales y políticos de la violencia y la crisis social en las imágenes —que enfrentaban antagónicamente orden y progreso—. Finalmente, analiza sus usos en la promoción de las políticas de la dictadura, la alerta sobre las amenazas latentes de los grupos considerados subversivos y la exaltación de los regímenes de la región. Durante la transición, Broquetas estudia la diversificación de imágenes y la convivencia de discursos oficialistas y opositores.

El libro culmina con un glosario y una línea de tiempo que organiza los principales cambios de la fotografía en Uruguay y el mundo. La representación gráfica final, en la articulación de signos visuales y lingüísticos, condensa simbólicamente la propuesta del análisis desarrollado e invita a pensar los diversos cruces entre las temáticas del libro y las posibles líneas de análisis futuro.

Florencia Soria
Universidad de la República

Eventos

Una fiesta para «las miradas que piensan» juntas el cine latinoamericano: III Coloquio de estudios de cine y audiovisual de Montevideo

Organizado por el Grupo de Estudios Audiovisuales (GESTA) del Espacio Interdisciplinario de la Universidad de la República, entre el 13 y el 15 de setiembre de 2018 se realizó en la ciudad capital uruguaya el III Coloquio de Estudios de Cine y Audiovisual de Montevideo. Las sesiones se desarrollaron, en su mayoría, en el Museo Nacional de Artes Visuales donde concurrieron más de cincuenta docentes, estudiantes, investigadores, archivistas, técnicos y realizadores provenientes de Argentina, Brasil, Chile, México, Uruguay y EE UU. Otras sedes del coloquio fueron el Museo Zorrilla y la Alianza Francesa, instituciones que, junto con la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC), el Archivo General de la Universidad (AGU) y la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE) de la Universidad de la República, Locaciones Montevideanas de la Intendencia de Montevideo, la Embajada Francesa en Uruguay y el Archivo General de la Nación (AGN), colaboraron con la consecución del evento. Las tres intensas jornadas incluyeron paneles, conferencias, presentaciones de libros, la realización del V Seminario de Cine Silente Latinoamericano y la especialísima proyección de la película silente *Del pingo al volante* (Robert Kouri, 1929), digitalizada recientemente por el LAPA del AGU, y que significa la valiosa recuperación de una parte del patrimonio audiovisual uruguayo.

Desde su fundación, el GESTA vio la necesidad no solo de producir conocimiento sobre cine latinoamericano, sino de generar, en Uruguay, un espacio de jerarquía internacional para la interlocución entre especialistas. Así, el coloquio es una reunión científica en estrecha conexión con los ámbitos educativo, museístico y de archivo, imaginada, impulsada y ejecutada por un dedicado equipo de trabajo que funciona de modo horizontal y cuyos miembros —Georgina Torello, Pablo Alvira, Mariana Amieva, Mariel Balás, Julio Cabrio, Alana Constela, Julieta Keldjian, Cecilia Lacruz, Belén Ramírez, Lucía Secco, Germán Silveira, Beatriz Tadeo Fuica e Isabel Wschebor— son graduadas y graduados universitarios, ámbito donde varios se desempeñan actualmente como docentes, investigadores y archivistas. Son jóvenes que han sabido articular lógicas institucionales diversas con profesionalismo, responsabilidad y calidez.¹

Tanto en 2014 como en 2016 y en su tercera edición se ha sostenido una política de organización interna que constituye una de las marcas distintivas del coloquio e impacta directamente en la forma —política— en que se desarrolla: esto es, fijar las sesiones sin mesas simultáneas. A

1 Para más información véase <<http://www.gesta.ei.udelar.edu.uy/>>.

partir de este año se añadió un segundo criterio complementario: cada sesión se ordena a partir de paneles previamente conformados, los cuales se agencian la elección temática, proponiendo una serie acotada de discusiones alrededor de las que se despliegan las ponencias particulares. En primera instancia, esta modalidad exige el compromiso activo y creativo de las y los ponentes al estimular la autogestión de cada *círculo de diálogo* (panel) que debe consensuar marcos de referencia y ejes problema. Luego, ya en el coloquio, la opción por este formato intensivo favorece un mayor conocimiento personal entre las y los participantes y, fundamentalmente, la atención recíproca y concentrada entre colegas redundando en el aumento del caudal de problematizaciones y debates: es decir, un alto nivel cuantitativo y cualitativo de intervenciones. Por último, como consecuencia de lo anterior —de la escucha plural, el esfuerzo colectivo y el clima cordial de trabajo—, se desprende una suerte de apropiación del evento (en términos intelectuales, pero también afectivos): un sentido de pertenencia por parte de expositores y asistentes.

La heterogeneidad de los 14 paneles —en clave temática, de recorte temporal, de escala (local, regional, nacional, internacional, transnacional), de preocupaciones teóricas y perspectivas metodológicas— fue amplia, y ofreció un fresco riquísimo de las pesquisas en curso sobre el cine latinoamericano y una muestra extensa de las prácticas actuales en investigación y docencia. Durante las tres jornadas se discutieron desde los intercambios metodológicos entre cine e historia hasta las cinefilias; desde el cine de las transiciones democráticas hasta las políticas de preservación audiovisual; desde la formación cinematográfica universitaria, las figuraciones del territorio en films sobre el pasado histórico hasta el cine experimental; desde políticas cinematográficas en la transición digital hasta las representaciones de las mujeres y los imaginarios urbanos en el audiovisual. Algunos paneles reflexionaron en torno a los flujos, las conexiones y las intermitencias de contacto entre los cines de la región; mientras otros profundizaron en casos empíricos desmenuzando condiciones materiales, simbólicas, estéticas y sociales de existencia. Esperamos que en las próximas ediciones exista una mayor participación de estudiantes de grado y posgrado, y de profesionales ligados a la praxis audiovisual, que puedan organizar sus propuestas y encuentren en el coloquio una oportunidad para la interrogación y la visibilización de proyectos y experiencias de trabajo.

Por su parte, las conferencias especiales estuvieron a cargo de Eduardo Morettin (Universidad de San Pablo) —quien presentó «Género y montaje en *Los lentos del abuelo* (Francisco Santos, 1913): anotaciones de un historiador»—; David Oubiña (Conicet-UBA) —que hizo lo propio con «Travellings moscófobos y panorámicas eurocéntricas. Apuntes para una genealogía de la moral revolucionaria en el cine latinoamericano»—, y Christophe Gauthier (École nationale des chartes, PSL) —quien expuso «¿Qué es el proceso de patrimonialización del cine?».² La tónica dominante de paneles y conferencias fueron el diálogo y la reflexión: disertantes principales, expositores y asistentes se atrevieron a repensar objetos de estudio, fuentes, problemas de trabajo y prácticas de investigación a partir de los debates colectivos, y el coloquio funcionó como un espacio receptivo a las coincidencias pero también a las disonancias en tanto insumos de pensamiento crítico. De ahí el esfuerzo conjunto por garantizar —más aún, velar por— que paneles y conferencias tuvieran tiempo efectivo para el intercambio tras las exposiciones.

La mesa de libros ubicada en el *hall* del Museo Nacional permitió el contacto con materiales de difícil acceso, mientras que las presentaciones fueron un excelente canal de divulgación de

2 El/la lector/a interesado/a puede conocer con más detalle la presentación general de cada panel y conferencias, sus integrantes, currículum académico, y los resúmenes correspondientes, descargando el librito del coloquio desde el sitio web del GESTA: <<http://www.gesta.ei.udelar.edu.uy/2018/08/12/iii-coloquio-de-estudios-de-cine-y-audiovisual-latinoamericano-de-montevideo/>>.

volúmenes de reciente edición cuyos autores e invitados especiales compartieron las motivaciones y características generales de las investigaciones terminadas. En tiempos complicados para la producción de conocimiento científico en el campo de las humanidades latinoamericanas, la llegada de *Uruguay se filma. Prácticas documentales (1920-1990)* (Georgina Torello, ed.); *Cinema e História: circularidades, arquivos e experiência estética* (Eduardo Morettin, org.) y *Conozco la canción. Melodías populares en los cines posclásicos de América Latina y Europa, Buenos Aires* (Pablo Piedras y Sophie Dufays, eds.), merece una cálida bienvenida como la que se les brindó en el Museo Zorrilla.

¿Cuáles son los indicadores que permiten advertir la potencia de un evento académico? ¿Cuándo percibimos su eficacia? ¿En su inmediatez o en sus reverberaciones? Probablemente, algunos indicios sean el volumen y la profundidad de las discusiones suscitadas entre las y los participantes; el «filo» de las preguntas que aparecen en salas, pasillos y cafés; la atmósfera intelectual y creativa que se genera (y acumula) panel tras panel en la *comunidad de practicantes*; el estímulo a permanecer cada día y la persistencia en el tiempo de lo que allí fue relámpago inspirador. Pues bien, el coloquio del GESTA contiene de un modo particular estos rasgos y esa es la razón por la que, a pocos años de su primera edición en 2014, se ha convertido en cita obligada para la agenda académica de la región. Y es que el encuentro funciona como un verdadero espacio de trabajo colaborativo, plural y de entramado de redes de cooperación para las y los estudiosos del cine latinoamericano: una usina de aprendizajes hacia la creación de nuevas iniciativas, y hacia la consolidación de proyectos y formulaciones teórico metodológicas. Un evento que abona a la legitimidad del campo de los estudios sobre cine y audiovisual en, para y desde América Latina, con proyección internacional; y que fomenta la creación de nuevas filiaciones (personales e institucionales) transnacionales y transatlánticas. Un evento que fertiliza el territorio del pensamiento sobre nuestras imágenes, que favorece el desmontaje y remontaje crítico de archivos, y la lectura de materiales en contextos múltiples: donde se desarticulan cánones y tradiciones, y se desestabilizan las propias hipótesis, interrumpiendo inercias epistémicas bajo el imperativo del matiz y la aprehensión de paradojas y tensiones. En suma: el coloquio del GESTA es una plataforma de producción de sentido sobre el audiovisual de la región, que nos ayuda a seguir revisando —y creando— juntos, desde las imágenes y la belleza, *quiénes somos* —quiénes vamos siendo— las y los latinoamericanos.

María Aimaretti
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y
Universidad de Buenos Aires (UBA)

Convocatoria *Contemporánea* Volumen 12, año 11, 2020

La universidad en disputa.
Política, movimientos estudiantiles e intelectuales
en la historia reciente latinoamericana

Editores:
Nicolás Dip (Universidad Nacional de La Plata)
María Eugenia Jung (Universidad de la República)

La universidad como objeto de estudio ocupa un lugar de relevancia para las ciencias sociales latinoamericanas. Sin embargo, en los últimos años se observa una renovación y reconfiguración de este campo a partir de la ampliación y diversificación de sus intereses, enfoques y temas. La celebración en 2018 de los cien años de la Reforma Universitaria de Córdoba y el cincuentenario de las protestas sociales y estudiantiles de 1968, además de un momento de balance de la producción académica, dejó abierta una agenda de investigación a futuro. Tomando este punto de partida, el dossier se propone abrir un espacio de debate e intercambio sobre los procesos de politización y radicalización de las universidades, los movimientos estudiantiles y los intelectuales en el pasado reciente de América Latina, especialmente en las décadas del sesenta y del setenta del siglo xx. En estos años, las universidades fueron objeto de controversias para un amplio abanico de actores sociales y políticos a tono con intercambios globales sobre el papel de las instituciones productoras de conocimiento, que cristalizaron en esfuerzos más o menos articulados de transformación universitaria. Así, mientras en la región los llamados reformistas y sus críticos, pertenecientes a una amplia gama de izquierdas, apuntaron a superar el perfil profesionalista, la escasa inserción en el medio y el insuficiente desarrollo de la investigación científica, otros grupos, frecuentemente alineados con las derechas políticas, también reclamaron cambios que permitieran superar las tendencias academicistas y doctorales, dieran respuesta a la masificación y terminaran con un ambiente de excesiva politización. Claramente estas posiciones no agotan las discusiones de época ni contienen todas las posturas en pugna, pero dan cuenta de cómo la radicalización y el enfrentamiento fueron tiñendo los alineamientos sobre el futuro de la educación superior. Por otra parte, el protagonismo de un pujante movimiento estudiantil, en consonancia con otros movimientos que emergían en distintos puntos del planeta, se tornó en un dinamizador de la radicalización política y fue particularmente influyente en el proceso de politización que signó la vida universitaria latinoamericana.

En esta línea, la propuesta de dossier invita a presentar artículos que, desde perspectivas sociohistóricas, hagan foco en la politización, radicalización y partidización de las universidades, los intelectuales y los movimientos estudiantiles, teniendo en cuenta la configuración de sus acciones colectivas como sus conexiones más amplias con los movimientos sociales de la época. Además interesan trabajos que busquen reconstruir las controversias sobre la cuestión universitaria, lo que incluye el conjunto de debates que entablaron actores de distinto tipo para definir el perfil de las

casas de estudio y su relación con la política, la sociedad y la cultura. Asimismo, se esperan investigaciones que aborden los diversos modelos universitarios en pugna, considerando las ideas y agendas de circulación regional y global en relación con la modernización académica, los vínculos con el sistema político, las formas internas de organización y gobierno, los espacios de producción intelectual y la movilización estudiantil. Por último, se valorarán los artículos con enfoques comparativos o transnacionales, capaces de indagar en las redes y debates que conectaban las controversias sobre política y universidad en distintos puntos de América Latina.

Además del tema principal del número, Contemporánea está abierta a la recepción de artículos sobre otros asuntos dentro del campo de la historia y los problemas de América Latina en el siglo xx.

Presentación de originales

Los artículos deberán ser inéditos y tener entre 8000 y 10.000 palabras, incluyendo notas y bibliografía según reglas adjuntas. Se recibirán archivos en los formatos .doc, .odt y .rtf a <revistacontemporanea2010@gmail.com> con copia a los coordinadores del dossier: <nicolasdip88@gmail.com> y <mariaeugeniajunggaribaldi@gmail.com>, hasta el 31 de diciembre de 2019.

Los autores deben enviar un cv abreviado (dos páginas) y sus datos de contacto. Se debe incluir un resumen de entre 100 y 150 palabras con una selección de cuatro palabras clave. El resumen y las palabras clave deben ser enviados en el idioma del artículo y en inglés.

Los textos serán sometidos a arbitraje anónimo por dos especialistas en el tema si el Comité Editorial decide que coinciden con la línea general de la revista. Los árbitros tendrán tres semanas para la evaluación y recomendarán «publicar», «publicar con modificaciones» o «no publicar». Se enviarán sus argumentos a los autores, quienes, cuando corresponda, tendrán dos semanas para revisar sus textos.

También se recibirán

- reseñas de libros (entre 1000 y 1200 palabras; con énfasis en la descripción sobre la opinión; sin notas al pie) de textos publicados en los últimos cinco años que tengan que ver con la temática general de este número;
- ensayos bibliográficos (entre 3000 y 4000 palabras; con énfasis en la opinión sobre la descripción; con notas al pie según reglas adjuntas) que tengan que ver con la temática general de este número;
- reseñas de eventos (entre 2000 y 2500 palabras; con notas al pie según reglas adjuntas) vinculados al tema de este número y realizados en el año inmediatamente anterior a su publicación.

El Comité Editorial decidirá sobre la pertinencia de estas colaboraciones.

Formato

Todos los textos deberán estar en tipografía Times New Roman, tamaño 12, interlineado 1,5. Notas al pie en cuerpo 9. A efectos de facilitar el formato, sugerimos descargar la plantilla base de la Unidad de Comunicación y Ediciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación donde figuran los estilos para las diferentes jerarquías y formatos de párrafo: <<https://drive.google.com/open?id=oB5anAs5hrkyDNFZPTFFrbyfSGs>>.

Las referencias textuales de menos de cuarenta palabras se incluirán entrecomilladas (sin cursivas) en el texto. Si sobrepasan esa extensión, aparecerán en párrafo aparte, sin comillas ni

cursivas, en cuerpo de letra 10,5 con espaciado a izquierda y a derecha de 1,5 cm o en estilo «Cita», de la plantilla mencionada.

Al final de cada artículo se incluirá una lista de referencias bibliográficas y de bibliografía consultada.

La bibliografía y fuentes se citarán de acuerdo a las *Pautas de Estilo fhce* (Disponibles en <http://www.fhuce.edu.uy/images/comunicacion/Informacioninstitucional/Pautas_2017-08-08-hipervinculos.pdf>).

Las reseñas de libros deben incluir el número de página en cada uno de los fragmentos citados.

Contemporánea es una revista académica de frecuencia semestral. Publica artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo xx en América Latina. Se edita en Montevideo con apoyo de la Universidad de la República. Su contenido está indizado en Latindex. Versión digital (ISSN: 1688-9746) disponible en <revistacontemporanea.fhuce.edu.uy>.

Comité Editorial: Jimena Alonso, Magdalena Broquetas, Inés Cuadro, María Eugenia Jung, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Diego Sempol, Isabel Wschebor, Jaime Yaffé.

Dossier: Los años ochenta y las transiciones en el Cono Sur

Presentación: Volver a los ochenta.
Los procesos de (re)democratización en debate
Valeria Manzano y Diego Sempol

Concertando la democracia. La experiencia
de la Conapro en la transición uruguaya (1984-1985)
Álvaro Sosa

La huelga de la Facultad de Veterinaria de 1978:
los primeros brotes verdes de la democracia universitaria
Gabriela González Vaillant

Redes de sindicalismo «movimientista» en el Cono Sur:
algunas conexiones argentino-uruguayas
Mónica B. Gordillo

Democracia en el país y en la casa. Resignificaciones
de la democracia desde el feminismo de izquierda
en el Uruguay de los ochenta
Ana Laura de Giorgi

La transformación de organizaciones sociales y el Estado
uruguayo en la transición democrática (1979-1999)
María José Bolaña

Cultura rock, política y derechos humanos
en la transición argentina
Ana Sánchez Trolliet

Entrevista a Lorraine Daston

Bibliográficas | Eventos